

ATENEIO

BANQUETE
DE LOS ERUDITOS

LIBROS I-II

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS

BANQUETE DE LOS ERUDITOS

BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 257

ATENEO

BANQUETE DE LOS ERUDITOS

LIBROS I-II

INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
LUCÍA RODRÍGUEZ-NORIEGA GUILLÉN



EDITORIAL GREDOS

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por JAIME CURBERA COSTELLO.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 1998.

Depósito Legal: M. 38659-1998.

ISBN 84-249-1977-7. Obra completa.

ISBN 84-249-1978-5. Tomo I.

Gráficas Cóndor, S. A.

Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 1998.

INTRODUCCIÓN

1. DATOS BIOGRÁFICOS

Sobre la vida de Ateneo sabemos muy poca cosa. La *Suda*, que suele ser nuestra mejor fuente de información en estos casos, se limita a decir que procedía de Náucratis, que era un «gramático», que viene a ser lo que nosotros llamaríamos un erudito, y que vivió¹ en tiempos del emperador Marco Aurelio (cuyo gobierno se extiende entre el 161 y el 180 d. C.). En definitiva, apenas nos aporta nada que no pueda deducirse de la lectura del propio *Banquete de los eruditos*.

Son varias las ocasiones en que el autor se refiere a Náucratis como su patria². Se trata de una ciudad del Bajo Egipto, situada en el brazo canópico del Nilo, pero con una larguísima tradición de cultura helénica. En efecto, los griegos ya se servían de ella como base comercial a finales del s. VII a. C., y parece que en el 570 a. C. el rey Amasis les otorgó concesiones especiales para que pudieran utilizarla como puerto mercante. De este modo, desde el siglo VI a. C., Náucratis se convirtió en el principal enclave griego en territorio egipcio, y en el centro de las relaciones entre ambas culturas. El florecimiento comercial de la ciudad se mantuvo durante toda la época clásica, pero en el helenismo cedió terreno ante Alejandría. Su decadencia continuó en el período romano, en el que se le permitió como privilegio mantener su constitución griega. Ésta era la cuna de Ateneo: una ciudad griega en suelo egipcio, con un pasado de esplendor económico y cultural, y que se había convertido en parte del Imperio Romano. Náucratis fue patria de otros intelectuales destacados y contemporáneos de Ateneo, en concreto Proclo el maestro de Filóstrato, Julio Pólux el lexicógrafo, Ptolomeo el rétor, y un tal Apolonio del que nos habla Filóstrato³; seguramente el florecimiento de todas estas figuras más o menos por la misma época no fue casual. De todos modos, Ateneo no parece haber guardado muy buenas relaciones con la mayoría de sus compatriotas, especialmente con Pólux, del que lo separaban motivos culturales⁴ y sobre todo políticos, ya que el lexicógrafo gozaba del favor del emperador Cómodo, mientras que, como

veremos, Ateneo se sitúa en el bando opositor a éste. La hostilidad que el autor manifiesta continuamente contra Atenas (y que contrasta, en cambio, con su filorromanismo) tiene posiblemente también que ver con el hecho de que los otros naucratitas ilustres desarrollasen su actividad en dicha ciudad, mientras que Ateneo, que careció de reconocimiento oficial, se movió más bien en la órbita romana⁵.

Del linaje de Ateneo, así como de las fechas de su nacimiento y muerte, no sabemos nada. Tampoco es posible precisar el momento de composición del *Banquete de los eruditos*, aunque pueden intentarse algunas aproximaciones. El término *post quem* nos lo proporciona la mención que se hace en XII 537 F del emperador Cómodo, sucesor de Marco Aurelio, que reinó entre el 180 y el 192. Ateneo se refiere a él como contemporáneo, aunque sus palabras, que incluyen un juicio negativo hacia la persona de Cómodo, inducen a pensar que éste ya ha fallecido en el momento en que se escribe o publica la obra. En I 20 C se alude también como contemporáneo a Menfis el bailarín, del que tenemos noticias por la *Historia augusta*⁶, y que fue muerto por orden del mismo Cómodo en el año 189 o 190. Con estos datos encajan igualmente en primer lugar la cronología de Galeno (muerto en los primeros años del s. III a. C.), que aparece como uno de los personajes del banquete⁷; en segundo lugar, la vinculación de Larensio, el anfitrión, con Marco Aurelio⁸; y, finalmente, la noticia de la *Suda*, que centra la vida de Ateneo en el reinado de este mismo emperador. Vemos, por tanto, que todos los indicios cronológicos apuntan a la época de los Antoninos. Las referencias culturales más recientes de la obra pertenecen así mismo a la época de Adriano y los Antoninos. En cambio, hay una ausencia total de datos cronológicos del período Severo. Por consiguiente, la juventud de Ateneo debió de coincidir con el reinado del emperador Adriano, del que tiene un juicio altamente positivo, y a cuyos tiempos se refiere siempre con nostalgia; en contraposición con ello está el desdén que el autor muestra por la situación política de su madurez, momento que se corresponde con la composición de la obra. Lo más probable es que ésta se escribiera tras la muerte de Cómodo, aunque es de suponer que no mucho después, seguramente en el reinado de Septimio Severo (años 193-211). Incluso cabría circunscribir la datación de la obra al período que va del año 192, en que muere Cómodo, al 195, durante el que está en vigor la *damnatio memoriae* decretada contra él por el Senado, antes de que Septimio Severo lo rehabilitara⁹.

De acuerdo con todo lo dicho, debe descartarse para el *Banquete de los eruditos* una fecha de composición más tardía (concretamente posterior al año 228, en el reinado de Alejandro Severo), como defendieron en su día una serie de autores, entre los que se encuentran los últimos editores de la obra: Schweighäuser, Kaibel y Desrousseaux¹⁰. Esta hipótesis se basa en la identificación de uno de los personajes, Ulpiano de Tiro (del que Ateneo dice en XV 686 C que falleció a los pocos días de la celebración del banquete), con un célebre jurista, Domicio Ulpiano, cuya muerte se creía que había tenido lugar en ese año, aunque hoy se fija en el 223¹¹. Sin embargo dicha identificación (propuesta por Schweighäuser) es problemática debido a varios motivos. Por una parte, nos obliga a situarnos más de veinte años después de la muerte de esos otros personajes que Ateneo menciona como contemporáneos, lo cual parece demasiado tiempo. Además, es del todo imposible que Galeno y Ulpiano el jurista estuvieran cenando juntos en el 223; recurrir al expediente de que Ateneo mezcla personas de épocas diversas, como hacen Platón y Jenofonte, no resulta una explicación aceptable, a la vista de la crítica a este procedimiento que hace el propio autor en V 215 D. Por otro lado, la muerte violenta del jurista (que fue asesinado por los pretorianos, según Dión Casio¹²), se contradice con el plácido fallecimiento que Ateneo atribuye a su Ulpiano. Mucho más plausible resulta la propuesta de Dittenberger¹³, aceptada también por C. B. Gulick¹⁴, y luego desarrollada por B. Baldwin¹⁵, que ve en el citado personaje no a Ulpiano el jurista, sino a su padre, al que podemos situar como contemporáneo de Galeno y las otras figuras históricas aludidas. Además, y también por cuestiones cronológicas, a este Ulpiano *senior* le cuadra mejor que a su hijo la afirmación que hace en XV 677 B de haber conocido al poeta Pancrates, de época de Adriano.

En otro orden de cosas, teniendo en cuenta los intereses culturales de Ateneo y su origen egipcio, lo más probable es que haya visitado Alejandría, donde la gran Biblioteca adscrita al Museo seguía funcionando como centro cultural y de estudio de primera magnitud¹⁶, y donde el comercio del libro tenía su sede principal. De hecho el autor parece considerar la capital de Egipto como una especie de «patria espiritual», cuando en XII 541 A se refiere a sus habitantes como «mis alejandrinos».

También se piensa que, como muchos otros intelectuales y poetas en lengua griega de su época, Ateneo se trasladó en algún momento a Roma. Era lógico que los eruditos como él se sintieran atraídos por la capital del Imperio, donde tenían la oportunidad de encontrar el

apoyo de algún romano influyente, y donde existían buenas bibliotecas. El hecho de que la acción del *Banquete*, en el que el propio Ateneo toma parte, se sitúe en Roma, abona esta teoría, que se ve apoyada así mismo por el conocimiento que demuestra el autor de las costumbres romanas contemporáneas. Parece igualmente probable que Ateneo contara con el patronazgo de P. Livio Larense, al que se identifica con el personaje de Larensio, el anfitrión del banquete. La crítica que hace Ateneo de Cómodo y sus pretensiones teocráticas coinciden con las ideas políticas de Larensio, de quien sabemos por la *Historia Augusta*¹⁷ que se encontraba entre los partidarios de Pértinax, y disentía de la política de Cómodo.

Poco más puede decirse de la vida de Ateneo, salvo que al menos escribió, que sepamos, otras dos obras de géneros diversos, citadas por él mismo en el *Banquete de los eruditos*: un tratado histórico titulado *Sobre los reyes de Siria* (mencionado en V 211 A), y una monografía en la que comentaba un pasaje de la comedia *Los peces* de Arquipo (citado en VII 329 C).

2. LA OBRA DE ATENEO EN EL CONTEXTO DE LA LITERATURA GRIEGA DE LOS SIGLOS II-III D. C.

Aunque desde el año 27 a. C. la Hélade había pasado a formar parte del Imperio Romano como una provincia más, la cultura griega supo mantenerse viva y sin perder su capacidad creativa a través de todo el largo período de dominación romana. Es verdad que ésta no es una época de grandes figuras, y que por lo general, sobre todo a partir del triunfo de la segunda sofística, las obras literarias muestran una excesiva influencia de la retórica, a la vez que suelen adolecer de una erudición que cae en la pedantería. Pero, en contrapartida, la producción literaria es abundantísima, y pese a que en conjunto esta época carece de la originalidad del clasicismo y el helenismo, aún es capaz de crear algunos nuevos géneros, como la novela, la epistolografía y la biografía, a la vez que se observa un renacimiento de la poesía.

Por otro lado, la tradicional valoración negativa de estos siglos ha sido revisada a partir de la célebre monografía de B. P. Reardon¹⁸. Este autor ha introducido una nueva perspectiva en el estudio de la Grecia de época romana, que se valora ahora como una etapa de transición de lo antiguo a lo moderno, en la que los griegos consolidan su grandiosa herencia cultural, para transmitirla a continuación a la nueva civilización bizantina que poco a poco va

surgiendo, marcada ya por el cristianismo, y, en definitiva, a toda la posteridad¹⁹.

En los seis siglos que comprende en la historia de Grecia la época imperial romana, el siglo II y el comienzo del III, época en que precisamente desarrolla su actividad Ateneo de Náucratis, constituyen un período de renacimiento cultural, y suponen una etapa clave en la consolidación y desarrollo de la tradición cultural pagana, sobre las bases ya puestas por el helenismo. Reardon ve una clara explicación histórica que da cuenta de este proceso y justifica las características de la producción literaria del momento. La Grecia del s. II, plenamente consciente de su tradición, ve amenazada su identidad cultural por el dominio político de Roma (pese a la tradicional sumisión de los romanos a la cultura griega). Como reacción, los autores griegos buscan sus raíces en el pasado, a la vez que pierden el interés por lo contemporáneo. Son plenamente conscientes del poderío de Roma, y lo aceptan, pero se despreocupan de él. Su interés se centra en conservar la cultura griega, que temen que no sobrevivirá «sin esa preservación consciente y casi artificial»²⁰. El respeto a la autoridad y la imitación de los modelos antiguos se convierte así en el eje de toda la producción literaria, que es en estos siglos fundamentalmente libresca. En Ateneo, por ejemplo, como ha puesto de manifiesto G. Zecchini, es palpable la nostalgia por el Egipto Ptolemaico del s. III a. C., y en general un gran interés por la primera época del helenismo. Con ello se inserta en una corriente en vigor durante la época de los Antoninos, sobre todo en la Grecia Oriental, que busca sus raíces en la etapa previa a la nivelación operada por el dominio político de Roma²¹.

El afán erudito, que constituye una de las características de esta época, no es más que una vertiente del proceso que hemos expuesto más arriba. El ansia por conocer y conservar la herencia cultural del pasado en todas sus facetas lleva a muchos autores a buscar y atesorar ávidamente todo tipo de datos, acudiendo al estudio de las fuentes más diversas, a menudo libros raros y difíciles de conseguir. Esta actividad se ve favorecida por la proliferación de las bibliotecas, tanto públicas como privadas, que coincide además con el florecimiento del comercio del libro.

Los eruditos del momento, entre los que Ateneo es una de las figuras más destacadas, sienten interés por todo tipo de temas: historia, geografía, ciencias, literatura, gramática, lexicografía, curiosidades y anécdotas de todas clases... En esto, como apunta

Reardon²², son en buena parte herederos de la escuela de Aristóteles, si bien carecen del interés por la razón y la búsqueda de verdades científicas que dirige la actividad de aquélla. Naturalmente, ese esfuerzo recopilador no se orienta a la satisfacción de un mero afán personal de coleccionista. Al contrario, los eruditos de la época se sienten impulsados a transmitir sus variados conocimientos a la posteridad, contribuyendo así de un modo decisivo a la preservación de la cultura griega. Y lo hacen precisamente a través de sus creaciones literarias, sea cual sea el género al que éstas pertenezcan.

Ahora bien, el componente erudito se manifiesta en diverso grado según los escritores; en este aspecto, Ateneo representa un caso extremo, hasta el punto de que en su obra el revestimiento literario da la impresión de ser un simple pretexto del que se sirve el autor para plasmar por escrito sus ingentes conocimientos. Sin embargo, al contrario de lo que a menudo suele pensarse, el *Banquete de los eruditos* no se reduce a ser un mero elenco de citas y noticias agrupadas en desorden, y tampoco es cierto que Ateneo no tenga otra intención al componerlo que la meramente erudita. Por una parte, como tendremos ocasión de ver, el autor ha creado una obra que responde a las características del género al que se adscribe, el simposio. Además, la ha dotado de una estructura interna coherente, adaptando el desarrollo de la acción a las diferentes partes del festín; los textos aducidos van surgiendo a lo largo de una acción y un diálogo que los explican, los justifican y les dan sentido. Por otro lado, es evidente en el texto una intencionalidad cómica y satírica del autor, que aflora continuamente en los diálogos. Además, Ateneo no contempla el acopio de información como algo vano y estéril, sino que para él la adquisición de conocimientos es algo que produce satisfacción, un placer que quiere compartir con el lector.

Es importante tener en cuenta que, como acabamos de indicar, la erudición de Ateneo está plagada de elementos cómicos²³. Un primer rasgo de humor se atisba ya en el propio título, en griego *Deipnosophistai* (literalmente algo así como «Los eruditos del banquete»)²⁴, un compuesto con resonancias cómicas creado por el autor. Lo mismo podemos decir también del comienzo de la obra²⁵, que es indudablemente una parodia del *Fedón* platónico. Pero ese componente humorístico se hace patente sobre todo en los frecuentes enfrentamientos dialécticos entre los personajes (divididos *grosso modo* en dos bandos, filólogos y filósofos), cargados de pullas, ironías, y juegos de palabras, así como en una vena satírica que se dirige por igual contra unos y otros. La abundante presencia de citas de comediógrafos, además de algunos autores paródicos, es así

mismo indicativa de la inclinación humorística del autor. Aún más, en sus conversaciones con Timócrates Ateneo ironiza incluso a propósito de su propia obra, como puede verse en VI 222 B, VII 330 C y VIII 365 E. Esta perspectiva no puede ser olvidada a la hora de examinar y valorar a Ateneo, que dista de ser un erudito frío y serio, como muchas veces se piensa.

Ateneo no presenta los datos de una manera impersonal y aséptica, sino que, muy al contrario, se muestra a menudo cargado de intenciones críticas. Así, por ejemplo, en los filólogos censura sobre todo la pedantería²⁶ y el aticismo exagerado. Contra los filósofos en general manifiesta una actitud desconfiada y hostil²⁷, excepción hecha quizás del amargo moralismo de la diatriba cínica. Son especialmente virulentos los ataques que dirige contra Platón²⁸, que se desarrollan sobre todo en dos secciones de la obra (V 215 A-221 A y XI 504 E-509 E). Si en los filólogos censura la hipercrítica, de las escuelas filosóficas rechaza sobre todo su pretensión de erigirse en un sistema de valores completo y el mantener comportamientos disconformes con los códigos éticos que pregonan. Ataca también la extravagancia y el exceso de lujo, los vicios y las aspiraciones divinas de los gobernantes.

El *Banquete de los eruditos* pone ante nosotros una ingente cantidad de noticias sobre los temas más variados, aunque siempre relacionados de uno u otro modo con lo simposíaco²⁹: cuestiones culinarias, vinos, medicina, biología, música, gramática, lexicografía, literatura, etnografía, historia, anécdotas de todo tipo, etc. Todo esto puede ser en sí un defecto, por cuanto la obra resulta a menudo artificial y de lectura demasiado prolija; pero al mismo tiempo constituye el mayor mérito del autor. Ateneo no ha pasado a la historia como una gran figura literaria, pero sí como una de las mayores y más valiosas fuentes para el conocimiento de muy diversos aspectos de la cultura griega. Como por lo general suele poner cuidado en indicar los autores y obras de los que obtiene su información, y además se interesa especialmente por escritos raros y ya poco conocidos en su tiempo, que no han llegado hasta nosotros por transmisión manuscrita, Ateneo se ha convertido en una importantísima vía indirecta para el conocimiento de gran cantidad de escritores, especialmente de los cómicos fragmentarios, pero también de líricos, trágicos y épicos (por ejemplo es fuente fundamental de Arquétrato de Gela y Matrón de Pítane), historiadores (sobre todo de época helenística, de los que constituye, con mucho, la fuente principal), así como autores de tratados médicos, gramaticales, etc. El *Banquete de los eruditos* representa

para la literatura griega algo semejante a lo que las *Noches Áticas* de Aulo Gelio son para la literatura latina.

La cuestión de si Ateneo conoce de primera mano las obras que cita, o si se basa, a su vez, en fuentes intermedias, ha dado lugar a largas controversias³⁰. Resulta ejemplar en este sentido la monografía ya citada de G. Zecchini, que se plantea el análisis en profundidad de las citas de los historiadores y obras que podríamos denominar «parahistóricas» en Ateneo. Las conclusiones de Zecchini, que seguramente se pueden trasladar igualmente a los otros campos del saber que toca la obra, son que Ateneo lee directamente a buena parte de los autores que cita, aunque con frecuencia también obtiene su información por vía indirecta, sobre todo a través de léxicos o de catálogos. Por otro lado, Ateneo es capaz de ejercer una acción crítica sobre sus fuentes, tanto en lo que respecta a cuestiones textuales como de contenido³¹.

En otro orden de cosas, hemos apuntado antes que, en general, los escritores griegos de este período afectan dar la espalda a Roma. Ateneo, sin embargo, muestra una actitud bastante receptiva al respecto, en la línea de Plutarco o Dión Casio. Lo que decimos queda en evidencia ya por el hecho mismo de que la acción de la obra se sitúe en la capital del Imperio, durante una fiesta típicamente romana (las Parilias) y con un anfitrión y algunos participantes romanos. Además, Ateneo nos ofrece frecuentes noticias sobre Roma, sus costumbres, sus grandes hombres, etc., tanto del pasado como de época contemporánea, y su testimonio directo merece ser tenido en cuenta para el estudio de la Roma imperial de su tiempo. También en el campo lexicográfico se alude en ocasiones a términos latinos, y de la discusión al respecto en III 121 F ss. se desprende el reconocimiento por parte de Ateneo del bilingüismo de los griegos afincados en Roma, así como su aceptación justificada de ciertos préstamos latinos, actitud que se conjuga con su aversión hacia el aticismo exagerado. De cualquier modo, Ateneo no está interesado por la literatura latina; los datos sobre la historia de Roma que no conoce por propia experiencia los toma de fuentes griegas, y las pocas citas de autores latinos que incluye las conoce, como demuestra Zecchini, por vía indirecta. Ni siquiera está claro que haya tenido un buen conocimiento del latín, ya que en realidad la mayoría de las palabras latinas que cita pudo tomarlas sin problemas de léxicos o de obras análogas.

En definitiva, el *Banquete de los eruditos* posee muchos de los defectos y virtudes que se achacan a la producción literaria del momento: relativa falta de originalidad, tono erudito, culto al

pasado, salvaguarda de la tradición cultural helénica. Por todo ello la obra de Ateneo resulta un producto típico de su tiempo. Hay, no obstante, otros rasgos peculiares que caracterizan al autor, en concreto los elementos cómicos y satíricos (que recuerdan a *El Banquete* o *Los lapitas* de Luciano, e incluyen una crítica a la filosofía y un rechazo del aticismo extremo) y la valoración y aceptación de lo romano. Además, Ateneo se sustrae en buena medida al influjo de la Segunda Sofística, entonces en apogeo, manifestando una influencia de la retórica mucho menor que la que se observa en la generalidad de sus contemporáneos³².

3. EL «BANQUETE DE LOS ERUDITOS» EN EL MARCO DE LA LITERATURA SIMPOSÍACA

Ateneo de Náucratis eligió como cauce literario un género que contaba con una tradición de varios siglos, el «simposio» o banquete. Dicha elección no fue casual: además de prestarse especialmente al desarrollo de charlas de contenido erudito, el género proporciona al autor la posibilidad de extenderse sobre los temas que más le interesan, que son precisamente todos los que tienen que ver con lo simposíaco (en su dimensión tanto «real» como «literaria»). Así, la obra se nos presenta como la narración de lo acaecido durante un banquete, en el que la conversación, a su vez, gira en torno al tema del banquete. O, dicho de otro modo, Ateneo emplea el banquete al mismo tiempo como contexto y como tema de su discurso³³.

El simposio constituye un género prosístico³⁴, cuyo modelo clásico es el *Banquete* de Platón. Aunque existían precedentes, fue este autor quien le confirió unas directrices y una estructura bien definidas, marcadas por la técnica del diálogo narrado. Conforme a ella, el contenido de la obra se expresa a través de las conversaciones que tienen lugar entre diversos personajes en el transcurso de un festín. A su vez, ese diálogo no se nos presenta de un modo directo, sino que la charla en cuestión es relatada *a posteriori* a otra persona por uno de los personajes que estuvieron presentes, o incluso por alguien que, a su vez, lo conoce de segunda mano, por habérselo oído contar previamente a un tercero. Se adopta la convención de que el narrador (que puede o no identificarse con el autor) es capaz de recordar con gran detalle las palabras de cada comensal, por más que a veces afirme no acordarse de todo con exactitud. No hay una norma fija sobre el tiempo que transcurre entre la celebración del banquete y el momento de su narración, que puede ser de unos días o de varios años (caso del *Banquete*

platónico). Tampoco es obligatorio que la acción de la obra se sitúe en época contemporánea del autor³⁵. Las conversaciones, llenas de discusiones y opiniones enfrentadas, confieren a la obra simposíaca un tono dramático³⁶, a la vez que permiten al autor dar una ficticia sensación de objetividad, ya que supuestamente reproduce las palabras y opiniones de otros.

Antes de seguir adelante con el estudio de las características del «simposio» en general, y su reflejo en el *Banquete de los eruditos* en particular, conviene detenerse un momento en las opiniones que el propio autor manifiesta al respecto. En efecto, en el libro V, si bien de un modo no sistemático, Ateneo introduce una serie de notas críticas sobre el género que él mismo cultiva, comentando ciertos aspectos de los *Banquetes* de algunos de sus predecesores, en concreto los de Jenofonte, Platón y Epicuro. A través de los reproches o elogios que les dispensa, va exponiendo diversos rasgos y elementos que, en su opinión, debe poseer una obra de este tipo y, al contrario, otros que debe evitar.

En concreto, Ateneo considera que un *Banquete* debe comenzar con un prólogo que incluya la exposición del motivo del festín, las personas presentes, y el momento y lugar en que aquél se desarrolla³⁷. Por su parte, los personajes deben ser representantes de distintos campos del saber (también admite que algunos sean simples particulares), y defender opiniones contrapuestas entre sí, a fin de conferir variedad y gracia a la obra³⁸. Además, el autor debe hacer que sus personajes se comporten de una manera decorosa³⁹, aunque ello no tiene por qué impedir que se introduzcan en la obra distracciones y diversiones de buen gusto⁴⁰. Finalmente, para el de Náucratis son totalmente rechazables los anacronismos, el falseamiento de hechos reales, y la mezcla de personajes de épocas dispares⁴¹. En esto se muestra en abierta contraposición con el modelo platónico, ya que a Platón no le preocupa en absoluto incurrir en anacronismos.

Aunque lamentablemente los primeros libros de la obra faltan en los manuscritos⁴², conservamos un resumen que nos ilustra sobre su contenido, y deja ver que, de acuerdo con las convenciones del género, el *Banquete de los eruditos* se iniciaba con el consabido diálogo-marco entre el personaje que va a actuar como narrador (en este caso el propio Ateneo) y el amigo que desea enterarse de los pormenores (un tal Timócrates). La conversación entre ambos se nos presenta ya iniciada (otra de las constantes del género), y constituye un prólogo que pone al lector en antecedentes sobre el otro diálogo,

el que constituye la parte central de la obra⁴³, su importancia, y los personajes que tomaron parte en él. No queda claro cuánto tiempo ha transcurrido entre la celebración del banquete y el encuentro de Ateneo y Timócrates, aunque el vivo interés de éste por informarse de lo allí ocurrido podría apuntar a que se trata de un acontecimiento relativamente reciente.

El diálogo-marco ofrece una estructura simple: Ateneo, que ha estado en la fiesta, narra lo ocurrido a Timócrates directamente, sin intermediarios. El mismo procedimiento se observa en el *Banquete de los siete sabios* de Plutarco. En cambio, tanto en el *Banquete* de Platón como en *El banquete o Los lapitas* de Luciano, otros de los precursores de Ateneo, encontramos un marco complejo, en el que el narrador no conoce los hechos de primera mano, sino de oídas, a través del relato de otra persona que sí ha tomado parte en ellos⁴⁴. Ahora bien, en el caso del *Banquete de los eruditos*, el diálogo-marco no queda restringido al comienzo y al final absolutos de la obra, sino que, como veremos, se va repitiendo en los diversos libros. La gran extensión del texto hacía necesaria esta mayor complejidad estructural.

Aunque, de acuerdo con el modelo platónico, la convención del género manda que la acción tenga lugar durante la sobremesa del banquete, Ateneo ha preferido desarrollar el diálogo a lo largo de todas las fases de éste. De este modo, el autor se concede más margen para introducir todo el caudal de su saber⁴⁵, sin tener que alargar desproporcionadamente la segunda parte del festín, en la que, retiradas las mesas, los comensales pasan a beber y charlar. Además, la cena le ofrece continuos pretextos para tratar de cuestiones culinarias, por las que siente especial interés. Este hecho es, al mismo tiempo, reflejo del cambio que han experimentado con el tiempo las costumbres simposíacas griegas: mientras que en la época clásica la parte más importante y ritualizada del banquete era precisamente el *pótos*, la sobremesa en torno a las copas, en época helenística y romana la mezcla de influencias externas ha llevado a que también la cena en sí, el *deîpnos*, cobre importancia⁴⁶. Por otro lado, Ateneo no es innovador en esto, ya que encontramos precedentes literarios en otras dos obras de época romana, las *Charlas de sobremesa* de Plutarco, y el *Banquete* de Luciano, quien también se complace en mencionar los platos servidos.

En el *Banquete* platónico la charla no se desarrolla libremente, sino que los interlocutores disertan por turnos, siguiendo un orden protocolario; Ateneo, lo mismo que Jenofonte, Plutarco y Luciano,

no imita en esto a Platón, sino que prefiere dejar que la conversación fluya de un modo natural, como ocurriría en una reunión simposíaca real.

Hay, finalmente, otros detalles menores en los que Ateneo sigue a sus predecesores en el género, como son la irrupción de un personaje no invitado (aquí un cínico anónimo al que se alude de pasada en VII 307 F), y alguno que llega tarde (el mismo cínico aludido y el citaredo Amebeo, al que se hace referencia en XIV 622 D-E). La presencia de médicos entre los invitados (cuatro en la obra de nuestro autor: Galeno, Dionisocles, Dafno y Rufino) es un motivo que se encuentra también en los *Banquetes* de Platón, Plutarco y Luciano. Finalmente, el tema erótico, que es el más característico del género simposíaco, por ser el eje del *Banquete* de Platón, está así mismo reflejado en la obra de Ateneo, que le dedica un libro entero, el XIII⁴⁷.

La adscripción al género simposíaco no agota, sin embargo, la descripción del *Banquete de los eruditos*. En efecto, la obra, por su contenido, merece ser también considerada en el ámbito de la literatura gastronómica⁴⁸, de la que tan a menudo aduce Ateneo testimonios, en su doble vertiente de «libro de cocina» y de «ideario» del aficionado a la buena mesa. Al hilo del desarrollo de los aperitivos y la cena, los productos culinarios, con sus variedades, características, procedencias, y efectos sobre la salud, constituyen el principal tema de conversación de los eruditos, aunque las recetas de cocina en sí no sean demasiado abundantes. En el plano más ideológico, se defiende un género de vida frugal, cuyo modelo se encuentra en los tiempos antiguos (griegos y romanos), en el que el placer debe verse contenido por un estricto código ético, frente a los excesos «modernos», por más que el banquete en el que participan los eruditos de Ateneo sea uno de los más lujosos y abundantes de los que se tiene noticia; un rasgo más del humor irónico de Ateneo.

Al mismo tiempo, buena parte de las citas son traídas a colación en el contexto de discusiones sobre temas léxicos y gramaticales. Ateneo toma postura en un debate lingüístico que se desarrolla en la cultura griega de época antonina, oponiéndose a quienes defienden la pureza a ultranza de la tradición ática. Su postura es moderada, abierta al neologismo o al préstamo lingüístico justificados, como se ve en III 121 F ss. a propósito de los préstamos latinos, y muy crítica, en cambio, con los defensores de un aticismo extremado y pedante⁴⁹. Aunque los personajes de Ateneo aceptan que, en general, el empleo del vocabulario debe estar sancionado por una autoridad,

para lo cual acuden una y otra vez al modelo de los autores antiguos, lo hacen sin discriminación de dialectos ni preferencia de época. Es también frecuente que se despliegue ante nuestros ojos un amplio elenco de variantes dialectales testimoniadas para una misma palabra, que se trate de la evolución de los significados, y que se hagan incursiones en el campo de la etimología. Todo ello nos introduce de lleno en los ámbitos de la lexicografía y la gramática, en los que Ateneo merece ocupar también un lugar destacado, aunque estos contenidos no se desarrollen de una forma sistemática en su obra.

4. ESTRUCTURA DE LA OBRA

A pesar de que el *Banquete de los eruditos* aparece en la tradición manuscrita dividido en quince libros, ha venido defendiéndose tradicionalmente la idea de que en origen el texto constaba de treinta libros, que en algún momento se resumieron en los quince actuales. El estudio de la estructura interna de la obra no puede hacerse sin tener en cuenta esta cuestión fundamental.

La tesis de que lo que hoy conservamos es sólo un resumen de la redacción original del *Banquete* de Ateneo parte de una serie de anotaciones marginales que aparecen en el manuscrito A⁵⁰. Dichas anotaciones apuntan a que el modelo del que se copia tiene treinta unidades, que se han venido interpretando como treinta libros. De este modo se llegó a la *communis opinio*⁵¹ de que la versión extensa⁵² del *Banquete de los eruditos* que hoy conocemos es un resumen, y no la obra completa, que habría tenido doble tamaño. Concretamente se venía considerando que en los actuales libros I al VII estarían a su vez comprimidos los catorce primeros de la versión original; los libros VIII y IX se corresponderían respectivamente con los libros originales XV y XVI; y los seis restantes (actuales X-XV) tendrían que ser el resumen de otros catorce libros.

Sobre la cuestión de las anotaciones marginales de A, que pueden tener una interpretación distinta a la que hasta hace poco se les venía dando, véase más adelante el apartado dedicado a la transmisión del texto. Por el momento vamos a ocuparnos de otra serie de argumentos de diverso tipo que se han venido aduciendo en apoyo de la idea de que la obra de Ateneo tenía en origen una extensión mucho mayor que la actual. Los más importantes son los siguientes:

1) Kaibel, en la introducción a su edición del *Banquete de los eruditos*, sostiene la tesis de que el romano Macrobio utilizó como

fueron una fuente directa para sus *Saturnalia* a Ateneo, pero que conocía una versión de su obra más amplia que la actual. En defensa de su teoría dedica varias páginas⁵³ a comparar y comentar diversos pasajes de Ateneo y Macrobio. Sin embargo, sus argumentos han sido convincentemente refutados por G. Wissowa⁵⁴, quien ha demostrado que en realidad ambos autores se sirvieron en parte de fuentes comunes, además de compartir algunos elementos tradicionales de la literatura simposíaca.

2) La *Suda* cita a Ateneo en Δ 1152 como fuente para varios títulos del comediógrafo Diodoro de Sínope. El primero de ellos, *La flautista*, se dice que aparece en el libro X de Ateneo, y así es en efecto (se menciona en X 431 C). Los otros dos, *La heredera* y *Los asistentes a la festividad*, se dice que son citados en el libro XII. Este dato, sin embargo, no concuerda con el texto de Ateneo. De hecho, *Los asistentes a la festividad* no se encuentra mencionado por el autor. *La heredera*, en cambio, sí que aparece, pero no en el libro XII, sino en el VI (en 235 E y 239 A). Pues bien, a la vista de estos datos, Desrousseaux⁵⁵ concluye que estamos ante un claro indicio de que la *Suda* tuvo noticia de una primitiva versión del *Banquete de los eruditos* en treinta libros. Según este autor, el libro XII al que se refiere la *Suda* no es el actual, sino el de la antigua redacción en treinta, que en la versión que hoy poseemos se correspondería con el libro VI, según la ecuación 12 de 30 = 6 de 15; esto explicaría la discordancia de los datos. Aunque, en la introducción a su edición de la *Suda*, A. Adler indica que este léxico conoce una versión del *Banquete de los eruditos* en quince libros⁵⁶, no sería imposible, de acuerdo con Desrousseaux, que por contaminación de fuentes hubiera quedado huella de la supuesta división de la obra en treinta. De hecho sabemos que los datos sobre los títulos de comedias no los toma la *Suda* directamente de Ateneo, sino de una fuente intermedia, posiblemente el léxico de Hesiquio (del que en la actualidad sólo conservamos un epítome).

Sin embargo, la tesis de Desrousseaux carece de fundamento. Para empezar, sería raro que la *Suda* sólo mostrase una única huella de la división del *Banquete de los eruditos* en treinta libros⁵⁷, siendo unánimes sus restantes testimonios en aludir a la que nosotros conocemos, en quince. Pero es que además puede aducirse otro pasaje en el que el libro indicado por la *Suda* no coincide con el texto de Ateneo, y donde queda descartada una explicación paralela a la que da Desrousseaux para Δ 1152. En efecto, en Δ 3012 se atribuye al libro XIV de Ateneo la mención de tres comedias de Érifo, *Eolo*, *El soldado de infantería* y *Melibea*. Pues bien, dichas

obras son, en efecto, citadas por Ateneo, pero no en el libro XIV, sino en IV 134 C (*Eolo*); III 84 A, VII 302 E y XV 692 F (*Melibeia*); y IV 137 D (*El soldado de infantería*). En este caso no cabe suponer que el libro XIV aludido sea el de la supuesta versión en treinta, y haya, por tanto, que identificarlo con el actual libro VII, pues las citas de Érifo se reparten por otros muchos libros de Ateneo además del VII.

La única conclusión que puede sacarse de todo esto es que la *Suda* no siempre es exacta al atribuir su información a un libro concreto del *Banquete de los eruditos*. No es ésta la única vez en que el texto de la *Suda* se muestra incorrecto o corrupto al citar a Ateneo; por ejemplo en II 1708 adscribe a Platón el cómico una serie de comedias que el de Náucratis (al que se cita como fuente, esta vez sin especificar el libro) atribuye en realidad a Batón; entre ellas hay además una titulada *Los asistentes a la festividad* que, curiosamente, no aparece mencionada en la obra de Ateneo, lo mismo que ocurre con la comedia homónima de Diodoro de Sínope. Parece claro, por tanto, que cuando cita a Ateneo el texto de la *Suda* presenta a menudo corrupciones, errores o inexactitudes, y que las divergencias entre ambas obras no pueden achacarse sin más a que el *Banquete de los eruditos* haya tenido una versión más extensa que la que hoy conocemos. Y, desde luego, no hay constancia alguna de que la *Suda* haya conocido una división de la obra en treinta libros, en contra de lo que defiende Desrousseaux.

3) En el libro XII, que no recoge la charla de los eruditos, sino que se presenta como un largo *excursus* dirigido por Ateneo a Timócrates, en un momento dado (XII 541 A) el autor habla de «mis alejandrinos». Ahora bien, como Ateneo no es oriundo de Alejandría, sino de Náucratis, Kaibel⁵⁸ piensa que estas palabras no estaban originariamente en boca del autor, sino de otro de los personajes, concretamente de Plutarco de Alejandría. Según Kaibel, quien resumió la obra alteró además la forma dialogada del libro, o, habría que decir, los libros originales, obviando las intervenciones de los personajes. Aunque lo hizo de una manera perfecta, y consiguió dar a todo el libro XII el aspecto de una digresión de Ateneo, quedó este pequeño detalle como huella de la primitiva versión más extensa y en forma de diálogo.

Sin embargo, la importancia que da Kaibel a este detalle, y la conclusión que de él extrae, son exageradas. No resulta tan llamativo que Ateneo, que procede de suelo egipcio y posiblemente viviría un tiempo en Alejandría, considerase esta ciudad como una especie de patria espiritual, lo mismo que otros participantes en el banquete

tienen por tal a Atenas, pese a ser de otras procedencias. Así Ulpiano de Tiro, en IX 366 A, habla de «mis compatriotas atenienses», y en IX 406 D dice «en mi Eleusis». También Mírtilo de Tesalia, en XIII 583 D, dice «pues en nuestra hermosa Atenas...». El argumento de Kaibel pierde, por tanto, fuerza, y aún más si tenemos en cuenta que, como él mismo indica, el libro XII mantiene coherentemente en toda su extensión la forma de un *excursus* que Ateneo dirige a título propio a Timócrates⁵⁹ y que, en fin, la supuesta forma dialogada anterior no ha dejado huella alguna, si descartamos ésta.

4) Hay una serie de libros que, en su totalidad o en parte, presentan aspecto de léxico o catálogo. Estos catálogos, que versan sobre todo tipo de temas (panes, vegetales, instrumentos musicales, peces, copas de beber, cortesanas, glotones, etc.) algunas veces son desarrollados por el propio narrador (así ocurre por ejemplo con el de los peces del libro VII); otras, son recitados por un único personaje (como hace Plutarco de Alejandría con las copas en el libro XI); y otras, finalmente, se exponen ante el lector en una mezcla de narración y diálogo (véase por ejemplo el catálogo de frutas del libro III). Además, en varios libros el diálogo se reduce a larguísimos parlamentos de dos o tres personajes. Ello sería debido, de nuevo según Kaibel⁶⁰, a la actuación del epitomador, que, más interesado por la brevedad que por la elegancia de la obra, la resumió comprimiendo o incluso suprimiendo diálogos y dándole dicho formato. De este modo se habría eliminado con frecuencia la transición entre temas, pasándose de unos a otros sin solución de continuidad. Sin embargo, este defecto de composición puede igualmente achacarse al autor, al que le interesa fundamentalmente exponer sus conocimientos, aunque ello vaya en detrimento de la perfección formal de la obra. Así por ejemplo, en VII 277 C Ateneo le dice a Timócrates que, para que lo recuerde más fácilmente, hará una lista alfabética de los pescados consumidos y lo que sobre ellos se dijo; algo parecido dice también en IX 368 F, y en XIV 616 E, donde explica que, para resumir, va a omitir la indicación de los interlocutores. En unos casos esta presentación puede deberse a que el autor no ha elaborado demasiado el material que maneja, por lo que el texto podría delatar la forma y ordenación de alguna posible fuente lexicográfica. Otras veces parece que el propio Ateneo se ve en la necesidad de no extenderse más de la cuenta, y lo hace prescindiendo de la parte que menos le interesa, el diálogo, para poder centrarse en la exposición de los contenidos eruditos. Además, los catálogos son una manifestación del gusto por la variedad que continuamente se hace patente en Ateneo.

5) K. Mengis, en un amplio estudio dedicado al *Banquete de los eruditos*⁶¹, encuentra una serie de datos discordantes que le llevan a concluir que hubo una persona que no se limitó a comprimir los treinta libros primitivos en quince, sino que además reelaboró completamente la obra, reuniendo en un único simposio lo que en el original eran varias cenas, que tenían lugar en días diversos en casa de Larensio, el anfitrión del banquete. Los argumentos que aduce son los siguientes:

En el libro X 459 B se dice que termina una jornada: «Puesto que también a nosotros nos ha sorprendido la tarde mientras considerábamos las palabras que se dijeron, dejemos para mañana la conversación sobre el tema de las copas». De estas palabras deduce Mengis que aquí terminaría uno de los varios banquetes originales refundidos en uno. En el libro siguiente se menciona el comienzo de una nueva jornada: «Pues habiéndonos reunido temprano...» (XI 459 B). Este segundo día, en el que, según Mengis, se desarrollaría primitivamente un segundo banquete, terminaría al final del libro XIV (664 F), donde se lee: «Y después de que se dijeron estas cosas [...] decidimos marcharnos, pues ya era por la tarde. De manera que nos despedimos así». La conclusión de Mengis es que en el libro XV se narraba en un principio un tercer banquete, acontecido en un día distinto.

Aún más, teniendo en cuenta la evidente desproporción en el volumen de texto que ocupan esos supuestos tres banquetes (el primero comprendería los diez primeros libros; el segundo cuatro, del XI al XIV; y el tercero sólo uno, el XV), Mengis⁶² indica que podría incluso postularse una versión original en la que cada libro contuviese la narración de un día independiente. Es decir, que el epitomador-reelaborador sería el responsable de que la obra parezca contener la narración de un único banquete, en quince libros, cuando en realidad en un principio reunía treinta distintos, contenidos en otros tantos libros, a la manera de las *Charlas de sobremesa* de Plutarco. Como esa refundición se hizo de manera bastante descuidada, han quedado huellas de la estructura primitiva.

En apoyo de su hipótesis, Mengis⁶³ aduce otro dato digno de mención. En IX 372 B y D, el texto, que Mengis entiende referido al banquete «actual», indica que la época del año es el invierno, concretamente el mes de enero. Y, sin embargo, en el libro VIII (361 E-F) la acción se ha situado en la festividad de las Parilias, que se celebraban en Roma en el mes de abril.

C. B. Gulick⁶⁴ añade un tercer dato discordante respecto a la época del año en que tiene lugar el banquete, en concreto un pasaje de III 99 E en el que se alude a la canícula. Para este autor, dicho texto sitúa la acción en los días de la canícula, en pleno verano. Gulick, no obstante, apunta que estas contradicciones podrían entenderse sencillamente como *lapsus* de Ateneo, que se pierde en medio de tanta información.

Sin embargo, el examen atento de estos textos puede permitirnos llegar a otras conclusiones que solucionan la aparente divergencia de los datos. De los tres pasajes aducidos, el del libro VIII (361 E-F) sitúa sin lugar a dudas la acción del *Banquete de los eruditos* en la festividad romana de las Parilias, en el mes de abril. Dice así: «Pues bien, cuando todavía se estaban comentando muchas cosas por el estilo, justo en ese momento se pudo oír por toda la ciudad murmullo de flautas, sonido de címbalos y aun golpear de tambores acompañados de cánticos. Se celebraba precisamente la fiesta de las Parilias [...] Así que dijo Ulpiano: “¿Qué es esto, señores? ¿Una festividad o una boda? Pues ciertamente eso no es un simple banquete a escote”».

En cambio, los otros dos textos no tienen por qué interpretarse como referencias inequívocas a la fecha del banquete. En efecto, lo que se dice en IX 372 B es: «En cierta ocasión en que nos sirvieron calabazas en la estación invernal, etc.» Por lo que se cuenta más adelante, la anécdota en cuestión tuvo lugar también en casa de Larenzio, en otra reunión con algunos de los mismos invitados, pero el adverbio *poté* permite situarla en un momento indeterminado del pasado con respecto al banquete que centra la narración de Ateneo. Por lo que se refiere al texto de III 99 E, no hay por qué deducir de él, como hace Gulick, que el festín tiene lugar en pleno verano. La mención de la canícula es una más de las alusiones burlescas a los cínicos que hace Ulpiano, todas relacionadas con la palabra «perro», y no una referencia a la época del año en que se desarrolla el banquete. Por lo tanto, esos datos no son, en realidad, contradictorios, y hay una única referencia cierta a la fecha en que tiene lugar la cena que Ateneo narra a Timócrates, que es la festividad de las Parilias, en el mes de abril.

Descartado este problema, pasemos a analizar los otros argumentos expuestos por Mengis para defender que la obra original, más extensa, narraba en realidad al menos tres banquetes distintos, luego refundidos en uno solo. La clave para la interpretación de los tres pasajes mencionados, y, de hecho, para entender toda la estructura de la obra, está en el análisis de los

procedimientos formales empleados por Ateneo. Ya I. Düring, en un artículo del año 1936⁶⁵, apuntaba tres de estos procedimientos, a los que hay que añadir un cuarto, indicado por J. Letrouit⁶⁶. Dichos procedimientos, que el autor emplea de modo constante a lo largo de toda la obra, son:

a) El diálogo interno, en estilo directo, entre los eruditos que toman parte en el banquete.

b) La narración interna, mediante la cual el autor expone el contenido de las conversaciones del banquete, pero sin reproducirlas en estilo directo.

c) El diálogo externo, en estilo directo, entre Ateneo y Timócrates (con dos modalidades: el diálogo externo *stricto sensu*, caracterizado por los vocativos *Athēnaie* y *Timókrates*; y el diálogo externo derivado, constituido por breves pasajes aislados donde el dativo del pronombre de segunda persona, *soi*, se refiere a Timócrates⁶⁷).

d) La narración externa, mediante la cual el autor informa directamente al lector sobre la puesta en escena exterior, es decir, sus encuentros con Timócrates.

Teniendo esto presente, la estructura del *Banquete de los eruditos* ya no puede verse como un conglomerado poco menos que informe de datos, plagado de contrasentidos y contradicciones, fruto de la reelaboración poco cuidadosa de un epitomador, como quiere Mengis. La realidad es bien distinta.

De acuerdo con la técnica del diálogo narrado, característica, como ya hemos dicho, del género simposíaco, la obra se inicia con la conversación entre el propio Ateneo y su amigo Timócrates⁶⁸, que solicita de aquél la narración de lo acontecido durante un banquete que se ha hecho famoso en Roma. Este diálogo-marco encierra la parte central de la obra, en que Ateneo narra las charlas de los eruditos durante el festín, alternando diálogo en estilo directo (diálogo interno) y relato (narración interna). Ahora bien, dada la gran extensión del conjunto, Ateneo ha optado por iniciar (y, comúnmente, también por acabar) cada libro en las modalidades de diálogo externo *stricto sensu*, o bien en la de narración externa; dichas modalidades, además, solamente se emplean a principio y final de libro. Por lo general, tanto el diálogo externo como la narración externa son bastante breves, reduciéndose a menudo a unas pocas líneas, aunque en algunas ocasiones Ateneo se extiende en digresiones más largas dirigidas a Timócrates, como ocurre, por

ejemplo, al comienzo del libro IV (entre IV 128 A y 134 B), al comienzo del libro VI (entre VI 22 A y 224 B), y en todo el libro XII.

Al mismo tiempo, en aras de la verosimilitud, el autor hace que la conversación con Timócrates no tenga lugar en un único día, sino que ambos se despiden y vuelven a reunirse en distintas ocasiones. Cuando esto se expresa en la modalidad de diálogo externo, no hay ambigüedad alguna al respecto. Ocurre, sin embargo, que las más de las veces Ateneo lo hace recurriendo a la modalidad de narración externa; y aquí es donde Mengis, y otros con él, se confunde, al tomar por referencias al diálogo interno datos que en realidad corresponden al diálogo-marco. Dicho de otro modo, las jornadas distintas que indica Mengis corresponden a los encuentros de Ateneo y Timócrates, y no a sucesivas reuniones de los invitados de Larenzio. Dejando a un lado los libros I y II, que por conocerse sólo a través de un epítome no nos permiten sacar conclusiones, podemos ver que Ateneo y Timócrates tienen al menos cuatro encuentros, correspondientes a otras tantas jornadas. En uno de ellos se relata el contenido de los libros III al V⁶⁹; en otro el de los libros VI al X⁷⁰; a una nueva reunión corresponde la narración de los libros XI al XIV⁷¹; finalmente, el libro XV se relata en un encuentro y día distinto.

Sentadas estas bases, estamos ya en condiciones de analizar con rigor la estructura de los quince libros de la obra de Ateneo. Para ello debemos tener presentes otras dos cuestiones: una, que, como ha puesto de manifiesto A. Lukinovich⁷², la actividad creativa de Ateneo se rige por el principio de la *poikilia*, la variedad o diversidad, que se manifiesta tanto en la multiplicidad de temas tratados, como en la forma de presentarlos. Y otra, que lo que más interesa al autor es dar cuenta de sus ingentes conocimientos, cosa que le hace descuidar a veces los aspectos formales de la obra⁷³.

Pues bien, de acuerdo con lo anteriormente dicho, los quince libros del *Banquete de los eruditos* se nos presentan como la narración de un único festín, que Ateneo relata a su amigo Timócrates a lo largo de sucesivos encuentros (aunque entre los diversos temas tratados también se alude en ocasiones a otras reuniones celebradas anteriormente en casa de Larenzio⁷⁴). Tal como indica en I 1 B el responsable del *Epítome* (al que, como ya hemos dicho, tenemos que recurrir para conocer la parte inicial perdida), Ateneo ha compuesto su obra de manera que la estructura refleje la disposición del banquete. Tenemos, por tanto, una parte preparatoria

(libros I-V) que incluye la presentación y reunión de los comensales en casa de Larenzio, con sus primeras charlas y los aperitivos; este primer bloque incluye también varias digresiones de Ateneo siempre en torno al tema del banquete. A continuación viene la cena (del libro VI a la mitad del X), en la que se tratan temas muy diversos, aunque predominan los culinarios. Finalmente tiene lugar la sobremesa (de la mitad del libro X al XV), que constituye el simposio propiamente dicho, en el que los invitados beben, contemplan algunas atracciones, y, sobre todo, charlan sobre cuestiones diversas, aunque siempre relacionadas con lo que ocurre en el festín, como pueden ser los diversos tipos de copas para beber, los temas amorosos o la música. Vemos que cada una de las tres partes mencionadas ocupa aproximadamente la misma extensión, cinco libros. Por lo que se refiere al comienzo de la obra, hemos de puntualizar que el *Epítome* no ha conservado completa la introducción, en la que se presentaba a los personajes y se exponía el lugar y motivo de la reunión; no obstante, en las palabras del epitomador es posible rastrear muchos elementos sacados de la misma⁷⁵. No olvidemos, por otra parte, que Ateneo expresa en V 186 E su opinión de que los diálogos deben comenzar con un prólogo de este tipo.

Así pues, Ateneo va relatando paso a paso a Timócrates la marcha del banquete, junto con las conversaciones que tienen lugar durante el mismo, comenzando por la reunión de los invitados. Al mismo tiempo, y fiel al principio de la variedad, interrumpe varias veces el hilo narrativo para introducir por su cuenta los *excursus* dirigidos a su interlocutor a los que ya nos hemos referido.

Todos los libros cuyo comienzo se conserva (IV al XV) se inician en la modalidad de diálogo externo, es decir, con la conversación entre Ateneo y Timócrates en estilo directo; el libro XII se desarrolla todo él en dicha modalidad. Constituye una excepción el libro VII, que se abre en 275 F con la charla de los eruditos (diálogo interno *sensu stricto*); no obstante, éste da paso al diálogo externo un poco después, en 277 A. El *Epítome*, al que tenemos que recurrir para saber algo de los libros restantes (I, II y comienzo del III), sólo reproduce el comienzo del libro I, en la esperada modalidad del diálogo externo. La comparación con el resto nos lleva a suponer que también II y III se iniciaban del mismo modo.

Terminan en la modalidad de diálogo externo los libros II, III, IV, VII, VIII, XI, XII y XV. Lo hacen, en cambio, en la modalidad de narración externa los libros V, VI, IX, X y XIV. Es excepción el libro

XIII, que termina en la modalidad de diálogo interno *sensu stricto*. El final del libro I no puede determinarse, porque no se recoge en el *Epítome*, pero a la vista del resto es de suponer que lo hacía en una de las dos modalidades externas (diálogo o narración).

En varias ocasiones, al final de un libro se anuncia el tema que va a tratarse en el siguiente; así lo vemos al terminar los libros III (modalidad de diálogo externo), IX (modalidad de narración externa), X (modalidad de narración externa) y XI (modalidad de diálogo externo). Esos anuncios, que desempeñan una función semejante a la de los proemios en las *Charlas de sobremesa* de Plutarco, contribuyen a dar cohesión a la obra.

Es también digna de mención una característica del *Banquete de los eruditos* que ha sido puesta de manifiesto por Martin⁷⁶, y es que Ateneo identifica a menudo sus encuentros con Timócrates y la división material de la obra en libros; así lo vemos al final de los libros III (127 D-E), IV (185 A) y VIII (365 E), todos en la modalidad de diálogo externo, así como en el VI (275 B), en la modalidad de narración externa.

El paso de las modalidades externas a las internas es a veces un tanto descuidado, como vemos por ejemplo que ocurre en IV 134 D, donde el personaje de Plutarco se presenta hablando de repente, sin transición alguna, tras un *excursus* dirigido por Ateneo a Timócrates. En el interior de los distintos libros, las modalidades de diálogo y narración interna suelen combinarse con predominio del primero, de acuerdo con las convenciones del género simposíaco. La conversación va progresando por sí misma, como si se tratase de una charla real. Es el propio desarrollo del banquete el que va dando pie a los diversos temas de conversación, de manera que, por ejemplo, cada vez que se sirve un nuevo plato se habla sobre él (*passim*); cuando se da el aguamanos a los invitados se pasa a tratar de esta costumbre (cf. IX 408 D ss.); el inicio de la sobremesa origina una conversación sobre los nombres de los diversos recipientes para beber (libro XI), y así sucesivamente; el propio banquete inspira también otros temas más especulativos, como pueden ser las diversas concepciones filosóficas sobre el placer. Éste, no obstante, no es el único medio por el que avanza la charla. Un término mencionado de pasada, o una pregunta planteada por alguno de los comensales son otros de los recursos de los que se sirve el autor para introducir nuevos temas. La conversación va así desarrollándose libremente, tal como ocurriría en una auténtica reunión simposíaca, siendo frecuentes los enfrentamientos, las discusiones e incluso el ataque personal entre los invitados, generalmente plagados de rasgos

de humor. Aunque en cada ocasión suele haber un asunto principal, éste se ve continuamente interrumpido por digresiones sobre cuestiones marginales más o menos relacionadas, que complican mucho el hilo argumental.

No obstante lo dicho, conviene no perder de vista que, como indica A. Lukinovich⁷⁷, aunque en la ficción de la obra es la marcha de los acontecimientos la que va dictando los temas de conversación, en realidad al construir el texto el autor ha procedido en el orden inverso: primero ha elegido los temas que le interesaba tratar, y luego ha ido construyendo la trama y la conversación en torno a ellos, de manera que lo que parece ser una charla que avanza al azar responde en realidad al plan preconcebido por Ateneo.

Por otro lado, las intervenciones de los personajes suelen ser muy largas, ya que el autor vuelca su erudición en cada una de ellas, y además no se limitan por lo general al tema que les da pie, sino que la asociación de ideas lleva a que se salte continuamente de unas cuestiones a otras. Esto provoca que en algunos libros el diálogo quede reducido a las intervenciones de unos pocos personajes, fenómeno que no precisa de la intervención de un epitomador para explicarse.

Ateneo recurre también a menudo a la modalidad de la narración interna, mediante la que se reproduce lo esencial de la charla, pero ya no en estilo directo. Este formato supone la ruptura de la estructura dialógica de la obra, lo que le resta perfección formal, pero tiene dos claras motivaciones de índole práctica, a saber: evitar que ciertos libros alcancen una extensión desmedida, y presentar el material erudito de una manera más clara⁷⁸. Puesto en la obligación de resumir, el autor prefiere prescindir del diálogo.

Es frecuente, además, que Ateneo recurra a una disposición ordenada de los contenidos, presentando los diversos tópicos que son objeto de discusión como si se tratara de las entradas de un léxico o glosario. El tratamiento del material en esos catálogos supone una organización consciente por parte del autor, que unas veces presenta los términos alfabéticamente⁷⁹, y otras, muy a menudo, ordena los diversos testimonios que ilustran una palabra por orden cronológico de autores⁸⁰. No obstante, como ya apuntábamos, es posible que en algunas ocasiones esto sea un reflejo del formato de la fuente utilizada.

En definitiva, los quince libros del *Banquete de los eruditos* se presentan como una obra unitaria y bien trabada en cuanto a su

composición y estructura. El conjunto queda adecuadamente delimitado gracias al empleo, aunque no del todo sistemático, de las modalidades de diálogo externo *stricto sensu* y narración externa, a comienzo y fin de libro, y en ninguna otra parte. En el interior de cada libro, el diálogo y la narración internos se desarrollan al tiempo que avanza el festín, aunque la acción se interrumpe ocasionalmente por algunas digresiones del autor. Se advierte, por otro lado, que Ateneo está más interesado por los contenidos que por la estructura de la obra, en cuya composición se muestra a veces un tanto negligente.

5. LOS PERSONAJES

De acuerdo con las convenciones clásicas del banquete⁸¹ (y con las normas sociales de los griegos) todos los invitados que toman parte en el festín de Larensio son varones. En consonancia con lo que Ateneo considera más adecuado para dar variedad y amenidad a la obra⁸², los asistentes pertenecen a distintos campos del saber, y sus intervenciones se centran por lo general en temas vinculados con su profesión. Además, gramáticos y filósofos mantienen con frecuencia opiniones contrapuestas, discuten, se lanzan pullas e incluso insultos, lo cual contribuye a dotar de gracia a la conversación, si bien su comportamiento no llega nunca a ser escandaloso ni falta al decoro, cosa que el autor considera rechazable⁸³.

Sobre el carácter real o ficticio de los eruditos de Ateneo ha habido opiniones contrapuestas. Así por ejemplo, Kaibel⁸⁴ consideraba que la mayoría de los personajes eran ficticios, y que su personalidad y nombre los había forjado el autor basándose en grandes figuras de otros tiempos (no necesariamente contemporáneos). La misma idea aparece desarrollada con detalle en la introducción de Desrousseaux⁸⁵. También Gulick⁸⁶ piensa que Ateneo, pese a inspirarse en personajes históricos, les ha conferido a todos un carácter ficticio y uniformemente pedante.

Sin embargo, estas explicaciones no resultan satisfactorias. Por un lado, puesto que varios de los participantes en el festín pueden identificarse con personas reales, en principio cabría esperar que también lo fueran los restantes (al menos nada se opone a ello). Por otro, el rechazo de Ateneo a la mezcla de personajes de épocas dispares⁸⁷ induce a pensar que los sabios de su banquete eran contemporáneos suyos, dado que él mismo toma parte en él. En esta

dirección apuntan igualmente las investigaciones de B. Baldwin⁸⁸, quien ha buscado aproximarse a la personalidad real de los diversos interlocutores del diálogo. No siempre es posible lograr una identificación efectiva; sin embargo, se demuestra que muchos de los nombres empleados por Ateneo pertenecen a familias bien testimoniadas en los documentos de la época, por lo que efectivamente puede tratarse de personas que existieron en la realidad, y que, en cualquier caso, nada obliga a pensar que los personajes sean meras invenciones del autor.

Dejando a un lado al propio Ateneo, tenemos en primer lugar a su interlocutor en el diálogo-marco, Timócrates. Con anterioridad a Baldwin no se había ofrecido identificación alguna para él, y se lo consideraba una mera invención del autor. Baldwin, sin embargo, apunta que podría tratarse de un descendiente (posiblemente nieto) de Timócrates el maestro de filosofía del sofista Polemón de Laodicea, personaje con el que Ateneo parece tener a su vez alguna relación⁸⁹. Sus intervenciones son demasiado breves como para que podamos hacernos una idea de su personalidad; sólo sabemos de él que es amigo personal de Ateneo, y que siente vivo interés por los temas eruditos.

El primero de los sabios que se presenta formalmente al lector en la introducción del libro I es el propio anfitrión del banquete, el romano Larenzio, de quien se hace un encendido elogio⁹⁰. Hay acuerdo prácticamente general en identificarlo con Publio Livio Larense⁹¹, perteneciente al orden ecuestre, y del que sabemos que ocupó el cargo de *pontifex minor* en época de los Antoninos. La *Historia Augusta*⁹² nos informa además de que en el año 192 era *procurator patrimonii*, y que Pértinax le encomendó la entrega del cuerpo del asesinado emperador Cómodo a Fabio Cilón, para que recibiera sepultura. Quizás, aunque esto no es seguro, el «amigo leal» de Pértinax a quien éste confió la tarea de cerciorarse del fallecimiento de Cómodo⁹³ no era otro que el propio Larense. Ateneo lo describe como un hombre de gran fortuna y liberalidad, muy culto (destacando sus conocimientos de antiguos ritos romanos y leyes civiles), que domina el griego y posee una extensísima biblioteca de obras en dicha lengua. Se hace hincapié en su gusto por reunir en torno a sí a personas de gran saber, así como en la sagacidad e inteligencia de las cuestiones que plantea. Respecto a su carrera política, se nos informa de que desempeñó un importante cargo religioso encomendado por Marco Aurelio. La afirmación (en I 2 C) de que el emperador había puesto a Larenzio al frente de los asuntos religiosos y los sacrificios podría interpretarse como una

laudatio adulatoria y excesiva; pero también es posible que, como apunta Zecchini⁹⁴, Marco Aurelio hubiera nombrado a Larenio *pontifex palatualis*, encargándole la dirección de las Parilias, festividad en la que precisamente se ambienta la obra, y que las palabras de Ateneo se expliquen por lo reciente del cargo y su prestigio. En la lápida sepulcral de Larense (*CIL* VI 2126) figura su cargo de *pontifex minor*. En el libro IX 398 E se dice también que fue gobernador de Moesia, cargo que probablemente desempeñó en época de Cómodo. Pese a no ser el principal interlocutor en el diálogo, sus intervenciones son bastante frecuentes, y en ellas pone de manifiesto las cualidades y carácter que se le atribuyen en la introducción.

El peso del diálogo lo lleva, en consonancia con su cargo de maestro de ceremonias⁹⁵, Ulpiano de Tiro. Como se ha dicho, algunos han querido identificarlo con el jurista Domicio Ulpiano, pero resulta más plausible la propuesta de Dittenberger, que ve en él al padre de dicho personaje. El rasgo más destacado de su personalidad es su exagerada defensa del purismo lingüístico, que le ha hecho merecedor del apodo de «Está-o-no-está» (*Keitoúkeitos*), ya que continuamente atosiga a sus compañeros inquiriendo sobre los testimonios escritos que sancionan el uso de los vocablos. También destaca su animosidad contra los cínicos, con los que mantiene continuos enfrentamientos, no exentos de humor, y que por otro lado contribuyen a animar el diálogo.

«Perrero» (en griego *Kýnoulkos*) es el apodo asumido con agrado⁹⁶ por un cínico cuyo verdadero nombre es Teodoro, y que, después de Ulpiano, su gran rival, es el personaje con más intervenciones en el diálogo. Aunque no se lo identifica con una persona concreta, abundan los sabios con ese nombre en época tardoimperial, de manera que no resulta difícil asumir que existió realmente. Aparece acompañado en el banquete por un nutrido grupo de cínicos anónimos. Sus intervenciones, que resultan tan eruditas como las del resto de sus compañeros, a menudo aportan una nota burlesca o irónica, dirigida especialmente contra Ulpiano y su pedantería.

El interlocutor que ocupa el tercer lugar por la frecuencia de sus intervenciones es Mírtilo de Tesalia, que, sin embargo, no es mencionado en la introducción, lo cual debe posiblemente achacarse a un defecto del epitomador. Es un cínico, lo mismo que Perrero, y el principal adversario de Ulpiano después de aquél. Aunque algunas de sus intervenciones están en la línea del filósofo cínico, la mayoría

de las veces habla como gramático. Parece tratarse de un hombre ya anciano (al menos así se desprende de sus palabras en XIII 608 F) y, a diferencia de lo que ocurre con la mayoría de los eruditos del banquete, se nos dan bastantes apuntes sobre su vida. Así, sabemos que era hijo de un zapatero (XIII 568 E), que vivió en Corinto ejerciendo como sofista (XIII 567 C y 573 C) y que realizó un viaje de Sinada a Metrópolis, en Frigia (XIII 574 F). Aunque no se lo puede identificar con ninguna persona conocida, los datos que se ofrecen sobre su vida son verosímiles⁹⁷, y el hecho mismo de que Ateneo, que no prodiga las noticias biográficas sobre sus personajes, nos dé en este caso bastante información parece apuntar a que se trata de una biografía real.

El primer invitado que se nos presenta en la introducción es Masurio, jurista de enorme competencia, del que se destacan además sus conocimientos enciclopédicos y su actividad como poeta yámbico. Casi al final del banquete (en XIV 623 E) también se ponen de manifiesto sus habilidades musicales. Interviene con frecuencia en la conversación, y trata todo tipo de temas. Baldwin propone identificarlo con el consular (Masurio) Sabino al que Ulpiano el jurista⁹⁸ dedica algunos de sus libros.

Aparte de Mírtilo, asisten al banquete siete gramáticos. Cuatro de ellos son presentados en la introducción: Plutarco, Leónides, Emiliano y Zoilo. Faltan en ella, en cambio, Palamedes, Arriano y Varo. Plutarco de Alejandría interviene con frecuencia en la conversación, a veces con discursos bastante largos, sobre toda clase de temas. No se lo identifica con ningún personaje conocido, pero ello no excluye que existiera realmente; lo mismo cabe decir de Leónides de Élide, que toma la palabra solamente en cinco ocasiones⁹⁹. Emiliano Mauro suele entrar en la charla para tratar de cuestiones culinarias, más que propiamente gramaticales; también se nos presenta como un amante de la música (XIV 634 C); tampoco en este caso hay una identificación segura, aunque entre los siglos II y III se conocen varios Emilianos ilustres. Zoilo, por su parte, sólo tiene dos intervenciones, una muy breve en VII 277 C-E, donde aduce una cita para la expresión «peces mudos», y otra en IX 336 C-367 D, donde trata una cuestión gramatical; nada se opone a que Zoilo haya existido realmente, pero no se apunta ninguna identificación concreta para él. En cambio, sí conocemos la existencia real del gramático Palamedes, varias de cuyas obras aparecen mencionadas en la *Suda* (II 43). Ateneo, que lo llama «lexicógrafo de Elea», sólo le otorga una brevísima intervención en la charla, en IX 397 A, lo que quizás deba interpretarse como un

rechazo de sus actividades por parte del de Náucratis. También Arriano (del que en III 113 D se dice que es de origen romano) interviene una sola vez (en III 113 A-D), para disertar sobre panes. Perrero arremete acto seguido contra él, aunque, en cambio, cuenta con la admiración de Magno, un amante de la buena mesa que gusta de su prolijidad; nuevamente estamos ante un nombre frecuente en época de Ateneo, aunque no sea posible hacer una identificación exacta. Resta un último gramático, Varo, que tiene una pequeña intervención en torno al tema de las salazones en III 118 D-E; Baldwin apunta que puede tratarse del sofista Varo de Laodicea, que parece que vivió en época de los Severos, y contra el que dirige duras críticas Filóstrato¹⁰⁰.

Además de los cínicos mencionados, el grupo de filósofos del banquete se completa con otros tres nombres, que son presentados en la introducción: Pontiano y Demócrito, ambos originarios de Nicomedia, y descritos como grandes eruditos (como en realidad son todos los personajes de Ateneo), y Filadelfo de Ptolemaida, que no participa en la conversación (al menos en los libros que conservamos enteros), aunque se lo describe como un hombre que aúna una sólida formación filosófica y un gran conocimiento sobre las restantes facetas de la vida. Ni Plutarco ni Filadelfo se identifican con seguridad, pero sí se conoce a un Pontiano de Nicomedia que aparece en una inscripción (*IG* II 3265).

La profesión médica cuenta en la obra de Ateneo con cuatro representantes, tres que se mencionan en la introducción inicial: Galeno de Pérgamo, Dafno de Éfeso y Rufino de Nicea, y uno que no, un tal Dionisocles. Galeno de Pérgamo es una personalidad sobradamente conocida del campo de la medicina. En su presentación se pone énfasis en la abundancia y competencia de sus escritos filosóficos y médicos. No obstante, en la obra sólo interviene dos veces, una en I 26 C, donde habla sobre los vinos de Italia, y otra en III 115 C, en la que diserta sobre los panes desde un punto de vista médico. En ninguno de los dos casos se pueden vincular sus palabras con las obras que de él conservamos, por lo que cabe pensar que Ateneo construye literariamente su intervención, sin parafrasear al Galeno real. Por otra parte, es posible que se hayan perdido otras participaciones suyas en la conversación, teniendo en cuenta que las cuestiones médicas parecen haber ocupado mucho espacio en el libro II, del que sólo conocemos una versión resumida. Ése es también probablemente el motivo de que no encontremos ni una sola intervención de Rufino de Nicea, una vez que ha sido presentado; seguramente han sido omitidas por el

epitomador. De Dafno de Éfeso se nos dice que es un académico, y una persona venerable tanto en su profesión como por su carácter. Es el médico del que se conservan más intervenciones, cinco en total¹⁰¹, todas ellas sobre cuestiones relacionadas con la salud y la dieta. El mismo tema tienen las dos contribuciones de Dionisocles a la charla, en III 96 D y 116 D-F; tampoco se descarta que se hayan perdido otras aportaciones suyas en los libros anteriores. Nada se opone a que Dafno y Dionisocles fueran personajes reales, pero aparte de Galeno sólo Rufino cuenta con una identificación plausible: podría tratarse de L. Cuspido Pactumeo Rufino, una figura vinculada a Galeno y que construyó en Pérgamo el gran templo de Asclepio en el año 150.

En el banquete participan así mismo dos músicos, Alcides de Alejandría y Amebeo; sólo el primero es mencionado en la introducción. Alcides toma la palabra una vez, en IV 174 B-185 A, para hablar sobre la música y los instrumentos musicales. Baldwin propone que, puesto que Alcides es otro nombre de Heracles, podríamos estar ante un pseudónimo del sofista Heraclides¹⁰². Aunque este Heraclides procedía de Licia, tenía fuertes vínculos con Alejandría. Amebeo, del que se nos dice que es citaredo y un hombre muy versado en música, es el personaje que llega tarde, presentándose en casa de Larenzio ya en plena sobremesa. Interviene en dos ocasiones, en XIV 622 D y 623 D, con sendas citas de poetas cómicos, y es invitado por los presentes a tocar, causando admiración tanto por la maestría de su técnica instrumental como por su voz. Aunque existió en tiempos antiguos un músico del mismo nombre, en XIV 622 D Ateneo insiste en que se trata de un citaredo contemporáneo, si bien no ha podido ser identificado por otras fuentes.

Resta por mencionar un último personaje, Magno, posiblemente romano, al que no se asocia con ninguna profesión en concreto, y que no aparece en la introducción. En III 113 E se lo presenta como un amante de la buena mesa, idea en la que se insiste en IV 165 A. También se dice que era un gran admirador de su compañero el gramático Arriano. Tiene cinco intervenciones, casi todas bastante extensas; la primera (III 74 A-78 F) versa sobre los higos; en otras dos se alinea en el bando opositor a los filósofos (en III 113 E-115 B y IV 160 D-164 D), y las dos restantes tratan básicamente de cuestiones gramaticales (IX 380 D y XIV 615 E-616 B). Aunque la obra no ofrece suficientes datos como para permitir una identificación segura, Baldwin propone que puede tratarse de M. Fabio Magno Valeriano, un personaje que prosperó en época de

Cómodo y Septimio Severo; o también de Pactumeyo Magno, cónsul en 183, asesinado por orden de Cómodo.

6. LA TRANSMISIÓN DEL TEXTO

El mejor y más antiguo de los manuscritos de Ateneo es el *Venetus Marcianus* 477 (A), del s. x¹⁰³. Se trata de un códice en pergamino, que en algún momento perdió sus primeros cincuenta folios; en el libro XI hay así mismo dos lagunas¹⁰⁴, y los últimos tres folios están muy deteriorados. En consecuencia, aparte de lagunas menores, le faltan los dos primeros libros completos, así como el comienzo del libro III; el texto conservado empieza en III 74 A. El manuscrito ya estaba mutilado cuando llegó a Italia desde Oriente en el año 1423, traído por Giovanni Aurispa. A finales del siglo xv lo compra para su biblioteca el cardenal Bessarion.

El *Marcianus* es, a su vez, copia de un manuscrito perdido en uncial, de entre los ss. V y VI, en *scriptio continua*, y que carecía de acentos, espíritus, indicación de las intervenciones de los personajes, etc.¹⁰⁵. Sabemos que se trataba de un códice porque sólo este formato puede dar cuenta del desplazamiento del texto comprendido entre 177 A y 182 B, que en la versión original se insertaba en el actual 187 B. Este códice en uncial era, a su vez, transcripción de un texto más antiguo, contenido en varios *volumina* o rollos.

El manuscrito A transmite el *Banquete de los eruditos* en los quince libros que conocemos. Ahora bien, como ya hemos tenido ocasión de indicar, en sus márgenes aparecen una serie de anotaciones en mayúscula, obra de la primera mano, que parecen aludir a una división anterior de la obra en treinta, lo que ha llevado a muchos autores a concluir que el *Marcianus* sólo contiene un resumen, y no la obra original de Ateneo. Dichas anotaciones, traducidas, son las siguientes:

— Libro III (96 D) fol. 14^v (margen dcho.):

De los treinta, final del V, comienzo del VI.

— Fin del libro III, comienzo del libro IV (128 A), fol. 29^v (en el texto, col. a):

De los treinta, comienzo del VII.

— Libro IV (154 A), fol. 43^r (margen central):

De los treinta, final del VII, comienzo del VIII.

— Fin del libro IV, comienzo del V (185 A), fol. 57^v (en el texto, col. a):

De los treinta del *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, final del VIII, comienzo del IX.

— Libro V (201 B), fol. 65^v (margen dcho.):

De los treinta, final del IX, comienzo del X.

— Fin del libro V, comienzo del VI (222 A), fol. 76^v (en el texto, col. b):

De los treinta, comienzo del XI; VI.

— Fin del libro VI, comienzo del VII (275 B), fol. 101^v (en el texto, col. a):

De los treinta, comienzo del XIII; VII.

— Libro VII (297 C), fol. 111^v (margen dcho.):

De los treinta, final del XIII, comienzo del XIV.

— Final del libro VII, comienzo del VIII (330 C), fol. 128^r (en el texto, col. a):

De los treinta del *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, comienzo del XV; VIII.

— Final del libro VIII, comienzo del IX (366 A), fol. 149^r (en el texto, col. a):

De los treinta, principio del XVI; IX.

— Final del libro IX, comienzo del X (411 A), fol. 178^r (en el texto, col. a):

De los treinta, comienzo del XVII; X.

— Final del libro X, comienzo del XI (459 C), fol. 210^r (en el texto, col. a-b):

Del *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, ⟨final del⟩ X, ⟨comienzo del⟩ XI.

— Final del libro XI, comienzo del XII (510 A), fol. 245^v (en el texto, col. a):

De Ateneo, ⟨final del⟩ XI, ⟨comienzo del⟩ XII.

— Final del libro XII, comienzo del XIII (555 A), fol. 278^v (en el texto, col. a-b):

Final del XII, comienzo del XIII.

— Final del libro XIII, comienzo del XIV (612 F-613 A), fol. 315^v (en el texto, col. b):

Del *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, ⟨final del libro⟩ XIII, Sobre las mujeres, ⟨comienzo del libro⟩ XIV.

— Final del libro XIV, comienzo del XV (665 A), fol. 348-349 (en el texto):

⟨Final del⟩ XIV, (comienzo del) XV.

— Final del libro XV (702 C), fol. 372^v (en el texto, col. b):

Del *Banquete de los eruditos* de Ateneo de Náucratis, ⟨final del⟩ XV.

Como puede verse, hasta el libro IX las anotaciones, que coinciden unas veces en interior de libro, y otras en la transición de un libro a otro, apuntan a que el modelo del que se copia tiene treinta unidades. El hecho de que en el libro X desaparezcan las referencias a la anterior división en treinta se explica, según Desrousseaux¹⁰⁶, por una pérdida de celo del autor de las anotaciones, que es normal en comentaristas, epitomadores, etc., a medida que avanza su labor en una obra de gran longitud.

Sin embargo, estas anotaciones del *Marcianus* admiten una interpretación distinta a la que tradicionalmente se les ha dado, y que ha sido convincentemente defendida por J. Letrouit¹⁰⁷, quien ofrece la siguiente explicación: la obra de Ateneo constó siempre de los quince libros que testimonia nuestra tradición manuscrita. Ahora bien, el copista del modelo de A, encargado de traslitar la obra del formato del rollo al del códice, se la encontró contenida en treinta *Volumina* o rollos, numerados de I a XXX. El contenido de cada rollo no se correspondía con las divisiones internas de la obra, de manera que algunos libros, como el VIII y el IX, estaban contenidos en un solo *volumen*, pero la mayoría se repartía en más de uno. En un principio, el copista iba anotando concienzudamente al margen cada vez que cambiaba de rollo, sin hacer referencia, en cambio, al número de libro (que constaba en el texto, en los encabezamientos). Sin embargo, al comenzar el rollo núm. 11, señala por primera vez el libro al que corresponde, el VI. A partir de este momento, el copista empieza a dar una numeración doble: una, correlativa con la que venía utilizando hasta entonces, y que indica el número de rollo; y otra nueva, que indica el libro. Finalmente, desde el comienzo del libro XI abandona la indicación del número de rollo, convencido de

que éste carece de trascendencia, y pasa ya a notar exclusivamente el de libro, ciñéndose a la división real de la obra.

Por tanto, esta nueva explicación de las anotaciones marginales de A, combinada con el análisis interno de la obra, nos llevan a concluir que, dejando a un lado algunas lagunas y las hojas perdidas en el *Marcianus*, la versión que hoy conocemos del *Banquete de los eruditos* es, en lo sustancial, la misma que salió de la pluma de su autor.

Los restantes manuscritos que contienen la obra de Ateneo en su versión completa derivan de A, dado que todos ellos carecen de las partes que faltan en el *Marcianus*. Los dos más importantes son el *Laurentianus* LX 1 (B), obra de Demetrio Damilas, de finales del s. xv, y el *Palatinus (Heidelbergensis)* 47 (P), copiado en Venecia en 1505-1506 por Paolo de Canale. No proceden directamente de A, sino de una copia de mediados del s. xv, hoy perdida, que se hizo con posterioridad a la mutilación del *Marcianus*, y que a su vez sirvió de base a Musurus para la edición aldina de 1514¹⁰⁸.

Las partes que faltan en A pueden suplirse parcialmente gracias a un epítome que resume la obra con bastante fidelidad, aunque de un modo un tanto ecléctico. Unas veces el epitomador, un hombre indudablemente docto, parafrasea el texto empleando sus propias palabras; otras, cita literalmente trozos más o menos extensos, que a veces se reducen a pequeñas pinceladas; en ocasiones, se limita a destacar una expresión o palabra que llaman su atención, etc. Sabemos que este resumen fue utilizado por Eustacio de Salónica en el año 1175, y se discute si él mismo promovió su confección, o si incluso lo elaboró personalmente.

Este resumen ha llegado hasta nosotros a través de cuatro manuscritos principales¹⁰⁹: el *Laurentianus* LX 1 (B), ya mencionado, que completa el texto del *Marcianus* con el del *Epítome*; el *Parisinus Suppl. Gr.* 841 (C), obra, como el anterior, de la mano de Demetrio Damilas; y, finalmente, el *Laurentianus* LX 2 (E), del que deriva el *Erbacensis* 4 (R), ambos copiados en Roma hacia 1490 por Jacob Questenberg. Los tres primeros (B, C, E) son copias directas de un mismo modelo perdido. A ellos hay que añadir el manuscrito *Hoeschel* (B. M. Bibl. Regia 16 D. X.), escrito por Miguel Damasceno en la primera mitad del s. xvi, y al que le faltan las páginas iniciales hasta III 82 F.

Los estudiosos del texto de Ateneo han mantenido tradicionalmente dos posturas enfrentadas respecto a la filiación de este epítome. Mientras algunos, entre los que se incluyen G.

Kaibel¹¹⁰, S. P. Peppink¹¹¹ y A. M. Desrousseaux¹¹², defienden que el *Epítome* procede de una tradición independiente de A, otros, entre los que se hallan por ejemplo Cobet y Hemmerdinger¹¹³, sostienen que el *Marcianus* es también la fuente del epítome. El más reciente defensor de esta última postura, J. Letrouit¹¹⁴, aporta cuatro argumentos, en parte originales, que nos convencen de que, en efecto, el epitomador realizó su trabajo a partir del manuscrito A. Se trata, en resumen, de los siguientes:

1) El *Marcianus* (y con él todos los restantes manuscritos que contienen la obra completa) presenta, como ya se ha dicho anteriormente, una transposición del texto comprendido entre 177 B y 182 B. En el modelo de A, varias hojas correspondientes al libro V, que por su contenido deducimos que originariamente se insertaban en el actual 187 B, fueron inadvertidamente desplazadas de lugar, y pasaron al libro IV. Los editores, desde Casaubon, las restituyen a su lugar originario. Pues bien, dicho desplazamiento ha afectado igualmente al *Epítome*.

2) En XII 525 C el *Marcianus* presenta un escolio de segunda mano que coincide literalmente con el que el epitomador copia de su modelo en este mismo punto.

3) Se señalan sesenta pasajes, procedentes de toda la obra, en los que el epitomador comete errores que se explican, a su vez, por faltas existentes en A.

4) En VII 283 A, el epítome presenta la lectura *Krátēs*, frente a *Pankrátēs* en el *Marcianus*, error que se explica precisamente por el modo en que la palabra aparece escrita en el manuscrito A: la primera sílaba de la palabra (*Pan-*) aparece a final de línea, y el resto (*krátēs*) inicia la línea siguiente; este hecho, unido a que en el *Marcianus* la *k-* aparece escrita en un tamaño algo mayor que el resto de los caracteres de la palabra, da indudablemente cuenta de cómo se produjo el error. Este decisivo argumento ya había sido señalado por Cobet.

A ellos añade Letrouit¹¹⁵ el argumento «negativo» apuntado por P. Maas; según el cual no hay ninguna buena lectura del epítome que no haya podido realizarse por conjetura a partir del *Marcianus*¹¹⁶.

Por tanto, parece probado que el *Epítome*, al igual que el resto de la tradición manuscrita conservada de Ateneo, se confeccionó a partir del manuscrito A, aunque en un momento en que éste aún conservaba las páginas que hoy le faltan.

7. PRINCIPALES EDICIONES Y TRADUCCIONES

La *editio princeps* del *Banquete de los eruditos* es la aldina de 1514, que corrió a cargo de M. Musurus. Esta edición fue seguida en 1535 por la publicada en Basilea por J. Walder de Bâle, que incluye la labor crítica de J. Bedrot y Ch. Herlin, quien se encargó del texto de las citas de Ateneo conocidas por otras fuentes; se completa con sumarios e índices. A mediados de siglo, en 1556, Noël dei Conti (Natalis de Comitibus) publicó en Venecia la primera traducción al latín, basada en la aldina. La segunda traducción latina es la de J. Daléchamp, publicada en Lyon en 1583, basada esta vez en la edición de Bâle; se trata de una aportación muy valiosa, que, pese a no ir acompañada del original griego, incluye buenas conjeturas y enmiendas al texto, a la vez que completa y mejora los índices de Bedrot-Herlin.

Especial importancia tiene la edición de I. Casaubon, publicada por primera vez en Ginebra (1597-98) y más tarde en Lyon (1612 y 1657); a ella se añade un extenso comentario, sus famosas *Animadversiones in Athenaei Deipnosophistas*, publicadas en Lyon sucesivamente en 1600, 1621 y 1664, en las que comenta y discute sus interpretaciones y enmiendas. A partir de la segunda edición esta obra incorpora además las *Annotationes ad Athenaeum* de J. Daléchamp. Las referencias que actualmente se emplean para el texto de Ateneo, con un número en caracteres arábigos y una letra de la A a la F, corresponden a las páginas de la edición de Casaubon, con su división en párrafos cada diez líneas. Tuvo diversas reediciones a lo largo del siglo XVII.

También de gran importancia es la edición de J. Schweighäuser (Estrasburgo, 1801-1807), que incluye texto griego y latino, así como todo tipo de notas y comentarios. Consta de catorce volúmenes, cinco de los cuales corresponden al texto, y nueve a *Animadversiones* (el último está dedicado a índices). Fue seguida por las de W. Dindorf, en tres volúmenes (Leipzig, Weidmann, 1827) y A. Meineke, igualmente en tres volúmenes (Leipzig, Teubner, 1858-59), que completó con un cuarto de *Analecta critica* (Leipzig, Teubner, 1867).

La más importante de las ediciones recientes de Ateneo es la de G. Kaibel, en tres volúmenes (Leipzig, Teubner 1887-1890; hay reimpresión de 1965-1996), que incluye introducción e índices. En ella, con algunas aportaciones personales, se basa la edición bilingüe griego/inglés a cargo de C. B. Gulick, en siete volúmenes (Londres, Loeb, 1927-1941, con reimpresión, 1969-1971); además de los

índices a cada volumen, incluye un índice general en el volumen VII, si bien éste presenta el defecto de que remite a las páginas de su propia edición, en vez de emplear la referencia estándar a la paginación de Casaubon. Finalmente, existe una edición parcial, que comprende sólo los dos primeros libros, acompañados de una extensa introducción y traducción al francés, a cargo de A. M. Desrousseaux, con la colaboración de Ch. Astruc (París, Les Belles Lettres 1956).

Para el *Epítome* contamos con la edición de S. P. Peppink, que consta de tres tomos, todos publicados en Leiden (Brill): I *Observationes in Athenaei «Deipnosophistarum»*, 1936; II 1, *Athenaei Deipnosophistarum epitome lib. III-VIII, accedit spicilegium Aeschyleum*, 1937; II 2 *libri IX-XV*, 1939 (este último incluye índices).

El *Banquete de los eruditos* ha sido, por otra parte, una obra poco traducida. En el ámbito de las lenguas europeas más cercanas a nosotros, desde el siglo pasado hasta la actualidad la única traducción que abarca el texto completo es la inglesa de C. B. Gulick, que acompaña a la edición a la que ya hemos hecho referencia. Al francés, lengua que conoció versiones de la obra completa en los siglos XVII y XVIII, y de una selección de pasajes a comienzos del XIX (M. Hubert, *Morceaux extraits du banquet des savants d'Athénée*, París, 1828), sólo se ha publicado en este siglo la traducción de los dos primeros libros, en la también mencionada edición bilingüe de Desrousseaux. Al alemán hay una traducción del libro V a cargo de P. T. Kramer (Augsburgo, Pfeiffer, 1872), y otra más reciente que abarca una selección de textos, elaborada por U. Treu y K. Treu (Leipzig, Dieterich, 1985). El italiano conoce una versión del libro XII, obra de P. Garofalo, que forma parte de una obra titulada *Intorno Sibari e Turio* (Nápoles, 1899). Hay también traducción bilingüe de los libros I y II, a cargo de G. Turturro (Bari, 1961). Existe así mismo una reciente traducción parcial del libro VI (263 B-275 B), que incluye el texto griego y la versión latina de Daléchamp, publicada bajo el título de *Ateneo, Schiavi e servi*, obra de A. Paradiso; va acompañada de una nota de L. Canfora (Palermo, Sellerio, 1990). Al castellano existe traducción anotada, a cargo de A. Martínez Díez, de los libros I (Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, 1975), y II (Universidad de Granada, Anejos del Instituto de Historia del Derecho, 1975), y otra del libro XIII, publicada con el título *Ateneo de Náucratis. Sobre las mujeres. Libro XIII de La cena de los eruditos*, elaborada por J. L. Sanchís Llopis (Madrid, Akal, 3ª edición 1994), que incluye introducción y notas.

8. LA PRESENTE TRADUCCIÓN

La presente traducción es la primera que afronta la tarea de verter la obra completa de Ateneo al castellano¹¹⁷. La dificultad de la labor, que se hace patente por el escaso número de traducciones modernas existentes, reside principalmente en la enorme variedad de temas tratados por el autor, que implican el manejo de un vocabulario extensísimo, perteneciente a los más diversos campos del saber. Un problema añadido lo constituye la enorme cantidad de citas de autores de los más diversos géneros y épocas, cada uno con su propia lengua y estilo, que muchas veces resultan además de difícil interpretación, debido a su carácter fragmentario.

Especialmente problemática resulta la identificación y versión al castellano de las numerosísimas especies animales y vegetales mencionadas en la obra, tarea para la que nos hemos apoyado en una buena selección de léxicos, libros y artículos especializados. En el apartado de la fauna marina hemos contado con el asesoramiento bibliográfico del biólogo marino J. Ignacio Leiva, que nos ha permitido internarnos en un mundo que nos resultaba ajeno. Se procura dar siempre en nota el nombre científico de aquellos animales y plantas que puedan no resultar familiares al lector, y se incluye también explicaciones cuando la identificación es dudosa o discutida.

Si la identificación de una especie animal o vegetal no es posible, o allí donde un objeto, institución, etc. no tienen equivalencia en castellano, se siguen dos procedimientos: cuando la palabra lo permite, se recurre al calco semántico (así por ejemplo aparece traducido por «dado» el término *kybos* también cuando se refiere a un tipo de salazón o de pan, y no sólo cuando se refiere al objeto empleado para jugar); en ese caso, la primera aparición de la palabra va acompañada de la transliteración del término griego entre paréntesis. De no ser ello posible, se ofrece la palabra griega simplemente transliterada, con una nota explicativa. También se recurre a la transliteración de la palabra griega en los casos en que un término aparece mencionado en un uso metalingüístico, y cuando se trata de extranjerismos (palabras persas, egipcias, macedonias, latinas, etc.); los términos latinos aparecen en su forma estándar, y no de acuerdo con la transcripción griega (por ejemplo escribimos *cardus* y no *kárdos*).

Esta traducción se basa en la citada edición de G. Kaibel, si bien se han consultado igualmente las otras dos más recientes, a cargo de C. B. Gulick y A. M. Desrousseaux, así como diversos artículos que

se ocupan de problemas textuales de Ateneo. Además, siempre que la cita indirecta de un autor presenta problemas de traducción, interpretación, o textuales, hemos acudido a las ediciones particulares correspondientes. Las notas se han visto así mismo favorecidas por estos textos.

Finalmente, hemos acometido la tarea de actualizar las referencias de las citas que con tanta profusión incluye el *Banquete de los eruditos*, ya que las mejores y más accesibles ediciones actuales de muchos de los autores mencionados por Ateneo no son las mismas con las que contaban los editores de éste. En los casos de autores fragmentarios se cita tras el pasaje el nombre del editor, o bien se emplean las abreviaturas que pueden verse en la bibliografía.

En el texto se utilizan los siguientes símbolos: < > texto suplido por los editores o en la traducción (especialmente se trata de pasajes que no están en el *Epítome* pero que se conocen gracias a la *Suda* u otra fuente); [] texto corrupto; *** laguna.

Se reseñan a continuación los puntos en los que la traducción se aparta de la edición de Kaibel en los cinco libros que incluyen los dos primeros volúmenes:

	TEXTO DE KAIBEL	LECTURA ACEPTADA
16 C	τοιοῦτον δέ τινα	τοιοῦτον δέ τι (Desrousseaux)
16 C	λαμπρότητι <οἴανπερ> Πολύβιος	λαμπρότητι Πολύβιος (mss)
20 B	ὄρος οἰκουμένης. δῆμον	ὄρος· οἰκουμένης δῆμον (Capps)
22 A	φανεροὺς	φανερὰ (Desrousseaux)
30 B	[ἢ πρόδρομον]	ἢ πρόδροπον (Desrousseaux)
35 D	ἀμαθίαν	εὐμαθίαν (mss)
36 D	μῶκος, ἐκ μώκου	κῶμος, ἐκ κώμου (mss)
36 D	σφαλὸς	σφάκελος (Rguez.-Noriega)
41 F	Φέτα	Φειᾶ (Schneider)
45 A	αὐτοῦ	εὐχύτου (Desrousseaux)
63 F	Βουκολίωσι	Βουταλίωσι (Desrousseaux)

TEXTO DE KAIBEL

LECTURA ACEPTADA

70 F	λαχάνοις *...* εἴτα προίων	λαχάνοις εἰς τὸ πῖον (Cassaubon)
77 A	κοδώνεα	κωδωναῖα (mss)
102 D	οὐδὲν πρᾶγμα· τὰ	οὐδ' ἔμφράγματα (V. Schmidt)
102 E	προσπαρδέτω	πρόσπαρδ'. (B) ἐγώ; (Edmonds)
102 F	ποιοῦσι δ' ἑτέροισιν	πονοῦσι δ' ἑτεροί. (B) σύ δέ; (Meineke)
103 D	ευσωσιαπαντη	εὖ ζῶσ' ἅπαντες ἢ (Schweighäuser)
105 F	καθηκατω	καθῆκα κάτω (Musurus)
106 A	καριδοι	καριδοῖ (Kock)
108 C	κοίλη φάραγος	κοίλη φάραγγα (Dobree)
109 A	Σιμαλίδος	Ἰμαλίδος (Schweighäuser)
110 D	ἐκάστα	Ἐκάτα (mss)
113 D	τᾶρχεστράτεια	τᾶριστάρχεια (mss)
119 E	ἡ δὲ δοτικὴ ταρίχει ὥς ξίφει· Μένανδρος Ἐπι- τρέπουσιν· ἐπὶ τῷ [...] κόπτετον. καὶ ἐπὶ αἰ- τιατικῆς.	καὶ ἐπὶ δοτικῆς· ἐπὶ τῷ [...] κόπτετον. ἡ δὲ δο- τικὴ ταρίχει ὥς ξίφει· Μέ- νανδρος Ἐπιτρέπουσιν (mss)
120 A	εἴωθας ἄν	εἴωθα κᾶν (mss)
120 A	ἀπολογίζων	ἀπολοπίζων (Fritzsche)
124 A	γλιχόμεθα· τὴν μὲν	γλιχόμεθα μὲν τὴν (mss)
126 C	ἀνάφурсον	ἄμα φύρσον (mss)
134 A	λέγεις ἄρ' ἄν	λέγεις ἄκραν (Dobree)
135 B	καὶ ἄμυλα	κατὰ δώματα (Meineke)
136 C	ἦν μεγάλη	ἐῆν γαλέη (Scaliger)
136 F	σκέλος αὐτοῦ	σκέλος ἁμνοῦ (Wachsmuth)
138 F	καὶ γένηται	αἶ κα γένηται (Bergk)
140 A	οιωσωμαι	οἰῶ, σῶμαι (Bergk)
143 A	φόρει	φορεῖν (Schweighäuser)
146 E	ταύτας Θάσιον, ἐγγέ- λεις	Μενδαῖον, ἐγγέλεις, Θά- σιον (Porson)
147 B	ἀπό τευθιάδα	ἀπό τευθιάδων (Bergk)
147 B	κάξανθισμέναι καρῖδες αἱ κυφαί.	ξανθαὶ μελικαρίδες αἱ κοῦ- φαι (mss)

TEXTO DE KAIBEL

LECTURA ACEPTADA

147 C	γλυκου οξιος	γλυκυόξεες (Schmidt)
147 C	ἐπαμυν	παμύνειν (Bergk)
169 C	ταγηνιστηρίαν	ἀγωνιστηρίαν (mss)
174 D	ἄξινῶν	ἄξονίων (Villebrun)
176 B	καταμιτον	κατὰ μίτον (Gulick)
177 A	Θηραμένη	Θηρωμένη (Meineke)
184 A	αὐλὸν	αὐλεῖν (Lumb)
190 A	ὥστε <κτήμασιν> κτῆ-	ὥστε κτῆσιν σιν (mss)
194 B	<τοὺς> λουομένους	λουομένους (mss)
200 F	κώλων	κόλων (Gesner)
212 D	διευς οἰκίαν	Διέους οἰκίαν (Wilhelm)

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- G. ANDERSON, «Athenaeus: the Sophistic Environment», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, Band II 34.3, págs. 2173-2185.
- J. ANDRÉ, «Notes sur une édition récente d'Athénée», *Revue de Philologie* 34 (1960), 51-57.
- B. BALDWIN, «Athenaeus and his Work», *Acta Classica* 19 (1976), 21-42.
— «The Minor Characters in Athenaeus», *Acta Classica* 20 (1977), 37-48.
- R. CANTARELLA, *La literatura griega de época helenística e imperial*, trad. esp., Buenos Aires, Losada, 1972.
- A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis. Les deipnosophistes. Livres I et II*, París, Les Belles Lettres, 1956.
- W. DITTENBERGER, «Athenaeus und Sein Werk», *Apophoreton* 1903, págs. 1-28.
- I. DÜRING, «De Athenaei Dipnosophistarum indole atque dispositione», *Apophoreta Gotoburgensia Vilelmo Lundström oblata*, Göteborg 1936, págs. 226-270.
- M.^a D. GALLARDO, «LOS simposios de Luciano, Ateneo, Metodio y Julianos», *Cuadernos de Filología Clásica* 4 (1972), 239-296.
- M.^a J. GARCÍA SOLER, «Nombres de moluscos en la obra de Ateneo de Náucratis», *Veleia* 11 (1994), 197-235.
- P. GAROFALO, *Intorno Sibari e Turio. Parte prima: Sibari e Turio. Parte seconda: versione del XII libro di Ateneo*, Nápoles, Emilio Prass, 1899.
- C. B. GULICK, *Athenaeus. The Deipnosophists*, Londres, Loeb Classical Library, 1927-1941 (1969-1971), 7 vols.
- B. HEMMERDINGER, «L'art d'éditer Athénée», *Bollettino dei Classici* 10 (1989), 106-117.
- HULTSCH, s.v. «Athenaios», en PAULY-WISSOWA, *Real Encyclopaedie*, Stuttgart 1896 (reimpr. 1958), v. II 2, cc. 2026-2034.
- J. IRIGOIN, «L'édition princeps d'Athénée est ses sources», *Revue des Études Grecques* 80 (1967), 418-424.
- G. KAIBEL, *Athenaei Naucratis Dipnosophistarum libri XV*, Leipzig, Teubner, 1887-1890 (Stuttgart 1965-1966), 3 vols.
- J. LETROUIT, «À propos de la tradition manuscrite d'Athénée: une mise au point», *Maia*, n. s., 43 I (1991), 33-40.
- A. LUKINOVICH, «Tradition platonicienne et polémique antiphilosophique dans les Deipnosophistes d'Athénée», en P. OLIVA - A. FROLÍKOVA (ed.), *Concilium Eirene XVI. Proceedings of the 16th International Eirene Conference*, Praga, 1983, vol. I, págs. 228-233.

- , «La *Poikilia* chez Athénée», *Revue des Études Latines* 63 (1985), 14-16.
- , «The Play of Reflections between Literary Form and the Sympotic Theme in the *Deipnosophistae* of Athenaeus», en O. MURRAY (ed.), *Symptica. A symposium on the Symposion*, Oxford, Clarendon Press, 1990, págs. 263-271.
- J. MARTIN, *Symposion. Die Geschichte einer literarischen Form*, Paderborn, 1931.
- A. MARTÍNEZ DíEZ, *Ateneo: Deipnosophistas I*, Universidad de Granada, Facultad de Filosofía y Letras, (serie de traducciones de clásicos griegos núm. 6), 1975.
- , *Ateneo: Deipnosophistas II*, Universidad de Granada, Anejos del Instituto de Historia del Derecho, núm. 3, 1975.
- K. MENGIS, *Die schriftstellerische Technik im Sophistenmahl des Athenaios*, Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums, Paderborn, F. Schöningh, 1920.
- A. PARADISO, *Ateneo, Schiavi e servi*, Palermo, Sellerio, 1990.
- S. P. PEPPINK, *Observationes in Athenaei «Deipnosophistas»*, Leiden, Brill, 1936.
- , *Athenaei Deipnosophistarum epitome lib. III-VIII, accedit spicilegium Aeschyleum*, Leiden, Brill, 1937.
- , *Athenaei Deipnosophistarum epitome lib. IX-XV*, Leiden, Brill, 1939.
- B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe. et IIIe. siècles après J.-C.*, París, Les Belles Lettres, 1971.
- J. L. SANCHÍS LLOPIS, *Ateneo de Náucratis. Sobre las mujeres. Libro XIII de la cena de los eruditos*, 3.^a ed., Madrid, Akal, 1994.
- , «Tradición y erudición en el libro XIII de *Deipnosophistai* de Ateneo de Náucratis», *Minerva* 8 (1994), 163-187.
- J. SCHWEIGHÄUSER, *Athenaei Deipnosophistarum libri XV*, Estrasburgo, 1801-1807.
- U. TREU - K. TREU, *Athenaios. Das Gelehrtenmahl*, Leipzig, Dieterich, 1985.
- G. TURTURRO, *Ateneo: I deipnosophisti (o sofisti a banchetto) [libri I e II]*, Bari, Adriatica, 1961.
- J. WILKINS - SH. HILL, «The Sources and Sauces of Athenaeus», en J. WILKINS - D. HARVEY - M. DOBSON (ed.), *Food in Antiquity*, Exeter, University Press, 1995, págs. 429-438.
- G. WISSOWA, «Athenaeus und Macrobius», *Nachrichten von der königlichen Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, philologisch-historische Klasse, Heft 3* (1913), 325-337.
- G. ZECCHINI, *La cultura storica di Ateneo*, Milán, Pubblicazioni della Università Cattolica, 1989.

EDICIONES DE TEXTOS FRAGMENTARIOS CITADAS EN ABREVIATURA

CGF

G. KAIBEL, *Comicorum Graecorum Fragmenta*, Berlín, Weidmann, 1899, 2.^a edición, corregida y

aumentada por K. LATTE, 1958 (1975).

- Coll. Alex.* J. U. POWELL, *Collectanea Alexandrina*, Oxford, Clarendon Press, 1925 (1970).
- DSA* F. WEHRLI, *Die Schule des Aristoteles. Texte und Kommentar*, Basel, Benno Schwabe and Co., 1944 ss.
- Epicarmo fr. R-N* L. RODRÍGUEZ-NORIEGA GUILLÉN, *Epicarmo de Siracusa. Testimonios y fragmentos*, Oviedo, Universidad de Oviedo, 1996.
- FGrH* F. JACOBY, *Die Fragmente der Griechischen Historiker*, 3 vols. en 15, Leiden, Brill, 1926-1958.
- FHG* C. MÜLLER, *Fragmenta Historicorum Graecorum*, 5 vols., París, F. Didot, 1841-1870.
- IEG* M. L. WEST, *Iambi et Elegi Graeci*, 2 vols., Oxford, Clarendon Press, 1971-1972.
- PCG* R. KASSEL-C. AUSTIN, *Poetae Comici Graeci*, Berlín, 1983 (IV), 1984 (III 2), 1986 (V), 1989 (VII), 1991 (II), 1995 (VIII).
- PLF* E. LOBEL-D. PAGE, *Poetarum Lesbiorum Fragmenta*, Oxford, Clarendon Press, 1955 (1968).
- PMG* D. L. PAGE, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, Clarendon Press, 1962

(1967).

Suppl. Hell.

H. LLOYD-JONES - P. PARSONS,
Supplementum Hellenisticum,
Berlín, W. de Gruyter, 1983.

SVF

J. VON ARNIM, *Stoicorum Veterum
Fragmenta*, 3 vols., Leipzig,
Teubner, 1903-1924 (Stuttgart,
1968).

TGF

A. NAUCK, *Tragicorum Graecorum
Fragmenta*, Leipzig, Teubner,
1889, reeditado con un suplemento
de B. SNELL, Hildesheim, G. Olms,
1964.

TrGF

Tragicorum Graecorum Fragmenta,
Gotinga, Vandenhoeck Ruprecht:
vol. I, B. SNELL, *Fragmenta
Tragicorum Minorum*, 1971; vol.
II, R. KANNICHT-B. SNELL,
Fragmenta adespota, 1981; vol. IV,
S. RADT-R. KANNICHT, *Fragmenta
Sophoclis*, 1976.

¹ El término *gegonōs* empleado por la *Suda* parece que no debe interpretarse aquí como una indicación del nacimiento, sino del *floruit* del autor, uso que no es infrecuente.

² Concretamente en III 73 B, VII 301 C y XI 489 D-E.

³ FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 599.

⁴ Como ha indicado B. BALDWIN, «Athenaeus and his work», *Acta Classica* 19 (1976), 21-42, especialmente pág. 35, es muy significativo que nueve de las locuciones atribuidas al lexicógrafo Pompeyano de Filadelfia, y de las que se burla Ateneo, ya hubiesen sido empleadas por Luciano en el *Lexifanes*, en un claro intento de componer una caricatura contra Pólux, después de que Cómodo le concediera la cátedra en Atenas.

⁵ Todas estas cuestiones son analizadas por G. ZECCHINI, *La cultura storica di Ateneo*, Milán, Pubblicazioni della Università Cattolica, 1989.

⁶ *Historia augusta*. Vero 8, 10 y Cómodo 7, 2.

⁷ De éste y los restantes personajes hablaremos con detenimiento más adelante en un apartado específico.

⁸ Véase ATENEO, I 2 C, donde se dice que este emperador había puesto a Larenzio al frente de los asuntos religiosos y los sacrificios.

⁹ Esta hipótesis, que arranca de W. DITTENBERGER, «Athenaeus und sein Werk», *Apophoreton*, 1903, págs. 1-28, es desarrollada en profundidad por G. ZECCHINI, *La cultura storica...*, especialmente págs. 10-24, y cuenta también con el apoyo de otros autores como B. BALDWIN, «Athenaeus...».

¹⁰ J. SCHWEIGHÄUSER, *Athenaei Deipnosophistarum libri XV*, Estrasburgo, 1801-1807. G. KAIBEL, *Athenaei Naucratis Dipnosophistarum libri XV*, Leipzig, Teubner, 1887-1890 (Stuttgart 1965-1966), 3 vols. A. M. DESROUSSEAU, *Athénée de Naucratis. Les deipnosophistes. Livres I et II*, París, Les Belles Lettres, 1956.

¹¹ Cf. B. BALDWIN, «Athenaeus...», pág. 29.

¹² DION CASIO, LXXX 2, 2.

¹³ W. DITTENBERGER, «Athenaeus und sein Werk», pág. 20.

¹⁴ C. B. GULICK, *Athenaeus. The Deipnosophists*, Londres, Loeb Classical Library, 1927-1941 (1969-1971), 7 vols. En un primer momento, este autor seguía la tesis tradicional que identificaba al personaje con Ulpiano el jurista, como puede verse en su introducción (vol. I, págs. VIII y XII-XIII). En cambio, en el vol. VII, pág. 175, en una nota que comenta el pasaje sobre la muerte del personaje (ATENEO, XV 686 C), pasa a aceptar la propuesta de Dittenberger.

¹⁵ B. BALDWIN, «Athenaeus...», págs. 24-36.

¹⁶ En efecto, la verdadera destrucción de la Biblioteca de Alejandría no tuvo lugar hasta bien entrado el siglo III, durante el enfrentamiento de Zenobia de Palmira con el emperador Aureliano, entre el 270 y el 275. El famoso incendio ocurrido en época de César y Cleopatra, del que habla Plutarco (*Vida de César* XLIX), no debió ser más que un episodio sin demasiada importancia.

¹⁷ *Historia Augusta*, Cómodo XX 1.

¹⁸ B. P. REARDON, *Courants littéraires grecs des IIe. et IIIe. siècles après J.-C.*, París, Les Belles Lettres, 1971.

¹⁹ Idea que también apunta, por ejemplo, R. CANTARELLA, *La literatura griega de época helenística e imperial*, trad. esp., Buenos Aires, Losada, 1972, pág. 185 s.

²⁰ B. P. REARDON, *Courants littéraires...*, pág. 18 (la traducción es nuestra).

²¹ En contraste con ello está el desinterés y aun hostilidad que muestra Ateneo hacia la etapa clásica de las *póleis* y especialmente de Atenas.

²² B. P. REARDON, *Courants littéraires...* págs. 219-220.

²³ Esta vertiente de la obra ha sido subrayada por B. BALDWIN, «Athenaeus...», especialmente págs. 22 y 41-42.

²⁴ Aunque en castellano resulta más satisfactorio el título de *Banquete de los eruditos* o *Banquete de los sabios*, que es como suele traducirse habitualmente.

²⁵ Véase ATENEO, I 2 A.

²⁶ Piénsese, a modo de muestra, en la ironía que dirige contra Ulpiano, cuando en VI 262 B dice que fue interrumpido «cuando se disponía a desarrollar cantidades de interminables argumentos».

²⁷ De hecho, las abundantísimas citas de autores cómicos en Ateneo no se justifican únicamente por tocar temas culinarios, sino también porque a menudo incluyen sátiras contra las diversas escuelas filosóficas.

²⁸ Tema del que se ocupa en detalle A. LUKINOVICH, «Tradition platonicienne et polémique antiphilosophique dans les *Deipnosophistes* d'Athénée», en P. OLIVA - A. FROLÍKOVA (ed.), *Concilium Eirene XVI. Proceedings of the 16th International Eirene Conference*, Praga, 1983, vol. I, págs. 228-233.

²⁹ Incluso las citas de los historiadores suelen ser empleadas por Ateneo no para ilustrar al lector sobre los grandes acontecimientos históricos, sino sobre cuestiones a menudo triviales pero que tienen que ver con el banquete.

³⁰ Entre los principales escritos dedicados al tema (aparte de la reciente monografía de Zecchini), están una serie de artículos de finales del pasado siglo: C. A. BAPP, «De fontibus quibus Athenaeus in rebus musicis lyricisque enarrandis usus sit», *Leipzig. Studien zur classische Philologie*, (1885), 85-160; F. RUDOLPH, «Die Quellen und die Schriftstellerei des Athenaios», *Philologus Suppl.* 1891, págs. 109-162; id., «Zu den Quellen des Aelian und Athenaios», *Philologus* (1894), 652-663; L. COHN, «Zu den Quellen des Aelian und Athenaeus», *Philologus* (1894), 722-725, citados y comentados por G. ZECCHINI, *La cultura storica...*, págs. 2-7.

³¹ Véanse a modo de ejemplo las críticas a los textos herodoteos de I 19 A, XI 486 D y XII 596 C.

³² En torno a las relaciones de Ateneo con la segunda sofística, véase G. ANDERSON, «Athenaeus: the Sophistic Environment», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt*, Band II 34.3, págs. 2173-2185.

³³ Cuestión en la que insiste A. LUKINOVICH, «The Play of Reflections between Literary Form and the Sympotic Theme in the *Deipnosophistae* of Athenaeus», en O. MURRAY (ed.), *Symptotica. A Symposium on the Symposium*, Oxford, Clarendon Press, 1990, págs. 263-271.

³⁴ Hay un tratado clásico sobre este género, la obra de J. MARTIN, *Symposion. Die Geschichte einer literarischen Form*, Paderborn, 1931. El capítulo dedicado a Ateneo ocupa las páginas 270-280.

³⁵ Un caso extremo es el del *Banquete de los siete sabios* de Plutarco, cuya acción se sitúa en torno al 600 a. C.

³⁶ En el caso de Ateneo, esta característica del género es puesta de relieve por el autor del *Epítome*, que antes de copiar literalmente las palabras iniciales de la obra comenta que «Ateneo dramatiza el diálogo a imitación de Platón» (ATENEO, I 1 F). Sobre el *Epítome*, véase más adelante el apartado dedicado a la transmisión del texto.

³⁷ Véase ATENEO, V 186 E. Jenofonte y Platón siguen este criterio, del que prescinde, en cambio, Epicuro, provocando la confusión del lector.

³⁸ Cf. ATENEO, V 187 A ss. Nuevamente se critica a Epicuro por no atender a este criterio, y presentar únicamente como personajes a filósofos, «intérpretes de átomos», frente a lo que hacen Platón y Jenofonte.

³⁹ Principio violado por los tres autores mencionados. Así Epicuro presenta en su obra, según ATENEO (V 182 A), «una asamblea de aduladores». A su vez, el *Banquete* de PLATÓN «está lleno de guasones que se mofan unos de otros» (ATENEO, V 187 C), o muestran un comportamiento reprochable, como Alcibíades. También considera un atentado contra el decoro ciertas escenas, como cuando a un personaje le da el hipo y se le aconsejan diversos remedios, o cuando Alcibíades proclama que el deseo lo consume. En cuanto a Jenofonte, lo critica por mostrar abiertamente la atención de Calias por su favorito, Autólico, pese a hallarse delante el propio padre del muchacho. Tacha igualmente de poco edificante el concurso de belleza que Sócrates improvisa ante las burlas de Critóbulo, un jovencuelo que manifiesta poco respeto a su maestro (ATENEO, V 188 D).

⁴⁰ Cf. ATENEO, V 192 D.

⁴¹ Cf. ATENEO, V 216 D-217 D y V 219 A-D. Esas críticas las extiende no sólo a los *Banquetes* de Jenofonte y Platón, sino también a los diálogos platónicos en general.

⁴² Véase más adelante el capítulo dedicado a la transmisión del texto.

⁴³ Véase al respecto M.^a DOLORES GALLARDO, «Estado actual de los estudios sobre los simposios de Platón, Jenofonte y Plutarco», *Cuadernos de Filología Clásica* 3 (1972), 127-191, especialmente págs. 134 y 183.

⁴⁴ Sin embargo, hay en *El banquete de los eruditos* un eco de esa estructura más compleja, pues en la conversación que inicia la obra se nos indica que Ateneo ya ha relatado el banquete con anterioridad a otros amigos, de lo que a su vez ha tenido noticia Timócrates, que quiere conocer más detalles.

⁴⁵ Cf. M.^a DOLORES GALLARDO, «Los simposios de Luciano, Ateneo, Metodio y Juliano», *Cuadernos de Filología Clásica* 4 (1972), 239-296, especialmente pág. 253.

⁴⁶ Cf. a este respecto O. MURRAY, «Symptotic History», en O. MURRAY (ed.), *Sympotica...*, págs. 3-13, especialmente pág. 6.

⁴⁷ Uno de los tres libros de la obra que, como veremos, poseía hasta ahora traducción al castellano (J. L. SANCHÍS LLOPIS, *Ateneo de Náucratis. Sobre las mujeres. Libro XIII de la cena de los eruditos*, 3.^a ed., Madrid, Akal, 1994). Puede

verse un estudio detallado del mismo en la introducción a dicha traducción, págs. 25-39, y en el artículo del mismo autor «Tradición y erudición en el libro XIII de *Deipnosophistai* de Ateneo de Náucratis», *Minerva* 8 (1994), 163-187.

⁴⁸ Véase a este respecto el artículo de J. WILKINS-SH. HILL, «The Sources and Sauces of Athenaeus», en J. WILKINS-D. HARVEY-M. DOBSON (ed.), *Food in Antiquity* Éxeter, University Press, 1995, págs. 429-438.

⁴⁹ Véase, a este respecto, ATENEO, III 97 C-98 F, donde Perrero relata una serie de anécdotas en las que ridiculiza a diversos pedantes.

⁵⁰ En mayúscula, y obra de la primera mano. Sobre los manuscritos de Ateneo véase más adelante el apartado sobre la transmisión del texto.

⁵¹ Véase, por ejemplo, G. KAIBEL, *Athenaei Naucraticae Dipnosophistarum...*, vol. I, págs. XXXI-XXXVII; A. M. DESROUSSEAU, *Athénée de Naucratis...*, págs. XXXI-XXXII, etc.

⁵² Ya que, como se explicará más adelante, existe también un *Epítome* que resume la obra.

⁵³ G. KAIBEL, *Athenaei Naucraticae Dipnosophistarum...*, vol. I, págs. XXXI-XXXVII.

⁵⁴ G. WISSOWA, «Athenaeus und Macrobius», *Nachrichten von der königlichen Gesellschaft der Wissenschaften zu Göttingen, philologisch-historische Klasse, Heft* 3 (1913), 325-337.

⁵⁵ A. M. DESROUSSEAU, *Athénée de Naucratis...*, pág. XXII.

⁵⁶ A. ADLER, *Suidae Lexicon*, Leipzig, Teubner, 1928-1938 (Stuttgart 1967-71), vol. I pág. XXI.

⁵⁷ Máxime teniendo en cuenta que ese supuesto testimonio se refiere a un libro inferior al 15.

⁵⁸ G. KAIBEL, *Athenaei Naucraticae Dipnosophistarum...*, vol. I, págs. XXIV-XXV.

⁵⁹ Al que se dirige no sólo al comienzo del libro, en XII 501 A, sino también en el interior del mismo, en XII 550 F.

⁶⁰ G. KAIBEL, *Athenaei Naucraticae Dipnosophistarum...*, vol. I, págs. XXV-XXVI.

⁶¹ K. MENGIS, *Die schriftstellerische Technik im Sophistenmahl des Athenaios*, Studien zur Geschichte und Kultur des Altertums, Paderborn, F. Schöningh, 1920. El autor se inspira, a su vez, en algunas teorías anteriormente propuestas por F. ULLRICH, *Entstehung und Entwicklung der Literaturgattung des Symposium*, Würzburg, 1908.

⁶² K. MENGIS, *Die schriftstellerische Technik...*, págs. 4-5.

⁶³ K. MENGIS, *Die schriftstellerische Technik...*, págs. 5-6.

⁶⁴ C. B. GULICK, *Athenaeus...* I, pág. XI.

⁶⁵ I. DÜRING, «De Athenaei Dipnosophistarum indole atque dispositione», *Apophoreta Gotoburgensia Vilelmo Lundström oblata*, Göteborg 1936, págs. 226-270, especialmente pág. 231.

⁶⁶ J. LETROUIT, «À propos de la tradition manuscrite d'Athénée: une mise au point», *Maia*, n. s., 43 I (1991), 33-40, especialmente pág. 38.

⁶⁷ Concretamente en IX 369 A, XIII 556 B, XIV 643 E y XV 693 F.

⁶⁸ El cual, al menos en algunos encuentros, aparece acompañado de otros oyentes anónimos, como puede verse en V 222 B.

⁶⁹ Al final del libro V se nos informa, en la modalidad de narración externa, de que se disuelve la reunión.

⁷⁰ En consonancia con la despedida del libro V, el diálogo externo que abre el libro VI también nos indica que estamos ante una jornada distinta. El cambio de jornada, al final del libro X, se indica en la modalidad de narración externa; éste es el primero de los pasajes malinterpretados por Mengis.

⁷¹ Al comienzo del libro XI también se nos indica el cambio de jornada, en la modalidad de diálogo externo. A este respecto hay que decir que en XI 459 A se impone situar el signo de interrogación tras el sustantivo *Oulpianós*, ya que el genitivo absoluto anterior no se refiere a los eruditos del banquete, sino a Ateneo y Timócrates. La traducción del texto, con la puntuación que proponemos, es «¡Ea pues, amigo Timócrates! ¿‘Cuál será el comienzo del relato’, como dice Cefisodoro el comediógrafo, puesto que nos hemos reunido temprano, en nuestra ansia por las copas?» (Para entender el pasaje hay que tener en cuenta que el libro anterior se cerró con el anuncio de que el tema de la siguiente reunión serían los diversos tipos de copas para beber). El cambio de día al final del libro XIV se expresa en la modalidad de narración externa. Éstos son los otros dos pasajes que Mengis aducía.

⁷² A. LUKINOVICH, «La *Poikilía* chez Athénée», *Revue des Études Latines* 63 (1985), 14-16.

⁷³ Ya G. WISSOWA, «Athenaeus und Macrobius...», pág. 332 apuntaba que el hecho de que la forma dialogada del *Banquete de los eruditos* se mantenga con bastante laxitud es un defecto achacable más a la negligencia del autor que a la labor de un epitomador.

⁷⁴ Cf. J. MARTIN, *Symposion...*, pág. 275.

⁷⁵ Sobre esta cuestión puede verse el análisis de I. DÜRING, «De Athenaei Dipnosophistarum...» pág. 229, donde se rechaza la idea de Kaibel de que pasajes como el elogio de Larenio de I 2 B sean fruto de una elaboración del propio epitomador a partir de material sacado de libros diversos.

⁷⁶ J. MARTIN, *Symposion...*, pág. 277.

⁷⁷ A. LUKINOVICH, «The Play of Reflections...», pág. 265.

⁷⁸ Ambos motivos son aducidos por el propio autor en la obra, como se ha indicado.

⁷⁹ Véase, por ejemplo, ATENEO, VIII 277 C ss.

⁸⁰ Véase, por ejemplo, II 45 B ss., 49 D ss.; III 75 B ss., 76 F ss., 80 A ss., 118 F ss.; IV 143 A ss.; VI 267 C ss., etc.

⁸¹ Norma que fue rota tanto por PLUTARCO en su *Banquete de los siete sabios*, como por LUCIANO en su *Banquete o Los lapitas*.

⁸² Cf. ATENEO, V 187 A ss.

⁸³ Cf. ATENEO, V 182 A, 187 C y 188 D.

- ⁸⁴ G. KAIBEL, *Athenaei Naucraticae Dipnosophistarum...*, vol. I, págs. V-VII.
- ⁸⁵ A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis...*, págs. XII-XIX.
- ⁸⁶ C. B. GULICK, *Athenaeus...*, págs. XI-XII.
- ⁸⁷ Cf. ATENEO, V 216 D-217 D.
- ⁸⁸ B. BALDWIN, «The Minor Characters in Athenaeus», *Acta Classica* 20 (1977), 37-48.
- ⁸⁹ Véase B. BALDWIN, «Athenaeus...», pág. 28, e id., «The Minor Characters...», pág. 38.
- ⁹⁰ Cf. ATENEO, I 2 B SS.
- ⁹¹ Esta identificación se debe a H. DESSAU, «Zu Athenaeus», *Hermes* (1890), págs. 156-158.
- ⁹² *Historia Augusta*, *Cómodo* XX 1.
- ⁹³ Según DIÓN CASIO, LXXIII 1, 2.
- ⁹⁴ G. ZECCHINI, *La cultura storica...*, pág. 15.
- ⁹⁵ Cf. ATENEO, II 58 B.
- ⁹⁶ Así se afirma, al menos, en ATENEO, IV 160 D.
- ⁹⁷ Es cierto que los orígenes humildes y el oficio de zapatero del padre forman parte de un tópico de la literatura cínica, como apunta GULICK (*Athenaeus...*, pág. XIII), pero no por ello hay que negar que el dato pueda ser, en este caso, auténtico.
- ⁹⁸ Cf. *Historia Augusta*, *Heliogábalo* XVI 2.
- ⁹⁹ Concretamente en III 96 D, 116 A; IX 367 D-368 F; XI 504 B; XIII 558 E-560 F.
- ¹⁰⁰ FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 620.
- ¹⁰¹ En II 51 A; III 79 A-80 E, 120 B-121 E; VII 276 D y VIII 355 A-359 D. Parece que en III 116 F se ha confundido su nombre con el de Dionisocles, según se desprende de III 118 D, o bien que en el curso de la transmisión manuscrita se han entremezclado dos intervenciones distintas de uno y otro.
- ¹⁰² Mencionado por FILÓSTRATO, *Vidas de los sofistas* 613 s.
- ¹⁰³ J. SCHWEIGHÄUSER, *Athenaei Deipnosophistarum...*, tomo I, págs. LXXXVIII-LXXXIX, identifica al copista de A con el amanuense del *Laurentianus Conventi soppressi* 191, del año 984; ello implicaría datar el *Marcianus* a fines del s. X. Más recientemente, sin embargo, A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis...*, pág. XXXIV lo fecha a principios de dicho siglo. Esta datación concuerda con la tesis de N. WILSON, «Did Aretas read Athenaeus?», *Journal of Hellenic Studies* 62 (1962), 147-148, quien cree reconocer en el *Marcianus* la mano de Juan el Calígrafo, copista del *Clarkianus* 39 de Platón, fechado en el año 895.
- ¹⁰⁴ Una más amplia, entre XI 466 D y E, donde se han perdido varios folios, y otra más breve, entre XI 502 C y E, donde faltan uno o dos.
- ¹⁰⁵ Así lo puso de manifiesto por vez primera C. G. COBET. Véase su carta a Gaisford, recogida por B. HEMMERDINGER, «L'art d'éditer Athénée», *Bollettino dei classici* 10 (1989), 106-117, especialmente págs. 107-111.

- ¹⁰⁶ A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis...*, pág. XXI.
- ¹⁰⁷ J. LETROUIT, «À propos de la tradition manuscrite...», págs. 39-40.
- ¹⁰⁸ Sobre la *editio princeps* de Ateneo puede verse J. IRIGOIN, «L'édition princeps d'Athénée et ses sources», *Revue des Études Grecques* 80 (1967), 418-424.
- ¹⁰⁹ Véase A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis...*, págs. XXXVIII-XLIII; B. HEMMERDINGER, «L'art d'éditer...», pág. 117.
- ¹¹⁰ G. KAIBEL, *Athenaei Naucratis Dipnosophistarum...*, vol. I pág. XIX.
- ¹¹¹ S. P. PEPPINK, *Athenaei Dipnosophistarum Epitome*, vol. I, Leiden, 1937, pág. IX; vol. II, Leiden, 1939, pág. X.
- ¹¹² A. M. DESROUSSEAUX, *Athénée de Naucratis...*, págs. XXXIII, XXXIX y XLI.
- ¹¹³ Cf. la ya mencionada carta de Cobet a Gaisford en B. HEMMERDINGER, «L'art d'éditer...», pág. 108.
- ¹¹⁴ J. LETROUIT, «À propos de la tradition manuscrite...», págs. 33-37.
- ¹¹⁵ J. LETROUIT, «À propos de la tradition manuscrite...», pág. 34, n. 16.
- ¹¹⁶ En una reciente ponencia presentada en el marco del simposio *Athenaeus and his World* (Éxeter, 1-5 septiembre, 1997), titulada «Athenaeus and the Epitome: Text, Manuscripts and Early Editions», G. ARNOTT ha defendido la idea de que, aunque el *Epitome* se basa fundamentalmente en el manuscrito A, su autor contó además con otra fuente. No obstante, los datos en los que fundamenta su tesis, a saber: seis pasajes en los que el *Epitome* ofrece una lectura acertada frente a un error de A, y la corrección de un nombre propio en un pasaje de Macón, pueden ser simplemente, como apunta Letrouit, enmiendas acertadas del epitomador.
- ¹¹⁷ Los inicios de esta tarea se vieron posibilitados gracias a una beca concedida por el Ministerio de Cultura (Dirección General del Libro), dentro de las Ayudas a la Creación Literaria 1995, en la modalidad de traducción (B.O.E. 185,4 de agosto 1995, 24209).

LIBRO I (EPÍTOME)

Prólogo del epitomador

Ateneo es el padre de este libro. Conversa [1A] con Timócrates. *Banquete de los eruditos* es su título. Proporciona la base del relato el romano Larensio, varón ilustre por su fortuna, al convertir en convidados suyos a los hombres de su tiempo más versados en toda suerte de saberes. En la obra no hay ningún tema de los más relevantes que no haya mencionado. En efecto, en el libro dio cabida a los peces y a las formas de consumirlos, así como a la multiplicidad de sus nombres; a todo género de vegetales y animales de toda clase; a personajes que han escrito [B] sobre historia, a poetas y filósofos; a instrumentos musicales, y a mil géneros de chanzas. También ha expuesto minuciosamente diferencias entre copas de beber, además de riquezas de reyes, dimensiones de barcos, y tantas otras cosas que no podría mencionar fácilmente, o me faltarían horas del día si me pusiera a describirlas género por género. No sólo el plan de la obra es reflejo de la magnificencia del banquete, sino que también la estructura del libro lo es de la disposición de la cena. Tal es el delicioso festín de palabras que este asombroso maestresala del relato, Ateneo, nos sirve. Y superándose a sí mismo, como los oradores atenienses, [C] por su fogosidad al hablar, va saltando gradualmente en pos de los capítulos finales del libro.

Participantes en el banquete

Los «eruditos del banquete»¹ que, como es natural, asistieron a la cena fueron: Masurio, jurisconsulto y dedicado en profundidad a todo tipo de saberes, poeta singular, hombre que no cedía ante nadie en los demás campos de su formación, y que se había esforzado con no poco afán por alcanzar un

conocimiento enciclopédico. En efecto, cada una de las materias que exponía parecía que era la única que había cultivado, tal era la erudición en que se había educado desde la infancia. Era un poeta yámbico, dice Ateneo, no inferior a ninguno de los poetas posteriores a Arquíloco². Asistieron también Plutarco, Leónides [D] de Élide, Emiliano Mauro y Zoilo, los mejor dotados de los gramáticos. De los filósofos estaban presentes Pontiano y Demócrito, los de Nicomedia, que aventajaban a todos en erudición, y Filadelfo de Ptolemaida, hombre que no solamente se había educado en la especulación filosófica, sino que también había investigado sobre las restantes cuestiones de la vida. De los cínicos³ había uno al que llama Perrero⁴; a éste no sólo «lo seguían dos veloces perros» [Hom., *Od.* II 11], como a Telémaco cuando se dirigía a la asamblea, sino muchos más que los de Acteón⁵. En cuanto a oradores, había una multitud en nada inferior a la de los cínicos. Contra ellos, y contra cuantos otros tomaban la palabra, arremetía Ulpiano de Tiro, que por las continuas preguntas que a todas horas hacía en las calles, paseos, librerías [E] y baños, recibió un nombre más expresivo que el suyo propio: «Está-o-no-está». Este personaje tenía la costumbre (característica)⁶ de no probar bocado sin antes decir: «¿Está o no está?»; por ejemplo, si está testimoniada la palabra *hōra* (hora) para referirse a las partes del día⁷; (si el adjetivo *méthysos* (ebrio) se aplica al varón⁸); si se encuentra *mētra* (matriz) dicho del plato comestible, o si el compuesto *sýagros* (cerdo salvaje)⁹ se testimonia aplicado a un cerdo. De los médicos estaban allí Dafno de Éfeso, venerable en su profesión y por su carácter, profundamente adicto a las doctrinas de los académicos¹⁰; Galeno de Pérgamo, que ha publicado tal cantidad de escritos filosóficos y médicos que [F] sobrepasa a todos sus predecesores, y que en su exposición es mucho más competente que ninguno de los antiguos; y Rufino de Nicea. Había un músico, Alcides de Alejandría. Y era este catálogo, dice Ateneo, una lista de reclutamiento más que una de invitados.

Ateneo dramatiza el diálogo a imitación de Platón¹¹. En efecto, así comienza¹²:

Inicio del diálogo

[2A] «¿Participaste personalmente, Ateneo, en aquella noble reunión de los ahora apodados «eruditos del banquete», que fue muy renombrada por toda la ciudad, o se la relatabas a tus amigos tras conocerla de oídas?». «Yo mismo, Timócrates, tomé parte». «¿Y no querrás ponernos al corriente también a nosotros de vuestras nobles conversaciones alrededor de las copas?

*A quienes se han limpiado tres veces los dioses les otorgan mejor porción*¹³

[B] como dice en alguna parte el poeta de Cirene¹⁴. ¿O tenemos que informarnos por algún otro?»

Elogio de Larensio

Poco después, el autor emprende el elogio de Larensio, y dice: Éste, en su liberalidad, reunía a muchos hombres de cultura y los agasajaba no sólo con sus restantes atenciones, sino también con conversaciones, unas veces proponiendo temas dignos de examen, y otras hallando respuestas; y no planteaba sus preguntas según cuadraba ni de cualquier modo, sino con un saber crítico en grado sumo, e incluso socrático, de manera que todos admiraban la sagacidad de sus cuestiones. Dice, por otra [C] parte, que éste había sido puesto al frente de los asuntos religiosos y de los sacrificios por el excelso emperador Marco¹⁵, y que regía los de los helenos no menos que los patrios. Le llama también un Asteropeo, porque descollaba por igual en las dos lenguas¹⁶. Ateneo continúa diciendo que era experto en los ritos establecidos por Rómulo, el epónimo de la ciudad, y por Numa Pompilio¹⁷, y que era entendido en leyes civiles. Y todos estos conocimientos se los había procurado por su cuenta, basándose en el examen de antiguos [D] decretos y edictos, e incluso de una recopilación de leyes [3A] que ya no son objeto de enseñanza, y que, como dice el comediógrafo Éupolis respecto a las obras de Píndaro, «han quedado ya acalladas por la indiferencia del vulgo a la belleza» [PCG V, fr. 398]. Cuenta además que poseía tal cantidad de libros griegos antiguos que sobrepasaba a todos los que fueron admirados por sus colecciones: a Polícrates de

Samos, a Pisístrato el que fue tirano de Atenas, a Euclides, también él ateniense, a Nicócrates de Chipre, e incluso a los reyes de Pérgamo, al poeta Eurípides, al filósofo Aristóteles, (a Teofrasto), y al que conservó los libros de éstos últimos¹⁸, Neleo. A él dice que se los compró todos nuestro [B] compatriota el rey Ptolomeo, apodado Filadelfo, y los trasladó, junto con los procedentes de Atenas y los traídos de Rodas, a la hermosa Alejandría. Por ello podría decirse de Larenzio aquello de Antífanos [PCG II, fr. 272]:

*Siempre estás junto a las Musas y los razonamientos,
cuando se examina (alguna obra) del saber.*

*Y se complace también
en la flor del arte,
que interpretamos los varones
a menudo en torno a su mesa amiga,*

[C] según el poeta lírico de Tebas [Pínd. *Olímp.* I 14].

Dice también Ateneo: Cuando nos invita a sus banquetes, hace que todos veamos a Roma como una patria. Pues, ¿quién echa de menos su hogar cuando está junto a alguien que tiene su casa abierta de par en par para los amigos? En efecto, como dice Apolodoro el cómico¹⁹ [PCG II, fr. 15]:

*Cuando uno entra en casa de un amigo,
puede percatarse, Nicofón, de la buena disposición
de ese amigo desde que cruza las puertas.
El portero que sonríe es lo primero. El perro
menea la cola y se acerca. Alguien sale a tu encuentro*

[D] e inmediatamente te prepara un asiento, aunque nadie le diga nada.

Sobre huéspedes magnánimos

Así tendrían que ser también los demás hombres pudientes; de manera que a quienes no hacen lo mismo se les dirá: «¿Por qué eres mezquino? Rebosantes de vino están tus tiendas. Ofrece a los ancianos un espléndido banquete²⁰: te corresponde». Tal era en su magnanimidad Alejandro Magno. También Conón, tras vencer a los lacedemonios en la batalla naval de Cnido²¹ y fortificar el Pireo, sacrificó una hecatombe

de verdad y no sólo de nombre²² y agasajó a todos los atenienses. Alcibíades, por su parte, cuando consiguió en Olimpia en las carreras [E] de carros el primer, segundo y cuarto puesto²³, victorias en cuyo honor incluso Eurípides compuso un epinicio²⁴, ofreció sacrificios en honor a Zeus Olímpico, y obsequió a toda la concurrencia. Lo mismo hizo también Leofrón en las Olimpiadas, y el epinicio lo escribió Simónides de Ceos²⁵. A su vez, Empédocles de Acragante, que venció en Olimpia en las carreras de caballos, como era un pitagórico y se abstenía de comer seres animados, hizo modelar un toro de mirra, incienso y las más costosas plantas aromáticas, y lo repartió entre los asistentes a la celebración. También Ión de [F] Quíos, cuando ganó el concurso de tragedia en Atenas, regaló a cada uno de los atenienses una jarra de vino de Quíos.

*¿Pues por qué otra causa rogaría alguien
a los dioses ser rico y tener dinero en abundancia,
sino para poder socorrer a los amigos,
y sembrar el fruto de la Generosidad, la más encantadora de las diosas?
Pues del beber y del comer obtenemos
igual placer, y ni siquiera con espléndidos
banquetes se calma el hambre,*

dice Antífanos [PCG II, fr. 226].

Jenócrates de Calcedonia, Espeusipo el académico²⁶ y Aristóteles escribieron las *Leyes reales*²⁷.

[4A] También Telias de Acragante²⁸, que gustaba de dar hospitalidad y colmaba a todos de atenciones, a quinientos jinetes de Gela que en una ocasión se hospedaron en su casa en la estación invernal les dio una túnica y un manto para cada uno.

Dice Ateneo: el sofista «caza-cenas»²⁹.

Sobre invitados ocurrentes

Clearco³⁰ afirma que Carmo el siracusano tenía preparados versos breves y proverbios para cada uno de los platos servidos en sus banquetes. Para el pescado [Eur., *Troyanas* 1]:

Acabo de dejar la salada profundidad del Egeo.

Para las caracolas³¹ [Hom., *Il.* I 334]:

Salud, heraldos, mensajeros de Zeus.

Para la salchicha [Eur., *Andróm.* 448]:

Cosas retorcidas y nada sanas. [B]

Para el calamar relleno [Eur., *Andróm.* 245]:

*Prudente, prudente tú*³².

Para el producto de temporada en el guiso de pescaditos:

*¿No dispersarás lejos de mí al populacho?*³³.

Para la anguila pelada:

*Rizos no velados*³⁴.

Dice Ateneo que muchos hombres tales asistían al banquete de Larenio, trayendo como contribuciones los escritos sacados de sus sacos de misceláneas³⁵. Cuenta también que Carmo, por tener algo preparado para cada uno de los [C] platos que se servían, como ya se ha dicho, pasaba ante los mesenios por ser una persona cultivada, y que también Calífanos, el que era llamado hijo de Parabriconte³⁶, había copiado el comienzo de numerosos poemas (y obras en prosa), y recordaba hasta tres o cuatro líneas, con lo que pretendía granjearse fama de erudito.

Además, otros muchos tenían continuamente en la boca las morenas del mar de Sicilia, las flotantes anguilas, las entrañas de los atunes de Paquino, los cabritos de Melos, los mújoles de Escíatos; y, entre los productos que no gozan de buena fama, las almejas monstruosas³⁷, las anchoas de las [D] Líparas, el rábano de Mantinea, los nabos de Tebas y las acelgas de la zona de Ascra.

Según cuenta Clearco³⁸, Cleantes de Tarento en los festines lo decía todo en verso, y lo mismo Pánfilo el siciliano, como por ejemplo: «Escánciame de beber hasta el muslo de perdiz»; «Que un orinal me dé alguien, o que una galleta alguien me dé» [*Suppl. Hell.*, fr. 597]³⁹.

Dice también Ateneo: Hombres que están bien establecidos en la vida, no que comen del trabajo de sus manos⁴⁰. «Portando banastas de decretos», dice Aristófanes [*PCG* III 2, fr. 222].

Sobre el número ideal de invitados

Arquéstrato de Siracusa o de Gela, en la obra que Crisipo denomina *Gastronomía*, [E] y en cambio Linceo y Calímaco, *La buena vida*, Clearco, *El arte del banquete*, y otros, *Arte culinaria* —el poema es en verso épico, y su comienzo es [*Suppl. Hell.*, fr. 132]⁴¹:

De mi saber dando muestra a la Hélade entera—

dice [*Suppl. Hell.*, fr. 191]:

Que a una sola mesa de delicados manjares coman todos.

Que sean tres o cuatro en conjunto,

o no más de cinco al menos; pues entonces sería

una tienda de rapaces soldados mercenarios.

Ignora que en la comida de Platón eran veintiocho⁴².

Ésos vuelven la vista <continuamente> [F]

a los banquetes de las gentes de ciudad y vuelan en línea recta

hacia ellos sin estar invitados,

dice Antífanos [*PCG* II, fr. 227], y añade:

A éstos tendría

el Estado que alimentarlos del erario, y siempre, como [5A]

cuentan que en Olimpia se hace para las moscas,

habría que inmolar primero una vaca para los no invitados en todas partes.

Algunas cosas en verano, pero otras nacen en invierno

dice el poeta siracusano [Teócr., II 58]. En efecto, no es posible servir todo tipo de productos al mismo tiempo, aunque decirlo es fácil.

Autores de tratados sobre banquetes

[B] Han compuesto tratados sobre banquetes, entre otros, Timáquidas de Rodas, en once libros en verso épico, o incluso más; Numenio de Heraclea, discípulo del médico Dieuques;

Matrón de Pítane el autor paródico, y Hegemón de Tasos, el apodado «Lenteja», que algunos sitúan en la comedia antigua.

Artemidoro⁴³, el falso discípulo de Aristófanes, recopiló términos culinarios.

Filóxeno de Léucade

El banquete de Filóxeno de Léucade es citado por Platón el cómico [PCG VII, fr. 189]:

A—*Yo aquí, en la soledad,
quiero leer este libro*

para mí. B— *¿Y de cuál se trata, por favor?*

A—*Un nuevo tratado culinario de Filóxeno.*

B—*Muéstrame cómo es.* A—*Pues escucha:*

«Comenzaré por la cebolla, y terminaré por el atún».

B—*¿Por el atún? Sin duda es mucho mejor*

[C] *colocarse allí, en la posición final.*

A—*«Ablanda cebollas en el rescoldo, riégalas con*

salsa, y devora las más posibles, pues enderezan el cuerpo del varón.

Y eso es todo por esta parte; me interno en los vástagos del mar».

Un poco después:

«No es cosa mala la cacerola; sin embargo, la sartén es mejor, creo yo».

Y al poco:

«El mero, el pez tornasolado⁴⁴, el dentón y el pez sierra

*no los trocees, no sea que la venganza de los dioses sople sobre ti,
mas ásalos y sírvelos enteros, que es mucho mejor.* [D]

El tentáculo del pulpo, si se maja en la medida conveniente,

hervido está mucho mejor que asado, con tal que sea bastante grande.

Pero si los asados son dos, le comunico al hervido que se eche a llorar.

El salmonete rechaza ser fortificador de los nervios:

en efecto, nació de la virgen Ártemis, y odia las erecciones.

El cabracho, en cambio...» B— *¡Que te dé por el culo y se divierta!*

Por este Filóxeno también recibieron el nombre de «filoxenios» unos pasteles. Sobre él dice Crisipo: «Yo recuerdo [E] a un glotón que había llegado a faltar al respeto a los que tenía cerca hasta tal punto, cualquiera que fuese la

circunstancia, que abiertamente en los baños públicos acostumbraba su mano al calor sumergiéndola en agua hirviendo, y su boca haciendo gárgaras en caliente, evidentemente para ser insensible a los alimentos que quemaban⁴⁵. Se decía, en efecto, que éste incluso se había ganado a los cocineros para [F] que sirvieran la comida lo más caliente posible, y así devorarla él solo, al no poder seguirlo los demás». Lo mismo cuentan también de Filóxeno de Citera, de Arquitas y de otros muchos, uno de los cuales dice en una obra de Cróbilo el cómico [*PCG* IV, fr. 8]:

A— *Yo para esta comida caliente en exceso*

*tengo sin duda dedos del Ida*⁴⁶,

y me abraso placenteramente la garganta con trozos de pescado salado.

B—*Es un horno, no un hombre.*

Filóxeno de Citera

Clearco⁴⁷ asegura que Filóxeno, previamente bañado, <tanto en su patria como [6A] en las demás ciudades>⁴⁸, recorría las casas en compañía de sus esclavos, llevando aceite, vino, garo⁴⁹, vinagre y otros condimentos. A continuación entraba en las casas ajenas y sazónaba los alimentos que se cocinaban para los demás, añadiendo lo que les hacía falta; y acto seguido, doblándose <sobre sí mismo>, se daba un banquete. Éste, cierta vez que desembarcó en Éfeso, encontró el mercado de comestibles vacío y preguntó el motivo. Al saber que todo había sido comprado de golpe para una boda, se bañó y acudió sin estar invitado a casa del novio. Después del banquete, cantó un himeneo cuyo comienzo es [Filóx., *PMG*, fr. 828]: «¡Matrimonio, tú el más brillante de los dioses!», y los cautivó a [B] todos, pues era autor de ditirambos. Y el novio le dijo: ‘Filóxeno, di, ¿cenarás aquí también mañana?’ Y Filóxeno respondió: ‘Sí, si no hay quien venda comida’.

Dice Teófilo: «No como Filóxeno el hijo de Erixis; pues éste, según parece, teniendo algo que reprochar a la naturaleza en lo que al disfrute se refiere, pidió una vez tener el cuello de una grulla. Pero mucho mejor le habría sido desear convertirse por entero en caballo, o toro, o camello, o elefante; pues de ese

modo los apetitos y los placeres son mucho mayores y más intensos, ya que los gozos se producen en proporción a las fuerzas».

Clearco [*DSA* III, fr. 55] afirma que Melantio suplicó lo mismo, cuando dice: «Parece que Melantio razonó mejor [C] que Titono. Pues éste, que deseó la inmortalidad, cuelga en su tálamo, privado de todos los placeres por la vejez⁵⁰. En cambio Melantio, que amaba los gozos, suplicó tener el cuello de aquella ave de largo pescuezo, para demorar lo más posible los placeres». El mismo autor⁵¹ dice que Pitilo, apodado el «Glotón», no sólo llevaba una envoltura membranosa en la lengua, sino que además la cubría con otra envoltura para disfrutar más y que, en fin, la limpiaba frotándola [D] con una piel seca de lija⁵². Éste es el único de los voluptuosos que, según se dice, tomaba la comida con guantes, a fin de alzársela a la lengua lo más caliente posible, el tres veces desgraciado. Otros llaman a Filóxeno «amante del pescado»; sin embargo Aristóteles [pág. 60, fr. 1 Ross] lo llama simplemente «amante de los banquetes». Este autor también escribe en algún lugar lo siguiente: «Hablan en público en medio de la muchedumbre y pierden el día entero entre las atracciones de feria y junto a los que navegan curso abajo del Fasis o del Dniéper, aunque no han leído nada, salvo el *Banquete* de Filóxeno, y no entero».

[E] Fenias⁵³ dice que Filóxeno, el poeta de Citera⁵⁴, que era un apasionado de la comida, cenando cierta vez en el palacio de Dionisio⁵⁵, como vio que a éste le servían un salmonete grande, y en cambio a él uno pequeño, lo tomó en sus manos y se lo acercó a la oreja. Y cuando Dionisio le preguntó por qué hacía eso, respondió Filóxeno que estaba escribiendo su *Galatea*⁵⁶, y deseaba preguntarle al salmonete algunas cosas sobre Nereo; pero que éste, al ser interrogado, [F] había respondido que lo habían pescado demasiado joven, y por eso no había formado parte del séquito de aquél; en cambio, el que le habían servido a Dionisio, por ser mayor, sabía sin duda lo que deseaba conocer. Así que Dionisio, riendo, le envió el salmonete que le habían servido a él. Emborracharse con Filóxeno le era grato a Dionisio. Pero cuando [7A] lo descubrió seduciendo a Galatea, su amante, lo

arrojó a las canteras⁵⁷. En ellas compuso su *Cíclope*, y adaptó el relato al infortunio que le había ocurrido a él, representando a Dionisio bajo el disfraz del Cíclope, a la flautista bajo el de Galatea, y a sí mismo bajo el de Odiseo.

Apicio y otros amantes de los placeres culinarios

Vivió en tiempos de Tiberio un hombre llamado Apicio⁵⁸, un millonario voluptuoso, por el cual muchos tipos de pasteles se llaman «apicios». Éste, que había gastado en su estómago muchos miles en Minturnas (una ciudad de Campania), pasaba la mayor parte del tiempo comiendo costosas gambas, que son allí mayores que las [B] más grandes de Esmima y que los bogavantes de Alejandría. Pues bien, cuando oyó decir que también en Libia las había enormes, se hizo a la mar sin esperar un solo día. Y cuando, tras sufrir mucho durante la travesía, llegó cerca de aquellos lugares, antes de que desembarcara de la nave (pues se había extendido entre los libios la noticia de su llegada), unos pescadores que navegaron a su encuentro le ofrecieron sus más hermosas gambas. Él, al verlas, les preguntó si las tenían mayores; y al responderle que no las había más grandes que las que habían traído, recordando las de Minturnas, ordenó al piloto [C] hacer la misma ruta de regreso a Italia, sin acercarse a tierra.

Aristóxeno, el filósofo de Cirene, que practicaba al pie de la letra la filosofía de su patria⁵⁹ —por el cual también se llama «aristoxenio» a un jamón preparado de una manera especial— en su exceso de voluptuosidad llegaba a regar por la tarde las lechugas de su huerto con vino y miel, y al recogerlas al alba decía que tenía pasteles frescos producidos por la tierra para él.

[D] Estando el emperador Trajano en Partia y a una distancia de muchas jornadas del mar, Apicio le envió ostras frescas conservadas por medio de un ingenio propio. No como le ocurrió a Nicomedes el rey de los bitinios, cuando quiso sardina (también él estaba lejos del mar), y un cocinero hizo un remedo del pececito y se lo sirvió. En efecto, el cocinero en la obra de Eufión el cómico dice así [*PCG* V, fr. 10]:

A— *Yo fui discípulo de Sotérides,*

*el cual, distando Nicomedes del mar doce
[E] jornadas de camino, fue el primero que,
cuando aquél quiso sardina en pleno invierno,
se la sirvió ¡sí, por Zeus! de manera que todos gritaban.*

*B— ¿Cómo es eso posible? A— Cogiendo un nabo
tierno, lo cortó fino (y largo),
imitando el aspecto de la propia sardina,
lo hirvió, lo roció con aceite poniéndole
sal en consonancia, esparció por encima semillas
de adormidera negra en número de cuarenta,
y en plena Escitia satisfizo su deseo.*

*[F] Y Nicomedes, al tiempo que masticaba el nabo,
hacía a sus amigos el elogio de la sardina.
En nada difiere el cocinero del poeta,
pues la inteligencia es el arte de cada uno de ellos.*

Personajes gorriones y mezquinos

Arquíloco, el poeta de Paros [IEG I, fr. 124a] dice sobre Pericles⁶⁰ que se dejaba caer sin invitación sobre los festines «como un miconio». Parece que los miconios⁶¹, por ser pobres y habitar una [8A] isla mísera, eran acusados de mezquindad y avaricia. Así, Cratino llama miconio al mezquino Iscómaco [PCG IV, fr. 365]:

¿Cómo podrías (tú), que eres hijo de Iscómaco el miconio, ser aficionado a dar?

Siendo noble, a casa de hombres nobles vengo a comer:
pues común es lo de los amigos⁶².

**** bebiendo mucho, y vino puro,
ni has pagado el escote ni ***,
y sin estar invitado *** has venido, cual amigo;
mas el estómago ha inducido tu mente y tu corazón [B]
a la desvergüenza,*

afirma Arquíloco [IEG I, fr. 124b]. Eubulo el cómico dice en alguna parte [PCG V, fr. 117]:

*Tenemos entre nuestros invitados a dos hombres
invencibles en el banquete: Filócrates y Filócrates.
Pues aunque él es uno, lo cuento como dos,*

y grandes..., o mejor como tres.

*Cuentan que éste fue invitado cierta vez a cenar a casa de uno,
y que su amigo le dijo que cuando*

*la sombra del reloj de sol midiese veinte pies,
acudiera. Al amanecer, nada más salir el sol, [C]
aquél se puso a medir, y cuando la sombra era
demasiado larga ya, en más de dos pies, se presentó.*

*Entonces dijo que llegaba un poco demasiado tarde
por un compromiso ¡y había llegado con el día!⁶³*

*Pues quien llega tarde a una cena gratis,
ése ten por seguro que también abandonará deprisa su puesto de combate,*

afirma Anfis el cómico [PCG II, fr. 39]. Y Crisipo⁶⁴ dice
[Suppl. Hell., frs. 336]:

No desaproveches copa gratuita,

y [ibid., fr. 337]:

[D] *Copa gratuita no debe desaprovecharse, sino perseguirse.*

Antífanos [PCG II, fr. 252]:

*Pues es una vida de dioses, cuando tienes dónde
cenar la comida ajena, sin rendir cuentas.*

Y, de nuevo [PCG II, fr. 253]:

*Afortunada mi vida, en la que me veo continuamente obligado a encontrar
un recurso nuevo para tener un bocado en las mandíbulas.*

Vine al banquete trayendo esto de casa, y habiéndome
ejercitado en ello de antemano, a fin de asistir también yo
portando el pago,

[E] *Pues siempre sin humo ofrecemos sacrificios los aedos*

[Calím., fr. 494 Pf.].

El verbo *monophageîn* (comer en solitario) es usado por los
autores antiguos. Antífanos [PCG II, fr. 291]:

Comes en solitario; ya me causas un perjuicio.

Amipsias [PCG II, fr. 23]:

¡Vete a los cuervos, comedor solitario y horadador de muros⁶⁵!

SOBRE LA VIDA DE LOS HÉROES SEGÚN HOMERO

Frugalidad y templanza de los héroes homéricos

Homero, viendo que la moderación es la virtud más apropiada para los jóvenes y la principal, y, aún más, la que gobierna y dirige todas las buenas acciones, quería a su vez infundírsela desde el principio y para lo sucesivo, a fin de que empleasen su ocio y su esfuerzo [F] en acciones nobles, y fueran bondadosos y generosos entre sí, y dispuso para todos una vida frugal y autosuficiente. Consideraba que las pasiones y las ansias de placer se vuelven cada vez más violentas, (y que las principales, y además innatas, son)⁶⁶ las relacionadas con la comida y la bebida. Y que, en cambio, quienes perseveran, disciplinados, en la frugalidad, también en las restantes circunstancias de la vida son dueños de sí mismos. De este modo, ha conferido a todos un género de vida simple, y el mismo para reyes y ciudadanos particulares por igual, para jóvenes y viejos, (cuando dice:

*Y a su lado extendió una pulida mesa,
y la venerable ama de llaves trajo pan y lo sirvió*

[Od. I 138 s., VII 174 s.].

Y el trinchador cogió y sirvió bandejas de carnes

[Od. I 141].

[9A] Y estas carnes eran asadas, y en su mayor parte de vacuno. Aparte de esto, ni en las fiestas ni en las bodas ni en ninguna otra reunión hace que se sirva nada más, a pesar de que muchas veces presenta a Agamenón invitando a cenar a los jefes). Además, Homero no hace que se ofrezca a los reyes como honor especial ni picadillo en hoja de higuera, ni *kándylos*⁶⁷, ni tortas de leche y pastas de miel, sino aquello de lo que podrían obtener beneficio su cuerpo y su alma. Así, a Áyax, después del combate singular⁶⁸, «lo honraba con lomos de vaca» [Il. VII 321] Agamenón. Y también a Néstor, que era ya un anciano, y a Fénix, les da carne asada⁶⁹, queriendo apartarnos de los deseos desordenados. Incluso Alcínoo, el que había abrazado la vida voluptuosa, (cuando sienta a su mesa a los refinadísimos feacios, y acoge como huésped a Odiseo, aunque le muestra la disposición de su huerto, de su casa y de su vida, le ofrece una mesa parecida). Menelao, igualmente,

cuando celebra las bodas [B] de sus hijos⁷⁰, (aun estando Telémaco en su casa)

*Sirvió un lomo de vaca
(asado, tomándolo en sus manos), que a su vez le sirvieron
[a él como distinción [Od. IV 65-66].*

Néstor sacrifica así mismo ganado vacuno junto al mar en honor a Poseidón, por medio de los más queridos y allegados de sus hijos, aunque era rey y tenía numerosos súbditos, (ordenando lo siguiente⁷¹:

Pero, ¡jea!, que alguno vaya al llano a por una novilla,
etc.). Pues éste es el sacrificio más sagrado y más agradable a los dioses, el que se realiza a través de las personas allegadas y mejor dispuestas. Incluso a los pretendientes⁷², soberbios como eran, y entregados a los placeres, no los presenta [C] ni comiendo pescado, ni aves, ni pastas de miel, sino que procura con todas sus fuerzas suprimir los hechizos de los cocineros, y, como dice Menandro [fr. 397 K.-Th.]⁷³, los alimentos «que ponen cachondo», así como el plato que muchos llaman «marmita lasciva», como dice Crisipo (en su obra *De lo bueno y el placer*)⁷⁴, cuya preparación es muy laboriosa.

En la obra del poeta, Príamo censura incluso a sus hijos cuando consumen los alimentos no sancionados por el uso [Il. XXIV 262]:

¡Rapiñadores públicos de corderos y cabritos!

[D] Filócoro⁷⁵ cuenta que hasta estuvo prohibido en Atenas que nadie probara cordero sin esquila, en cierta ocasión en que menguó la producción de estos animales.

Aunque Homero llama al Helesponto «abundante en peces» [Il. IX 360], a pesar de que presenta a los feacios como muy marineros, y conoce en Ítaca muchísimos puertos y numerosas islas próximas en las que se producía gran número de peces y aves silvestres, y pese a que tiene en cuenta como fuente de riqueza que el mar produzca peces, sin embargo nunca hace que ningún personaje se lleve uno a la boca. [E] Es más, ni siquiera sirve fruta a nadie; y eso que es abundante, la menciona con mucho placer, y la hace imperecedera en toda

época: «pera sobre pera, etc.» [*Od.* VII 120], dice. Pero, más aún, tampoco presenta a ninguno coronado de guirnalda ni perfumado, como tampoco quemando incienso, sino que, purificados los hombres de todo eso, reserva a los príncipes para la libertad y la autosuficiencia. Incluso a los dioses les atribuye un sencillo régimen de néctar y [F] ambrosía, y hace que los mortales los honren con parte de su dieta habitual, suprimiendo incienso, mirra, guirnalda y el lujo que los rodea. Y ni siquiera de este simple régimen los presenta gozando insaciablemente, sino que, como los mejores médicos, suprime los hartazgos:

*Mas después que el deseo de bebida y de alimento echaron de sí*⁷⁶,

y saciaron el apetito, los unos se lanzaban al ejercicio atlético y se distraían con discos y jabalinas⁷⁷, entrenándose para [10A] lo que requiere esfuerzo en medio de la diversión; y los otros escuchaban a los arpistas poner las hazañas heroicas en canto y ritmo. Por ello, nada tiene de extraño que los hombres criados de este modo estuvieran libres de inflamaciones en sus cuerpos y almas. Así, para mostrarnos que también la conducta bien ordenada es saludable, útil, y para todos, hace que el sapientísimo Néstor⁷⁸ ofrezca vino al médico Macaón, herido en el hombro derecho, porque es un gran remedio contra las inflamaciones, y además era vino pramnio, que sabemos que es recio y muy nutritivo (no como «remedio [B] de la sed» [*Eur., Cíclope* 97], sino para que se sintiera saciado; así, cuando ya ha bebido, le exhorta a que continúe haciéndolo: «Pero tú <sigue bebiendo> sentado» [*Il.* XIV 5], le dice), y ralla encima queso de cabra, y además cebolla como companaje de la bebida⁷⁹, para que beba más, pese a que en otro lugar⁸⁰ afirma que el vino afloja y debilita la fuerza. Y por lo que se refiere a Héctor, Hécuba⁸¹, creyendo que él se queda el resto del día, lo invita a beber tras hacer una libación, exhortándolo a la alegría. Pero él lo deja para [C] más tarde, partiendo a la acción. Ella ensalza continuamente el vino, pero él, aunque llega entre jadeos, lo rechaza; ella cree conveniente que él haga una libación y beba, pero él, al estar manchado de sangre, lo considera impío.

Conoce también Homero la medida beneficiosa y adecuada del vino, cuando dice que quien lo trasiega con avidez se perjudica a sí mismo. También es ducho en diferentes tipos de mezclas⁸², pues Aquiles no mandaría «hacer más pura la mezcla» [*Il.* IX 203] si no fuera cosa de todos los días algún tipo de mezcla. Quizás, en todo caso, no sabía que el vino se elimina mejor sin el agregado de alimento sólido, cosa que es evidente para [D] los médicos por su profesión; así, a los enfermos cardíacos les mezclan con el vino algún cereal, para retener su efecto. De cualquier modo, aquél da a Macaón el vino con harina y queso, y presenta a Odiseo combinando la utilidad de los alimentos y el vino [*Il.* XIX 167]:

Pero el hombre de vino saciado, y de comida...,

en cambio, al que se emborracha le ofrece el «dulce de beber», que así lo llama [*Od.* II 340]:

Y en tinajas el vino añejo dulce de beber.

[E] Presenta también Homero a las jóvenes y las mujeres bañando a los huéspedes, en la idea de que ni excitación ni incontinencia alcanzan a quienes llevan una vida honesta y casta. Tal era la costumbre antigua. Así, incluso las hijas de Cócalo, «como es costumbre»⁸³, lavan a Minos cuando llega a Sicilia.

Arremetiendo contra la embriaguez, el poeta muestra al Cíclope, de enorme tamaño, muerto por uno pequeño de cuerpo⁸⁴ a causa de ella, y lo mismo al centauro Euritión⁸⁵, y convierte a quienes visitan a Circe en leones y lobos por [F] dejarse llevar por los placeres. Por contra, Odiseo se salva por seguir el consejo de Hermes, y gracias a ello sale indemne⁸⁶. A Elpenor, a su vez, por ser un borracho y un lujurioso, lo hace caer del techo⁸⁷. Incluso Antínoo, el que le dice a Odiseo: «El vino dulce como la miel te trastorna» [*Od.* XXI 293], no se abstenía él mismo de la bebida, y por ello murió también trastornado, mientras todavía sostenía el vaso. Presenta además a los griegos borrachos en el momento de hacerse a la mar⁸⁸, y peleándose a causa de ello, por lo que así mismo perecen. Y cuenta igualmente⁸⁹ que Eneas, el [11A] más diestro de los troyanos en el consejo, debido a su descaro en

medio de la borrachera, y a las bravatas que profirió ante los troyanos cuando bebía vino, tuvo que aguardar a pie firme el ataque de Aquiles, y poco faltó para que muriese. También Agamenón dice en alguna parte sobre sí mismo [*Il.* IX 119]:

*Pero puesto que he perdido la cabeza, persuadido por mi funesto corazón,
o borracho por el vino, o porque los propios dioses me trastornaron,*

colocando la embriaguez en el mismo platillo de la balanza que la locura (así menciona igualmente estos versos Dioscórides [B] el discípulo de Isócrates)⁹⁰. Y Aquiles, cuando injuria a Agamenón, dice [*Il.* I 225]:

¡Cargado de vino, que tienes ojos de perro!

Estas palabras las pronuncia «el ardid de Tesalia», o sea, el sabio de Tesalia⁹¹; Ateneo juega quizás con el viejo dicho⁹².

Las comidas en Homero

En lo que a las comidas se refiere, en Homero los héroes tomaban en primer lugar el llamado desayuno, que él denomina *áriston*⁹³. Lo menciona una vez en la *Odisea* [XVI 1-2]: «*Odiseo y el divino porquerizo se preparaban el desayuno*⁹⁴ *tras encender el fuego*». [C] Y una vez en la *Ilíada* [XXIV 124]:

Apresuradamente disponían y preparaban el desayuno.

Llama así a la primera comida de la mañana, que nosotros llamamos *akratismós*, porque comemos trozos de pan mojados en vino puro (*ákratos*). Así dice Antífanos [*PCG* II, fr. 271]:

*En tanto que el almuerzo *** prepara el cocinero*

y añade:

*¿puedes quizás desayunar conmigo?*⁹⁵.

Y Cántaro [*PCG* IV, fr. 10]:

A—Bueno, desayunemos aquí. B—De eso nada.

Ya almorzaremos en el Istmo⁹⁶.

Aristómenes [*PCG* II, fr. 14]:

*Voy a desayunar un poco, y después me iré de nuevo, [D]
cuando le hínque el diente a dos o tres trozos de pan.*

Filemón⁹⁷, por su parte, dice que los antiguos hacían cuatro comidas: desayuno, almuerzo, merienda y cena. Pero al desayuno lo llamaban *dianēstismós*, al almuerzo, *deîpnon*⁹⁸, a la merienda, *dorpēstós*, y a la cena, *epidorpís*. El orden de los diversos términos está también en Esquilo, en los versos en que presenta a Palamedes diciendo [Esq., *Palamedes*, TrGF III 182]:

Capitanes de división y generales jefe y centuriones

nombré. Y determiné conocer las provisiones, [E]

*y tomar desayunos, comidas, y cenas en tercer lugar*⁹⁹.

La cuarta comida la menciona Homero de este modo [*Od.* XVII 599]: «Y tú, márchate después de merendar». Se trata de lo que algunos llaman *deilinón* (merienda), que está entre lo que nosotros llamamos almuerzo y la cena. Y en Homero *áriston* es lo que se toma al amanecer, *deîpnon* lo que se toma al mediodía, que nosotros llamamos almuerzo, y *dórpon* lo que se toma por la noche¹⁰⁰. Quizás también *áriston* y *deîpnon* se emplean como sinónimos, puesto que sobre la primera comida de la mañana decía en un pasaje [*Il.* VIII 53 [F] ss.]: «A continuación tomaron el *deîpnon*, y después se pusieron las corazas». Así que inmediatamente después del amanecer tomaron el desayuno y avanzaron al combate.

Banquetes homéricos

En Homero, los hombres celebran los banquetes sentados¹⁰¹. Hay quien cree que además hay junto a cada uno de los comensales una mesa individual. En efecto, argumentan que cuando Mentis llegó ante Telémaco, se le colocó al lado una pulida mesa¹⁰² de las que estaban preparadas. Sin embargo, eso no confirma claramente su premisa, porque puede que Atenea¹⁰³ participe en el banquete sentada a la mesa de Telémaco. Durante todo el [12A] convite las mesas permanecían repletas a su lado, como aún en la actualidad es costumbre entre muchos pueblos extranjeros, «cubiertas de toda clase de cosas buenas», según Anacreonte [*PMG*, fr. 435]. Tras la partida, las esclavas «retiraban mucha comida, mesa y copas» [*Od.* XIX 61].

Es peculiar, en cambio, el banquete que presenta en el palacio de Menelao¹⁰⁴. En efecto, después de comer los muestra conversando juntos; a continuación hace que, tras lavarse, coman de nuevo, y que otra vez se acuerden de la cena tras el lamento.

Parece que contradice el que se retiraran las mesas el verso de la *Iliada* [XXIV 476]:

Comiendo y bebiendo, y aún estaba a su lado la mesa. [B]

De manera que hay que leerlo de este modo:

Comiendo y bebiendo aún, y estaba a su lado la mesa,

o bien es preciso achacarlo a las circunstancias propias del momento. Pues, ¿cómo podía ser decoroso que Aquiles, que estaba de duelo, tuviera una mesa a su lado, como quien celebra un banquete, durante toda la reunión?

Los panes se servían en canastillas, pero las cenas consistían únicamente en carne asada. Homero no preparaba salsa cuando sacrificaba vacas,

Ni hervía carne

ni sesos; asaba hasta las entrañas, [C]

hasta tal punto era anticuado,

dice Antífanos [*PCG* II, fr. 248].

También se repartían porciones iguales de carne. Por eso califica de «igualitarios» a los festines, por la igualdad de las partes. Llamaba a los festines *daîtes*, de *datéomai*, repartirse, y no sólo se distribuía la carne, sino también el vino [*Od.* VIII 98]:

Pues ya un festín igualitario ha saciado nuestro apetito,

y [*Il.* IX 225]

¡Salud, Aquiles! No carecemos de festín igualitario.

A partir de estos versos, Zenódoto¹⁰⁵ quedó convencido [D] de que se llamaba «festín igualitario» al que era bueno. En efecto, como la alimentación es un bien necesario para el hombre, dice él, al hacerla extensiva la llamó «igualitaria». Pues los hombres primitivos, que no gozaban de comida en abundancia, tan pronto aparecía ésta, se lanzaban sobre ella en

tropel, se hacían con ella por la fuerza, y se la arrebatában a quienes la tenían; en medio del tumulto incluso había muertos. Posiblemente a partir de ello se dice también la palabra *atasthalía* (maldad), porque en los festivales (*thalíai*), cometieron los hombres los primeros pecados los unos contra los otros. Sin embargo, cuando la tuvieron en abundancia, [E] gracias a Deméter, la repartieron a cada uno por igual, y de este modo llegaron a un orden los banquetes de los hombres. De ahí la invención del pan y los pasteles divididos en partes iguales, y las copas¹⁰⁶ para los que beben a porfía. Pues, efectivamente, estas cosas surgieron al irse avanzando hacia la igualdad. De manera que la comida se llama *daís* a partir de *daíesthai*, repartir, esto es, dividir en partes iguales. Y el que asa la carne es el *daitrós* (repartidor), porque daba a cada uno una porción igual. Además, sólo cuando se trata de personas emplea la palabra *daís* el poeta; en cambio, tratándose de animales, jamás. Desconociendo el sentido de esta voz, Zenódoto escribe en su edición¹⁰⁷: [F]

*Hacia de ellos despojos para los perros
y festín («daís») para las aves de rapiña,*

llamando de ese modo a la comida de los buitres y las demás aves de rapiña, cuando el hombre es el único que avanza hacia la igualdad desde la violencia primitiva. Y por eso [13A] es el único cuya comida es *daís*, y se da a cada uno una porción. En Homero, los comensales no se llevaban a casa las sobras, sino que, después que se saciaban, lo dejaban en la morada de aquéllos donde tenía lugar el festín. Y el ama de llaves lo cogía y lo guardaba, para, si llegaba algún huésped, poder ofrecérselo.

La pesca en Homero

Homero también presenta a los hombres de entonces aprovechándose de peces y aves¹⁰⁸. En efecto, en Trinacria¹⁰⁹ los compañeros de Odiseo capturan [*Od.* XII 331]:

*Peces y aves y lo que a sus manos llegaba,
con curvados anzuelos.*

Y sin duda los anzuelos no fueron forjados en Trinacria, sino que está claro que los llevaban en el barco; de manera [B] que tenían práctica y habilidad en la captura de peces. Por otra parte, compara a los compañeros de Odiseo arrebatados por Escila con unos peces atrapados con una larga caña y arrojados hacia afuera¹¹⁰. De modo que también conoce dicha ocupación con mayor exactitud que quienes han editado poemas o tratados sobre este tema en particular, me refiero a Cécalo de Argos y Numenio de Heraclea, Pancrates de [C] Arcadia, Posidonio de Corinto y Opiano de Cilicia¹¹¹, que es poco anterior a nosotros. En efecto, éstos son los poetas épicos autores de *Tratados de pesca* que encontramos; en prosa están los de Seleuco de Tarso, Leónides de Bizancio (y Agatocles de Átrax)¹¹². Sin embargo, Homero no menciona este tipo de comida en los banquetes, como si no se la considerara alimento adecuado para los héroes que gozaban de tan alta dignidad, como tampoco la consistente en víctimas recién nacidas. No sólo comían pescado, sino también ostras, aunque su consumo no tenga mucho de provechoso y agradable, y encima yacen en el fondo del mar a gran profundidad; [D] además, no hay ningún otro medio de conseguirlas más que sumergirse hasta el fondo.

¡Qué hombre más ágil, ése que con facilidad se tira de cabeza! [*Il* XIV 745]

y que, afirma Homero, saciaría a muchos si se dedicara a buscar ostras¹¹³.

Más sobre los banquetes homéricos

Cada uno de los comensales en Homero tiene un vaso al lado. Por ejemplo, ante (Demódoco)¹¹⁴ se dispone una canastilla, mesa, y copa «para que bebiera siempre que su ánimo lo incitara» [*Od.* VIII 70]. Las crateras están «coronadas de bebida» [*Il.* I 470], es decir, que las crateras están llenas a rebosar, de manera que están coronadas por la bebida. Y esto lo hacían por considerarlo [E] de buen augurio. Los mozos la distribuían «a todos, tras ofrecer las primicias de las copas» [*Il.* I 471], pues «todos» se refiere no a los vasos, sino a los hombres¹¹⁵. Alcínoo, por ejemplo, le dice a

Pontónoo: «Reparte el vino a todos por la sala» [*Od.* VII 179], y a continuación añade [*Od.* VII 183]:

Y lo repartió después entre todos, tras ofrecer las primicias de las copas.

Durante los banquetes hay también honores especiales para los más valientes. Por ejemplo, el hijo de Tideo¹¹⁶ es distinguido «con porciones de carne y copas rebosantes» [*Il.* VIII 162], y Áyax es recompensado «con trozos de lomo en toda [F] su longitud» [*Il.* VII 321], y los reyes con lo mismo: «Trozos de lomo de res que le habían servido a él mismo» [*Od.* IV 65], es decir, a Menelao. Agamenón honra también a Idomeneo «con una taza rebosante» [*Il.* IV 262], y Sarpedón recibe idénticos honores entre los licios, además de un asiento y porciones de carne¹¹⁷.

Tenían así mismo un tipo de saludo por medio del brindis. En efecto, los dioses «con sus copas de oro brindaban [14A] los unos a la salud de los otros» [*Il.* IV 3], es decir, se saludaban con la mano diestra bebiendo los unos a la salud de los otros. Y uno «brindó por Aquiles» [*Il.* IX 224], en lugar de saludarlo, es decir, bebió a su salud, presentándole el vaso con la diestra. También ofrecían parte de sus propias raciones a quienes les parecía oportuno, como cuando Odiseo corta para Demódoco un pedazo del lomo que le habían servido a él¹¹⁸.

Los aedos homéricos

Empleaban en los banquetes citaredos y bailarines, como hacen los pretendientes. También en el palacio de Menelao «cantaba el divino aedo» [*Od.* IV 17], y dos volatineros hacían cabriolas preludiando [B] el canto. Dice «canto» por «entretenimiento». Pero era prudente la raza de los aedos, y éstos presentaban disposición de filósofos. Por ejemplo, Agamenón deja en pos de sí al aedo como una especie de guardián y consejero de Clitemnestra¹¹⁹. Éste, en primer lugar, al tratar en su canto sobre la virtud de las mujeres, le inspiraba una especie de aspiración a la honestidad; y, en segundo lugar, al procurarle un entretenimiento agradable, desviaba su mente de pensamientos malvados. Por eso Egisto no pudo pervertir a la mujer hasta que mató al aedo en una isla desierta. Tal es también el que canta a la fuerza para los pretendientes, el [C]

cual aborrecía a los que asediaban a Penélope. Homero dice en algún lugar [*Od.* VIII 479-481] que en conjunto todos los aedos son venerables a los ojos de los hombres,

*Porque, en efecto, a ellos
les ha enseñado sus poemas la Musa, y ama el linaje de los aedos.*

Demódoco, el de la corte de los feacios, canta los amores de Ares y Afrodita¹²⁰, no porque dé por bueno tal tipo de pasión, sino para apartarlos de acciones ilícitas, o bien porque sabía que se habían educado en una vida voluptuosa y, en consecuencia, les mostraba lo más semejante a sus propias costumbres como aquello que podía ponerles freno. Femio les [D] canta también a los pretendientes el retorno de los aqueos¹²¹ con el mismo propósito. Las sirenas cantan igualmente a Odiseo, contándole lo que más le va a deleitar, y lo que se adecua a su ansia de gloria y su mucha sabiduría: «Pues sabemos», le dicen, «todo lo demás, y también cuanto ocurre en la tierra nutricia» [*Od.* XII 189-191].

Diversos tipos de danzas

Las danzas en Homero son, por un lado, las de los volatineros y, por otro, las que se realizan con pelotas, cuya invención atribuye Agálide, la gramática de Cercira, a Nausícaa, como cortesía a su compatriota¹²². Dicearco¹²³, en cambio, afirma que los pioneros [E] fueron los sicionios, e Hípaso¹²⁴, que los lacedemonios, en esto y en los ejercicios gimnásticos. Pero aquélla es la única de sus heroínas a la que Homero presenta jugando a la pelota. Afamados en el arte de la pelota fueron Demóteles, el hermano de Teócrito de Quíos el sofista, y un tal Queréfanos. Éste seguía en cierta ocasión a un joven depravado, pero no le dirigía la palabra, mas estorbaba al jovenzuelo. Y cuando éste le dijo: ‘Queréfanos, si dejas de seguirme tendrás de mí todo lo que quieras’, le replicó: ‘¿Acaso te dirijo [F] yo a ti la palabra?’ ‘Entonces — dijo el otro— ¿por qué me sigues?’ ‘Me gusta contemplarte — contestó— pero no apruebo tus costumbres’.

El llamado *phoúlliklon*¹²⁵ (era, según parece, una especie de pelota) lo inventó Ático de Neápolis, entrenador de

Pompeyo el Grande, para los ejercicios gimnásticos. El baile con pelota denominado *harpastón* se llamaba antes *phainínda*, que es el que yo prefiero de todos.

Grande es el ímpetu y esfuerzo de la competición en el juego de pelota, y el vigor de los movimientos del cuello. Antífanos [*PCG* II, fr. 277]:

¡Ay de mí, desgraciado, cómo tengo el cuello!

Describe el juego de *phainínda* Antífanos, de este modo [*PCG* II, fr. 231]:

[15A] *Cogiendo la pelota,*

disfrutaba pasándosela a uno, al tiempo que esquivaba a otro;

se apartaba de uno, y hacía levantarse de nuevo a otro,

*con sonoros gritos ****

«¡Fuera! ¡Larga! ¡Junto a él! ¡Sobre él! ¡Abajo!

¡Arriba! ¡Corta! ¡Pásala en picado!»

Se llamaba *phainínda* por el lanzamiento (*áphesis*) que realizan los jugadores de pelota, o bien porque su inventor, según cuenta Juba de Mauritania¹²⁶, fue Fenestio el maestro de gimnasia. Así también Antífanos [*PCG* II, fr. 278]:

Ibas a jugar a la «phainínda» al gimnasio de Fenestio

Los jugadores de pelota se preocupaban de la armonía [B] de sus movimientos. Damóxeno, por ejemplo, dice [*PCG* V, fr. 3]:

Jugaba a la pelota cierto joven,

de unos <dieciséis> o diecisiete años,

natural de Cos. Esa isla parece que produce dioses.

Cada vez que éste miraba a los espectadores,

al coger o lanzar la pelota, al unísono

*gritábamos todos: «****

¡qué armonía de movimientos, qué carácter, qué disposición!»

En todo lo que hacía o decía se mostraba

como un prodigio de belleza, señores. No he oído

anteriormente ni he visto gracia tal. [C]

Me habría dado algo grave si me hubiera

quedado más tiempo. Y aún ahora me parece que no estoy sano.

Jugaba así mismo a la pelota, y no sin gusto, Ctesibio de Calcis, el filósofo. Y muchos de los amigos del rey Antígono¹²⁷ se desnudaban para jugar a la pelota con él. Escribió un tratado sobre el juego de pelota Timócrates de Laconia.

Los feacios, en Homero, también danzan sin pelota. Y en un pasaje bailan sucediéndose sin interrupción (en efecto, eso es lo que quiere decir «cambiando a menudo sus posiciones» [D] [*Od.* VIII 379]), mientras otros se mantienen aparte y tocan pitos con los dedos índices, que es lo que él llama *lekeîn* (chascar). Conoce el poeta igualmente la danza con acompañamiento de canto. Por ejemplo, mientras Demódoco cantaba, unos muchachos adolescentes danzaban¹²⁸, y en «La forja de las armas», mientras un niño toca la cítara, otros frente a él «daban saltos con la música y la danza» [*Il.* XVIII 572]. Se insinúa en estos versos el género hiporquemático, que floreció en tiempos de Jenodemo¹²⁹ y Píndaro. [E] Este tipo de danza consiste en una imitación de acciones que se explican por medio de la palabra. En la *Anábasis* [VI 1, 5], el noble Jenofonte muestra que esta danza se representa en el banquete celebrado en el palacio de Seutes de Tracia¹³⁰. En efecto, dice así: «Después que tuvieron lugar las libaciones y cantaron el peán, unos tracios fueron los primeros que se levantaron y se pusieron a bailar al son de la flauta con sus armas: daban saltos elevados y con ligereza, y blandían sus cuchillos. Y, al final, uno golpea a otro, de manera que a todo el mundo le parece que ha herido al hombre. Éste cayó de una manera estudiada, y todos los paflagones que participaban en el banquete rompieron a gritar. [F] Entonces, el primero, tomando como despojo las armas del segundo, salió cantando el Sitalcas¹³¹, y otros tracios sacaban a aquél como si estuviera muerto, mas no le pasaba nada. Después de esto, se levantaron los enianos y magnesios, que se pusieron a bailar con sus armas la llamada *karpaía*. La manera en que se ejecutaba la danza era la siguiente: uno, poniendo a un lado las armas, hace como que siembra y ara, volviéndose frecuentemente como si tuviera miedo. Se acerca un ladrón. Cuando el otro lo ve, coge rápidamente las armas y lucha ante la yunta, al ritmo de la flauta. Y, finalmente, el ladrón ata al hombre y se lleva la

yunta; aunque [16A] algunas veces también es el conductor de la yunta el que coge al ladrón. Después le amarra las manos por detrás, y lo conduce atado junto con sus bueyes». Y uno, dice Jenofonte, bailaba la danza persa, y se acuclillaba y se ponía en pie al tiempo que golpeaba los escudos; y todo ello lo hacía al ritmo de la flauta. Cuenta así mismo que los arcadios se pusieron en pie desarmados y, acompañados a la flauta por la melodía de la danza armada, marcharon al compás, se pusieron las armas y bailaron.

Más sobre los banquetes en Homero

Empleaban igualmente flautas y siringas los héroes. Por ejemplo, Agamenón escucha «el sonido de flautas y siringas» [*Il.* X 13]. Sin embargo, Homero no las [B] introduce en los banquetes. No obstante, en «La forja de las armas» menciona flautas durante la celebración de unas bodas¹³²; con todo, es a los bárbaros a quienes se las atribuye. Así, entre los troyanos se escuchaba el sonido de flautas y siringas.

Hacían libaciones tras terminar la cena, y dedicaban esas libaciones a Hermes, y no, como posteriormente, a Zeus Telio (Culminador); pues parece que Hermes era el patrono del sueño. También hacen libaciones en su honor sobre las lenguas al marcharse del festín¹³³. Se le consagran las lenguas [C] porque posee el don de la interpretación.

Lujos y placeres

Conoce así mismo Homero alimentos de variado tipo. En efecto, dice «comida de todas clases» [*Od.* VI 76] y «manjares como los que comen los reyes alimentados por Zeus» [*Od.* III 480], Conoce igualmente todo el lujo actual. Por ejemplo, la más espléndida de las moradas es la de Menelao. Algo así imagina Polibio¹³⁴ en construcción y esplendor la mansión de un rey ibero; dice además que éste había emulado el lujo de los feacios, salvo por las crateras colocadas en medio de la casa, llenas [D] de vino de cebada¹³⁵, que eran de plata y oro. Por otra parte, también cuando Homero describe la casa de Calipso¹³⁶, hace que Hermes quede asombrado.

Placentera es así mismo en su obra la vida de los feacios: «Pues continuamente tenemos agradable festín y cítara» [*Od.* VIII 248 s.], etc. ***¹³⁷ Versos que Eratóstenes afirma que estaban escritos de este modo¹³⁸:

*Pues yo digo que no hay ninguna realización más deliciosa
que cuando la alegría perdura estando ausente la maldad,
y los convidados a lo largo del palacio escuchan al aedo,*

queriendo decir con «estando ausente la maldad», «estando [E] ausente la insensatez». Pues es imposible que no fueran sensatos los feacios, que son «muy amados por los dioses», como dice Nausícaa [*Od.* VI 203].

También los pretendientes, en su obra, se divertían «con el juego de damas delante de las puertas» [*Od.* I 107]; y este juego de las damas no lo aprendieron del gran Diodoro¹³⁹, ni de León de Mitilene, de ascendencia ateniense, que era invencible a las damas, según dice Fenias. Apión de Alejandría [F] [*FGrH* 616, fr. 36] afirma incluso haber oído de labios de Ctesón de Ítaca cómo era el juego de damas de los pretendientes: «Pues bien —dice— los pretendientes, que eran ciento ocho, colocaban sus fichas unas frente a otras, en número igual a cada lado, tantas cuantos eran ellos mismos. De manera que había cincuenta y cuatro de cada lado. Entre ellas se dejaba un pequeño espacio vacío, y en este espacio intermedio se colocaba una ficha, que ellos llamaban «Penélope», [17A] y se constituía en el blanco cuando alguien tiraba con otra ficha. Sorteaban los turnos, y apuntaban a aquélla. Si alguno atinaba y empujaba hacia adelante la «Penélope», colocaba su propia ficha en el lugar en que aquélla había sido alcanzada y desplazada, donde estaba primitivamente. Y tras levantar de nuevo la «Penélope», disparaban la suya desde el sitio en que había quedado la segunda vez. Si le acertaba sin tocar ninguna de las de los demás, ganaba, y concebía muchas esperanzas de llegar a casarse con ella. Eurímaco era el que había vencido más veces a este juego, y [B] estaba lleno de esperanzas en la boda». De este modo, a causa de su molicie, los pretendientes tenían los brazos fofos, hasta el punto de no poder ni siquiera tender el arco¹⁴⁰. Pero hasta sus sirvientes eran lujuriosos.

Sumamente penetrante era también en Homero el aroma de los perfumes. Cuando se remueve un poco de él en la mansión de bronceo suelo de Zeus [*Il.* XIV 173],

Aun así a la tierra y el cielo llegó el aroma.

Conoce igualmente cobertores magníficos. En efecto, [C] así son los que Arete ordena extender para Odiseo, y Néstor se ufana ante Telémaco de poseer muchos tales¹⁴¹.

Algunos otros poetas retrotraían los lujos y frivolidades existentes en su tiempo como si hubiesen existido también en época de la guerra de Troya. Esquilo, por ejemplo, presenta indecorosamente borrachos a los griegos en un pasaje, hasta el punto de que incluso se rompen las bacinillas unos encima de otros. Dice, en efecto [Esq., *Los que recogen los huesos*, *TrGF* III 180]:

Éste es el que una vez arrojó contra mí un simpático

proyectil, el hediondo orinal,

y no falló. Alrededor de mi cabeza

chocó y naufragó, quebrándose en pedazos,

[D] *exhalando sobre mí un olor que no era el de los frascos de perfume.*

También Sófocles, en *El convite de los aqueos* [*TrGF* IV 565]:

Pero, en su cólera, arrojó el hediondo orinal,

y no falló. Alrededor de mi cabeza

se rompe el utensilio, y no era a perfume a lo que olía.

Quedé espantado a causa del olor no grato.

Éupolis reprende al primero que introdujo la palabra «bacinilla», diciendo [*PCG* V, fr. 385]:

ALCIBÍADES —*Aborrezco imitar a los laconios, y pagaría por usar una sartén.*

B—*Pues creo que ahora se follan a muchas.* [E]

ALC. —¿*** y el primero que inventó lo de andar bebiendo por la mañana?

B—*Entérate de que para nosotros lo que inventaste fue una gran apertura de culo.*

ALC. —*Bueno, ¿quién fue el primero que dijo «¡una bacinilla, muchacho!», mientras bebía?*

B —*Esa sí es una invención propia de un Palamedes*¹⁴², y sabía de tu parte.

Orden y decoro de los banquetes homéricos

En Homero, los nobles cenar ordenadamente en la tienda de Agamenón¹⁴³. Si en la *Odisea* son aficionados a la disputa Aquiles y Odiseo, y Agamenón «se alegraba en su ánimo» [Od. VIII 75], en cambio son provechosas sus porfías cuando tratan de averiguar si es por astucia o mediante la lucha como debe ser tomada [F] Ilio. Pero ni siquiera cuando presenta a los pretendientes borrachos introduce jamás el grado de indecencia que reflejan Sófocles y Esquilo, salvo una pata de vaca arrojada contra Odiseo¹⁴⁴.

Permanecen sentados los héroes en los banquetes en común, y no reclinados. Esto también ocurría en ocasiones en la corte del rey Alejandro, según cuenta Duris¹⁴⁵. En efecto, cierta vez que tenía invitados unos seis mil oficiales, los hizo sentar en asientos de plata y divanes, cubriéndolos con [18A] paños purpúreos. Hegesandro¹⁴⁶ dice que tampoco era costumbre en Macedonia que nadie se reclinase durante la cena, salvo que hubiera alanceado un jabalí sin ayuda de redes; hasta ese momento cenaban sentados. Así, Casandro¹⁴⁷ a los treinta y cinco años seguía cenando sentado en casa de su padre, al no ser capaz de superar dicha prueba, pese a que era valeroso y buen cazador¹⁴⁸.

Teniendo en cuenta lo que es decoroso, Homero no presenta a sus héroes consumiendo ninguna otra cosa que no sea carne, y se la preparan ellos mismos. En efecto, no tiene [B] nada de ridículo ni de vergonzoso verlos aderezar y cocinar personalmente la comida. Por tanto, se ocupaban de servirse a sí mismos, y se jactaban, dice Crisipo¹⁴⁹, de su habilidad en estos menesteres. Odiseo, por ejemplo, afirma que es diestro como ningún otro en trinchar y «apilar el fuego» [Od. XV 321], y en «Las súplicas»¹⁵⁰ son Patroclo y Aquiles quienes lo disponen todo. Cuando Menelao celebra las bodas¹⁵¹ es también el novio, Megapentes, el que escancia el vino. Ahora, en cambio, hemos descendido hasta el extremo de permanecer recostados cuando participamos en un banquete.

Los baños y otros lujos recientes

También los baños públicos se han introducido recientemente; en origen ni siquiera se permitía que estuvieran dentro de la ciudad. Lo que hay de dañino en ellos [C] lo muestra Antífanos [*PCG* II, fr. 239]:

*¡Al infierno el baño! ¡Cómo me ha puesto!
Me ha dejado cocido del todo. Cualquiera
me podría desollar cogiéndome por la piel.
Tan cruel cosa es el agua caliente.*

Hermipo [*PCG* V, fr. 68]:

*¡Por Zeus! No debería ciertamente emborracharse un hombre
de bien, ni darse baños calientes, como tú haces.*

Por otra parte, ha crecido así mismo el artificio de los cocineros y los perfumistas, de manera que, como dice Alexis [*PCG* II fr. 301], uno no podría sentirse satisfecho «ni [D] siquiera nadando en un estanque de perfume». Florecen igualmente las creaciones de quienes se dedican a confeccionar dulces, y el rebuscamiento en lo concerniente a las relaciones sexuales, hasta el punto de que han ideado ponerse esponjas como supositorios, pues tal práctica estimula la cantidad de las relaciones sexuales. Teofrasto¹⁵² dice que hay algunos remedios afrodisíacos tan eficaces que permiten realizar incluso hasta setenta coitos, y al final se segrega sangre. Filarco¹⁵³ cuenta que Sandroto, el rey de los indios, [E] entre los presentes que envió a Seleuco mandó unos remedios afrodisíacos tan potentes que, colocados bajo los pies de quienes copulaban, a unos les provocaban arrebatos semejantes a los de los gallos, y en cambio a otros les producían impotencia. Ha aumentado también en nuestro tiempo la distorsión de la música, y está en pleno florecimiento la extravagancia en las ropas y calzados. Aunque Homero conoce la naturaleza del perfume, no presenta a los héroes ungiéndose con perfumes, salvo a Paris, en los versos en los que dice que está «resplandeciente en su belleza» [*Il.* III 392], al igual que cuando Afrodita limpia con belleza el [F] rostro de Penélope¹⁵⁴. Aún más, ni siquiera los representa portando coronas, aunque en la imagen de una metáfora deja ver que las conocía. Dice, en efecto [*Od.* X 195]:

Isla que rodeaba el inmenso mar como una corona.

También [*Il.* XIII 736]:

Pues en todas partes en torno a ti arde la corona de la guerra.

Es digno de observar así mismo que en la *Odisea* hace que los héroes se laven las manos antes de participar de la comida; en cambio, en la *Iliada* no es posible encontrarlos haciendo esto. En efecto, la de la *Odisea* es una vida de personas ociosas y que viven voluptuosamente merced a la paz. Por ello los personajes de ese tiempo cuidaban su cuerpo [19A] mediante baños y abluciones. También por dicho motivo en ese régimen de vida juegan a las tabas, danzan y juegan a la pelota. Heródoto¹⁵⁵ se equivoca al decir que fue en tiempos de Atis, durante una hambruna, cuando se inventaron los juegos, ya que la época heroica es cronológicamente anterior. Por el contrario, los que viven en el régimen de la *Iliada* puede decirse que gritan:

*Escucha, Alalá, hija de la guerra, preludio de las armas*¹⁵⁶.

Danzarines y juglares famosos

A Aristonico de Caristo, el jugador de pelota de Alejandro, lo hicieron ciudadano los atenienses por su habilidad, y le erigieron una estatua. En efecto, los griegos [B] de época posterior tenían en mucha más estima las habilidades manuales que las ideas nacidas a través de la educación. Por ejemplo, los habitantes de Hestiea u Óreo¹⁵⁷ consagraron a Teodoro el escamoteador de fichas una estatua de bronce en el teatro, en la que sostenía una ficha. Lo mismo hicieron los milesios en honor al citarista Arquelaos. Y en Tebas no hay una efigie de Píndaro, pero sí de Cleón el cantor, sobre la que está escrito [*Ant. Griega. Ap. Cougny* 3, fr. 69]:

Éste es el hijo de Piteas, Cleón, aedo tebano,

el que de los mortales ciñó más coronas

en torno a su cabeza, y cuya fama llega hasta el cielo. [C]

Salud, Cleón, que dotaste de gloria a tu tierra patria de Tebas.

Bajo la estatua de este personaje, cuando Alejandro asoló Tebas¹⁵⁸ ***, dice Polemón¹⁵⁹ que cierto fugitivo guardó un dinero en la parte del manto, que estaba hueco; cuando la ciudad volvió a poblarse y regresó, encontró el dinero, al cabo

de treinta años. Heródoto el recitador de mimos, según cuenta Hegesandro¹⁶⁰, así como Arquelao el bailarín, eran [D] en la corte del rey Antíoco¹⁶¹ los más estimados de sus amigos. Y su padre, Antíoco, había nombrado guardias de corps a los hijos de Sótrato el flautista.

Era admirado entre griegos y romanos el juglar ambulante Mátreas de Alejandría, quien aseguraba además criar una bestia que se devoraba a sí misma, de manera que incluso hoy en día se intenta averiguar qué clase de bestia era la de Mátreas. Compuso éste también unos *Problemas*, parodia de los de Aristóteles, y los leía en público: «Por qué el sol se hunde, pero no se sumerge»; «Por qué las esponjas se embeben, pero no se emborrachan»; «Por qué las tetradracmas [E] se cambian, pero no se alteran». Los atenienses cedieron a Potino el titiritero el escenario desde el cual actuaban, transportados por la inspiración, Eurípides y sus contemporáneos. Fueron también los atenienses quienes erigieron una estatua a Euriclides¹⁶² en el teatro, junto a las de los contemporáneos de Esquilo. Era igualmente admirado Jenofonte el ilusionista, que dejó un discípulo, Cratístenes de Fliunte. Éste hacía que el fuego se encendiera espontáneamente, y [F] urdía otros muchos trucos, con los que turbaba el juicio de los hombres. Tal era también Ninfodoro el ilusionista, que tuvo un tropiezo con los habitantes de Regio, según cuenta Duris¹⁶³, y fue el primero en burlarse de ellos por su cobardía. Eudico el bufón tenía mucha fama por sus imitaciones de luchadores y púgiles, según dice Aristóxeno¹⁶⁴. Estratón de Tarento causaba admiración cuando imitaba los ditirambos. Remedaban los cantos con cítara los discípulos de Enonas [20A] de Italia, quien además puso en escena un cíclope que canturreaba, y un Odiseo náufrago que cometía errores al hablar, afirma el mismo Aristóxeno.

Diopites de Lócride, según dice Fanodemo¹⁶⁵, se presentó en Tebas ceñido con unas vejigas llenas de vino y leche y, apretándolas, aseguraba que aquello le subía del estómago. Por hacer cosas similares tenía mucha fama así mismo Noemón el imitador. Eran también ilusionistas de renombre, en la corte de Alejandro¹⁶⁶, Escimno de Tarento, Filístides de Siracusa y

Heráclito de Mitilene. Ha habido igualmente juglares ambulantes muy reputados, entre ellos Cefisodoro y Pantaleón; el bufón Filipo es mencionado por Jenofonte¹⁶⁷. [B]

Definición¹⁶⁸: llama a Roma «población del mundo». Afirmar también que no daría lejos del blanco quien dijese que la ciudad de Roma es un «compendio del mundo»¹⁶⁹, en la que se pueden ver por tanto instaladas a la vez todas las ciudades, y la mayoría con su propia identidad, como la dorada de los alejandrinos, la hermosa de los antioquenos, la bellísima de los nicomedios, e incluso:

*La más ilustre de todas las ciudades cuantas Zeus hace brillar*¹⁷⁰,

[C] me refiero a Atenas. Para enumerar todas las ciudades que se cuentan en la universal urbe de los romanos me vendría corto, no ya un solo día, sino todos los que se computan en el año, dada su multitud. En efecto, pueblos enteros han concurrido allí en masa, como los capadocios, los escitas, los habitantes de Ponto y otros muchos. Pues bien, todos éstos, la entera «población del mundo», dice el personaje, dieron al bailarín-filósofo de nuestros tiempos el nombre de Menfis¹⁷¹, equiparando el movimiento que realiza con su cuerpo con la más antigua y regia de las ciudades, sobre la que dice Baquílides [fr. 30 S.-M.]:

[D] *Menfis la no turbada por tormentas,
y el Nilo rico en cañas.*

Éste nos muestra en qué consiste la filosofía pitagórica, dándonos a conocer a través del silencio todo su contenido¹⁷² con mucha más claridad que quienes proclaman enseñar las artes del discurso.

El primero que introdujo la danza al estilo de este bailarín, denominada «trágica», fue Bacilo de Alejandría, que, según cuenta Seleuco¹⁷³, bailaba pantomimas. Dice Aristonico¹⁷⁴ [E] que este Bacilo, junto con Pílates, del que hay además un tratado *Sobre la danza*, dieron forma a la danza itálica a partir de la cómica, que se denominaba *kórdax*, la trágica, que se denominaba *emméleia*, y la satírica, que se denominaba *síkinis* (por eso también los sátiros se llaman «sicinistas»),

cuyo inventor fue un bárbaro llamado Sicino. Otros afirman que Sicino era cretense. Pues bien, era la danza de Pílates pomposa, apasionada, y rica en personajes, mientras que la de Bacilo era de carácter más cómico. De hecho compuso una especie de hiporquema¹⁷⁵.

Sófocles, aparte de ser bien parecido en su juventud, se había formado en el arte de la danza y la música, siendo aún niño, junto a Lampro. Pues bien, después de la batalla de [F] Salamina, bailó al son de la lira alrededor de un trofeo, desnudo y ungido con aceite; otros dicen que con el manto puesto. Además, cuando hizo representar *Támiris*, él mismo tocó la cítara; y jugó magistralmente a la pelota cuando produjo su *Nausícaa*. De la danza de Menfis era un entusiasta incluso Sócrates el sabio, quien, sorprendido muchas veces bailándola, según afirma Jenofonte¹⁷⁶, decía a sus discípulos que la danza era un ejercicio de todos los miembros. [21A] En efecto, se llamaba «danzar» a «moverse» y «excitarse». Anacreonte [PMG, fr. 390]:

Las hijas de Zeus, de hermosas cabelleras, danzaron con ligereza.

Ión [TrGF I 19, fr. 50]:

Por los sucesos inesperados en exceso danzó el corazón.

Hermipo¹⁷⁷ cuenta que Teofrasto llegaba al Perípato¹⁷⁸ a la hora convenida, radiante y atildado y, una vez sentado, recitaba su discurso sin privarse de ningún movimiento ni [B] de gesto alguno. Incluso una vez que estaba imitando a un glotón, sacó la lengua y se lamió los labios.

Normas sobre el vestido

Les preocupaba así mismo recogerse las ropas conforme a las reglas, y se burlaban de quienes no lo hacían. Platón, en *Teeteto* [175 e]: «Hombres capaces de prestar cualquier servicio de forma rápida y perspicaz, pero que no saben recogerse el manto con elegancia, al modo de las personas libres¹⁷⁹, ni adoptar la cadencia armoniosa de palabras para cantar como es debido la vida de dioses y hombres afortunados». Safo se burla de Andrómeda [PLF 57]:

[C] *¿Qué campesina hechiza tu mente,*

que no sabe estirarse los andrajos alrededor de los tobillos?

Filetero [PCG VII, fr. 18]:

*Échate el vestido sobre los tobillos. ¿No querrás dejarlo caer, desdichado,
en vez de llevarlo recogido al modo rústico, por encima de la rodilla?*

Hermipo¹⁸⁰ afirma que Teócrito de Quíos tachaba de carente de educación la forma que tenía Anaxímenes de envolverse en el manto. Y Calístrato, el discípulo de Aristófanes¹⁸¹, critica en un tratado a Aristarco¹⁸² por no vestirse con gracia, sacando incluso de tal cosa una prueba de educación. Por eso dice también Alexis [PCG II, fr. 265]:

*En efecto, considero que éste es uno de los rasgos propios [D]
de los hombres no libres: el andar sin gracia por las calles,
cuando es posible hacerlo airoso. Por tal cosa ni nos cobra impuestos
nadie *** ni hace falta pagar un precio
para obtenerlo de otros y, en cambio, confiere a quienes lo practican
un cierto halo de gloria, a quienes lo contemplan, placer,
y ornato a la vida. Tal honor,
¿qué persona que afirme tener buen sentido no querría procurárselo?*

Danzas y pasos de baile

Esquilo, por su parte, no sólo creó la [E] dignidad y majestuosidad del vestido que emulan los hierofantes y portadores de antorchas¹⁸³ al vestirse, sino que además inventó personalmente numerosos pasos de baile, y los asignaba a los miembros del coro. Cameleonte¹⁸⁴, por ejemplo, dice que aquél fue el primero en organizar los coros sin servirse de maestros de danza; al contrario, él mismo componía los pasos de los bailes para los coros, y en general asumía personalmente toda la dirección de la tragedia. Al menos es probable que actuara en sus dramas. [F] Aristófanes, por ejemplo (es en los cómicos donde se halla la información fiable sobre los trágicos), hace decir al mismo Esquilo [PCG III 2, fr. 696]:

Para los coros yo mismo compuse los pasos.

Y de nuevo [*ibid.*]:

Conozco a los frigios por haber sido uno de los espectadores

cuando con Príamo vinieron a rescatar al hijo muerto¹⁸⁵,
adoptando muchas posturas así y así y de la otra manera.

También Télesis o Telestes, el maestro de danza, ha inventado muchos pasos, representando magistralmente las palabras con las manos. El músico Filis de Delos¹⁸⁶ cuenta que los antiguos citaredos realizaban algún pequeño movimiento [22A] con el rostro, pero muchos más con los pies, de marcha y danza. Aristocles afirma que Telestes el bailarín de Esquilo era tan magistral, que cuando bailaba *Los siete contra Tebas* hacía patente la acción a través de la danza. Dice así mismo que los poetas antiguos: Tespis, Práquinas, Cratino, Frínico, eran llamados «bailarines» porque no sólo hacían la coreografía de sus propios dramas, sino que además, al margen de sus composiciones propias, enseñaban a bailar a quienes lo desearan.

Esquilo componía sus tragedias cuando estaba borracho, según afirma Cameleonte¹⁸⁷. Así, Sófocles le reprochaba que aun cuando hacía lo que debía, no lo hacía de modo [B] consciente.

Danzas nacionales son las siguientes: laconias, trecenias, epicefirias, cretenses, jónicas, mantineas; éstas son las que prefiere Aristóxeno¹⁸⁸ por el movimiento de las manos. Hasta tal punto era magnífica y sutil la danza, que Píndaro [fr. 148 S.-M.] llama a Apolo «bailarín»:

*Bailarín que reinas sobre la hermosura,
Apolo de ancho carcaj.*

También Homero, o uno de los homéridas, en el *Himno a Apolo* [514-516] dice:

Apolo,
con la «phórmix»¹⁸⁹ en las manos, placenteramente tañía,
dando hermosos y elevados pasos. [C]

Eumelo de Corinto [*Titanomaquia*, fr. 6 Bern.] o Arctino presenta a Zeus bailando en un pasaje, donde dice:

Y en medio de ellos bailaba el padre de hombres y dioses.

Teofrasto¹⁹⁰ afirma que el flautista Andrón de Catane fue el primero en hacer evoluciones y movimientos rítmicos con el

cuerpo mientras tocaba la flauta. De ahí el verbo *sikelízein* (sicilianizar), «bailar» entre los antiguos¹⁹¹. Después de él vino Cléolas de Tebas. Bailarines famosos: Bolbo, mencionado por Cratino y Calias¹⁹²; Zenón de Creta, [D] enormemente estimado por Artajerjes, según Ctesias¹⁹³. Alejandro, en su carta a Filóxeno, menciona a Teodoro y a Crisipo.

Los eruditos del Museo de Alejandría

El autor satírico Timón de Fliunte llama en alguna parte al Museo¹⁹⁴ «jaula de pájaros», burlándose de los sabios hospedados en él, porque, como los pájaros más preciosos, son alimentados en una pajarera [*Suppl. Hell.* 786]:

*Se apacientan en Egipto, rico en razas, muchos
eruditos armados de cálamo¹⁹⁵, que mantienen peleas infinitas
en la jaula de pájaros de las Musas.*

La canícula y el vino

[E] *** hasta que cesen en su diarrea de palabras los comensales aquí presentes, que por su charlatanería me parece a mí que han olvidado hasta el oráculo pítico que transmite Cameleonte [fr. 13 Gior.]:

*Los veinte días anteriores a la canícula y los veinte posteriores,
en tu casa umbría echa mano de Dioniso como médico¹⁹⁶.*

También Mnesíteo de Atenas¹⁹⁷ cuenta que la Pitia ordenó a los atenienses, por medio de un oráculo, rendir culto a Dioniso como médico. Dice igualmente Alceo, el poeta de Mitilene [*PLF* 347]:

*Empapa los pulmones con vino, que la estrella está haciendo su giro;
la estación es dura, y todo está sediento por el ardor del sol. [F]*

Y en otro lugar [*PLF* 352]:

Bebamos, que la estrella está haciendo su giro.

Éupolis [*Aduladores*, *PCG* V, fr. 158] dice que Calias es obligado por Protágoras a beber, para que:

Antes de la canícula tenga el pulmón despejado.

En cuanto a nosotros, no sólo se nos ha quedado seco el pulmón: peligra incluso el corazón. Sin embargo, dice Antífanos [*PCG* II, fr. 228]:

*El vivir, dime,
¿qué es? Yo digo que beber.*

Ves¹⁹⁸ en las corrientes de las torrenteras cuántos [23A]
árboles continuamente, noche y día,
se empapan, y cuál llega a ser su tamaño y su belleza,
mientras que los que se resisten, como poseídos
por una especie de sed o aridez, quedan destruidos de raíz.

Después que desarrollaron esta charla sobre la canícula, dice Ateneo que les sirvieron de beber. Se dice *bréchein* (mojar) también por «beber». Antífanos [*PCG* II, fr. 279]:

Tienen quienes comen que mojar en abundancia.

Eubulo [*PCG* V, fr. 123]:

SICÓN: —Yo, Sicón,
vengo mojado y cargado de copas.

[B] B: —¡Eh, tú! ¿Has bebido? SIC.: —No *** he bebido yo¹⁹⁹,
¡por el Zeus de Mende!²⁰⁰

Disquisiciones gramaticales

Anapíptein (echarse atrás) se dice apropiadamente del alma, como si dijéramos «descorazonarse», «desfallecer». Tucídides, libro I [70, 5]: «Si son vencidos, apenas se echan atrás». Cratino, por su parte, aplica la expresión a los remeros [*PCG* IV, fr. 332]:

Haz que suenen los remos, y échate atrás.

También Jenofonte, en el *Económico* [VIII 8]: «¿Por qué los remeros no se causan molestias entre sí? ¿No es porque se sientan en orden, se inclinan hacia adelante en orden, y se echan atrás en orden?»

[C] «Yacente»²⁰¹ lo decimos de las estatuas. Por eso ridiculizamos a quienes emplean la expresión para las personas que están acostadas. Dífilo [*PCG* V, fr. 124]:

Pues estaba yo «yacente» hasta hace un rato.

El compañero, indignado, le contesta: «Pues quédate ‘yacente’». Filípides [*PCG* VII, fr. 31]:

*Y cuando cenaba siempre
estaba «yacente» a su lado.*

Y otro replica:

¿Es que sentaba estatuas a su mesa?

Lo que debe decirse es *katákeisthai* (acostarse) y *katakeklisthai* (tenderse), como se ve en los *Banquetes* de Jenofonte y Platón. Alexis [*PCG* II, fr. 279]:

¡Qué desgracia es acostarse antes de la cena!

*Porque ni el sueño podría, por supuesto, apoderarse de nin guno, [D]
ni, si alguno hablara, lo entenderíamos en absoluto,
pues nuestra mente está pegada a la mesa.*

Sin embargo, también es posible encontrar para expresar esta idea alguna rara vez «yacer». Un sátiro, en una obra de Sófocles, lo dice, ardiendo por Heracles [*TrGF* IV, fr. 756]:

*Cuando yace,
me lanzaría de pleno sobre su cuello.*

Aristóteles, en su *Constitución de los etruscos* [fr. 607 Rose]: «Los etruscos cenan en compañía de sus esposas, recostados bajo el mismo manto». Teopompo [*PCG* VII, fr. 65]:

*[E] Estábamos bebiendo después de eso ***
tendidos confortabilísimamente en el triclinio,
plañéndonos unos a otros el canto de Telamón.*

Filónides [*PCG* VII, fr. 8]:

Estoy recostado, como veis, desde hace siglos.

Eurípides, en *El Cíclope* [v. 410]:

Se echó de espaldas exhalando de su garganta un aliento pesado.

Alexis [*PCG* II, fr. 295]:

*Después de eso pedí a la mujer
que se echara de espaldas junto a mí.*

El verbo *pásasthai* (gustar), se emplea por «probar la [F] comida». Por ejemplo dice Fénix a Aquiles: «No quería gustar con ningún otro la comida en el palacio» [*Il.* IX 486 s.]. Y en otro pasaje [*Od.* III 9]: «Cuando ellos gustaron las entrañas».

Pues se limitan a probar las entrañas, como haría un gran número de gente con poca cantidad. Príamo dice así [24A] mismo a Aquiles [*Il.* XXIV 641]: «Ahora al fin incluso he gustado el alimento». En efecto, era natural que quien en ese momento padecía una desdicha se limitara a probar la comida; pues el dolor no le permitía llegar a saciarse. Por eso también quien no ha probado alimento en absoluto «yace en ayunas, sin comer» [*Od.* IV 788].

De aquellos que se hartan por completo Homero jamás emplea el verbo «gustar», sino cuantas palabras pueden expresar saciedad: «Pero después que se saciaron de alimento» [*Od.* VI 99], y «Después que echaron fuera el deseo de comida» [*Od.* IV 68]. En cambio, los poetas modernos emplean el verbo *pásasthai* para decir «llenarse». Calímaco [fr. 476 Pf.]:

*Me llenaría de relato [B]
más gustosamente.*

Eratóstenes [*Coll. Alex.*, fr. 29]:

*De carne asada
a la ceniza se llenaron, que cobraron cazando.*

«Pegado como madera contra madera» dice el poeta lírico de Tebas [Pínd., fr. 241 S.-M.].

CONTINUACIÓN SOBRE LA VIDA DE LOS HÉROES

Cuestiones varias

Según dice Seleuco²⁰², la expresión homérica *daîta tháleian* (festín abundante²⁰³), es, con una trasposición de letras, *díaita* (régimen); en cambio, decir que procede de *daísasthai* (alimentarse), es más forzado.

Caristio de Pérgamo²⁰⁴ cuenta que las mujeres de Cercira todavía en su época cantan cuando juegan a la pelota. En Homero juegan a la pelota no sólo hombres, sino también mujeres. Se servían así mismo de discos y jabalinas con una cierta simetría [*Od.* IV 626]:

[C] *Gozaban lanzando discos y venablos,*

pues el goce alivia su sufrimiento. Los jóvenes salen también de caza para adquirir práctica en los peligros de la guerra, y van en pos de toda clase de fieras; por ello vivían más robustos y saludables, como cuando «se ensamblan unos con otros en forma de torre y, alzándose enfrente, disparan» [*Il.* XII 41 ss.].

Los baños en Homero

Conocen igualmente baños de todo tipo, remedios de fatigas: disipan el cansancio en el mar, que es especialmente [D] provechoso para los nervios, y relajan las tensiones de los músculos en las bañeras, ungiéndose después con aceite, para que al secarse el agua no se agarroten sus cuerpos. Por ejemplo, los que vuelven de la misión de reconocimiento «se limpiaban en el mar del abundante sudor las piernas, el cuello y alrededor de los muslos» [*Il.* X 572], y después de refrescarse de este modo, «entrando en bañeras bien pulidas, se lavaron y, una vez ungidos con aceite de oliva, se sentaron a la cena» [*Il.* X 576-577]. Hay también otra manera de disipar el agotamiento, por medio de duchas sobre la cabeza [*Od.* X 362]:

Ella la vertía agradablemente sobre mi cabeza y mis hombros.

[E] En efecto, los baños por inmersión, al difundirse el agua alrededor de los poros por todos lados, bloquean la secreción de los sudores, como cuando se pone un tamiz en el agua; ésta no puede atravesarlo de ningún modo, a menos que se lo levante y se procure una desobstrucción de los poros y un desagüe al exterior, como dice Aristóteles en los *Problemas físicos*²⁰⁵, cuando investiga por qué los que sudan dejan de hacerlo al entrar en agua caliente o fría, hasta que de nuevo emergen de las bañeras.

Alimentos consumidos por los héroes

Se servía así mismo verduras a los héroes en los banquetes. Que conocen los [F] cultivos de verduras queda claro por los ordenados cuadros «junto al último liño» [*Od.* VII 127]. Y, lo que es más, consumen cebollas, pese a que tienen malos jugos [*Il.* XI 630]:

Después, una cebolla, companaje de la bebida.

Los presenta cuidándose igualmente de los árboles frutales. «Pera sobre pera», dice en algún lugar [*Od.* VII 120 ss.], «e [25A] higo sobre higo». Por eso también de entre los árboles califica a los frutales de «hermosos»: «Allí crecen hermosos árboles: perales y granados y manzanos» [*Od.* VII 144], y a los adecuados para madera de «grandes», diferenciando con los epítetos sus empleos [*Od.* V 238 s.]:

*Allí habían crecido grandes árboles,
el aliso y el álamo y el abeto eran tan altos como el cielo.*

Pero el aprovechamiento (de las frutas) era más antiguo incluso que los tiempos troyanos. Tántalo, por ejemplo, ni siquiera muerto escapa a su pasión por ellas. Aunque el dios [B] encargado de su castigo, como quien conduce a las bestias irracionales con ayuda de ramas verdes, agita delante de él este tipo de frutos²⁰⁶, cuando aquél se acerca al objeto de su esperanza lo aparta de su disfrute. Odiseo recuerda así mismo a Laertes lo que le dió siendo niño: «Perales me diste trece» [*Od.* XXIV 340], etc.

Que también comían pescado lo deja claro Sarpedón, cuando compara la conquista (de la ciudad) con la pesca de una red que contiene toda clase de peces [*Il.* V 487]. Sin embargo, Eubulo, burlándose con la gracia propia de la comedia, dice [*PCG* V, fr. 118]:

[C] *¿Dónde ha dicho Homero que alguno de los aqueos
coma pescado? Solamente asaban carne, puesto que
no presenta a ninguno hirviéndola.
Aún más, ni una sola cortesana siquiera conoció ninguno
de ellos: se manosearon unos a otros durante diez años.
Amarga campaña vieron, ellos que, habiendo tomado
una sola plaza, se marcharon con los culos mucho más
anchos que la ciudad que entonces expugnaron.*

[D] Los héroes tampoco dejaban libre el aire a los pájaros, poniendo lazos y redes para los tordos y palomas. Se adiestraban en la caza de aves colgando una paloma con una cuerda del mástil de un barco, y lanzando flechas certeramente contra ella, como se muestra en los juegos funerarios²⁰⁷. Sin embargo, Homero omitió el consumo de verduras, peces y

aves, por lo que tiene de glotonería, y además por lo impropio de sus preparativos, juzgándolo por debajo de los actos heroicos y divinos. En cambio, que consumían también carne hervida lo pone de manifiesto cuando dice [*Il.* XXI 362 s.]:

*Como hierve la marmita ****

derritiendo la grasa de un puerco bien cebado.

La pata de vaca lanzada contra Odiseo es así mismo prueba [E] de ello²⁰⁸, porque nadie asa una pata de vaca. Y eso de «cogió y sirvió bandejas de carnes de todo tipo» [*Od.* I 141] no solamente pone de manifiesto la diversidad de las carnes: de cerdo, de cabrito, de vacuno, sino también que la preparación que les daban era variada, y no uniforme, sino rebuscada.

De manera que surgieron las mesas sicilianas y sibaríticas y, sin ir más lejos, las de Quíos. En efecto, los quiotas [F] no son menos reputados que los ya mencionados en lo concerniente al arte culinario. Timocles [*PCG* VII, fr. 39]:

Los quiotas son con mucho

los que mejor han concebido el arte culinario.

Relaciones de los héroes con mujeres

Se acuestan con mujeres en Homero no sólo los jóvenes, sino también los ancianos Fénix y Néstor. Menelao es el único al que no está unida una mujer, porque ha organizado la expedición a causa de su esposa legítima, que le ha sido arrebatada.

El vino

«Vino viejo, pero flor de himnos recientes» ensalza Píndaro [*Olímp.* IX 48]. Eubulo dice [*PCG* V, fr. 122]:

Es extraño que el vino que siempre goza de consideración

entre las cortesanas es el añejo, mas no así el hombre

entrado en años, sino el joven.

Casi exactamente lo mismo dice también Alexis²⁰⁹, salvo [26A] que pone «extremadamente» en lugar de «siempre». De hecho, el vino añejo no sólo es más apropiado para la

degustación, sino también para la salud, pues ayuda a asimilar mejor los alimentos y, al ser más ligero, es digestivo; infunde vigor a los cuerpos, pone la sangre roja y fluida, y procura sueños tranquilos. Ensalza Homero el vino que admite [B] bastante mezcla, como el de Marón²¹⁰; y permite mayor mezcla el vino añejo, porque se vuelve más cálido al envejecer. Hay quienes afirman incluso que la huida de Dioniso hacia el mar²¹¹ simboliza una técnica de elaboración de vino conocida desde antiguo; en efecto, es dulce el vino si se le vierte encima agua de mar.

Cuando Homero ensalza el vino tinto, lo llama también con frecuencia «chispeante»²¹², ya que es muy potente, pues permanece más tiempo en el organismo de quienes lo beben. Teopompo²¹³ afirma que fue en Quíos donde se produjo por primera vez vino tinto, y que fueron los quiotas los [C] primeros que aprendieron de Enopión, hijo de Dioniso, que participó en la colonización de la isla, a cultivar vides; y ellos se lo transmitieron a los demás hombres. El vino blanco es débil y ligero; el pajizo se digiere más fácilmente por ser desecativo.

Vinos de Italia

Sobre los vinos itálicos dice el Galeno de la obra de nuestro erudito: El vino de Falerno está listo para beber pasados diez años, y (en su plenitud) desde los quince hasta los veinte; el que sobrepasa este tiempo produce dolor de cabeza y ataca el sistema nervioso. Hay dos variedades, el seco y el dulce; éste se vuelve así [D] cuando soplan vientos del sur en la época de la vendimia, por lo cual también resulta más oscuro. En cambio, el que no se vendimia en esas condiciones es seco y pajizo de color. Hay así mismo dos tipos de vino albano, uno dulce y otro ácido; ambos están en su plenitud al cabo de quince años. El sorrentino empieza a estar listo para beber al cabo de veinticinco años, pues al tener poco cuerpo y ser demasiado áspero madura con dificultad; incluso envejecido, prácticamente sólo es apto para quienes están habituados a [E] tomarlo. El vino de Regio, al ser más aceitoso que el sorrentino, está bueno después de quince años. También está

bueno el de Priverno, que es más sutil que el de Regio y se sube muy poco a la cabeza. Parecido a éste es el de Formias, pero alcanza rápido la madurez, y es más aceitoso que él. Más lentamente llega a su plenitud el trifolino, y es más terroso que el sorrentino. El estatano²¹⁴ es uno de los vinos más importantes, parecido al falerno, bastante ligero, no pega fuerte. El tiburtino es ligero, volátil, y alcanza su plenitud al cabo de diez años; pero mejora cuando envejece. El [F] de Lábicos es suave y aceitoso al gusto, entre el falerno y el albano; empieza a beberse con placer²¹⁵ pasados diez años. El de Gauro es a la vez escaso y excelente, además de recio y con cuerpo, más aceitoso que el prenestino y el tiburtino. El marso es muy seco, pero digestivo.

Se produce en los alrededores de Cumas, en la Campania, el llamado ulbano, ligero, listo para beber al cabo de cinco años. El de Ancona es excelente, aceitoso, (bueno para [27A] beber ***). El de Bujento se asemeja al albano ácido, pero en su efecto es también digestivo. El de Velitras es suave al paladar, digestivo. Es característico de él que da la sensación de no estar puro; en efecto, tiene un aspecto como de que hay otro vino mezclado con él. El de Calesia es ligero, más digestivo que el falerno. De buena crianza es también el cécubo, fuerte, recio; envejece al cabo de bastantes años. El de Fundi es recio, muy sustancioso, ataca a la cabeza y al [B] estómago; por eso no se bebe mucho en los banquetes. Más ligero que todos éstos es el sabino, que es apto para beber desde los siete a los quince años. El de Signia hasta los seis años está bueno, pero envejecido está muchísimo mejor. El de Numento llega a su plenitud con rapidez, y se puede beber pasados cinco años; no es ni demasiado suave ni ligero. El vino de Espoleto ***, suave al paladar y es dorado de color. El ecano se parece mucho al de Sorrento. El de Bario [C] es muy seco, y continuamente se mejora a sí mismo.

Es también de buena crianza el caucino, semejante incluso al falerno. El de Venafro es digestivo y ligero. El trebólico de Neápolis es temperado en su efecto, digestivo, de buen paladar. El erbulo²¹⁶ al principio es tinto, pero al cabo de no muchos años se torna blanco; es ligero y delicado en exceso. El de Masalia es bueno, pero se produce poco; es espeso y con

cuerpo. El de Tarento y todos los de esa zona [D] son flojos, sin fuerza ni vigor, suaves, digestivos. El mamertino se produce fuera de Italia, pero aunque se elabora en Sicilia, se le llama iotalino. Es suave, ligero, vigoroso.

Entre los indios se adora a una divinidad menor, según dice Cares de Mitilene²¹⁷, que se llama *Soroádeos*²¹⁸; se traduce en lengua griega como «productor de vino».

Especialidades de las ciudades griegas

El encantador Antífanos enumera en algún lugar las especialidades de cada ciudad, de este modo [PCG II, fr. 233]:

De Élide, el cocinero. De Argos, la caldera.

De Fliunte, el vino. De Corinto, las colchas.

El pescado, de Sición. De Egio, las flautistas.

*El queso, de Sicilia *** [E]*

El perfume, de Atenas. Las anguilas, de Beocia.

Hermipo dice así [PCG V, fr. 63]:

*Decidme ahora, Musas que poseéis las moradas olímpicas,
desde que Dioniso dirige su barco por el vinoso ponto,
cuántos bienes ha traído aquí a los hombres en su negra nave.*

*De Cirene, tallo de silfio y cuero de vacuno;
del Helesponto, caballas y todo tipo de salazones;
de Tesalia, a su vez, farro y costillares de vaca.*

*De donde Sitalces²¹⁹, sarna para los espartanos;
de donde Pérdicas²²⁰, mentiras en naves muy numerosas.*

Siracusa suministra cerdo y queso, [F]

*y a los de Cercira, que Poseidón los aniquile
en sus huecas naves, porque tienen el ánimo dividido.*

*Esto de esa parte. De Egipto, las colgantes
velas y papiros. De Siria, a su vez, incienso.*

*La hermosa Creta, ciprés para los dioses,
Libia suministra abundante marfil a través del comercio;
Rodas, pasas e higos secos, que procuran dulces sueños.*

Luego, de Eubea, peras y gruesas manzanas²²¹.

Esclavos, de Frigia, y de Arcadia, mercenarios.

Págasas suministra esclavos y fugitivos marcados.

[28A] *Las bellotas de Zeus y lustrosas almendras
las proporcionan los paflagones; son los complementos del festín.
Fenicia, a su vez, el fruto de la palmera y flor de harina;
Cartago, alfombras y cojines multicolores.*

Píndaro, en la *Oda Pítica a Hierón* [fr. 106 S.-M.]:

*Del Taigeto, la perra laconia,
el cuadrúpedo más despierto para correr tras las presas.
De Esciros, las cabras más excelentes
para el ordeño de leche.
Armas, de Argos; el carro, de Tebas. Pero
en Sicilia de espléndidos frutos
[B] procúrate el carruaje trabajado con arte.*

Critias dice así [IEG II, fr. 2]:

*El cótabo²²² es una obra insigne de la tierra siciliana,
que colocamos como blanco para los disparos de los posos de vino.
Después, el carro siciliano, excelente por belleza y precio.*

.....
*El sitial, de Tesalia, el más muelle asiento de nuestros miembros.
En cambio, la hermosura del lecho conyugal la albergan
Mileto y Quíos, ciudad marítima de Enopión²²³.
Etrusca es la pátera de oro batido que se impone,
y todo el bronce que adorna la casa, para cualquier uso. [C]
Los fenicios inventaron las letras, preservadoras de la palabra.
Tebas fue la primera que construyó el asiento del carro,
y los barcos de carga, los carios, señores del mar.
Pero el torno y el vástago de la tierra y el horno,
la famosa cerámica, eficiente intendente de la casa,
la inventó aquélla que en Maratón colocó el hermoso trofeo.*

Y, en efecto, la cerámica ática es elogiada. Sin embargo
Eubulo dice [PCG V, fr. 130]:

Cerámicas de Cnido, platitos de Sicilia, barrilitos de Mégara.

Antífanos, por su parte²²⁴: [D]

*Mostaza, de Chipre, y zumo de escamonea;
mastuerzo, de Mileto; cebolla,
de Samotracia; tallo de silfio, de Cartago;
jugo de silfio y ajedrea²²⁵, del Himeto;*

y orégano, de Ténedos.

Vinos de Grecia

El rey de Persia sólo bebía vino de Calibón, el cual, dice Posidonio²²⁶, también se produce en Damasco de Siria, pues los persas han plantado allí las vides. En la isla de Isa, en el Adriático, afirma Agatárquides²²⁷ que se cría un vino que, comparado con cualquiera, es manifiestamente mejor. Epílico [PCG V, fr. 7] [E] menciona el vino de Quíos y el de Tasos: «Vino filtrado de Quíos y de Tasos». Y Antídoto, a su vez [PCG II, fr. 4]:

*Escancia vino de Tasos ****

*que no importa quién, habiéndose apoderado de mí, me devore el corazón;
cuando lo bebo, al momento me pongo bueno.*

*Fue Asclepio quien me regó ****

Clearco dice [PCG IV, fr. 5]:

Vino de Lesbos

que elaboró el propio Marón²²⁸, me parece a mí.

Dice Alexis [PCG II, fr. 276]:

*No hay ningún otro vino más agradable de beber,
que el licor *** de Lesbos,*

[*id.*, PCG II, fr. 277]:

*Con vinillos de Tasos y Lesbos
riega la parte restante del día,
y come golosinas.*

El mismo [PCG II, fr. 278]²²⁹:

*Suave, el bromio. Hay que establecer una exención de tasas
para los lesbios que importen ese vino aquí.*

*En cambio, quien sea pillado enviando a otra ciudad [F]
un simple cacillo, que vea confiscada su hacienda como propiedad sagrada.*

Efipo [PCG II, fr. 28]:

*Me encanta el vino pramnio, el de Lesbos ***
pero frecuente es la gota de Lesbos que se bebe
de más.*

Antífanos [PCG II, fr. 238]:

*Hay buen companaje, muy tentador,
vino de Tasos, perfume y coronas.
Que Cipris está en plenitud, y entre los mortales
que no son felices no se halla Afrodita.*

Eubulo [PCG V, fr. 121]:

*Tomando vino de Tasos o de Quíos
o uno añejo de Lesbos que destila néctar.*

El mismo autor menciona también un vino psitio²³⁰ [PCG V, fr. 136]:

*Pues tras darme a probar un vino psitio
suave y sin mezcla, como me cogió con sed,
me da en el pecho con vinagre.*

Y Anaxándrides [PCG II, fr. 73]: «Un congio²³¹ de vino psitio mezclado».

[29A] La segunda versión de las *Tesmoforias*²³² de Aristófanes la titula Demetrio de Trecén *Las que han celebrado las Tesmoforias*. En esta obra, el cómico menciona el vino de Peparetos [PCG III 2, fr. 334]:

*No permitiré que se beba vino pramnio,
ni de Quíos, ni de Tasos, ni de Peparetos,
ni ningún otro que vaya a reanimar el «espolón».*

Eubulo [PCG V, fr. 129]:

*Hay vino de Léucade y un vinillo
[militio] simplemente bebible.*

De Arquéstrato el autor de banquetes [Supp. Hell., fr. 190]:

[B] *Después, cuando os hayáis tomado la copa colmada en honor de Zeus Salvador,*

*hay ya que beber vino añejo, con la cabeza totalmente cana,
la líquida cabellera coronada con blanca flor,
salido de Lesbos la rodeada por las olas.*

*Alabo el vino biblino de la sagrada Fenicia;
sin embargo, no lo igualaré con aquél. En efecto, si
lo pruebas de repente, sin estar previamente habituado,
te parecerá que es más fragante que el lesbio,*

pues mantiene esa cualidad durante un espacio de tiempo [C] inmenso.

En cambio, al beberlo es inferior con mucho. Aquél te parecerá que posee una grandeza propia, no del vino, sino de la ambrosía.

Y si algunos fanfarrones necios y charlatanes tratan de burlarse, diciendo que el más rico de todos es el vino fenicio,

*no les presto atención ****

También el de Tasos es excelente para beber, siempre que esté envejecido con muchas bellísimas estaciones de años.

Sé también hablar de los renuevos goteantes de racimos de otras ciudades, y alabarlos, y no se me escapa nombrarlos;

pero es que el resto simplemente no es nada ante el vino de Lesbos.

Lo que ocurre es que a algunos les gusta ensalzar lo de su [D] tierra.

El vino de palma lo menciona Efipo [PCG V, fr. 24]²³³:

*Nueces, granadas, dátiles, otras golosinas,
y pequeños cantaritos de vino de palma.*

Y, de nuevo [PCG V, fr. 8]²³⁴:

Se había abierto un ánfora de vino de palma.

Lo cita también Jenofonte en la *Anábasis* [II 3, 14]. Cratino menciona el vino de Mende [PCG IV, fr. 195]:

Pero ahora, si ve un vinillo de Mende

que recientemente ha alcanzado la juventud, le va detrás, y lo sigue, y dice:

«¡Ay qué delicado y blanco! ¿soportará tres?»²³⁵,

[E] Hermipo hace en alguna parte que Dioniso mencione gran cantidad de ellos [PCG V, fr. 77]:

*Por culpa del vino de Mende *** hasta los mismos dioses se mean*

en sus mullidos lechos. En cuanto al de Magnesia, dulce presente,

y al de Tasos, sobre el que se difunde un aroma de manzanas,

ése juzgo yo que es con mucho el mejor de todos

los restantes vinos, después del irreprochable de Quíos, libre de daño.

Hay un vino al que llaman «ranciedad»,

de la boca de cuyos jarros entreabiertos

sale olor a violetas, olor a rosas, olor a jacinto:

[F] *un aroma inefable invade toda la casa de alto techo,*

ambrosía y néctar a la vez. Eso es el néctar,

eso es lo que hay que servir de beber en el festín abundante

a estos amigos míos; a los enemigos, vino de Peparetos.

Cuenta Fenias de Éreso²³⁶ que los de Mende rocían los racimos en la viña con un purgante; por eso su vino resulta delicado.

Temístocles recibió como presente del rey de Persia la ciudad de Lámpsaco para su vino, Magnesia para su pan, Miunte para su compango, Percote y Palescepsis²³⁷ para su ropa de cama y su guardarropa. Pero le ordenó llevar vestimenta bárbara, lo mismo que a Demarato, otorgándole, además de las [30A] posesiones que tenía antes, Gambreo para su vestido, a condición de que nunca más se pusiera manto griego. También Ciro el Grande donó a Pitarco de Cícico, que era su amigo, siete ciudades, según dice Agatocles de Babilonia [*FGrH* 472, fr. 6]: Pédaso, Olimpio, Acamanto, (Tío), Escepra, Artipso, Tórtire. «Pero él —cuenta Agatocles— cayendo en la soberbia y la insensatez, intentó convertirse en tirano de su patria, reclutando un ejército. Y los ciciquenos cargaron contra él, y corrían gritando, lanzándose al combate en filas cerradas».

Se venera entre las gentes de Lámpsaco a Príapo, que es [B] el mismo que Dioniso, llamado así a manera de epíteto, como «Triambo» y «Ditirambo».

Los habitantes de Mitilene llaman a su vino dulce «precursor», otros «precoz», o bien «prematureo»²³⁸.

Es así mismo elogiado el vino de Ícaros, como dice Anfis [*PCG* II, fr. 40]:

*En Turios, el aceite; en Gela, lentejas;
vino, de Ícaros; higos pasos, de Cimolos.*

Se produce en Ícaros, dice Epárquides²³⁹, el pramnio. Se trata de un tipo de vino que no es ni dulce ni espeso, sino seco [C] y áspero, y está dotado de una fuerza extraordinaria. Tal como para no gustar a los atenienses, como afirma Aristófanes²⁴⁰, cuando dice que al pueblo ateniense no le agradan ni los poetas ásperos y obstinados, ni los vinos pramnios, que hacen que se encojan las cejas y la panza, sino el que es aromático y, maduro, destila néctar.

Cuenta Semo²⁴¹ que en Ícaros hay una peña llamada Pramnio, y junto a ella un gran monte, de donde procede el [D] vino pramnio, que algunos llaman también «drogado». La isla de Ícaros se llamaba primeramente Ictioesa²⁴², por la abundancia de peces que hay en ella, lo mismo que las Equínades por los erizos, el cabo de Sepia por las sepias que hay en torno a él, las islas Lagusas por las liebres que viven en ellas, y otras islas Ficusas y Lopadusas por los seres de nombre semejante²⁴³. Dice Epárquides²⁴⁴ que la vid que produce el pramnio de Ícaros es llamada por los extranjeros «sagrada», y por los habitantes de Énoe «dionisia». Énoe es una ciudad de la isla. Dídimos²⁴⁵ afirma que el nombre de vino pramnio procede de una vid que se llama así, «pramnia». [E] Otros, en cambio, dicen que es propiamente el vino tinto; algunos, que es en general el apto para durar, como si fuera «el duradero» (*paramónios*). Otros, aún, que es «el que calma la furia» (*praynōn tò ménos*), pues quienes lo beben son amistosos.

Anfis elogia también el vino de la ciudad de Acanto, diciendo [*PCG* II, fr. 36]:

A— *¿De dónde eres? Di.*

B— *De Acanto. A—Entonces, por los dioses, ¿cómo es que, pese a ser conciudadano del mejor de los vinos, eres agrio, y el propio nombre de tu país lo tienes en tus modales²⁴⁶, y en cambio no posees el carácter de tus conciudadanos?*

El vino de Corinto lo menciona Alexis como áspero [*PCG* [F] II, fr. 292]:

Había vino importado, porque lo que produce Corinto es una tortura.

También menciona el de Eubea [*PCG* II, fr. 303]: «Habiendo bebido mucho vino de Eubea». Arquíloco²⁴⁷ compara el de Naxos con el néctar; también dice en alguna parte [*IEG* I, fr. 2]:

En mi lanza tengo el pan amasado, en mi lanza el vino de Ismaro; y bebo apoyado en mi lanza.

Estratis alaba el vino de Escíatos [*PCG* VII, fr. 64]:

El vino gorgotea a los caminantes para que beban;

es un tinto de Escíatos, mezclado mitad y mitad.

Aqueo [*TrGF* I 20, fr. 41] elogia el vino biblino: «Dio la [31A] bienvenida con una copa de fuerte vino biblino». Se llamaba de este modo por una región denominada así. Dice Fililio [*PCG* VII, fr. 23]:

*Voy a servir vino de Lesbos, añejo de Quíos,
de Tasos, biblino, de Mende, de manera que nadie se emborrache.*

Epicarmo²⁴⁸ afirma que se lo llama así a partir de ciertos montes Biblinos. Arménidas²⁴⁹, por su parte, asegura que Biblia es una región de Tracia, que también se llamó Antísare [B] y Ésime. Con razón era admirada Tracia como productora de buen vino, y en conjunto la región próxima a ella [*Il.* VII 467]:

Unas naves que traían vino de Lemnos estaban ancladas.

Hipis de Regio²⁵⁰ afirma que se llamaba *biblia* a la vid denominada *eileós*, que Polis de Argos, el que reinó sobre los siracusanos, fue el primero en llevar a Siracusa desde Italia. Así pues, el vino dulce que llaman *póllios* los sicilianos podría ser el vino biblino.

Un oráculo. Asegura que en este oráculo el dios profetizó espontáneamente:

*Bebe vino con heces, pues no moras en Antedón
[C] ni en la sagrada Hípera, donde bebías vino sin heces.*

En Trecén, según dice Aristóteles en la *República* de este pueblo [fr. 596 Rose], se llamaba a una vid «antedonia» e «hiperia», por unos tales Anto e Hípero, como también la viña «altefia» se denomina así por cierto Altefio, uno de los descendientes de Alfeo.

Alcmán habla en alguna parte de un «vino sin fuego y que huele a flor» [*PMG* 92], el de las Cinco Colinas, que es un lugar que dista siete estadios de Esparta. Menciona también el de Dentíades, una fortaleza, el de Enunte, el de [D] Onogles y el de Estatmes. Éstas son las regiones próximas a Pítane. Dice, en efecto: «Vino de Enunte o de Dentis o de Caristo o de Onogles o de Estatmes». También el de Caristo, que está próxima a Arcadia. Llama «sin fuego» al que no se ha hervido, pues tomaban vinos hervidos.

Afirma Polibio²⁵¹ que en Capua se produce un vino excelente, el llamado *anadendritēs*²⁵², con el que ninguno puede compararse. Alcifrón de Meandro cuenta que en los alrededores de Éfeso hay una aldea anteriormente llamada «de Leto», y actualmente «de Latorea», por la amazona Latorea; en ella se produce el vino pramnio. Timáquidas de [E] Rodas llama *hypóchyτος* (de mezcla) a cierto vino rodio, parecido al dulce. Se llama también vino *glýxis* (dulzarrón) al que lleva mosto cocido. Policelo²⁵³ llama a un vino *autítēs* (del país), y Platón el cómico²⁵⁴, *kapnía* (ahumado); es un vino excelente que se produce en Benevento, una ciudad de Italia. Se llama *amphías* al vino malo en Sosícrates²⁵⁵. Los antiguos consumían así mismo una bebida preparada con especias, a la que llamaban *trímma* (majado).

Teofrasto, en la *Historia de las plantas*²⁵⁶, refiere que en [F] Herea de Arcadia se produce un vino que pone a los varones fuera de sí cuando lo beben, y a las mujeres les hace concebir. En los alrededores de Cerinia de Arcadia existe un tipo de vid cuyo vino hace abortar a las mujeres embarazadas; incluso si comen de sus uvas, afirma, abortan. El vino de Trecén, dice, vuelve estériles a quienes lo toman. Cuenta así mismo que en Tasos fabrican un vino somnífero, y otro que vuelve insomnes a quienes lo beben.

Tipos de vino y sus cualidades

Sobre la preparación del vino con olor a flores, Fenias de Éreso [DSA IX, fr. 41] [32A] dice lo siguiente: «Al mosto se le echa, por cada cincuenta congios, uno de agua de mar, y se produce vino con olor a flores». Y de nuevo: «El vino con olor a flores resulta más fuerte si procede de viñas jóvenes que de viejas». Y a continuación comenta: «Cuando pisan las uvas, apartan las verdes, y sale vino con olor a flores». Teofrasto [*Sobre los olores*, fr. 51 W.] cuenta que en Tasos el vino que se ofrece en el pritaneo²⁵⁷ es admirable por su sabor, porque está condimentado: «En efecto, ponen en la vasija pasta de harina, tras mezclarla con miel, de manera que el vino adquiere la fragancia por sí mismo, pero la dulzura de la pasta de harina». [B] Y más adelante dice: «Si se mezcla un vino seco y

fragante con otro delicado y sin olor, por ejemplo vino de Heraclea y de Eritrea, el uno aporta la delicadeza, el otro la fragancia». El vino de mirto se encuentra en Posidipo [*PCG* VII, fr. 36]:

Extrañamente seco, el preciado vino de mirto.

«Hermes» es también una clase de trago en Estratis²⁵⁸.

Quéreas²⁵⁹ afirma que en Babilonia se produce un vino al que llaman «néctar».

*Así pues, era verdadero el dicho ese de que no sólo su partede agua, [C]
sino también algo de gracia quiere el vino.*

[Calím., fr. 178, 15 s. Pf.]

Nada de Dioniso debe desecharse, ni una granuja.

dice el poeta de Ceos [Simónides, *IEG* II, fr. 5].

De los vinos, uno es blanco, otro pajizo, otro tinto. El blanco es por naturaleza más ligero, diurético y cálido, y aunque es digestivo, hace arder la cabeza, pues es un vino que tiende a subir. En cuanto al tinto, el que no es dulce es muy nutritivo y astringente. En cambio, de los blancos y los pajizos la variedad dulce es la más nutritiva. En efecto, suaviza a su paso, y al espesar mucho los humores, afecta menos [D] a la cabeza. Pues, efectivamente, la sustancia del vino dulce permanece en la región de los hipocondrios, y provoca la expulsión de saliva, como describen Diocles y Praxágoras²⁶⁰. Mnesíteo de Atenas [fr. 46 Bert.] dice: «El vino tinto es muy alimenticio; el blanco, muy diurético y muy ligero; el pajizo, seco, y contribuye a digerir mejor los alimentos.

Los vinos mezclados muy cuidadosamente con agua de mar no producen resaca, aflojan los intestinos, estimulan el [E] estómago, provocan flatulencias y ayudan a la asimilación de la comida. Tales son el de Mindo y el que procede de Halicarnaso. Así, Menipo el cínico llama al vino de Mindo «bebedor de agua salada». También el de Cos está bastante mezclado con agua de mar. El de Rodas participa de agua marina en menor proporción, pero buena parte de él es inaprovechable. El vino de las islas es por naturaleza muy apropiado para los banquetes, y no inadecuado para el consumo [F] cotidiano. El de Cnido es generador de sangre,

nutritivo, y suelta el intestino. Pero bebido en exceso descompone el estómago. El de Lesbos tiene menor astringencia y se orina mejor. Riquísimo es el vino Quíos y, dentro del de Quíos, el llamado ariusio²⁶¹. Sus variedades son tres: uno es seco, otro, dulzón, y el intermedio entre ellos en sabor se llama *autókratos* (mezclado de por sí). Pues bien, el seco es agradable al paladar, nutritivo, y diurético; el dulzón es nutritivo, [33A] produce saciedad, ablanda el intestino; y el mezclado de por sí es intermedio en cuanto a su efecto. En general, el vino de Quíos es digestivo, nutritivo, generador de sangre buena, agradabilísimo, y produce saciedad por ser fuerte de graduación.

Los más ricos de los vinos son el albano de Italia y el falerno. Pero aquél de ellos que ha envejecido y tiene mucho tiempo es como una droga, y adormece muy rápidamente. El llamado adriano es fragante, fácil de digerir, e inocuo [B] en general. Pero hay que elaborarlo antes de cierto tiempo, y colocarlo en un lugar abierto para que se evapore su exceso de graduación. Un vino muy rico para crianza es el de Cercira. El de Zacinto y el de Léucade, al llevar yeso, también afectan a la cabeza. El vino de Cilicia denominado ábate²⁶² se limita a ablandar el intestino. Al vino de Cos, al de Mindo, al de Halicarnaso, y a todos los que han sido abundantemente mezclados con agua de mar, les van las aguas duras, como las de manantial y las de lluvia, con tal de que estén filtradas y hayan reposado durante bastante tiempo. Estos vinos son muy utilizados en Atenas y Sición, [C] pues en dichas ciudades las aguas son duras. En cambio, a los vinos que no han sido mezclados con agua de mar y a los que producen mayor astringencia, e incluso al de Quíos y al de Lesbos, les van bien las aguas muy neutras.

¡Oh lengua, silenciosa este largo tiempo!

¿Cómo soportarás que este acto pase en secreto?

Realmente nada más penoso que la necesidad,

por la que vas a sacar a la luz el secreto de tus señores.

dice Sófocles [*TrGF* IV, fr. 757].

Yo seré dueño de mí mismo, de Yolao, y de Alcides²⁶³.

Vinos de Egipto

El vino mareota de Alejandría recibe [D] su nombre del lago de Marea, en Alejandría, y de la vecina ciudad homónima, que antiguamente era muy grande, pero que en la actualidad abarca la extensión de una aldea; ésta obtuvo su nombre de Marón, uno de los que hicieron las campañas militares con Dioniso. En esta tierra es abundante la vid, cuya uva es muy sabrosa de comer, y el vino que produce, excelente. En efecto, es blanco y agradable, fragante, de fácil digestión, ligero, no se sube a la cabeza, [E] diurético. Pero es superior a él el llamado «vino de la franja»; en las cercanías de estos mismos lugares hay una franja de terreno alargada, y los vinos que se producen en ella son ligeramente verdosos, mostrando dentro de sí una especie de untuosidad que se disuelve poco a poco por la mezcla de agua, como la miel del Ática cuando se diluye. Este vino de la franja, además de ser sabroso, tiene también un tanto de aromático, ligeramente astringente. A orillas del [F] Nilo la vid es tan abundante como grande es el río, y son muchas las variedades de vinos, de acuerdo con su color y su sabor; pero los supera el vino de Antila, ciudad que no está lejos de Alejandría, cuyos impuestos otorgaban los reyes egipcios y persas de otros tiempos a sus esposas para ceñidores. El vino de la Tebaida, y sobre todo el de la ciudad de Copto, es tan suave, tan fácil de asimilar y tan digestivo, que incluso si se les da a los enfermos con fiebre no les hace daño.

Te elogias a ti misma como Astidamante, mujer.

[Filemón, *PCG* VIII, fr. 160]²⁶⁴

[34A] Astidamante era un poeta trágico.

Teopompo de Quíos²⁶⁵ cuenta que la vid se descubrió en Olimpia, a orillas del Alfeo; también que hay un lugar de la Élide, a ocho estadios de distancia de dicha ciudad, en el que durante las Dionisias los lugareños cierran tres calderas de bronce vacías, y las sellan en presencia de los peregrinos, y más tarde, cuando las abren, las encuentran llenas de vino. En cambio, Helánico²⁶⁶ dice que fue en la ciudad de Plintine, [B] en Egipto, donde se descubrió por vez primera la vid. Por eso también, según Dión el académico, los egipcios se hicieron

amantes del vino y la bebida; y en su tierra se inventó un sucedáneo, de suerte que, quienes por su pobreza no pueden permitirse el vino, beben el que procede de la cebada²⁶⁷. Y se ponen tan alegres quienes lo toman, que cantan y bailan y actúan en todo como los borrachos de vino. Aristóteles²⁶⁸ afirma que los que se emborrachan con vino caen de frente, mientras que los que han bebido cerveza dejan caer la cabeza hacia atrás, pues el vino pone pesada la cabeza, mientras que la cerveza adormece.

Cualidades de la berza contra la resaca

Que los egipcios son amantes del vino [C] lo prueba igualmente el hecho de que son los únicos entre quienes es norma hasta la actualidad servir en los banquetes berza hervida antes que ningún otro alimento²⁶⁹. Y muchos añaden a los preparados para combatir la embriaguez la semilla de la berza. Además, en los lugares donde crecen berzas en los viñedos, el vino resulta más débil. También por eso los sibaritas, según dice Timeo²⁷⁰, comían berzas antes de beber. Alexis [*PCG* II, fr. 287]:

Ayer bebiste más de la cuenta, así que hoy tienes resaca.

*Echa un sueñecito, que pasará; más tarde, que alguien te dé [D]
berza hervida.*

Eubulo dice en alguna parte [*PCG* V, fr. 124]:

Mujer,

*tomándome por una berza, intentas pasarme
a mí toda tu resaca, creo yo.*

Que los antiguos llamaban a la berza *rháphanos*²⁷¹ lo atestigua Apolodoro de Caristo [*PCG* II, fr. 32]:

*Como si porque nosotros lo llamemos «rháphanos», y vosotros los extranjeros,
berza, les pareciera diferente a las mujeres.*

Anaxándrides [*PCG* II, fr. 59]:

*Si en este momento os dais un baño,
[E] y engullís berza en cantidad, cesará
la pesadez y se disipará la nube que ahora hay
sobre vuestra frente.*

Nicócares [*PCG* VII, fr. 18]:

*Mañana *** en lugar de berzas herviremos
una tisana de bellotas, para que se nos lleve a los dos la resaca.*

Anfis [*PCG* II, fr. 37]:

*No hay, según parece, ningún remedio de la borrachera
tan eficaz como que te venga encima de repente
algún dolor. En efecto, la disipa tan bien
que las berzas parecen sencillamente una tontería.*

Sobre este efecto que produce la berza diserta también Teofrasto^{[272](#)}, quien afirma que incluso cuando está viva la vid rehúye el olor de la berza.

¹ En griego *deipnosophistai*, que es propiamente el título de la obra; sobre su traducción al castellano, cf. nota 24 de la «Introducción».

² Arquíloco de Paros (s. VII a. C.), elegíaco y yambógrafo arcaico, considerado el fundador del género yámbico.

³ Los cínicos eran los representantes de una de las denominadas escuelas socráticas menores, que alcanzó gran vigor durante el período helenístico. Defendían que el fin de la vida humana es la virtud, que se consigue a través del ejercicio físico y de la eliminación progresiva de todas y cada una de las necesidades corporales y anímicas; sólo así se alcanza la felicidad. Se considera que su fundador fue Diógenes de Sínope, apodado el «Perro», *kýōn*, y de ahí el nombre de la secta.

⁴ Un nombre muy apropiado para un «seguidor del Perro» (v. nota anterior); el juego de palabras explica también las citas y alusiones posteriores.

⁵ Según la versión más extendida, Acteón fue devorado por los perros de su jauría como castigo de Ártemis, a la que había visto bañarse desnuda.

⁶ El texto entre paréntesis angulares, lo mismo que los que siguen, no se encuentra en el *Epítome*, pero sí en una cita de la *Suda*.

⁷ El término *hōra* se empleaba en griego para cualquier período natural de tiempo, no sólo para aludir a las divisiones del día.

⁸ Este adjetivo se encuentra normalmente aplicado a mujeres.

⁹ Término que alude al jabalí.

¹⁰ Continuadores de las enseñanzas de Platón en la escuela fundada por éste en los jardines de Academo.

¹¹ Ateneo se inspira sobre todo en el *Banquete*, pero las frases iniciales son una parodia del comienzo del *Fedón*.

¹² Hablan Timócrates y Ateneo.

¹³ El sentido de la cita es que la tercera vez que se hace algo es la mejor. Al contarle a Timócrates lo ocurrido, es como si Ateneo participara en el banquete por tercera vez, puesto que se supone que, aparte de estar presente en él, ya les ha hecho una narración del mismo a algunos de sus amigos.

¹⁴ No se trata de Calímaco, como podría pensarse, sino de su compatriota ERATÓSTENES (*Coll. Alex.*, fr. 30), tercer director de la biblioteca de Alejandría y gran polígrafo, que vivió en el s. III a. C. De su extensa obra sólo quedan escasos restos.

¹⁵ Marco Aurelio, emperador entre los años 161-180 d. C.

¹⁶ El latín y el griego. El sobrenombre le viene de que Asteropeo, héroe troyano hijo de Pelagón, era ambidextro, según se dice en *Il.* XXI 160.

¹⁷ Numa Pompilio, segundo rey de Roma, y creador de la mayoría de los ritos e instituciones religiosas de la ciudad, según la tradición.

¹⁸ Según ESTRABÓN (XIII 1, 54), PLUTARCO (*Sila* 26) y DIÓGENES LAERCIO (V 52), Teofrasto, que sucedió a Aristóteles al frente de la Academia,

legó a Neleo de Escepsis los manuscritos de Aristóteles, que más tarde fueron encontrados en una cueva por Apelición de Teos.

¹⁹ No sabemos si se trata de Apolodoro de Caristo o bien de Apolodoro de Gela, ambos pertenecientes a la comedia nueva.

²⁰ La frase es un eco de HOMERO, *Il.* VII 475 y IX 70-71.

²¹ Ocurrida en el verano del 394 a. C.

²² Es decir, compuesta por cien cabezas de vacuno, que es lo que significa literalmente la palabra; sin embargo, el término se aplicaba con frecuencia a sacrificios de mucha menor cuantía. Los huesos, grasa y piel de las víctimas se quemaban en honor de los dioses, pero la carne era consumida por los asistentes al sacrificio.

²³ Fue en el año 420 a. C.

²⁴ Cf. *PMG*, pág. 391, frs. 755-756.

²⁵ Cf. *PMG*, pág. 247, fr. 515.

²⁶ Cf. ESPEUSIPO DE ATENAS, T 47 TARÁN.

²⁷ Tratados en torno a las normas que debían seguirse durante las comidas en común, y que debían ser puestas en práctica por un «rey» o presidente de mesa. En cuanto a los autores mencionados, Espeusipo sucedió a su tío Platón al frente de la Academia, siendo sucedido, a su vez, por Jenócrates.

²⁸ Tal vez estemos ante un error textual, y no haya que leer aquí Telias, sino Gelias, como en DIODORO SÍCULO, XIII 83, 1 y 2 y VALERIO MÁXIMO, IV 8 (que cita a Pompeyo Trogo). De todos modos, Telias es un nombre siciliano que se testimonia por ejemplo en TUCÍDIDES, VI 103 y en alguna inscripción (cf. *IG* IX 1, 2 nr. 360).

²⁹ Cf. ATENEO, VI 242 E. La glosa también puede interpretarse de este modo: «el caza-cenas», dice el sofista.

³⁰ CLEARCO DE SOLOS, *DSA* III, fr. 90.

³¹ Se trata de una concha de gran tamaño, posiblemente la caracola (*Triton nodiferum* Link), o bien la concha rugosa (*Ranella gigantea* Lam.), usada a modo de trompeta, y que en griego recibía el nombre de *kêryx*, que también significa «heraldo».

³² La cita completa es «prudente, prudente tú; sin embargo, debes morir».

³³ A. BERNABÉ, «Cyclica (I)», *Emérita* 50 (1982), 81-92, propone que esta frase, que es el comienzo de un hexámetro, procede de los *Cantos Ciprios*, y de hecho la recoge como fragmento 16 de los mismos en su edición. Más tarde se convirtió en proverbio, y así la encontramos, además de aquí, en FILODEMO, (*Sobre la piedad*, pág. 150 GOMPERZ) y en DIÓGENES LAERCIO, II 117 (que se la atribuye a Bión). Según Bernabé, el sentido originario de la frase, interpretado luego por los propios antiguos como en nuestra traducción, era «no disiparás de mí la pesadumbre».

³⁴ Se trata de una cita ligeramente alterada de Eurípides, *Fenicias* 1485.

³⁵ El autor emplea la palabra *strōmatódesmos*, «saco para llevar ropa de cama», dando al primer elemento del compuesto ya no el sentido originario de «colcha», «tapiz», sino el de «escrito de contenido variado», «miscelánea».

³⁶ El nombre de Parabriconte es un compuesto jocoso, forjado sobre «parásito», y significa algo así como «el que devora en casa de otro».

³⁷ Sobre este molusco, véase lo dicho en ATENEO, III 92 F-93 A (nota).

³⁸ CLEARCO DE SOLOS, *DSA* III, fr. 89.

³⁹ Se trata de dos trímetros yámbicos en el original.

⁴⁰ Parece que la glosa podría referirse a la situación social y laboral de los sabios presentes en el banquete.

⁴¹ Los sabios aducidos como fuente del título del poema son el filósofo estoico Crisipo de Solos, el gramático y comediógrafo Linceo de Samos (ambos del s. III a. C.), el poeta y filólogo alejandrino Calímaco de Cirene, y el filósofo peripatético Clearco de Solos (los dos de entre los ss. IV-III a. C.).

⁴² No parece que se refiera a los comensales del *Banquete*, cuyo número no puede establecerse; se ha apuntado que tal vez se aluda a los participantes en las comidas en común de que se habla en *Leyes* 762 c.

⁴³ Se trata de Artemidoro de Tarso, un gramático del s. I a. C., autor de un tratado *Sobre la lengua doria*, al que Ateneo se refiere en otras ocasiones como discípulo de Aristófanes de Bizancio (cf. IX 387 D; XI 485 E; XIV 662 D).

⁴⁴ Se ignora a qué pez corresponde el nombre griego *aiolías*, pero el término parece hacer referencia a un colorido abigarrado.

⁴⁵ No se olvide que los antiguos comían básicamente con la mano.

⁴⁶ Hay aquí un juego de palabras: los Dáctilos (o «Dedos») del Ida eran unos seres mitológicos que destacaban en la forja de los metales, y, por tanto, estaban acostumbrados al fuego.

⁴⁷ CLEARCO DE SOLOS, *DSA* III, fr. 57.

⁴⁸ Texto suplido a partir de la *Suda*.

⁴⁹ El garo era un condimento enormemente apreciado por los antiguos, hecho a base de pescado macerado con sal y otros ingredientes.

⁵⁰ La Aurora obtuvo de los dioses el don de la inmortalidad para su amante Titono, pero olvidó solicitar también para él la eterna juventud, por lo que, con el paso del tiempo, Titono fue envejeciendo cada vez más sin morir, hasta que hubo que meterlo en una cesta de mimbre; finalmente se transformó en cigarra.

⁵¹ CLEARCO DE SOLOS, *DSA* III, fr. 54.

⁵² La piel del pez llamado lija o pez-ángel, *Squalus squatina* L., se utilizaba para alisar y pulir diversos materiales.

⁵³ FENIAS DE ÉRESO, *DSA* IX, fr. 13.

⁵⁴ Cf. FILÓXENO DE CITERA, *PMG*, fr. 816.

⁵⁵ Se refiere al tirano Dionisio I de Siracusa (ca. 430-367 a. C.).

⁵⁶ Galatea era una divinidad marina, hija de Nereo, que fue amada por el cíclope siciliano Polifemo. El mismo nombre tenía una amante del tirano Dionisio, como se verá a continuación.

⁵⁷ Las canteras servían a menudo como prisión en Siracusa y otros lugares, y en ellas los reos realizaban trabajos forzados.

⁵⁸ M. Gavio Apicio, autor de un famoso tratado culinario.

⁵⁹ Se trata de la filosofía del hedonista Aristipo.

⁶⁰ El Pericles aludido no es, naturalmente, el famoso estadista ateniense, sino un personaje homónimo del s. VII a. C.

⁶¹ Habitantes de la isla de Miconos, en las Cicladas.

⁶² Frase copiada aisladamente por el autor del epítome.

⁶³ La sombra del reloj de sol es mínima al mediodía y máxima al amanecer y al anochecer. Como se entendía que la invitación en cuestión era por la tarde, había que medir la sombra del reloj a partir del mediodía, y no antes; en su ansia por acudir al festín, sin embargo, Filócrates la empieza a medir en el momento de amanecer, y se presenta a cenar por la mañana temprano.

⁶⁴ Se trata de Crisipo de Solos.

⁶⁵ «Horador de muros» es el término empleado para designar a los ladrones, que solían entrar en las casas mediante un agujero que practicaban en la pared.

⁶⁶ El texto entre paréntesis angulares, al igual que los que aparecen más adelante, falta en los manuscritos de Ateneo, pero se encuentra en la *Suda*.

⁶⁷ Se trata de una salsa lidia a la que los griegos daban distintos nombres, como *kándylos* y *kándaulos*, variantes que seguramente obedecen a diversos intentos de reproducir la pronunciación lidia de la palabra. Existían tres variedades, según dice ATENEO en XII 516 C-D, donde reproduce una de las recetas.

⁶⁸ Se refiere al duelo entre Áyax y Héctor relatado en *Il.* VII 206 ss.

⁶⁹ En *Od.* III 33 e *Il.* IX 215, respectivamente.

⁷⁰ Megapentes y Hermíone; las bodas tienen lugar en el canto cuarto de la *Odisea*.

⁷¹ Hay aquí una confusión entre dos pasajes del canto III de la *Odisea*: el verso citado (*Od.* III 421) no corresponde al episodio del sacrificio a Poseidón, que tiene lugar hacia el comienzo de dicho canto, sino al sacrificio en honor a Atenea que se produce más adelante.

⁷² Se trata, claro está, de los pretendientes de Penélope, la esposa de Odiseo, que, creyendo muerto a éste, consumían su hacienda mientras esperaban a que Penélope eligiera a uno de ellos como nuevo marido.

⁷³ Cf. ATENEO, IV 132 F.

⁷⁴ CRISIPO DE SOLOS, *SVF* III, App. II, XXVIII, fr. 9. El título de la obra sólo se transmite en el texto de la *Suda*.

⁷⁵ *FGrH* 328, fr. 169.

⁷⁶ Frase típica que se lee, entre otros pasajes, en *Il.* I 469 y *Od.* I 150.

⁷⁷ Cf. *Od.* IV 626.

⁷⁸ Cf. *Il.* XI 639.

⁷⁹ *Il.* XI 630.

⁸⁰ *Il.* VI 265.

⁸¹ *Il.* VI 258.

⁸² El vino no solía tomarse puro, sino mezclado con agua en proporciones diversas.

⁸³ No sabemos de qué obra toma Ateneo esta cita.

⁸⁴ Fue Odiseo quien mató a Polifemo, cf. *Od.* IX 360 ss.

⁸⁵ Cf. *Od.* XXI 295.

⁸⁶ *Od.* X 277 ss.

⁸⁷ Cf. *Od.* X 552.

⁸⁸ Cf. *Od.* III 139.

⁸⁹ *Il.* XX 84.

⁹⁰ La aclaración está motivada por el hecho de que en la versión más común del texto de Homero no figura el segundo de los versos citados.

⁹¹ Aclaración del epitomizador. Se refiere a Mirtilo, uno de los personajes del banquete.

⁹² Cf. EURÍPIDES, *Fenicias* 1407; *Suda*, Θ 182.

⁹³ Con posterioridad a Homero, esta palabra pasa a designar el almuerzo, mientras que el desayuno recibe un nuevo nombre, *akrátisma* o *akratismós*, como explica Ateneo.

⁹⁴ En los manuscritos de Ateneo faltan aquí las palabras «con la aurora», que están en los versos homéricos.

⁹⁵ Antífanos emplea para designar el almuerzo la palabra *áriston*, la misma que en Homero designa el desayuno, y para «desayunar» emplea el verbo *synakratízomai*.

⁹⁶ Cántaro emplea para «desayunar» el verbo *kratízomai* y para «almorzar» *aristáō*.

⁹⁷ Gramático de fecha incierta.

⁹⁸ En tiempos posteriores, *deîpnon* designa a la cena o comida principal, como frecuentemente vemos en Ateneo.

⁹⁹ Las tres comidas citadas aquí, que traducimos de acuerdo con su orden, son *áriston*, *deîpnon* y *dórpon*. La rica y un tanto confusa complejidad de los nombres de las comidas que nos ofrece Ateneo responde seguramente a variaciones diacrónicas y dialectales.

¹⁰⁰ La equivalencia entre la terminología homérica y la de tiempos de Ateneo es, pues: *áriston* = *akrátisma/akratismón* (desayuno); *deîpnon* = *áriston* (almuerzo) y *dórpon* = *deîpnon* (cena).

¹⁰¹ Y no recostados en lechos, como en la Grecia posterior.

¹⁰² *Od.* I 138.

¹⁰³ Que se oculta bajo el disfraz de Mentos.

¹⁰⁴ *Od.* IV 60.

¹⁰⁵ Zenódoto de Éfeso (primera mitad del s. III a. C.), bibliotecario de Alejandría, fue el primer editor y comentarista de las obras de Homero.

¹⁰⁶ Ateneo emplea aquí para «copas» la palabra *áleisa*, sin duda por relacionarla etimológicamente con el adjetivo *ísos*, «igual». Pese a la semejanza fónica, ambos términos no están, en realidad, emparentados.

¹⁰⁷ El verso corresponde a *Il.* I 4; en las ediciones actuales de Homero se lee *pási*, «para todas (las aves)», en vez de *daíta*, «festín».

¹⁰⁸ Contrariamente a lo que se dice en ATENEO, I 9 D.

¹⁰⁹ Otro nombre de Sicilia.

¹¹⁰ Cf. *Od.* XII 251.

¹¹¹ Este tratado es el único que se conserva completo de todos los citados. Respecto a los demás, cf. CÉCALO DE ARGOS, *Suppl. Hell.*, fr. 237, NUMENIO DE HERACLEA, *Suppl. Hell.*, fr. 568, PANCRATES DE ARCADIA, *Suppl. Hell.*, fr. 601, y POSIDONIO DE CORINTO, *Suppl. Hell.*, fr. 709.

¹¹² Nombre que se añade a la lista en la *Suda*.

¹¹³ Cf. *Il.* XVI 747.

¹¹⁴ El nombre no está en el epítome, pero sí en la *Suda*.

¹¹⁵ En griego podrían suscitarse dudas sobre si el «todos» es un pronombre, como parece, o bien un adjetivo que concuerda con «copas».

¹¹⁶ Es decir, Diomedes.

¹¹⁷ *Il.* XII 310.

¹¹⁸ *Od.* VIII 475.

¹¹⁹ Cf. *Od.* III 267 s.

¹²⁰ *Od.* VIII 266 ss.

¹²¹ *Od.* I 326 ss.

¹²² La patria de los feacios, llamada por Homero Esqueria, era identificada por algunos, de acuerdo con una tradición antigua, con la isla de Cercira, como puede verse por ejemplo en DIODORO SÍCULO, IV 72, 3, ESTEBAN DE BIZANCIO, s.v. *Phaíax*, o en los Escolios a HOMERO, *Odisea* V, 34.

¹²³ DICEARCO DE MESENE, *DSA* I, fr. 64.

¹²⁴ HÍPASO DE LACEDEMONIA, *FGrH* 589, fr. 1.

¹²⁵ La palabra griega *phoúlliklon* deriva del latín *fulliculus*, que en esta lengua es masculina, aunque en griego es neutra.

¹²⁶ *FGrH* 275, fr. 80.

¹²⁷ Se refiere al rey de Macedonia Antígono I el Tuerto (ca. 382-301 a. C.).

¹²⁸ *Od.* VIII 262.

¹²⁹ Posiblemente se refiere a Jenodemo de Citera, autor del que se conserva un hiporquema. Véase lo que se dice sobre este género en ATENEO, XIV 628 D-E.

¹³⁰ Hay aquí un error; la danza en cuestión tiene lugar durante un banquete dado por Corilas el paflagonio. El festín en el palacio de Seutes se describe en el libro VII de la *Anábasis*.

¹³¹ Canto guerrero en honor al rey Sitalcas o Sitalces de Tracia, cuyo nombre es así mismo uno de los sobrenombres de Apolo.

¹³² *Il.* XVIII 495.

¹³³ *Od.* III 341. Las lenguas aludidas son las de los animales sacrificados.

¹³⁴ POLIBIO, XXXIV 9, 14.

¹³⁵ Es decir, de cerveza.

¹³⁶ *Od.* V 59 ss.

¹³⁷ Hay una laguna en el texto.

¹³⁸ El epitomador prescinde de repetir la forma canónica del texto, correspondiente a *Od.* IX 5-7. La enmienda de Eratóstenes afecta al segundo verso, que en la edición canónica dice «en todo el pueblo», en lugar de «estando ausente la maldad».

¹³⁹ Los manuscritos ofrecen una *varia lectio* de este nombre, Teodoro.

¹⁴⁰ Cf. *Od.* XXI 150 ss.

¹⁴¹ Cf. *Od.* III 351.

¹⁴² Al héroe Palamedes se le atribuían numerosos inventos, como por ejemplo algunas letras del alfabeto, los números, juegos como las damas, los dados y las tabas, el cálculo de la duración de los meses a partir del curso de los astros, e incluso el uso de la moneda.

¹⁴³ Cf. *Il.* II 404 ss.; VII 313 ss.

¹⁴⁴ Cf. *Od.* XX 299.

¹⁴⁵ DURIS DE SAMOS, *FGrH* 76, fr. 49.

¹⁴⁶ HEGESANDRO DE DELFOS, *FHG* IV, fr. 33, pág. 419.

¹⁴⁷ Casandro fue rey de Macedonia después del 301 a. C., sucediendo a su padre, Antípatro.

¹⁴⁸ Cf. ARISTÓTELES, *Política* 1324b 17.

¹⁴⁹ CRISIPO DE SOLOS, *SVF* III, fr. 708.

¹⁵⁰ *Il.* IX 202 ss.

¹⁵¹ Cf. *Od.* XV 141. Se trata de las bodas del hijo y la hija de Menelao.

¹⁵² *Historia de las plantas* IX 18, 9.

¹⁵³ *FGrH* 81, fr. 35b.

¹⁵⁴ Cf. *Od.* XVIII 192 ss.

¹⁵⁵ HERÓD., I 94.

¹⁵⁶ PÍNDARO, fr. 78 SNELL-MAEHLER. El «alalá» es un grito guerrero.

¹⁵⁷ Hestiea era el nombre antiguo de una ciudad de la costa norte de Eubea, que posteriormente pasó a denominarse Óreo, aunque algunos continuaron empleando el nombre antiguo de la ciudad, como puede verse en PAUSANIAS, VII 26, 4 y ESTRABÓN, X 1, 3.

¹⁵⁸ La destrucción de Tebas por el ejército de Alejandro ocurrió en el 336 a. C.

¹⁵⁹ Fr. 25 PRELLER.

¹⁶⁰ *FHG* IV, fr. 13, pág. 416.

¹⁶¹ Se refiere al rey Antíoco II Teos de Siria (286-246 a. C.); su padre, mencionado a continuación, fue el rey Antíoco I Soter (324-261 a. C.).

¹⁶² Es posible que se tratara del ventrílocuo al que se hace referencia en ARISTÓFANES, *Avispas* 1019 y PLATÓN, *Sofista* 252c.

¹⁶³ DURIS DE SAMOS, *FGrH* 76, fr. 57.

¹⁶⁴ ARISTÓXENO DE TARENTO, *DSA* II, fr. 135.

¹⁶⁵ *FGrH* 325 fr. 9.

¹⁶⁶ Se refiere a Alejandro Magno.

¹⁶⁷ Cf. JENOFONTE, *Banquete* I 2.

¹⁶⁸ El epitomador cambia nuevamente de estilo en su resumen, volviendo a las breves pinceladas que recogen lo más significativo de lo dicho en el banquete, combinadas con paráfrasis.

¹⁶⁹ Frase que GALENO (18, 1, pág. 347 KÜHN) atribuye a Polemón de Laodicea.

¹⁷⁰ Cita de un cómico anónimo, *PCG* VIII, fr. 100.

¹⁷¹ El personaje en cuestión, cuyo verdadero nombre era Agripa, era, según la *Historia Augusta* (*Vero* VIII 10) un esclavo del emperador Vero, luego manumitido, que fue asesinado por Cómodo en el año 189 o 190 (cf. *Historia Augusta*, *Cómodo* VII 2).

¹⁷² Únicamente a través de los gestos de su danza.

¹⁷³ SELEUCO DE ALEJANDRÍA, *FGrH* 341, fr. 5.

¹⁷⁴ ARISTONICO DE ALEJANDRÍA, *FGrH* 633, fr. 1.

¹⁷⁵ Se trata de una especie de pantomima musical. Cf. lo dicho al respecto en ATENEO, I 15 D-E.

¹⁷⁶ JENOF., *Banquete* II 16.

¹⁷⁷ *DSA*, *Suppl.* I, fr. 51.

¹⁷⁸ El Perípato o «Paseo» era otro nombre del Liceo o escuela de Aristóteles, así llamada porque el filósofo solía desarrollar sus enseñanzas mientras paseaba con sus discípulos.

¹⁷⁹ Se refiere al gesto de sujetar un pliegue del manto con la mano diestra, llevándolo primero hacia fuera y a la derecha, y pasándolo a continuación sobre el hombro izquierdo.

¹⁸⁰ *DSA, Suppl. I*, fr. 78.

¹⁸¹ Aristófanes de Bizancio, un gramático de los siglos III-II a. C.

¹⁸² Se refiere al gramático Aristarco de Samotracia (ss. III-II a. C.), que fue el sexto director de la Biblioteca de Alejandría, y el más grande de los críticos homéricos de la antigüedad. Ateneo cita sus comentarios varias veces.

¹⁸³ Unos y otros son sacerdotes que participan en los misterios de Eleusis.

¹⁸⁴ Fr. 52 GIORDANO.

¹⁸⁵ Se refiere al rescate del cadáver de Héctor, muerto por Aquiles, y que éste se negaba a devolver.

¹⁸⁶ *FHG IV*, fr. 3, pág. 476.

¹⁸⁷ Fr. 51 GIORDANO.

¹⁸⁸ ARISTÓXENO DE TARENTO, *DSA II*, fr. 112.

¹⁸⁹ Sobre este instrumento musical, véase ATENEO, V 180 D (nota).

¹⁹⁰ TEOFRASTO DE ÉRESO, fr. 92 WIMMER.

¹⁹¹ Los lexicógrafos antiguos, en cambio, glosan el verbo como «estar perturbado» u «obrar mal», cf. EPICARMO, fr. 284 R-N (*CGF* 206).

¹⁹² CRATINO, *PCG IV*, fr. 425; CALIAS, *PCG IV*, fr. 30.

¹⁹³ CTESIAS DE CNIDO, *FGrH* 688, fr. 31. El Artajerjes aludido es el segundo rey persa de este nombre (404-358 a. C.).

¹⁹⁴ Se refiere al famoso Museo de Alejandría.

¹⁹⁵ Alude al instrumento empleado para escribir.

¹⁹⁶ Es decir, bebe vino para calmar el calor.

¹⁹⁷ Fr. 42 BERTIER.

¹⁹⁸ Estos versos son una parodia de SÓF., *Antígona* 712-714.

¹⁹⁹ Los editores hacen diversas propuestas para completar la laguna, por ejemplo «no he bebido con mesura» (KAIBEL) o «no he bebido tanto» (DESROUSSEAU).

²⁰⁰ No existe tal Zeus de Mende; se trata de un lapsus del borracho, que piensa en el famoso vino de dicho lugar.

²⁰¹ En el original se alude al verbo *anákeimai*, que se emplea habitualmente con el significado de «estar consagrado, dedicado o expuesto», referido a estatuas, ofrendas, etc. Con todo, y pese a la afirmación purista del texto, dicho verbo se utilizaba también con el sentido de «estar recostado o echado», dicho de personas. En nuestra traducción hemos procurado buscar un término que se aplica normalmente a estatuas, a fin de mantener la supuesta incorrección.

²⁰² SELEUCO DE ALEJANDRÍA, *Exégesis homérica*, pág. 43 MÜLLER.

²⁰³ *Il. VII* 475 y *passim*.

²⁰⁴ *FHG IV*, fr. 14, pág. 359.

²⁰⁵ ARISTÓTELES, fr. 236 ROSE.

²⁰⁶ Cf. PLATÓN, *Fedro* 230d.

²⁰⁷ *Il.* XXIII 852 ss.

²⁰⁸ *Od.* XX 299 ss.

²⁰⁹ *PCG* II, fr. 284.

²¹⁰ *Od.* IX 197.

²¹¹ *Il.* VI 135.

²¹² *Il.* IV 259, etc.

²¹³ *FGrH* 115, fr. 276.

²¹⁴ Este vino es mencionado por PLINIO, XIV 6, 8, y procede de algún lugar de Campania, pero se ignora de dónde toma su nombre.

²¹⁵ Recogemos aquí una enmienda de DESROUSSEAUX que tiene su base en unas letras sueltas que aparecen en los manuscritos, y KAIBEL no indica en su aparato crítico.

²¹⁶ El nombre de *érboulos* que da Ateneo a este vino podría derivar de Hervilo (*Hervillum*), un pueblo de la Umbría; pero es más probable que se trate de un vino hecho de uvas *helvolae*, así llamadas por su color acaramelado, que se mencionan, por ejemplo, en PLINIO, XIV 2, 4 y COLUMELA, III 2, 23.

²¹⁷ *FGrH* 125, fr. 17.

²¹⁸ No existen otras noticias de esta divinidad menor de los indios, cuyo nombre sánscrito pudo ser *Surā-dā-, «dador de vino», cf. M. MAYRHOFER, *Kurzgefaßtes etymologisches Wörterbuch des Altindischen*, vol. III, Heidelberg, 1976, s.v. *sūrā*.

²¹⁹ Sitalces era un rey de Tracia, aliado de los atenienses durante la guerra del Peloponeso.

²²⁰ Rey de Macedonia que engañó alternativamente a espartanos y atenienses.

²²¹ El poeta juega con el doble sentido de la palabra *mêlon*, «manzana» y «oveja», e imita una expresión homérica donde el término tiene este último significado, mientras que aquí el contexto hace pensar más bien en el primero.

²²² El cótabo era un popular juego de habilidad practicado sobre todo en los banquetes. Consistía en arrojar contra un recipiente, llamado igualmente cótabo, los posos de la copa de vino, invocando el nombre de la persona amada; según dónde cayese el líquido se interpretaba como un buen o mal presagio amoroso. Con el tiempo se desarrollaron diversas variantes del juego.

²²³ Véase ATENEO, I 26 B-C.

²²⁴ En realidad parece que la cita corresponde a la obra *Glauco* de EUBULO (*PCG* V, fr. 18), según sabemos por PÓLUX, VI 67. La confusión se debe seguramente a que Antífanos escribió una obra con el mismo título.

²²⁵ La palabra griega *thýmon* no hace referencia a nuestro tomillo común (*Thymus vulgaris* L.), como suele traducirse, que no era propio de Grecia, sino a una variedad de ajedrea, la *Satureia thymbra* L.

²²⁶ Fr. 242 EDELSTEIN-KIDD.

²²⁷ *FGrH* 86, fr. 18.

²²⁸ De acuerdo con el relato de la *Odisea*, Marón era un sacerdote tracio de Apolo que regaló a Odiseo un vino excelente, mediante el cual el héroe logró embriagar al cíclope Polifemo.

²²⁹ Para los VV. 1-2 sigo el texto propuesto tentativamente por KAIBEL, aceptado por los editores de Alexis.

²³⁰ El vino psitio recibe su nombre de la uva empleada en su elaboración, y no de su lugar de procedencia.

²³¹ El congio es una medida de capacidad que equivale a unos tres litros y cuarto.

²³² El título de la obra es literalmente «Las que celebran las tesmoforias», pero preferimos emplear la traducción más difundida en castellano.

²³³ Cf. ATENEO, II 57 E.

²³⁴ Cf. ATENEO, XIV 642 E.

²³⁵ Es decir, la mezcla de tres partes de agua por una de vino. Pero se aprecia el doble sentido obsceno del pasaje.

²³⁶ *DSA* IX, fr. 40.

²³⁷ O «Escepsis la vieja», para distinguirla de la ciudad nueva, construida a poca distancia por sus mismos habitantes.

²³⁸ En griego, respectivamente, *pródromos*, *prótopos* y *pródropos*. Todas estas denominaciones hacen referencia al hecho de que el vino en cuestión se elabora con el mosto que destilan las uvas sin ser pisadas, lo que en castellano se conoce como «vino de lágrima».

²³⁹ EPÁRQUIDES DE ÍCAROS, *FGrH* 437, fr. 1.

²⁴⁰ ARISTÓF., *PCG* III 2, fr. 688.

²⁴¹ SEMO DE DELOS, *FGrH* 396, fr. 6.

²⁴² Es decir, «abundante en peces».

²⁴³ Esto es, el *phýkēs*, un pececito parecido al gobio, y el molusco denominado en griego *lopás*, la lapa. Respecto a los nombres anteriores, hay que indicar que erizo se dice en griego *echînos* y liebre *lagôs*.

²⁴⁴ EPÁRQUIDES DE ÍCAROS, *FGrH* 437, fr. 1.

²⁴⁵ DÍDIMO CALCENTÉREO, *Sobre la palabra corrupta*, fr. 47 SCHMIDT.

²⁴⁶ Se relaciona el nombre de Acanto con la palabra *ákantha*, que significa «espina».

²⁴⁷ ARQUÍLOCO DE PAROS, *IEG* I, fr. 290.

²⁴⁸ Fr. 216 R-N (*CGF* 174).

²⁴⁹ *FGrH* 378, fr. 3.

²⁵⁰ *FGrH* 554, fr. 4.

²⁵¹ POL., XXXIV 11, 1.

²⁵² El término está formado a partir de *anadendrás*, nombre que se da a las parras que crecen apoyándose en árboles.

²⁵³ PCG VII, fr. 1.

²⁵⁴ PCG VII, fr. 274.

²⁵⁵ PCG VII, fr. 4.

²⁵⁶ TEOFR., *Historia de las plantas* IX 18, 10.

²⁵⁷ Edificio público donde celebraban las audiencias los tribunales, y que además servía de alberge para ciertos funcionarios, así como para los visitantes ilustres.

²⁵⁸ ESTRATIS EL CÓMICO, *Lemnómeda*, PCG VII fr. 23 (cf. ATENEO, XI 473 C). Concretamente se llamaba «Hermes» al último trago, que a veces iba acompañado de una libación en honor a dicha divinidad, como se dice en ATENEO, I 16 B.

²⁵⁹ Se trata de un escritor sobre temas relacionados con la agricultura, al que también citan Varrón, Columela y Plinio, pero se ignora a qué siglo perteneció.

²⁶⁰ DIOCLES DE CARISTO, fr. 130 WELLMANN. PRAXÁGORAS DE COS, fr. 39 STECKERL.

²⁶¹ Procedente de la región de Ariusia, en la punta noroeste de la isla.

²⁶² Nombre que procede, según Galeno, de la localidad productora de dicho vino, de la que no se conoce otra mención, y que se denominaría Aba o Abas.

²⁶³ Esta frase, omitida en el manuscrito E, se lee en C al margen, y no se sabe dónde iba situada realmente. Además, su sentido no está claro.

²⁶⁴ Cita suelta que ha llamado la atención del epitomador.

²⁶⁵ FGrH 115, fr. 277.

²⁶⁶ FGrH 4, fr. 175.

²⁶⁷ Es decir, la cerveza.

²⁶⁸ Pág. 13, fr. 7 ROSS.

²⁶⁹ En la Antigüedad era creencia extendida que la berza preservaba de la embriaguez.

²⁷⁰ TIMEO DE TAUROMENIO, FGrH 566, fr. 47.

²⁷¹ Palabra que normalmente se refiere al «rábano», que pertenece a la misma familia que la berza (*cruciferae*).

²⁷² TEOFR., *Historia de las plantas*, IV 16, 16.

LIBRO II (EPÍTOME)¹

Frases sueltas

La mayor parte del día se la añade al [35A] sueño. Los relatos que referiste no me permitían, por su variedad, dedicar tiempo libre al sueño. Disparar no lejos del blanco.

Del nombre del vino

Nicandro de Colofón² afirma que el nombre del vino (*oînos*)³, procede de Eneo (*Oineús*):

*Eneo, tras exprimirlo en cóncavas copas,
lo llamó vino.*

Lo dice así mismo Melanípides de Melos [*PMG*, fr. 761]:

Vino, señor, así nombrado a partir de Eneo.

Hecateo de Mileto, quien asegura que la vid se descubrió en Etolia, dice también lo siguiente [*Geneal.*, *FGrH* I, fr. 15]: [B] «Oresteo el hijo de Deucalión fue a Etolia para recibir el gobierno real, y una perra que tenía parió un tallo. Aquél ordenó que se lo enterrase, y de él nació una vid abundante en uvas; por eso llamó a su propio hijo Fitio (Engendrador). De éste nació Eneo, que recibió su nombre de las vides», pues los antiguos griegos, dice Ateneo, llamaban a las vides *oínai*. De Eneo nació Etolo. Platón, en el *Crátilo*⁴, cuando da la etimología de la palabra vino, afirma que procede [C] de *oiónous*, porque llena la mente (*noûs*) de presunción (*oîēsis*). O quizás se llama de ese modo por su utilidad (*ónēsis*), pues Homero, aludiendo a la etimología de la palabra, dice así en alguna parte [*Il.* VI 260]:

Y después también tú mismo goces de su utilidad si lo bebes,

dado que acostumbra así mismo a llamar a los alimentos *oneíata* (utilidades), porque nos son útiles.

Sobre los efectos del vino

«En efecto, al vino, Menelao, lo hicieron los dioses lo mejor para disipar las angustias de los hombres mortales». Esto lo afirma el compositor de los *Cantos Ciprios* [fr. 17 Bern.], quien quiera que fuese. Dífilo el cómico dice [*PCG* V, fr. 86]:

[D] *¡Oh Dioniso, queridísimo y sapientísimo para todos
los que están en su juicio! ¡Qué encantador eres!
Tú eres el único que hace que el humilde se vuelva orgulloso,
persuades al que levanta las cejas⁵ para que ría,
al débil, para que tenga ánimo, al cobarde, para que cobre valor...*

Filóxeno de Citera dice [*PMG*, fr. 831]: «Vino que corres en abundancia, unión de todas las voces». Queremón el trágico afirma que el vino procura a quienes lo consumen [*TrGF* I 71, fr. 15]:

Risas, sabiduría, facilidad de comprensión, buen consejo.

Ión de Quíos dice [*PMG*, fr. 744]:

Al indomable [E]

*niño de mirada de toro, joven no joven, amable servidor
de las pasiones resonantes, vino que eleva la mente,
*** dueño de hombres.*

Mnesíteo⁶ afirma que los dioses dieron a conocer el vino [36A]
a los mortales como el mayor bien para quienes
lo toman con sensatez, y para los que lo hacen desordenadamente, lo contrario.
En efecto, a quienes lo consumen les proporciona alimento,
y vigor a sus almas y sus cuerpos.
Así mismo, como cosa utilísima en medicina,
pues se mezcla con los fármacos bebibles,
y proporciona socorro a los heridos;
en las reuniones de todos los días,
a quienes lo beben con moderación y mezclado,
buen humor; en cambio, si te excedes, insolencia. [B]
Si te lo tomas mitad y mitad, provoca delirio;
si puro, parálisis de los cuerpos.
Por eso también se llama a Dioniso por doquier
«Médico».

La Pitia⁷ ordenó a algunas personas que llamasen a Dioniso «Curador». Eubulo presenta a Dioniso diciendo [*Sémele o Dioniso*, PCG V, fr. 93]:

*Sólo tres crateras mezclo
para los que son prudentes: la una, de salud,
la que apuran primero. La segunda,
[C] de amor y placer. La tercera de sueño,
que al apurarla los invitados sabios
regresan a casa. La cuarta ya no
es nuestra, sino de la insolencia. La quinta, del griterío;
la sexta, de los bailes por la calle; la séptima, de los ojos morados;
la octava, de los alguaciles; la novena, de la cólera;
la décima, de la locura, que también hace caer.
Pues si se vierte mucho en un solo vaso pequeño,
fácilmente echa la zancadilla a quienes lo han bebido.*

Epicarmo dice [fr. 217 R-N, CGF 148]:

*A—Del sacrificio surgió el festín ***
del festín el beber. B —Agradable, por lo menos para mí.
[D] A—Del beber surgió el andar de juerga, del andar de juerga, la trifulca;
de la trifulca, el juicio ***,
de la sentencia, los grilletes, la gangrena y la multa.*

Paniasis, el poeta épico, dedica el primer trago a las Gracias, las Horas, y Dioniso; el segundo, a Afrodita y de nuevo a Dioniso. Y a la Insolencia y la Ruina, el tercero. Dice Paniasis [fr. 17 Bern.]:

*Las Gracias las primeras, y las benignas Horas, recibieron
su porción, y el resonante Dioniso, precisamente quienes lo dieron a luz.
Después de ellos la obtuvo la diosa nacida en Chipre⁸, y Dioniso.
Es entonces cuando surge el mejor trago de vino para los hombres.
Si uno lo bebe y, dando media vuelta, regresa a casa
desde el dulce banquete, jamás encontrará perjuicio.
Pero cuando se sobrepasa la medida de una tercera ronda,
bebiendo sin moderación, entonces surge el lote terrible
de la Soberbia y la Ruina, y los males asaltan a los hombres.
¡Ea pues, amigo! puesto que posees la medida del dulce trago,
vete junto a tu legítima esposa, y haz que duerman tus compañeros.
Pues temo que, si se bebe una cuarta ronda de vino dulce como la miel,*

*la soberbia excite la cólera dentro de tu corazón,
e inflija un mal final a unos nobles dones de hospitalidad.
¡Ea pues! Obedece y deja de beber en demasía.*

Y a continuación, sobre el vino tomado sin medida [fr. 18 Bern.]:

Pues le sigue de cerca el lote de la Ruina y la Insolencia.

En efecto, según Eurípides [*Cíclope* 534]:

Heridas trae el andar de juerga, e injuriosa insolencia.

Por eso algunos afirman que el nacimiento de Dioniso y el de la Insolencia ocurrieron al mismo tiempo.

Alexis dice así en alguna parte [*PCG* II, fr. 46]:

[E] *La naturaleza del hombre es muy semejante a la del vino,
en cierto sentido. En efecto, el vino joven
—y el hombre— tiene, por fuerza mayor, que hervir
al principio y desfogarse; y cuando, marchita su flor,
se torna seco y se le pasa el momento de todo esto
que digo, tras agotársele esa locura que lo desbordaba, entonces
resulta bueno para beber, se asienta de nuevo,
y se mantiene grato a todos en lo sucesivo.*

Como dice el poeta de Cirene [Eratóst., *Coll. Alex.* 36]:

[F] *Un vino que tiene un vigor igual al fuego, cuando en los hombres
penetra. Los agita como al mar de Libia
el Bóreas o el Noto⁹, lo oculto lo saca a la luz
desde el fondo, y sacude fuera del hombre todo buen sentido.*

Pero en otro sitio Alexis afirma lo contrario [*PCG* II, fr. 280]:

*En nada se parece al vino la naturaleza del hombre.
En efecto, éste al envejecer se vuelve desagradable,
y en cambio anhelamos el vino más añejo.
Pues el uno muerde, y el otro nos pone contentos.*

Paniasis dice [fr. 16, 12 ss. Bern.]:

[37A] *Pues el vino es para los que habitan la tierra una ayuda semejante al fuego,
noble, preservador de mal, compañero en toda pena.
En efecto, hay en él una encantadora porción de regocijo y júbilo,
en él, otra de danza en corro, en él, otra de delicioso amor.
Así que en el banquete tienes que aceptarlo y beberlo*

*con ánimo bien dispuesto, y no, tras hartarte de alimento como un niño,
sentarte ahito, olvidado de las alegrías.*

Y de nuevo [fr. 19 Bern.]:

*El vino es el mejor regalo de los dioses a los mortales,
espléndido. Con él se armonizan todos los cantos, [B]
todas las danzas, todos los deseables amores.
Vacía del corazón del hombre todas las tristezas,
si se bebe con moderación. Por encima de la medida, en cambio, es peor.*

La «trirreme» de Acragante

Timeo de Tauromenio cuenta que en Acragante¹⁰ llaman a una casa «la trirreme» por el siguiente motivo: unos jóvenes que se emborrachaban en ella llegaron a tal extremo de delirio, enfebrecidos por la borrachera, que creían navegar en una trirreme, y que había una tormenta terrible en el mar. Y hasta tal punto se [C] pusieron fuera de sí, que arrojaron todos los enseres y el ajuar de la casa como si fuera al mar, en la creencia de que el piloto les ordenaba aligerar la nave por la tormenta. De manera que se congregó mucha gente, y saquearon los objetos arrojados; pero ni siquiera así cesaron los muchachos en su delirio. Al día siguiente, se presentaron las autoridades en la casa, y recriminaron a los jóvenes, quienes, aún mareados, [D] respondieron a las preguntas de los magistrados que, turbados por una tormenta, se habían visto obligados a descargar en el mar el exceso de cargamento. Las autoridades quedaron asombradas de la perturbación de aquellos hombres, y uno de los muchachos, pese a que parecía aventajar a los demás por su edad, les dijo: ‘Lo que es yo, señores Tritones, me dejé caer de miedo bajo los bancos inferiores, y permanecí tumbado lo más abajo posible’. Así que se les perdonó su enajenación, se les impuso la pena de no hartarse [E] con exceso de vino, y los dejaron libres. Ellos quedaron agradecidos, prometiendo *** ‘Si alcanzamos puerto escapando a un oleaje tal, os erigiremos en nuestra patria una estatua como nuestros ilustres salvadores, junto con las divinidades marinas, por mostraros ante nosotros tan oportunamente’. Desde entonces la casa se llama «la trirreme».

Vino y verdad

Filócoro¹¹ afirma que los bebedores no sólo se muestran ellos tal cual son, sino que también ponen en evidencia a todos los demás, provocando un exceso de franqueza. Por eso se dice «Vino y verdad» [Alceo, [F] *PLF* 366] y «El vino muestra el pensamiento del hombre» [Teognis, *IEG* I 500], y por eso el trofeo en el festival de Dioniso es un trípode. En efecto, los que dicen la verdad decimos que hablan desde un trípode¹², y por «trípode de Dioniso» hay que entender la cratera. Efectivamente, en la antigüedad había dos tipos de trípodes, que coincidían ambos en ser llamados *lébētes* (calderas). El *empyribētēs*¹³ era también el de echar agua al baño. Esquilo [Atamante, *TrGF* III 1]:

*Lo recibió su propia caldera de tres pies,
que mantenía siempre su puesto sobre el fuego.*

El otro se llamaba «cratera». Homero [*Il.* IX 122]: «Siete [38A] trípodes no destinados al fuego». En ellas se mezclaba el vino, y éste es propiamente el «trípode de la verdad». Por eso es característico de Apolo, en virtud de la verdad profética, y de Dioniso, por la verdad que conlleva la borrachera. Semo de Delos [*FGrH* 396, fr. 16] dice: «Un trípode de bronce, no el pítico, sino el que llaman *lébēs* (caldera). De éstos, unos eran los no destinados al fuego, y en ellos se mezclaba el vino, y los otros, de echar agua al baño, y en ellos se calentaba el agua, e iban al fuego. Algunos de ellos [B] también estaban provistos de asas, y como tenían tres pies como soporte, se llamaban trípodes».

Dice en alguna parte Efipo [*PCG* V, fr. 25]:

A—*El exceso de vino te hace charlar demasiado.*

B—*Bueno, pues aseguran que los borrachos dicen la verdad.*

Antífanos [*PCG* II, fr. 232]:

*Uno puede, Fidias,
ocultar todo lo demás, pero no dos cosas:
que está bebiendo vino, y que se ha enamorado.
Pues ambas cosas se revelan por las miradas
y las palabras, de manera que, cuanto más se niegan, [C]*

*más *** evidentes se hacen.*

Sobre la mezcla del vino

Cuenta Filócoro¹⁴ que el rey Anfición de Atenas aprendió de Dioniso la mezcla del vino, y fue el primero en mezclarlo, y que por eso también se pusieron derechos los hombres que lo bebían de esta manera, mientras que antes andaban doblados por el vino puro. Por dicho motivo se construyó un altar a Dioniso Ortos (Recto) en el santuario de las Horas, ya que ellas nutren también el fruto de la vid. Junto a él edificó además un [D] altar a las Ninfas, elaborando un recordatorio para quienes se sirven de la mezcla, pues las Ninfas se llaman así mismo «nodrizas de Dioniso». Igualmente estableció la norma de tomar tras la comida algo de vino puro, sólo lo justo para catarlo, manifestación del poder del dios bienhechor, y el resto, ya mezclado, tanto cuanto quiera cada uno; y la de que además de eso se pronuncie el nombre de Zeus Salvador, como enseñanza y recuerdo para los bebedores de que si beben de este modo permanecerán a salvo sin correr riesgos.

Más sobre los efectos del vino

Platón, en el libro segundo de *Las leyes*¹⁵, afirma que el consumo de vino está permitido por motivos de salud. [E] Por la conducta que se manifiesta durante la borrachera comparan a Dioniso con un toro y con una pantera, porque los borrachos tienden a la violencia. Alceo [PLF 369]:

Sacándose (un vino) unas veces dulce como la miel, y otras, más punzante que los abrojos.

Los hay igualmente que se vuelven furiosos, y así es el toro. Eurípides [*Bacantes* 743]:

Toros insolentes y furiosos hasta los cuernos.

[F] Por su belicosidad, algunos incluso se tornan como fieras; de ahí también la semejanza con la pantera.

Ciertamente dice bien Aristón de Ceos¹⁶ que la bebida más agradable es la que participa a un tiempo de dulzura y grato aroma; y que por eso algunos pueblos en los alrededores del Olimpo de Lidia preparan el llamado néctar, uniendo en una

mezcla homogénea vino y panales de miel, y las más olorosas de las flores. Sé que Anaxándrides dice que el néctar [39A] no es una bebida, sino alimento de los dioses [PCG II, fr. 58]:

*El néctar como, amasándolo
bien, y bebo ambrosía en cantidad; a Zeus
sirvo a la mesa, y ufano estoy de charlar
a cada momento con Hera, y sentarme junto a Cipris¹⁷.*

Alcmán [PMG, fr. 42] afirma también que los dioses «comen el néctar»; y Safo dice [PLF 141]:

*Se había mezclado una cratera
de ambrosía,
y Hermes tomó un jarro
para escanciar vino a los dioses.*

En cambio, Homero conoce el néctar como bebida de los [B] dioses. Íbico¹⁸ asegura con énfasis que la ambrosía tiene nueve veces la dulzura de la miel, cuando dice que la miel, en cuanto a su sabor, es una novena parte de la ambrosía.

*Nadie aficionado a la bebida es mala persona.
Que Bromio el de las dos madres¹⁹ no se deleita junto
a hombres malvados ni gentes sin educación,*

afirma Alexis [PCG II, fr. 285], y también que el vino

Vuelve amantes de la palabra a quienes en cantidad lo beben.

[C] El autor del epigrama a Cratino dice [Ant. Palat. XIII 29]:

*«El vino, en efecto, es un caballo pesado para el amable cantor,
pero bebiendo agua no podréis producir nada bueno.»
Eso, Dioniso, decía Cratino, y no exhalaba el aliento de un solo odre,
sino que olía a todas las tinajas.
Por eso su casa florecía de coronas, y tenía la frente,
lo mismo que tú, coronada de amarillo por la yedra.*

Cuenta Polemón²⁰ que en Muniquia se honra al héroe Acratópota (Bebedor de vino puro), y que entre los espartanos unos cocineros erigieron estatuas de los héroes Matón [D] (Amasador) y Ceraón (Mezclador) en los comedores comunales. Se honra también en Acaya a Dipneo, cuyo nombre procede de los banquetes²¹.

De una alimentación que prescinde del alcohol «No podrían surgir ni chanzas ni poemas improvisados» [PCG VIII, fr. 102]²², pero tampoco jactancia ni vanagloria del espíritu. Por tanto, en el pasaje «Dónde fueron las fanfarronadas que expresasteis en Lemnos, cuando comíais carne en abundancia y bebíais crateras colmadas de vino» [Il. VIII 229-232] tiene razón el gramático Aristarco al atetizar ese [E] verso, que presenta a los griegos vanagloriándose a causa de la ingestión de carne. En efecto, el jactarse, el burlarse y el hacer el tonto no surgen de cualquier tipo de alegría y saciedad, sino de ésa que altera el entendimiento y lo inclina hacia la mentira, la que se produce por la borrachera. Por eso dice Baquílides [fr. 20B, 6-16 S.-M.]:

*Un dulce apremio
que brota de las copas inflama el ánimo;
la espera de Cipris caldea el corazón,
mezclada con los dones de Dioniso,
y envía a lo más alto las preocupaciones de los hombres, [F]
En un momento deshace las murallas de las ciudades,
y todos los hombres creen que van a ser reyes.
Con oro y marfil resplandecen las casas,
y naves cargadas de trigo, surcando el brillante
<ponto>, traen de Egipto grandes
riquezas. Así lo imagina el corazón del bebedor.*

Sófocles afirma [TrGF IV 758]: [40A]

... emborracharse es remedio de infortunio,

mientras que los otros poetas dicen: «El vino, fruto benévolo del campo» [Il. III 246]. Es también el rey de los poetas quien presenta a Odiseo diciendo: «El hombre que lucha todos los días ahído de vino y de comida, tiene sin duda un corazón audaz», etc. [Il. XIX 167 s.].

Simónides²³ establece el mismo origen para el vino y la música. A raíz de la embriaguez tuvo lugar así mismo la invención de la comedia y la tragedia en Icario del Ática, y [B] precisamente en la época de la vendimia (*trýgē*), por lo que también la comedia se llamó en un principio «trigodia».

Dio a los mortales la vid que calma las penas.

*Cuando ya no hay vino, no quedan Cipris
ni ningún otro gozo para los hombres,*

afirma Eurípides en *Las bacantes* [v. 771]. También Astidamante dice [*TrGF* I 60, fr. 6]:

*Mostró a los mortales la vid,
madre del vino, remedio de tristeza.*

[C] pues:

*El hombre que se sacia con frecuencia se vuelve
negligente; el que bebe, en cambio, con moderación, muy reflexivo,*

asegura Antífanos [*PCG* II, fr. 268].

*No estoy borracho en cuanto al pensamiento, sino solamente en esto,
en separar con seguridad las letras en mi boca,*

dice Alexis [*PCG* II, fr. 304].

Disquisiciones filológicas

Cuenta Seleuco²⁴ que en la antigüedad no era costumbre tomar en demasía ni vino ni ninguna otra cosa placentera, salvo que se hiciera en honor de los dioses. Por eso también llamaron a los festines *thoînai*, *thaleîai* y *méthai*. Los unos porque pensaban que [D] debían tomar vino en honor a los dioses; los otros, porque gracias a los dioses se reunían y juntaban²⁵, pues eso es el «festín abundante». En cuanto al verbo *methýein* (emborracharse), Aristóteles [pág. 9, fr. 3 Ross] dice que procede de que ⟨el vino⟩ se toma «después de sacrificar» (*metà tò thýein*).

*Aunque sacrifican a los dioses ofrendas pequeñas,
son más piadosos que los que sacrifican vacas,*

dice Eurípides [*Dánae*, *TGF* 327, 6 s.], y muestra así que *télos* (cumplimiento) es el sacrificio. También Homero [*Od.* IX 5-6]:

*Pues yo al menos digo que no hay cumplimiento más grato
que cuando la alegría reina por todo el pueblo.*

Llamamos *teletaí* (misterios) a las celebraciones que son aún más importantes, y van unidas a alguna tradición mística, [E] por los dispendios hechos en ellas, ya que *teleîn* significa

«gastar», *polyteleîs* son los que gastan mucho, y *euteleîs* los que gastan poco. Dice Alexis [*PCG* II, fr. 267]:

*La gente próspera debe vivir
con ostentación, y hacer visible el don de la divinidad,
pues el <dios> que les ha dado sus bienes
considera que se le debe tener algún agradecimiento
por lo que ha hecho. En cambio, a quienes se ocultan y
pretenden que les va mediocrementemente, al ver que son unos ingratos [F]
y que viven con mezquindad, en algún momento
coge y se lleva cuanto les había dado antes.*

Después de «enologizar» de este modo, es decir, de hablar sobre el vino, los eruditos del banquete «devoran» nombres de vinos.

No disfruta con la bebida quien está acostumbrado desde su más temprana crianza a beber agua.

*Es *** agradable en un festín y un floreciente banquete
deleitarse con historias, después de saciarse de comida.*

dice Hesíodo en la *Melampodia* [fr. 274 M.-W.].

El agua en Homero

A ninguno de vosotros se os ha ocurrido decir nada sobre el agua ***, de las que se saca así mismo el vino, y eso que Píndaro²⁶ el de elevado lenguaje afirma [41A] que lo mejor de todo es el agua. Pues bien, el divino Homero sabe también que es muy nutritiva, en los versos en los que habla de un bosque sagrado «de álamos nutridos por el agua» [*Od.* XVII 208]. Alaba igualmente su transparencia: «Cuatro fuentes manan agua clara» [*Od.* V 70]. La que es ligera y digna de mayor aprecio la llama «deliciosa»; por ejemplo llama delicioso al Titaresio que «se mezcla con el Peneo» [*Il.* II 753]. Menciona además el agua buena para lavar, que también Praxágoras de Cos²⁷, que está de acuerdo, dice que es hermosa:

Hermosa fluye por debajo para purificar hasta lo más sucio Od. VI 87.

[B] Distingue así mismo el agua dulce de la salada, cuando dice que el Helesponto es salado²⁸ e indica con respecto a la otra: «Apostamos las naves junto al agua dulce» [*Od.* XII 305

s.]. Conoce también la virtud del agua tibia para las heridas; en efecto, hace que mojen con ella a Eurípilo cuando está herido²⁹. Con todo, si había que contener la hemorragia, era más adecuada la fría, que contrae y comprime. En cambio, para calmar los dolores hace que lo rocíen con agua [C] caliente, que tiene el poder de sedar. En su obra, la palabra *liarón*³⁰ significa «caliente». Esto se evidencia con claridad en el pasaje en torno a las fuentes del Escamandro [*Il.* XXII 149 s.]:

*La una mana agua caliente, y alrededor surge
de ella una humareda como un fuego ardiente.*

¿Acaso es tibia esta agua de la que se eleva el vapor del fuego y una humareda ardiente? Por contra, sobre la otra fuente dice que en verano [*Il.* XXII 151 s.]:

*Fluye semejante al granizo
o a la fría nieve o al agua congelada.*

Acostumbrado a indicar que los que acaban de ser heridos [D] están bañados en sangre caliente, dice con respecto a Agamenón [*Il.* XI 266]:

Mientras que la sangre aún caliente brota de la herida.

En cambio, a propósito del ciervo que huye después de ser herido dice, cambiando de expresión [*Il.* XI 477]:

Mientras su sangre tibia y sus miembros empujan hacia delante.

Los atenienses, por su parte, llaman al agua tibia *metákeras* (mezclada), según refiere Eratóstenes³¹.

Ateneo dice *hydarê* (aguada) y *metákeras* (mezclada)³².

Respecto a las restantes aguas, Homero³³ llama a las que caen de las rocas «sombrias», evidentemente como si [E] dijera «inservibles». Prefiere a todas las demás las que son de manatial y corren a través de una tierra extensa y fértil, lo mismo que Hesíodo [*Trabajos y días* 595]:

De un manatial inagotable y fluyente que no está enturbiado.

Cualidades de las diversas aguas

Y Píndaro [fr. 198 S.-M.]: «Agua sagrada, dulce como la miel, de la hermosa fuente Tilfosa». Tilfosa es una fuente de Beocia. Comenta Aristófanes³⁴ que Tiresias, debido a su avanzada edad, no pudo soportar su gran frialdad al beber de ella, y murió. Teofrasto, [F] por su parte, afirma en su tratado *Sobre las aguas*³⁵ que el agua del Nilo es muy fertilizante y muy dulce, y por eso también afloja las tripas de quienes la beben, porque contiene una mezcla nitrosa. En su tratado *Sobre las plantas*³⁶ comenta que en algunas partes el agua resulta fecundante, como por ejemplo en Tespias, y en cambio en Pirra es esterilizadora. Dice también que algunas aguas dulces [42A] son estériles o no muy fértiles, como las de Feya y Pirra. En una ocasión en que se produjo una extrema sequía en la zona del Nilo, el agua manó venenosa y murieron muchos egipcios. Refiere así mismo que sufren cambios no sólo aquellas aguas que son amargas, sino también las salobres, e incluso ríos enteros, como el de Caria, en cuya orilla está el templo de Zeus-Poseidón. La causa es que caen muchos rayos en torno a este lugar.

Otras clases de aguas poseen más cuerpo y contienen en sí una especie de pesadez, por ejemplo la de Trecén; ésta hace que se llene inmediatamente la boca de quienes la prueban. Las aguas próximas a las minas de los alrededores del Pangeo [B] tienen en invierno un peso de noventa y seis <dracmas> la cotila³⁷; en cambio en verano, de cuarenta y seis. Por otra parte, el agua se comprime y condensa mucho con el frío. Por eso también cuando corre en los relojes no marca bien las horas en invierno, sino que las prolonga, al ser más lento su flujo a causa de su densidad. Y lo mismo dice <Teofrasto>³⁸ a propósito de Egipto, donde la atmósfera es más suave.

El agua salobre es más terrosa y requiere más tratamiento que la del mar, que es de naturaleza más cálida y no sufre el mismo proceso. Sólo es insensible a las aguas saladas la [C] de la fuente Aretusa³⁹. Peores son las aguas más pesadas, más duras y más frías, por los mismos motivos. En efecto, son más difíciles de tratar, unas porque tienen demasiado componente terroso, y otras, por exceso de frialdad. En cambio, las que hierven rápidamente son ligeras y saludables. En Cranón hay

un agua moderadamente cálida que conserva caliente durante dos o tres días el vino con el que se mezcla. Las aguas corrientes y de acueducto son en general mejores que las estancadas, y al batirse se vuelven más blandas. Por este motivo también las aguas del deshielo de nieve se consideran [D] de utilidad, ya que la porción mejor para beber sube hacia la superficie, y ésta es la que es batida por el aire. Por dicha razón son mejores que las de lluvia; y lo mismo las que proceden de hielo, porque son más ligeras. La prueba es que también el propio hielo es más ligero que el resto del agua. En cambio, las aguas frías son duras, porque son más terrosas, y lo corpóreo cuando se calienta es más caliente, y cuando se enfría es más frío. Por el mismo motivo las aguas de las montañas son así mismo mejores para beber que las de las llanuras, pues están menos mezcladas con el material terroso. [E] El material terroso produce igualmente las coloraciones de las aguas. Por ejemplo, la del lago de Babilonia se vuelve roja durante algunos días⁴⁰, y la del Dnieper de color violeta durante ciertas épocas, y eso que es extremadamente liviana. La prueba es la siguiente: remonta por encima del Bug⁴¹, a causa de su extrema ligereza, con el viento del norte.

En muchos lugares hay manantiales que son excelentes para beber y muy vinosos, como el de Paflagonia, al que según dicen acuden los lugareños a achisparse. En cambio, hay uno salino y a la vez con sabor amargo en el territorio de los sicanos de Sicilia. En los dominios de los cartagineses⁴² [F] hay un manantial cuya superficie es similar al aceite, pero más oscura de color. Con esa sustancia hacen unas bolas que utilizan para las ovejas y el ganado. También en otros países hay manantiales que contienen una grasa semejante, como aquél de Asia a propósito del cual mandó Alejandro noticia de que había encontrado una fuente de aceite.

De las aguas calientes en estado natural algunas son así [43A] mismo dulces, como las de Eguas en Cilicia y las de la región de Págasas, las de Larisa en la Tróade, las de la zona de Magnesia y las de Melos y las Líparas. En Prusa, junto al Olimpo de Misia, están las llamadas «aguas reales». Las aguas de Asia, en los alrededores de Trales y del río Caracometes, e incluso las de la ciudad de Nisa, son tan grasas que quienes se

bañan en ellas no necesitan aceite. Tales son también las del pueblo de Dáscilo. Las aguas de Carura son muy secas y calientes en extremo. Las de los alrededores de Aldea de Men, que está en Frigia, son muy ásperas y nitrosas, [B] al igual que las de un pueblo de Frigia llamado Aldea del León. Las de Dorileo son así mismo muy ricas para beber. Las de la zona de Bayas (o puerto de Bayo), en Italia, son totalmente imbebibles.

Tras pesar el agua de la fuente llamada Pirene, en Corinto, descubrí que es la más ligera de todas las de la Hélade. Pues no doy crédito al cómico Antífanos, cuando dice que el Ática, que es superior a las demás regiones en muchas cosas, tiene también la mejor agua. Dice, en efecto [PCG II, fr. 177]⁴³:

A — ¡Y qué cosas produce la región,
superando, Hipónico, a toda tierra habitada:
la miel, los panes, los higos! B — Lo que es higos, ¡sí, por Zeus!
los produce en cantidad⁴⁴. A — Ganado, lana, bayas de [C] mirto, granos de trigo,
agua...
Hasta el punto de que sabría inmediatamente que estoy bebiendo agua del Ática.

El poeta cómico Eubulo dice en alguna parte que Queremón el trágico⁴⁵ llama al agua «cuerpo del río» [PCG V, fr. 128]:

*Después que pasamos el recinto de los cercados,
y atravesamos el agua, cuerpo del río.*

Y toda nuestra fuerza se nutre de aguas⁴⁶.

En Tenos hay un manantial con cuya agua el vino no se mezcla. Heródoto, en el libro IV [52], cuenta que el Bug, [D] cuando surge de sus fuentes, es durante cinco días pequeño y de agua dulce; pero al cabo de otros cuatro días de navegación se torna amargo, porque desemboca en él un manantial amargo. Teopompo⁴⁷ relata que en los alrededores del río Erigón el agua es amarga, y que quienes la beben se emborrachan igual que los que beben vino. Aristobulo de Casandra⁴⁸ dice que en Mileto hay un manantial llamado «de Aquiles», cuya corriente es muy dulce, pero su superficie es salobre. Con aspersiones de su agua aseguran los milesios que se purificó el héroe cuando mató a Trambelo el rey de [E] los léleges⁴⁹. Dicen también que el agua de la zona de Capadocia,

que es abundante y buenísima, no se corrompe, aunque no tenga corriente, salvo que corra bajo tierra. El rey Ptolomeo⁵⁰ relata en el séptimo libro de sus *Memorias* [*FGrH* 234, fr. 6]: «Avanzando hacia Corinto por la llamada Contoporia, cuando subíamos por la cima de la montaña» había un manantial que manaba una corriente más fría que la nieve; muchos no bebieron de ella temiendo congelarse, [F] pero afirma que él personalmente bebió. Filarco⁵¹ dice que en Clítor hay una fuente tal que quienes beben de ella no soportan el olor del vino. Clearco⁵² comenta que se dice que el agua es blanca como la leche; el vino, lo mismo que el néctar, rojo; la miel y el aceite, amarillos; y el jugo de las moras, negro.

Eubulo afirma que el agua hace ingeniosos a los que no beben otra cosa [*PCG* V, fr. 133]:

En cambio, el vino nos ofusca el entendimiento.

Los mismos yambos los pronuncia también Ofelión⁵³.

Habiendo hecho estos comentarios, como los oradores, conforme al agua⁵⁴, y tras detenerse brevemente, dice de [44 A] nuevo⁵⁵: Anfis el cómico dice en alguna parte [*PCG* II, fr. 41]:

*Así que había, según parece, también razón en el vino;
y algunos bebedores de agua son unos necios.*

Antífanos, por su parte [*PCG* II, fr. 293]:

*Hacer *** salir al vino con vino;
la trompeta, con una trompeta; al que grita, con el heraldo;
golpe, con golpe; ruido, con ruido; a una prostituta, con tres óbolos;
arrogancia, con arrogancia; a Calístrato, con un cocinero;
facción, con facción; batalla, con batalla; a un boxeador, con los ojos morados;
[B] fatiga, con fatiga; justicia, con justicia; a la mujer, con una mujer.*

Los antiguos decían «sin mezcla» también con respecto al agua⁵⁶. Sofrón [*CGF* 99]: «Agua sin mezcla en la copa».

Personajes que bebían únicamente agua

Filarco⁵⁷ cuenta que Teodoro de Larisa⁵⁸, el que siempre se mantuvo hostil al rey Antígono, bebía sólo agua. Afirma

también (en el libro séptimo)⁵⁹ que los íberos bebían todos únicamente agua, pese a ser los más ricos de los hombres; asegura que siempre comían una sola vez al día por mezquindad, y en cambio llevaban trajes suntuosísimos. Aristóteles⁶⁰ o Teofrasto cuenta [C] que un tal Filino no tomó ninguna otra bebida ni alimento en toda su vida más que únicamente leche. Pitermo⁶¹ incluye así mismo entre los que gobernaron tiránicamente en el Pireo a un tal Glaucón, que sólo bebía agua.

Hegesandro de Delfos⁶² comenta que Anquímolo y Mosco, que enseñaron como sofistas en Élide, bebieron agua toda su vida, y aunque no tomaban más que higos, no por ello estaban menos robustos de cuerpo; pero que tenían un sudor tan fétido que todo el mundo los evitaba en los baños públicos. Matris de Tebas⁶³, durante el tiempo en que vivió no [D] comió otra cosa que bayas de mirto en pequeña cantidad, y se abstuvo de vino y de todo lo demás, salvo de agua. Bebedor sólo de agua era también Lampro el músico⁶⁴, del que dice Frínico [*PCG* VII, fr. 74] :

*Y se lamentaban los pífanos, entre los que estaba muriendo Lampro,
un hombre que sólo bebía agua, hipersofista gimoteante,
esqueleto de las musas, escalofrío de los ruiseñores, himno de Hades.*

Macón el cómico⁶⁵ menciona a cierto Mosquión bebedor de agua.

Aristóteles, en su obra *Sobre la embriaguez*⁶⁶, cuenta que algunas personas que tomaban alimentos salados permanecieron [E] libres de sed; uno de ellos era Arcónides de Argos. Magón de Cartago⁶⁷ atravesó tres veces el desierto alimentándose de harina seca, y sin beber. Polemón el académico⁶⁸ empezó a los treinta años a no beber más que agua, y lo hizo hasta su muerte, según afirma Antígono de Carisio⁶⁹. Demetrio de Escepsis⁷⁰ dice que Diocles de Peparetos⁷¹ bebió hasta el final agua fría. Testigo digno de confianza sobre su propia persona es Demóstenes el orador, quien afirma⁷² que durante algún tiempo bebió únicamente [F] agua. También Piteas [fr. 4 Müller] dice, por ejemplo: «Pero mirad a los cabecillas populares, Demóstenes y Demades, de

qué modo tan opuesto actúan en sus vidas. En efecto, el uno bebe agua y por las noches medita, según dicen; el otro tiene un prostíbulo, se emborracha a muerte todos los días, y nos arenga en las asambleas con su panza prominente». Euforión de Calcis [fr. 47 De Cuenca] escribe así en alguna parte: «Larsitas de Lasió no necesitaba beber en absoluto como las demás personas, pero emitía orina como todos los [45A] hombres. Muchos, por pundonor, se aplicaron a espiarlo, pero renunciaron antes de descubrir el asunto. En efecto, en la estación veraniega lo vigilaron de cerca durante treinta días, y al ver que, aunque no se abstenía de ningún alimento salado, tenía la vejiga de una persona que evacua bien, quedaron convencidos de que era verdad. De vez en cuando tomaba también líquidos, pero no lo necesitaba, ni mucho menos.

*...Alternar diferentes alimentos
es agradable,*

dice Antífanos [PCG II, fr. 240],

*y a quien está repleto de lo que
continuamente se repite, el hecho de probar algo
nuevo le procura doble placer.*

Los reyes y el agua

El rey de los persas, según cuenta Heródoto en el libro I [188] «Se hace llevar [B] para beber agua del Coaspeo, que corre a través de Susa. El rey sólo bebe de ella. Numerosísimos carros de cuatro ruedas tirados por mulos transportan esta agua, previamente hervida, en contenedores de plata, y van detrás de él». Ctesias de Cnido⁷³ relata igualmente cómo se hierve este agua real, y cómo se transporta para el rey depositada en los contenedores, afirmando que es ligerísima y riquísima. También [C] el segundo rey de Egipto, de sobrenombre Filadelfo, cuando dio en matrimonio a su hija Berenice al rey Antíoco de Siria se cuidó de enviarle agua del Nilo, para que su hija bebiera únicamente de esta agua, cuenta Polibio⁷⁴. Heliodoro⁷⁵, por su parte, dice que Antíoco Epífanés (el Ilustre), al que por sus actos Polibio llama Epímanes (el Loco)⁷⁶, hizo mezclar la fuente de Antioquía con vino. Lo mismo hizo también Midas el frigio, relata Teopompo⁷⁷,

cuando quiso capturar a Sileno sirviéndose de una borrachera. La fuente está, según cuenta Bión⁷⁸, a medio camino entre los medas y los peonios, y se llama Ina. Estáfilo⁷⁹ afirma que Melampo⁸⁰ [D] fue el primero que inventó la mezcla del vino con el agua. Plistonico dice que el agua es incluso más digestiva que el vino.

Efectos del agua sobre la salud

A quienes beben abundantemente antes de comer el estómago no se les acomoda debidamente, sino que, por el contrario, se les daña y muchas veces provoca la corrupción de los alimentos ingeridos. Por lo tanto, quien aspire a la salud debe servirse de ejercicios moderados para tener abundante transpiración, y de baños para mojar su cuerpo y ablandarlo. Después de esto, tiene que beber antes de la comida un agua lo mejor posible, en [E] invierno y en primavera lo más caliente que se pueda; en verano, en cambio, fría, a fin de no debilitar de antemano el estómago. Debe también beberla en proporción con la cantidad <de los alimentos>⁸¹, para que se absorba antes en el organismo, y así el efecto del vino no se distribuya sin mezcla, ni corroa las extremidades de las venas al llegar a ellas. Pero si alguno de nosotros lo hace a desgana, que tome antes de las comidas algo de vino dulce caliente diluido, preferentemente del denominado «prematureo»⁸², que es bueno para el estómago. Además, el vino dulzón no pone la cabeza [F] pesada, según afirma Hipócrates en su obra *Sobre la dieta*, que algunos titulan *Sobre las enfermedades agudas*, otros *Sobre la tisana* y otros *Contra las máximas de Cnido*. Dice así [II 332 L.]: «El vino dulce causa menor pesadez de cabeza que el más vinoso, pues afecta menos a los sentidos y pasa más fácilmente que el otro a través del intestino». Pero no hay que beber antes de las comidas, como cuenta Posidonio que hacen los carmanios⁸³; en efecto, estas gentes, para dar prueba de su amistad, en los banquetes se abren las venas de la frente, mezclan con la bebida la sangre que les brota, y se la toman, considerando el colmo de la amistad el [46A] probar los unos la sangre de los otros. Después de esta ofrenda, se ungen la cabeza con perfume, sobre todo de rosa, o bien de manzana,

para contrarrestar parte de la bebida y no resultar dañados por los miasmas del vino; o si no, de lirio o de nardo. Así pues, no dice mal Alexis [*PCG* II, fr. 195]:

Se unge las narices con ungüentos; un elemento importantísimo de la salud es procurar buenos olores al cerebro.

Sin embargo, hay que evitar la densidad de los perfumes, y beber agua que sea fina y trasparente a la vista, la cual es así [B] mismo ligera de peso y no contiene ningún componente terroso. La que se calienta y se enfría en un tiempo moderado, y vertida en una vasija de bronce o de plata no la pone herrumbrosa, es agua buena. Dice también Hipócrates [*Aforismos* V 26; *Epidemias* II 11 L.]: «Un agua que se calienta y se enfría con rapidez siempre es más ligera».

Sobre la calidad de las aguas

Son de mala calidad las aguas que tardan en ablandar las legumbres. Tales son las nitrosas y las saladas. En el tratado *Sobre las aguas*⁸⁴, Hipócrates llama al agua buena *pótimon* (potable). Las aguas estancadas son malas, por ejemplo las de los estanques y las pantanosas. Incluso la mayoría de las de manantial son demasiado [C] duras. Erasístrato⁸⁵ asevera: «Hay quien juzga las aguas por su peso, sin examinarlas; pues bien, observad el agua de la fuente de Anfiarao y la de Eretria, y comparadlas: aunque la una es mala y la otra es buena, no hay diferencia alguna en cuanto al peso». Hipócrates, en *Sobre los lugares*⁸⁶, sostiene que las mejores aguas son las que fluyen de zonas altas y de elevaciones de terreno, pues éstas son blancas, dulces y [D] pueden llevar poco vino; en invierno se calientan y en verano son frías. Elogia sobre todo aquéllas cuya corriente fluye hacia el nacimiento del sol, especialmente en el estío, pues por fuerza son límpidas, de buen olor y ligeras. Diocles⁸⁷ afirma que el agua es digestiva, no provoca flatulencias, es moderadamente refrescante, aguza la vista, no pone la cabeza pesada en lo más mínimo, y estimula el alma y el cuerpo. Praxágoras⁸⁸ dice lo mismo, pero alaba la de lluvia; Evenor⁸⁹, en cambio, las de cisterna, y asegura que la de la fuente de Anfiarao es mejor, en comparación con la de Eretria.

[E] *Sobre la alimentación, el ayuno y el hambre*

Que el agua es, sin réplica, nutritiva queda de manifiesto por el hecho de que algunos animales sólo se alimentan de ella, como las cigarras. Pero también son nutritivos muchos otros líquidos, como la leche, el agua de cebada, el vino. En efecto, a los niños de pecho les basta la leche, y numerosos pueblos sobreviven a base de ella. Cuenta una historia que Demócrito de Abdera decidió, debido a su vejez, abandonar esta vida, y prescindir del alimento cotidiano. Pero cuando se acercaban los días [F] de las Tesmoforias, las mujeres de su casa le suplicaron que no muriera durante la festividad, para poder ellas celebrarla. Accedió, y mandó que le sirvieran un cuenco lleno de miel. El hombre sobrevivió los días necesarios, consumiendo únicamente la ración de miel, y pasados esos días se le suprimió la miel y murió. Pero a Demócrito siempre le gustó la miel, y a uno que le preguntó cómo se podría llevar una vida saludable, le respondió que ‘Regando el interior con miel y el exterior con aceite’. El alimento de los pitagóricos [47A] consistía así mismo en pan con miel, según dice Aristóxeno⁹⁰, el cual afirma que quienes lo toman siempre como desayuno viven libres de enfermedad. Lico⁹¹ comenta que los habitantes de Córcega (que viven cerca de Cerdeña) son muy longevos, porque siempre comen miel; se produce en gran cantidad en su país.

Obsérvese la expresión «aplazando todos la pregunta», es decir, «pasándosela».

La palabra *ánēstis* (ayuno) es *nēstis* (yeyuno), con adición de la *a-*, como *stáchys* y *ástachys* (espiga). Se encuentra en Cratino [PCG IV, fr. 47]:

Pues tú no eres el primero que, (sin estar invitado), vienes regularmente a cenar en ayunas.

La palabra *oxýpeinos* (famélico) está en Dífilo [PCG V, fr. 95]:
[B]

*Me divierte ver en paños menores
a estos hombres famélicos y siempre
buscando con afán saberlo todo antes de tiempo.*

Y Antífanos [PCG II, fr. 249]:

A—*La única enfermedad que tiene es ésta:
siempre está famélico.* B—*Sin duda
el hombre al que se refiere es un tesalio*⁹².

Y Eubulo [*Antíope*, PCG V, fr. 9]:

*A Zeto le ordena marcharse y habitar
en la llanura sagrada de Tebas, pues allí venden
[C] más barato, al parecer, el pan,
y él está famélico. En cambio, al muy musical
Anfión le ordena dirigirse a la gloriosa Atenas,
donde de muy buen grado pasan siempre hambre los hijos de Cécrope,
devorando brisas, alimentándose de esperanza.*

El término *monositôn* (que sólo come una vez al día) se encuentra en Alexis [PCG II, fr. 271]:

*Cuando veas a un ciudadano particular que sólo come una vez al día,
o a un poeta que no suspira por cantos y músicas,
considera que el particular ha perdido
la mitad de su vida, y el otro, la mitad
de su arte: ambos están a penas vivos.*

[D] Platón⁹³: «No comiendo a diario una sola vez, sino en ocasiones cenando incluso dos veces al día».

Los alimentos dulces se llamaban *nōgaleúmata* (golosinas). Araro [PCG II, fr. 8]⁹⁴:

Estas golosinas (ciertamente) delicadas.

Alexis⁹⁵ [PCG II, fr. 277]:

*Con vinillos tracios
riega la parte restante del día,
y come golosinas.*

Antífanos⁹⁶ [PCG II, fr. 66]:

Uvas, granadas, dátiles, otras golosinas.

La expresión *apósitos* (que rechaza la comida) la emplea [E] Filónides⁹⁷, y *autósitos* (que se autoalimenta), Cróbilo [PCG IV, fr. 1]⁹⁸: «Parásito que se autoalimenta». *Anarístētos* (que está en ayunas) lo dice Éupolis⁹⁹; *anankósitos*

(alimentado a la fuerza), Crates¹⁰⁰. También Nicóstrato [PCG VII, fr. 31]:

*Traes por azar *** un muchacho
rapado salvo un mechón en la coronilla, vestido de clámide,
y que se alimenta a la fuerza.*

Aristódeipnon (desayuno-cena), dice Alexis [PCG II, fr. 296]:

*Con esto podríamos tener un breve
desayuno-cena.*

Los convidados se reclinan a la mesa

Después de eso nos levantamos y nos reclinamos a la mesa cada uno como quiso, sin esperar como maestro de ceremonias al comandante del banquete.

Lechos de comedor

[F] Entre los antiguos existían comedores de tres lechos, de cuatro lechos, de siete lechos, de nueve lechos y así sucesivamente¹⁰¹. Antífanos [PCG II, fr. 292]:

*Juntándoos,
como sois tres, en un comedor de tres lechos.*

Frínico [PCG VII, fr. 69]:

*Había un hermoso comedor de siete lechos,
y además otro comedor de nueve lechos.*

Eubulo¹⁰² [PCG V, fr. 119, 1-3]:

A— *Prepara un comedor de siete lechos.* B— *De siete lechos, helo aquí.*

A— *Y cinco lechos sicilianos.* B— *Di qué más.*

A— *Cinco almohadas sicilianas.*

Anfis [PCG II, fr. 45]:

[48A] *¿No vas a preparar nunca
el triclinio?*

Anaxándrides [PCG II, fr. 72]:

*Se organizó rápidamente un triclinio,
y conciertos de ancianos.*

Venga, abre las habitaciones de huéspedes, friega la casa,

*haz las camas, enciende el ardor del fuego,
recoge la cratera y mezcla el más rico*¹⁰³.

«Ahora, en cambio, se diferencia la disposición de los cobertores según vayan envolviendo el lecho o por debajo», comenta el filósofo Platón¹⁰⁴. Y el poeta homónimo de éste dice [*PCG* VII, fr. 230]:

*Y después se recuestan engalanados en lechos de patas de [B] marfil,
con cobertores teñidos de púrpura y tapices escarlata de Sardes.*

El tejido de telas multicolores alcanzó su apogeo cuando los chipriotas Acesas y Helicón se convirtieron en sus principales artesanos. Éstos eran unos famosos tejedores, y Helicón era hijo de Acesas, según afirma Jerónimo¹⁰⁵. En Delfos, al menos, está escrito sobre cierta pieza [*Ant. Pal. Ap. Coughy* I 98]:

*Lo confeccionó Helicón de Salamina*¹⁰⁶, *hijo de Acesas, en cuya mano
la soberana Palas exhaló su gracia divina.*

Tal era también Patimias el egipcio.

*Pues yo hace tiempo que estoy brincando
donde los cobertores huelen a rosa, y bañándome [C]
en perfumes vaporizados,*

dice Efipo [*PCG* V, fr. 26]. Aristófanes [*PCG* III 2, fr. 715]:

*¡Tú que, en fragantes
cobertores velando toda la noche,
resistes al ama!*

Sofrón, por su parte, dice [*CGF* 100]: «Apreciadas coberturas bordadas de pájaros». El admirabilísimo Homero afirma que los cobertores que se ponen debajo son lisos¹⁰⁷, es decir, blancos y sin teñir ni bordar, mientras que los que se ponen por encima son «hermosas colchas purpúreas» [*Od.* X 352].

Los persas fueron los primeros, según dice Heraclides¹⁰⁸, [D] que emplearon a los llamados *strôtai* (encargados de lecho) para que la cubierta tuviera lisura y suavidad al tacto. Por ejemplo a Timágoras, o bien a Éntimo de Gortina, en Creta, según cuenta Fenias el peripatético¹⁰⁹, el cual, a imitación de Temístocles, acudió a la corte del rey

Artajerjes¹¹⁰, que lo tenía en gran estima, éste le regaló una tienda extraordinaria por su hermosura y tamaño, y un lecho de patas de plata, y le envió también lujosos cobertores, así como al encargado de lecho, afirmando que los griegos no sabían hacer camas. A este cretense incluso se le invitaba al [E] desayuno de la familia real, pues se había granjeado la simpatía del rey, cosa que no le ocurrió a ningún heleno con anterioridad ni con posterioridad, pues era éste un honor reservado a los parientes. En efecto, a Timágoras el ateniense, que se había prosternado ante el rey y era tenido en extraordinaria estima, no le concedió ese favor; no obstante, parte de lo que se servía al rey se le enviaba desde la mesa de éste. A Antálcidas el laconio le envió su propia corona tras sumergirla en perfume. Pero en honor a Éntimo hacía muchas cosas de este tipo, y lo invitaba al desayuno familiar. [F] Eso los persas lo llevaban mal, porque les parecía que dicho honor se estaba vulgarizando, y que de nuevo iba a haber una expedición contra la Hélade. Le envió también un lecho de patas de plata, un cobertor y una tienda con dosel bordado de flores, un trono de plata, una sombrilla bordada, veinte páteras de oro incrustadas de piedras preciosas y cien grandes de plata, crateras de plata, cien esclavas y cien esclavos, y seis mil piezas de oro, aparte de lo que se le daba [49A] para sus necesidades cotidianas.

Mesas y trípodes

Mesas de patas de marfil con tableros hechos del árbol llamado arce. Cratino [*PCG* IV, fr. 334]:

Orgullosas esperan, de este modo adornadas,

a los muchachos las radiantes mesas de arce de tres patas.

Cuando uno de los cínicos llama «trípode» a la mesa, se indigna Ulpiano en la obra de nuestro sabio¹¹¹, y dice: “Yo hoy ‘vuelvo a la tarea tras un período de inacción’¹¹². ¿De dónde saca eso de trípode? No, si seguro que cuenta el bastón de Diógenes además de sus dos pies, y lo llama también trípode, cuando todo el mundo denomina «mesas» a esto [B] que tenemos al lado”.

Hesíodo, en *Las bodas de Ceix*¹¹³ —pues aunque los esclavos de los gramáticos niegan que esta epopeya sea del poeta, a mí sin embargo me parece que es antigua— llama trípodes a las mesas. También el muy dotado Jenofonte, en el libro VII [3, 21] de la *Anábasis* escribe: «Se trajeron trípodes para todos; éstos eran aproximadamente veinte, cargados de carnes cortadas en trozos». Y añade: «Las mesas siempre se colocaban preferentemente al lado de los huéspedes». Antífanos [*PCG* II, fr. 280]:

[C] *Cuando el trípode fue retirado y teníamos sobre las manos el agua.*

Eubulo¹¹⁴ [*PCG* V, fr. 119, 4 s.]:

B—*Aquí tienes estos cinco trípodes.*

A— *Cinco más.* B— *¡Recaudador del quincuagésimo*¹¹⁵ *es lo que me voy a volver!*

Epicarmo [fr. 218 R-N, *CGF* 149]:

A— *¿Qué es esto?* B—*Evidentemente, un trípode.* A— *¿Entonces, por qué tiene cuatro patas? No es un trípode, sino (que es), creo yo, un «tetrápode».*

B— *Su nombre es trípode, aunque patas, en efecto, tiene cuatro.*

B— *Ya, y en otro tiempo existió Edipo; sin duda conoces el enigma*¹¹⁶.

Aristófanes [*PCG* III 2, fr. 545]:

A— *Tráenos una mesa*

que tenga tres patas y no cuatro. [D]

B— *¿Y de dónde saco yo una mesa de tres patas?*

Los eruditos se reclinan a la mesa

Era costumbre que en los banquetes se entregase al anfitrión, una vez que se reclinaba en el lecho, una tabilla con el menú que estaba preparado, para que supiera qué manjares pensaba servir el cocinero.

Alimentos servidos como entrantes

DAMASCENAS. La ciudad de Damasco, que es famosa y grande, la mencionan muchos de los autores antiguos. Y puesto que en la región de Damasco es abundante la [E] denominada «ciruela», y las que se cultivan son excelentes, esta fruta en particular recibe el nombre de «damascena», pues es distinta de las que se producen en las otras regiones. Por

tanto, se trata de ciruelas. Las menciona también Hiponacte, entre otros [fr. 62 Deg.]:

Llevaban una corona de ciruelas y menta.

Alexis [PCG II, fr. 274]:

A— *Y, por cierto, creo que he tenido un sueño*

que presagia la victoria. B— *Cuéntalo.* A— *Prestadme, entonces, atención:*

me parecía que estaba en el estadio, y que uno de los participantes

*se me acercaba desnudo y me coronaba ****

[F] *con una curvada corona de ciruelas...* B— *¡Por Heracles!*

A— *...maduras.*

Y de nuevo [PCF II, fr. 275]:

¿Has visto alguna vez un cuajar

aderezado, o un bazo relleno asado,

o una cesta de ciruelas maduras?

Así tiene la cara.

Nicandro [fr. 87 G.-Sch.]:

*La manzana que llaman de cuco*¹¹⁷.

Clearco el peripatético¹¹⁸ dice que los rodios y los sicilianos llaman a las ciruelas *brábyla* (endrinas), al igual que Teócrito de Siracusa [VII 146]:

[50A] *Ramas cargadas hasta el suelo de endrinas.*

Y, de nuevo [XII 3]:

Cuanto una manzana es más dulce que una endrina.

Pero este fruto es más pequeño de contorno que la ciruela, aunque igual en sabor, sólo que un poco más ácido. Seleuco, en sus *Glosas*¹¹⁹ afirma que endrinas, ciruelas y prunas son la misma cosa. Las prunas (*mádrya*) son, como quien dice, manzanas de árbol (*malódrya*); las endrinas (*brábyla*) se llaman así porque son laxantes y expulsan el alimento (*boràn ekbállonta*), y pruna (*êla*) es semejante a *mêla* (manzana), según asevera Demetrio Ixión en sus *Etimologías*¹²⁰. Teofrasto, por su parte, dice [*Hist. de las plantas* [B] III 6, 4]: «Ciruelo y endrino; éste es una especie de ciruelo silvestre». Araro [PCG II, fr. 20], a su vez, llama *kokkýmēlon* tanto al árbol como al fruto¹²¹. Dífilo de Sifnos¹²² comenta que son

bastante jugosas, digestivas, fáciles de evacuar y poco alimenticias.

CEREZAS. Teofrasto, en su obra *Sobre las plantas* [III 13, 1]: «El cerezo es un árbol peculiar en su naturaleza, y de gran magnitud; en efecto, crece hasta los veinticuatro codos. Tiene una hoja semejante a la del níspero, pero rígida y más ancha; la corteza es parecida a la del tilo, y la flor es blanca, [C] similar a la del peral y la del níspero, reunida en pequeños grupos de flores, de aspecto ceroso. El fruto es rojo, semejante de forma al del almez¹²³, y de tamaño como un haba, salvo que la almendra¹²⁴ del almez es dura, y la del cerezo, blanda». Y de nuevo [*Historia de las plantas* III 15, 6] «Majuelo (*krátaigos*)¹²⁵; algunos lo llaman *krataígonos*. Tiene la hoja alargada como el níspero, sólo que mayor que él y más ancha que larga, y no tiene mellas como aquél. El árbol no se hace ni muy alto ni muy grueso. La madera es [D] de varios tonos, amarillenta, resistente, y tiene la corteza lisa lo mismo que el níspero. Posee una sola raíz que crece hacia lo hondo por lo general. Tiene un fruto redondeado, parecido al acebuche; cuando madura es amarillo y ennegrece por fuera; posee el gusto y el zumo del níspero, por lo que también podría dar la impresión de ser un níspero silvestre». Por eso a mí me parece, dice Ateneo, que lo que describe el filósofo es lo que ahora llamamos cereza.

Asclepiades de Mirlea [*FGrH* 697, fr. 4] llama a un árbol «cerezo enano»; dice así: «En Bitinia crece el cerezo [E] enano, cuya raíz no es grande, pero tampoco lo es el árbol, sino parecido al rosal; en cuanto al fruto, en todos los demás aspectos es semejante {a la cereza}, pero a quienes lo consumen en exceso, como el vino, los entumece y les provoca dolor de cabeza». Me parece, afirma Ateneo, que Asclepiades dice esto refiriéndose al madroño. En efecto, el árbol que lo produce es de esa manera, y quien come más de siete de sus frutos sufre cefalea. Aristófanes [*PCG* III 2, fr. 698]:

En los montes espontáneamente les crecían los madroños en abundancia.

Teopompo [*PCG* VII, fr. 68]:

Comen bayas de mirto y madroños maduros.

Crates [*PCG* IV, fr. 43]:

Pues están plenamente en sazón

[F] *sus pechos, como una manzana o un madroño.*

Anfis [*PCG* II, fr. 38]:

Mira, la morera produce moras,

la encina, bellotas, el madroño, madroños.

Teofrasto [*Hist. de las plantas* III 16, 4]: «El madroño es el que produce el madroño comestible».

Se duda si un drama satírico titulado *Agén* lo compuso Pitón de Catania (o de Bizancio)¹²⁶, o bien el propio rey Alejandro.

Dice Larenzio en la obra del rétor: “Vosotros los griegos os apropiáis de muchas cosas como si les hubierais dado nombre o las hubierais descubierto vosotros mismos; pero ignoráis que el general romano Lúculo, que luchó contra [51A] Mitrídates y Tigranes¹²⁷, fue el primero que trajo a Italia este fruto desde la ciudad de Cerasunte, en Ponto. Y fue él quien llamó al fruto *kerásion* (cereza), con el mismo nombre de la ciudad, según cuentan nuestros historiadores”. Pero un tal Dafno lo contradice: “Sin embargo, un hombre insigne muchos años anterior a Lúculo, Dífilo de Sifnos, que vivió en tiempos del rey Lisímaco (que fue uno de los sucesores de Alejandro), menciona las cerezas, diciendo: «Las cerezas son sabrosas, jugosas y poco alimenticias, y digestivas [B] cuando se toman en frío. Son mejores las más rojas y las de Mileto, pues son diuréticas»”.

MORAS¹²⁸ Aunque en general todos las llaman así (*sykamina*), los alejandrinos en particular las denominan *móra*. Ahora bien, las moras no proceden de la higuera egipcia, que algunos llaman sicomoro. Estos árboles los lugareños los rascan superficialmente con un hierro, que dejan en la [C] planta. Y al ser movidos por el viento, en tres días los frutos se ponen tan maduros y fragantes, especialmente cuando soplan los céfiros, y tan buenos para comer, que por el suave frescor que hay en ellos se colocan incluso sobre el estómago de los enfermos con fiebre, mezclados en cataplasma con aceite de rosas, y alivian no poco a los pacientes. Y dicho fruto la

morera egipcia lo produce del tronco y no de un pedúnculo. También se llama a las moras *móra* y no *sykámina* en la obra *Los frigios* de Esquilo, a propósito de Héctor [*TrGF* III 264]:

Pero aquel hombre era más blando que las moras.

Sin embargo, en *Las cretenses* se llama así a las de zarza [*TrGF* III 116]:

[D] *Pues con moras blancas, negras
y rojo vivo está cargado al mismo tiempo.*

Sófocles [*TrGF* IV 395]:

*Primero verás la blanca espiga floreciente,
después la redonda mora teñirse de púrpura.*

También Nicandro, en sus *Geórgicas* [fr. 75 G.-Sch.], indica que aparecen antes que los restantes frutos, y llama al árbol siempre *moréē* (moral), lo mismo que los alejandrinos:

*Y del moral, que es delicia para los niños pequeños,
[E] y el primero que anuncia a los mortales el dulce otoño.*

Fenias de Éreso [*DSA* IX, fr. 42], el discípulo de Aristóteles, llama *móron* al fruto de la zarzamora, que es también él muy dulce y sabroso cuando está maduro. Escribe así: «La mora de zarza, una vez que se ha secado su glóbulo, semejante al de la mora de moral, tiene unas excrecencias que contienen las semillas, a semejanza de las moras de moral, como si estuvieran rociadas con sal, y posee unas divisiones que ceden a la presión y segregan buen jugo».

Partenio llama *hábryna* a las moras, que algunos denominan [F] *móra*. Los habitantes de Salamina llaman a estos mismos frutos *bátia*. Demetrio Ixión¹²⁹ dice que *sykámina* y *móra* son lo mismo, y que vienen a significar «que manan sangre» (*haimóroa*), y «mejores que los higos» (*sykōn ameínō*). El médico Dífilo de Sifnos escribe así: «Las moras, que también se llaman *móra*, son de buen jugo pero de poco alimento, además de digestivas y fáciles de evacuar; en particular las que están poco maduras actúan como vermífugas».

Cuenta Pitermo¹³⁰, según afirma Hegesandro¹³¹, que en [52A] su época los morales no dieron fruto durante veinte

años, y que se produjo una epidemia de podagra tal que no sólo fueron hombres los afectados, sino también niños, muchachas, eunucos y hasta mujeres. Y que este mal atacó también de tal manera a los apriscos, que dos terceras partes de los rebaños sufrieron la misma enfermedad.

NUECES. Los áticos y los demás prosistas coinciden en llamar a todos los frutos secos *kárya* (nueces). Epicarmo, en cambio, emplea el término en sentido particular¹³², como nosotros [fr. 219 R-N, *CGF* 150]:

Mascando nueces secas, almendras. [B]

Fililio [*PCG* VII, fr. 24]:

Huevos, nueces, almendras.

En cambio, Heracleón de Héfeso¹³³ dice: «Se llamaba *kárya* también a las almendras y a las que ahora denominamos castañas». El árbol se llama *karyá* (nogal) en Sófocles [*TrGF* IV 759]:

Nogales y fresnos.

Eubulo [*PCG* V, fr. 135]:

Bellotas¹³⁴ y nueces de Caristo.

También se llama a cierta variedad de nueces «mostenas»¹³⁵.

ALMENDRAS. Las almendras de Naxos eran famosas entre los antiguos; y es que, en efecto, en la isla de Naxos se producen extraordinarias, según estoy personalmente convencido, dice Ateneo.

[C] Frínico [*PCG* VII, fr. 73]:

*Las muelas
todas me las saltó, así que
no podría cascar
una almendra de Naxos.*

También son distintas las almendras que se producen en la isla de Chipre; comparadas con las de otras partes son alargadas y curvadas en el extremo. Los lacedemonios, afirma Seleuco en sus *Glosas*¹³⁶, llaman *mýkēroi* a las nueces tiernas, y los habitantes de Tenos a las nueces dulces.

En cambio, Amerias¹³⁷ afirma que se llama *mýkēros* a la [D] almendra. Las almendras tomadas como aperitivo estimulan mucho a beber. Éupolis [*Armadores*, PCG V, fr. 271]:

*Da para mascar almendras de Naxos,
y para beber, vino de las vides de Naxos.*

Había una variedad de vid llamada «de Naxos». Plutarco de Queronea [*Moralia* 624c] dice que en casa de Druso, el hijo del César Tiberio, un médico que superaba a todo el mundo bebiendo fue sorprendido cuando comía antes de beber cinco o seis almendras amargas; y que cuando se le prohibió tomarlas no pudo resistir lo más mínimo la bebida, [E] El motivo era, por tanto, el efecto propio del amargor, que es desecativo y consume los líquidos. La palabra *amygdálē* (almendra) procede, según Herodiano de Alejandría¹³⁸, del hecho de que en la parte que está a continuación de lo verde es como si tuviera muchos arañazos (*amychai*).

Como un asno, vas a la paja de los postres,
dice en alguna parte Filemón [PCG VII, fr. 158].

Encinas, adorno de Pan,
asevera Nicandro en el libro II de sus *Geórgicas* [fr. 69 G.-Sch.].

También se dice *amýgdalon*, con género neutro. Dífilo [PCG V, fr. 80, 1]¹³⁹:

Postres: bayas de mirto, un pastel, almendras. [F]

Respecto a la colocación del acento de la palabra *amygdálē* (almendra), Pánfilo¹⁴⁰ estima que en el nombre del fruto debe ir lo más atrás posible, como en el neutro *amýgdalon*; por contra, el nombre del árbol requiere acento circunflejo en la última sílaba, *amygdalê*, como *rhodê* (rosal). También Arquíloco [IEG I, fr. 30, 2]:

Y la hermosa flor del rosal.

[53A] Aristarco, en cambio, pronuncia el fruto y el árbol por igual con acento agudo en la última sílaba. Filóxeno, por su parte¹⁴¹, les pone a ambos acento circunflejo en la última sílaba. Éupolis [*Los que se sumergen*, PCG V, fr. 79]:

...vas a matarme, ¡sí, por la almendra!

Aristófanes [*PCG* III 2, fr. 605]:

*Venga, ahora coge las almendras
estas y cáscalas con tu propia cabeza [como piedra].*

Frínico [*PCG* VII, fr. 64]:

Una almendra, buen remedio para la tos.

Otros escriben *amygdalaí*, como *kalaí* (hermosas). En cambio Trifón, en su *Acentuación ática*¹⁴², llama *amygdálē*, [B] con acento lo más retrasado posible, al fruto, al que nosotros llamamos *amýgdalon*, con género neutro; y *amygdalaí* a los árboles, siendo dicha forma un posesivo derivado del nombre del fruto, por lo que lleva acento circunflejo en la última sílaba.

Pánfilo, en sus *Glosas*, afirma que los lacedemonios llaman al cascanueces *moukērobagón*, por «casca-almendras», pues los lacedemonios llaman a las almendras *moúkēroi*.

Efectos y cualidades de los frutos secos

Las denominadas «nueces de Ponto», que algunos llaman «fáciles de pelar», las menciona Nicandro¹⁴³. Hermonacte y Timáquidas [C], en sus *Glosas*, afirman que la nuez de Ponto se llama «bellota de Zeus»¹⁴⁴.

Heraclides de Tarento¹⁴⁵ se pregunta si hay que servir antes los frutos secos para picar, como se hace en algunos lugares de Asia y de la Hélade, o, por el contrario, después de la cena. Pues si se hace después de la cena sucede que, al haber gran cantidad de comida en el estómago y los intestinos, los frutos secos que se van introduciendo sucesivamente para estimular a beber se mezclan con los alimentos, y producen ventosidades y fermentaciones de la comida, debido [D] a que comportan en su naturaleza un elemento que se deposita en el estómago y es difícil de digerir. De ahí surgen indigestiones y flujos de vientre.

«Las almendras», afirma Diocles¹⁴⁶, «son alimenticias y buenas para los intestinos, además de caloríficas, por tener un componente semejante al mijo. Perjudican menos las verdes que las secas, las remojadas que las sin remojar, y las tostadas

que las crudas. En cambio, las avellanas, llamadas ‘bellotas de Zeus’, no alimentan tanto como las almendras, [E] y poseen un componente semejante al mijo que se deposita en el estómago. Si se comen en cantidad excesiva, ponen la cabeza pesada. Incomodan menos también de ellas las verdes que las secas. Las nueces producen no menos dolor de cabeza que las bellotas de Zeus, pero alimentan más. Irritan la garganta y la boca, pero tostadas son menos nocivas. De los frutos secos son los que se evacuan mejor si se comen con miel. Las castañas son más flatulentas, y menos nocivas [F] las hervidas que las crudas o asadas, y las asadas menos que las crudas». Filotimo¹⁴⁷, en su obra *Sobre la alimentación*, dice: «La avellana y la llamada nuez de Sardes crudas son todas difíciles de asimilar y digerir, ya que son retenidas en los intestinos por la mucosidad, y poseen acritud. La nuez de Ponto es oleosa y difícil de asimilar. La almendra se asimila con menos dificultad; en efecto, aunque se coman en gran cantidad, no nos provocan molestias. Además, resultan más oleosas, y producen un líquido dulce y aceitoso». [54A] Por su parte Dífilo de Sifnos dice: «Las nueces producen dolor de cabeza, y se depositan en el estómago. Pero aquéllas entre ellas que están todavía tiernas y ya han blanqueado, resultan más jugosas y mejores; en cambio, las asadas al horno son poco nutritivas. A su vez, las almendras son diuréticas, adelgazantes, purgantes y poco nutritivas; con todo, las secas son mucho más flatulentas y se depositan menos en el estómago que las verdes, que tienen un jugo desagradable, y son menos nutritivas. Las que son tiernas, llenas, y [B] han blanqueado, al ser lechosas tienen un jugo mejor. De entre las secas las de Tasos y Chipre, por ser tiernas, son fáciles de evacuar. Las nueces de Ponto provocan dolores de cabeza, pero se depositan menos en el estómago que las nueces reales»¹⁴⁸.

Mnesíteo de Atenas, en su obra *Sobre los comestibles* [fr. 30 Bert.], dice: «El proceso de fermentación en el intestino de las nueces de Eubea o castañas, pues se llaman de ambas maneras, es difícil, y su digestión resulta flatulenta; sin embargo, dan consistencia a la constitución del cuerpo, si se logra tolerarlas. Las almendras, las avellanas, las nueces y las

restantes de este tipo son inferiores a ellas. En general [C] no hay que comer ninguna de estas variedades sin cocer, a excepción de las almendras verdes, sino que unas hay que hervirlas, y otras que asarlas. En efecto, algunas de ellas son oleosas por naturaleza, como las almendras secas y las bellotas de Zeus, y otras duras y ásperas, como las bellotas y todas las del mismo género. La cocción elimina la grasa de las oleosas, pues éste es su componente peor. Por su parte, las duras y ásperas se ablandan si se ponen a fuego bajo y lento». Dífilo llama también a las castañas «bellotas de Sardes», y afirma que son muy nutritivas y jugosas, pero [D] difíciles de digerir debido a que se depositan en el estómago; que las asadas resultan menos nutritivas, pero se digieren mejor; y que las cocidas son menos flatulentas y alimentan más que las otras.

Fácil de pelar y nuez

la llaman los eubeos; otros, en cambio, bellota,

dice Nicandro de Colofón en sus *Geórgicas* [fr. 76 G.-Sch.]¹⁴⁹. En cambio Agéloco¹⁵⁰ llama a las castañas *ámōta*: «Allí donde nacen las nueces de Sínope, se llamaba a los árboles *ámōta* (castaños)».

[E] GARBANZOS. Cróbilo [*PCG* IV, fr. 9]:

Un garbanzo verde

*ganaba jugando al cótabo, totalmente sin valor. Desde luego,
es la golosina de un mono con mala suerte.*

Homero [*Il.* XIII 589]:

Saltan unas habas de pellejo oscuro o garbanzos.

Jenófanes de Colofón, en sus *Parodias* [fr. 13 G.-P.]¹⁵¹:

*Junto al fuego hay que decir esto en la estación del invierno,
recostado en un blando lecho, bien ahito,
mientras se bebe dulce vino y se roen garbanzos:*

«¿Quién eres, y de dónde entre los hombres? ¿Cuántos años tienes, nobilísimo señor?

*¿Cuántos tenías cuando vino el meda?»*¹⁵²

[F] Safo [*PLF* 143]:

Garbanzos dorados crecían en las riberas.

Teofrasto, en *Sobre las plantas* [VIII 5, 1], llama a una clase de garbanzos «carneros»¹⁵³. También Sófilo [*PCG* VII, fr. 8]:

*El padre de ésta es, con mucho, el mayor
garbanzo carnero.*

Fenias, en *Sobre las plantas* [DSA IX, fr. 43], dice: «Entre los frutos secos para picar se cuentan, en la temporada en que están tiernos, la algarroba, el haba, el garbanzo; pero una vez curados se toman hervidos y tostados casi la mayor parte de las veces». Alexis [*PCG* II, fr. 167]¹⁵⁴:

*Está mi marido, un pobre, y yo,
una anciana, y mi hija y mi hijo pequeño, [55A]
y esta buena mujer, cinco en total.
Si tres de nosotros cenamos,
compartimos con ellos dos
un pan pequeño, y entonamos un lamento
de palabras sin música cuando nada tenemos.
La color, al estar sin comer,
se nos pone pálida. Las partes
y el conjunto de nuestra subsistencia son:
haba, altramuz, verdura,
rábano, algarroba, arveja, bellota,
nazareno, cigarra, garbanzo, pera silvestre,
y el don divino, atención para conmigo
de la Diosa Madre¹⁵⁵, el higo seco,
invención de una higuera frigia.*

Ferécrates [*Cratápalos*, *PCG* VII, fr. 89]¹⁵⁶: [B]

Ablandarás los garbanzos inmediatamente.

Y de nuevo [*PCG* VII, fr. 170]:

Se ahogó mascando garbanzos tostados.

Dífilo, a su vez, dice: «Los garbanzos son indigestos, purgantes, diuréticos, flatulentos». Según Diocles¹⁵⁷, hacen fermentar la carne; son mejores los blancos que los negros, junto con los del color del boj; los milesios, que los llamados carneros; los verdes, que los secos; y los remojados, que los sin remojar. Los garbanzos son un descubrimiento de Poseidón.

[C] ALTRAMUCES [Alexis, *PCG* II, fr. 268]:

A—*¡Ojalá que no llegue a tiempo,
en medio de desgracias, el que comió los altramuces
en el vestíbulo, porque se dejó las cáscaras,
y no se ahogó comiéndolos! Pero, ante todo ***
B— Sé que no fue Cleeneto el trágico
quien los comió; pues jamás
tiró *** la piel de legumbre alguna,
¡tan solícito es el hombre en cuestión!*

[D] Licofrón de Calcis, en un drama satírico que escribió para burlarse del filósofo Menedemo, del que recibió el nombre la secta de los eretrios, dice, ridiculizando las cenas de los filósofos [*Menedemo*, *TrGF* I 100, fr. 2, 9 s.]:

*Y se acercó bailando el vil y abundante
altramuz, compañero de triclinio de los pobres.*

Dífilo [*PCG* V, fr. 87]:

*No hay ningún trabajucho más ruinoso,
que el del alcahuete.
Prefiero vender, pateando la calle,
rosas, rábanos, vainas de altramuz, orujo de aceituna¹⁵⁸,
[E] en una palabra, cualquier cosa, antes que alimentar a éstas.*

Y es digno de destacar, comenta Ateneo, eso de «vainas de altramuz» (*thermokýamoi*), pues también hoy en día se dice así. Polemón¹⁵⁹ afirma que los lacedemonios llaman a los altramuces *lysilaïdes* (rompe-piedras). Por su parte, Teofrasto cuenta, en sus *Causas de las plantas* (IV 2, 2): «El altramuz, la algarroba y el garbanzo son las únicas legumbres que no crían cocos, por su acritud y amargor». «El garbanzo —dice— se pone negro cuando se estropea». Sin embargo, el mismo autor, en el libro III [22, 3] de dicho [F] tratado, comenta que en los garbanzos nacen orugas. Dífilo de Sifnos afirma que los altramuces son purgantes y muy alimenticios, sobre todo los que han sido muy endulzados. Por eso también Zenón de Citio¹⁶⁰, que era un hombre rudo y sumamente irascible con sus conocidos, después de trasegar gran cantidad de vino se volvió dulce y amable. Y a quienes le preguntaban por el cambio de carácter les decía que le había pasado lo mismo que

a los altramuces; pues también ellos antes de estar en remojo son muy amargos, pero una vez remojados se vuelven dulces y agradabilísimos [56A].

JUDÍAS¹⁶¹. Los lacedemonios, en las cenas denominadas *kopídes*¹⁶², dan para picar higos secos, habas y judías verdes; lo cuenta Polemón¹⁶³. Epicarmo [fr. 220 R-N, CGF 151]:

Tuesta más deprisa judías, si Dioniso te aprecia.

Demetrio (el comediógrafo antiguo) [PCG V, fr. 5]:

O un higo o una judía o algo por el estilo.

ACEITUNAS. Éupolis [PCG V, fr. 338]:

Sepias

y aceitunas maduras en el árbol.

[B] Son las mismas que los romanos llaman *druppae*. Dífilo de Sifnos afirma que las aceitunas son poco nutritivas y provocan dolor de cabeza; que las negras, además de ser peores para el estómago, ponen la cabeza pesada; que las llamadas *kolymbádes* (nadadoras)¹⁶⁴ son mejores para el estómago y astringentes del vientre, y que las negras prensadas son más estomacales. Aristófanes menciona las aceitunas prensadas [PCG III 2, fr. 408]:

Hacer que sean prensadas las aceitunas,

y de nuevo:

No es lo mismo aceitunas en salmuera y orujo de aceituna,

y poco después:

[C] *Pues es mejor que sean aceitunas prensadas que en salmuera.*

Arquéstrato, en su *Gastronomía* [Suppl. Hell., fr. 138]:

Que te tengan servidas rugosas aceitunas maduras en el árbol.

De manera que, a fin de guardar un buen recuerdo de Maratón en el porvenir, todo el mundo echa siempre hinojo¹⁶⁵ a las aceitunas en salmuera,

dice Hermipo [PCG V, fr. 75]. Filemón¹⁶⁶ comenta: «Se llaman *pityrídes* (de salvado) las aceitunas de mala calidad, y *stemphylídes* (de orujo) las negras». Calímaco, en *Hécale*, enumera clases de aceitunas [fr. 248 Pf.]:

La que cae por sí sola, la de salvado, y la que, aún blanca,

había sido puesta a nadar en salmuera a fines de otoño.

Las aceitunas maduras en el árbol se llamaban tanto [D] *ischádes*¹⁶⁷ como *gergérimoi*. Y también, sin pronunciar la palabra «aceitunas», se las llama *drypepeîs* (maduradas en el árbol), sin más. Teleclides [PCG VII, fr. 40]:

Que me ruegue entretenerse día tras día

*con las maduras en el árbol y panes de cebada, y vender perifollo*¹⁶⁸.

Los atenienses llamaban a las aceitunas machacadas *stémphyla*, y *brýtea* a lo que nosotros llamamos *stémphyla*, los orujos de la uva. La palabra procede de *bótrys* (racimo de uva).

RÁBANOS¹⁶⁹. Han recibido este nombre (*rhaphanídes*) [E] porque se encuentran con facilidad (*rhāidiōs phainesthai*). Los áticos pronuncian la palabra con la iota tanto larga como breve¹⁷⁰. Cratino [PCG IV, fr. 350]:

A los rábanos les parece bien, pero a las otras verduras no.

Éupolis [PCG V, fr. 338, 1]:

Rábanos sucios y sepias.

Que «sucios» hay que entenderlo referido a los rábanos y no a las sepias lo demuestra Antífanos cuando escribe [PCG II, fr. 273]:

*Engullir patos, panales de miel, nueces, huevos, pasteles de miel y aceite,
rábanos sucios, rabanitos, nabos, sémola, miel.*

Propiamente se llamaba así, rábanos sucios (*áplytoi*), a los [F] que también denominamos «rábanos de Tasos». Ferécrates [PCG VII, fr. 190]:

Hay rábano sucio

y baños calientes y salazón estofada y nueces.

Emplea el diminutivo Platón en *Hipérbolo* [PCG VII, fr. 186]:

Una hoja de verdura o un rabanillo.

Teofrasto, en su obra *Sobre las plantas* [VII 4, 2], dice que hay cinco clases de rábanos: de Corinto, liso de Tasos¹⁷¹, de Cleonas, de Amorea y de Beocia; que algunos llaman «tracio» al liso de Tasos; que el más sabroso es el de Beocia, y tiene una forma redondeada. «En general —comenta— aquéllos

cuyas hojas son lisas son más sabrosos». Calias dice [57A] *rháphanos* refiriéndose al rábano. En efecto, al tratar sobre la comedia antigua dice [PCG IV, fr. 26]:

*Puré de legumbres, fuego, nabos, rábanos, aceitunas maduras en el árbol,
hogazas.*

Que es a los rábanos a lo que llama así lo demuestra Aristófanes, que escribe también él sobre la comedia en la antigüedad, y dice [PCG III 2, fr. 264]:

*El coro bailaba posiblemente ceñido con alfombras y brazadas de mantas,
llevando bajo el brazo costillares de buey, morcillas y rábanos.*

El rábano es un comestible muy vulgar. Anfis [PCG II, fr. 26]¹⁷²: [B]

*Quien cuando merca comida ***
aun pudiendo gozar de pescado de verdad,
desea comprar rábanos, está loco.*

PIÑAS PIÑONERAS. El médico Mnesíteo de Atenas, en su tratado *Sobre los comestibles* [fr. 31 Bert.], llama a los piñones *ostrakídes*¹⁷³, y también *kônoi* (conos). Diocles de Caristo [fr. 127 Well.] los llama *pityína kárya* (nueces de pino), y Alejandro de Mindo *pityínoi kônoi* (conos de pino)¹⁷⁴. Teofrasto [*Hist. de las plantas*, III 9, 5] llama al árbol [C] *peúkē* (pino), y al fruto *kônos* (cono). Hipócrates, en su obra *Sobre la tisana* [II 456 L.], la mitad de la cual es espuria, e incluso toda ella según otros, los denomina *kókkaloi*. Pero la mayoría los llama *pyrênes* (pepitas), lo mismo que Heródoto cuando habla de la nuez de Ponto. Dice, en efecto [IV 2, 3]: «Ésta tiene una pepita cuando madura». Dífilo de Sifnos comenta: «Las piñas piñoneras son muy alimenticias, propias para suavizar la tráquea y purificadoras del pecho, debido a que poseen un principio resinoso». Mnesíteo¹⁷⁵ afirma que engordan el cuerpo y son inocuas para la digestión [D], también que son diuréticas y no retienen el vientre.

HUEVOS. Anaxágoras, en su *Sobre la naturaleza*¹⁷⁶, dice que la llamada «leche de pájaro»¹⁷⁷ es la clara de los huevos. Aristófanes [*Aves* 695]:

En el principio puso la noche un huevo huero.

Safo hace la palabra trisílaba¹⁷⁸ [PLF 166]:

Cuentan que una vez Leda encontró un huevo,

y de nuevo [PLF 167]:

Mucho más blanco que un huevo.

Epicarmo dice *ōea*¹⁷⁹ [fr. 221 R-N, CGF 152]:

Huevos de ganso y de volátiles gallinas.

También Simónides, en el libro segundo de sus yambos¹⁸⁰:

Como el huevo de un ganso de Meandro.

Anaxándrides [PCG II, fr. 80] alarga la palabra a cuatro sílabas [E], y dice *ōária*. Lo mismo Efipo [PCG V, fr. 24]¹⁸¹:

Unos pequeños cantarillos de vino de dátíl,

huevos y otros muchos entretenimientos semejantes.

Alexis en alguna parte habla de «mitades de huevos»¹⁸². No sólo se dice huevos *anemiaîa* (estériles), sino también *hypēnēmia* (hueros).

Se llamaba así mismo «huevo» la parte de la casa que ahora denominamos «piso superior», afirma Clearco en sus *Eróticos*, y sostiene que Helena¹⁸³, por haberse criado en [F] tales estancias, se ganó la fama de haber nacido de un huevo. Neocles de Crotona¹⁸⁴ no tiene razón cuando afirma que el huevo del que nació Helena cayó de la luna; en efecto, las mujeres selenitas ponen huevos, y los que nacen de ellos son quince veces más grandes que nosotros, según cuenta Herodoro de Heraclea¹⁸⁵. Íbico, en el libro V de sus *Poemas líricos*, dice sobre los Moliónidas¹⁸⁶ [PMG, fr. 285]:

[58A] *Ya los jóvenes de los caballos blancos,*

hijos de Molíone, los maté,

de la misma edad, de cabezas iguales, constituidos en un mismo cuerpo,

ambos nacidos en un huevo

de plata.

Efipo [PCG V, fr. 8]¹⁸⁷:

⟨Llegaron⟩ tortas de sésamo y miel, golosinas, pasteles de sésamo, una torta de leche,

una hecatombe de huevos: todo eso saboreamos.

Menciona los huevos sorbidos Nicómaco [*PCG* VII, fr. 3]:

*Aunque mi padre me dejó una posesioncilla,
la despilfarré y dilapidé
en pocos meses, igual que se sorbe un huevo.*

Y Érifo los huevos de ganso [*PCG* V, fr. 7]:

[B] A— *Unos huevos. B—Realmente blancos
y grandes. Son de ganso, me parece a mí.*
A—*Pues éste dice que los puso Leda*¹⁸⁸.

Epéneto y Heraclides de Siracusa¹⁸⁹, en su *Arte culinario*, afirman que entre los huevos sobresalen los de los pavos reales, y que tras ellos están los de las ocas del Nilo¹⁹⁰; en tercer lugar consideran los de gallina.

Aperitivos de la cena

APERITIVO. Después que se sirvió una ronda de aperitivo, el maestro de ceremonias, Ulpiano, preguntó si se encuentra en algún autor llamado así, *própoma*, como nosotros lo denominamos ahora. Y mientras todos rebuscaban en la memoria, les dijo: “Yo mismo os lo voy a decir. Filarco de Atenas o de Náucratis, [C] en el pasaje en el que trata sobre el rey Celas de Bitinia, el cual, habiendo invitado a un banquete de hospitalidad a los jefes gálatas, conspiró contra ellos, y resultó muerto él mismo, cuenta lo siguiente, si acierto a recordarlo [*FGrH* 81, fr. 50]: «Se sirvió una ronda de aperitivo antes de la cena, como se acostumbraba al principio». Y tras decir esto, Ulpiano pidió beber de la enfriadera¹⁹¹, afirmando que se recompensaba a sí mismo por haberlo citado de memoria con prontitud. Respecto a los alimentos dispuestos en los aperitivos había, entre otros, los siguientes:

[D] MALVAS¹⁹². Hesíodo [*Trabajos y días* 41]:

Ni qué gran provecho hay en la malva y en el asfódelo.

Ésta (*maláchē*) es la forma ática, pero yo, afirma Ateneo, en muchas copias del *Minos* de Antífanos la he encontrado escrita con ómicron¹⁹³ [*PCG* II, fr. 156]:

Royendo una raíz de malva

y Epicarmo [fr. 222 R-N, CGF 153]:

Lo que es yo, más tierno que una malva.

Fenias, por su parte, en *Sobre las plantas* [DSA IX, fr. 43], dice: «La cápsula seminal de la malva cultivada se llama [E] *plakoûs* (pastel), porque se le asemeja. En efecto, la parte con aspecto de peine es similar a la base del pastel, y en medio de la masa del pastel se encuentra el botón umbilical. Por otro lado, cuando se pela la base resulta parecida a los erizos de mar estriados». Dífilo de Sifnos dice que la malva es jugosa, suaviza la tráquea, y hace que se desprendan las asperezas superficiales. También comenta que es beneficiosa para las irritaciones de los riñones y la vejiga, y que es [F] bastante fácil de evacuar además de alimenticia, aunque mejor la silvestre que la de jardín. Hermipo el discípulo de Calímaco¹⁹⁴ afirma así mismo que al remedio llamado *álimos* (quita-hambre), y también *ádipsos* (quita-sed), se le echa igualmente malva, que es eficazísima.

CALABAZAS¹⁹⁵. Eutidemo de Atenas¹⁹⁶, en su tratado *Sobre las verduras*, llama a la calabaza *sikýa Indikê* (cogorda índica), porque la semilla fue traída de la India. Los habitantes de Megalópolis la llaman *sikyōnía* (sicionia). Teofrasto¹⁹⁷ dice que las calabazas no se dividen en géneros, sino que las hay mejores y peores. Menodoro¹⁹⁸ el discípulo [59A] de Erasístrato, el amigo de Hicesio, dice: «Entre las calabazas están la índica, la misma que se llama también *sikýa*, y la calabaza propia. La índica se hierve por regla general, pero la calabaza también se asa». Sin embargo, hasta nuestros días la calabaza común se llama índica entre los cnidios. Los habitantes del Helesponto llaman *sikýai* (cogordas) a las alargadas, y *kolokýntai* (calabazas) a las redondeadas. Diocles¹⁹⁹, por su parte, dice que se producen unas calabazas buenísimas en la región de Magnesia, además de una naba gigante, dulce y digestiva; en Antioquía, el pepino; en Esmirna y Galacia, lechuga; y ruda, en Mira.

Dífilo, por su parte, afirma: «La calabaza es poco nutritiva, [B] de fácil digestión, hidrata el cuerpo, es fácil de evacuar, y succulenta. Es mejor para el estómago la que se toma con agua y vinagre, pero más sabrosa la sazónada. Es más adelgazante

la que se come con mostaza, pero más digestiva y fácil de evacuar la que está bien hervida». Mnesíteo [fr. 34 Bert.], a su vez, dice: «Cuantos por naturaleza son adecuados para recibir la acción del fuego, como la cogorda y la calabaza, las manzanas de Cidonia, los membrillos y los de este tipo, cuando se toman cocidos no proporcionan al [C] cuerpo mucho alimento, pero sí inocuo y muy líquido. Todos ellos son también astringentes del vientre, pero hay que tomarlos preferentemente hervidos». Los áticos la llaman solamente *kolokýntē*. Hermipo [PCG V, fr. 69]:

¡Qué cabeza tiene!

¡Como una calabaza!

Frínico emplea un diminutivo [PCG VII, fr. 65]:

O un poco de pan de cebada o una calabacita (kolokyntíon).

Epicarmo [fr. 223 R-N, CGF 154]:

Es mucho más saludable que la calabaza con mucho.

Epícrates el comediógrafo [PCG V, fr. 10]:

[D] A— *¿Qué hay de Platón,*

*Espeusipo y Menedemo?*²⁰⁰

¿De qué se ocupan ahora?

¿Qué meditación, qué razonamiento

se investiga en sus escuelas?

Dímelo sabiamente, si vienes

*con alguna noticia ¡por la tierra! ****

B—*Pues sí, puedo hablar de ello con precisión,*

porque en las Panateneas ví una tropa

*de muchachos ****

en los gimnasios de la Academia,

y escuché razonamientos indecibles, insólitos.

En efecto, estaban dando definiciones sobre la naturaleza,

y analizaban la vida de los animales, [E]

la naturaleza de los árboles y los géneros de hortalizas.

Y a continuación, de entre éstas investigaban

de qué género es la calabaza.

A—*Y entonces, ¿qué determinaron, y de qué género es la planta? Explicámelos, si has comprendido algo.*

B—*En primer lugar, todos se aplicaron*

*en silencio y, bajando la cabeza,
 meditaron no poco tiempo.
 Y después, de repente, mientras los muchachos
 aún tenían la cabeza baja y reflexionaban,
 uno dijo que era una verdura redonda;
 otro, que una hierba; otro, que un árbol. [F]
 Y al oír esto, un médico
 de tierra siciliana
 se burló de ellos por decir tonterías.
 A— ¿Entonces sin duda se enfadaron terriblemente y gritaron que era un insulto?
 Pues hacer eso en tales asambleas es inconveniente...
 B—A los jóvenes no les importó.
 En cuanto a Platón, que estaba allí, con mucha suavidad,
 sin soliviantarse, les mandó
 que de nuevo <desde el principio> definieran
 de qué género es <la calabaza>.
 Y ellos lo precisaron.*

El encantador Alexis sirve un aperitivo completo para quienes saben discernir [PCG II, fr. 263]:

*[60A] Me encontré, sin advertirlo, donde la situación lo requería.
 Me dieron el lavamanos. Vino con la mesa,
 sobre la que no había ni queso, ni surtidos de aceitunas,
 ni fuentes que nos ofreciesen su rico aroma,
 ni fruslerías, sino que se nos sirvió
 un plato que exhalaba magníficamente el olor de las estaciones
 la mitad de toda la esfera celeste.
 En efecto, estaban en ella todas las bellezas de allá:
 peces, cabras; un escorpión corría entre ellos²⁰¹;
 unas mitades de huevos representaban las estrellas.
 [B] Les echamos mano. Él estaba ocupado
 hablándome y haciéndome señas con la cabeza, y todo el esfuerzo
 recaía sobre mí. Al final no paré hasta que,
 a fuerza de excavar en el plato, lo hice parecer una criba.*

SETAS. Aristias [TrGF I 9, fr. 6]:

El suelo de piedra retumbó con las setas²⁰².

Políoco [PCG VII, fr. 2]:

Bien amasado,

*un poco de negro pan de cebada mezclado con paja
tomaba cada uno de nosotros dos veces al día,
y unos pocos higos. Y alguna vez quizás se asaba [C]
una seta o, si caía alguna gota, se cogían
caracoles, o verduras silvestres
y aceitunas prensadas, y para beber había un vinucho
dudoso.*

Antífanos [*PCG* II, fr. 225]:

*La cena es un pan de cebada todo erizado
de paja, pertrechado para la frugalidad,
un nazareno solitario y algunas fruslerías:
una cerraja, o una seta, y otras cosas semejantes que
nos proporciona el lugar; míseros productos para los miserables [D].
Tal es nuestra vida, que no produce fiebre ni inflamación.
Nadie, habiendo carne, come ajedrea,
ni siquiera los que aparentan seguir a Pitágoras²⁰³.*

Y continúa:

*Pues ¿quién de vosotros sabe el futuro que está destinado
a sufrir cada uno de nuestros amigos? Así que, rápido, coge
estas dos setas de encina y ásalas.*

Cefisodoro, el discípulo de Isócrates, en su escrito *En* [E] *respuesta a Aristóteles* (que tiene cuatro libros), critica al filósofo por no haber considerado digno de interés recopilar proverbios, mientras que Antífanos les compuso todo un drama, el titulado *Proverbios*. De él se citan, entre otros, los siguientes versos [*PCG* II, fr. 186]:

*Pues si yo comiese de vuestra comida,
me parecería estar comiendo setas crudas,
o manzanas agrias, o cualquier otro alimento que corte el aliento.*

Las setas nacen de la tierra, y pocas de ellas son comestibles, pues la mayoría mata por asfixia. Por eso dice Epicarmo en tono de burla [fr. 267 R-N, *CGF* 115]:

[F] *Como las setas entonces, desecados, os asfixiaréis.*

Nicandro, en sus *Geórgicas*, expone también cuáles de ellas son las mortales, diciendo [fr. 78 G.-Sch.]:

*están guardados en el olivo, el granado, la encina y el roble:
las asfixiantes cargas que llevan pegadas de setas tumefactas.*

Pero afirma así mismo que:

[61A] *Cuando, tras esconder profundamente en estiércol
un tallo de higuera, lo mojes con aguas siempre corrientes,
le nacerán en las raíces setas inocuas; de ellas, tú
la ya crecida no la cortas baja, por la raíz.*

[El resto no era legible]²⁰⁴.

Y entonces cocerás también unas setas amanitas

dice el mismo Nicandro en la citada obra [fr. 79 G.-Sch.].
Efipo [PCG V, fr. 27]:

Para que, como las setas, pueda asfixiarte.

Epárquides²⁰⁵ cuenta que el poeta Eurípides residió en [B]
Ícaros, y compuso el siguiente epigrama sobre una mujer que,
con sus hijos, dos varones ya crecidos y una jovencita, comió
en los campos setas venenosas y murió por asfixia junto con su
progenie [Ant. Pal., Ap. Cougny, ep. dem. 27]:

¡Oh tú que hiendes la esfera inmarcesible del cielo, Helios!

¿Has visto antes con tu ojo²⁰⁶ un infortunio semejante?

*Una madre, una joven doncella y dos hermanos de una misma sangre,
muertos a la luz del mismo día fatal.*

Diocles de Caristo [fr. 119 Well.], en el libro I de su *Sobre la salud*, dice: «Plantas silvestres para hervir: acelga, malva, [C] romaza, ortiga, armuelle, cebollas, trufas, setas».

CHIRIVÍA²⁰⁷. Espeusipo, en el libro II de las *Semejanzas*²⁰⁸, afirma que nace en el agua, y que la hoja es semejante a la del apio de los pantanos. Por eso también el segundo Ptolomeo Evergetes²⁰⁹ que fue rey de Egipto considera que hay que escribir en Homero [Od. V 72]:

Y en torno, mullidos prados de chirivías y de apio,

pues con el apio crecen las chirivías, no las violetas²¹⁰.

Más sobre las setas

Dífilo dice que las setas son sabrosas, [D] laxantes del vientre y nutritivas, pero indigestas y flatulentas. Así son las de la isla de Ceos. «Sin embargo, muchas provocan también la muerte. Parece que son apropiadas para comer las muy finas, tiernas y fáciles de romper que nacen en los olmos y pinos. Y son inapropiadas para comer las negras, lívidas y duras, y las que después de hervidas y servidas se endurecen, las cuales producen la muerte al ser consumidas. El remedio consiste en una poción [E] de hidromiel y ojimiel, nitro y vinagre; tras su ingesta hay que vomitar. Por eso conviene así mismo prepararlas preferentemente con vinagre y ojimiel, o miel, o sal, pues de este modo se elimina su principio asfixiante». Teofrasto, en la *Historia de las plantas* [fr. 168 W.], escribe: «Las plantas de este tipo son tanto subterráneas como aéreas, por ejemplo los que algunos llaman cuescos de lobo²¹¹, que nacen junto con las setas. También éstos carecen de raíces; la seta, en cambio, tiene el tallo extendido a lo largo a manera de unión, y a partir de él se desarrollan las raíces». Dice así [F] mismo que en el mar que bordea las columnas de Heracles²¹², cuando las lluvias se tornan más abundantes, nacen a la orilla del mar unas setas que se convierten en piedra por la acción del sol, afirma. También Fenias en el libro I de su *Sobre las plantas* [DSA IX, fr. 18]: «Otras no producen floración, ni vestigio de brotes germinales, ni de desarrollo de semillas, por ejemplo las setas, la trufa, el helecho macho y la hiedra». El mismo autor dice: «El helecho macho (*ptéris*)²¹³, que algunos llaman *bláchnon*». Teofrasto, en su *Historia de las plantas* [I 6, 5]: «Plantas de corteza lisa, por ejemplo la trufa, la seta, el cuesco de lobo, la trufa de verano».

TRUFAS²¹⁴. También éstas nacen espontáneamente de la [62A] tierra, especialmente en los lugares arenosos. Sobre ellas dice Teofrasto [*Hist. de las plantas* I 6, 9]: «La trufa, que algunos llaman criadilla de tierra²¹⁵, y algún otro vegetal subterráneo». Y de nuevo [fr. 167 W.]: «Al mismo tiempo, la génesis y la naturaleza de estos vegetales subterráneos, como la trufa y la planta que crece en los alrededores de Cirene y que llaman *mísy*²¹⁶; parece que es muy sabrosa y con un olor semejante al de la carne, lo mismo que la colocasia que se produce en Tracia. A propósito de ellos relata una [B] cosa

curiosa. En efecto, asegura que brotan cuando tienen lugar lluvias otoñales y truenos violentos, y sobre todo cuando hay truenos, de manera que ésta parece ser la causa principal (de su aparición). No viven más de un año, sino que son anuales; son aprovechables y tienen su mejor momento en primavera. Sin embargo, hay quien considera que tienen origen seminal. Por ejemplo, en la costa de Mitilene aseguran que no las hay hasta que, habiéndose producido abundantes lluvias, la semilla baja desde las Tiaras²¹⁷; ésta es una zona en la que crecen en abundancia. Además, nacen preferentemente en las playas y allí donde el terreno es arenoso [C], tal como son las Tiaras. También se producen en los alrededores de Lámpsaco, en Abárnide, en el Alopeconeso y en el territorio de los eleos». Linceo de Samos comenta: «El mar produce el acalefo, y la tierra trufas». También Matrón el parodista dice en *La cena* [Suppl. Hell., fr. 535]:

Y trajo ostras, trufas de Tetis, hija de Nereo.

Dífilo, por su parte, asegura que las trufas son indigestas pero succulentas, lenitivas, y además laxantes; algunas de ellas, [D] lo mismo que las setas, son asfixiantes. Hegesandro de Delfos²¹⁸ dice que en el Helesponto no se producen ni trufas, ni glaucios²¹⁹, ni ajedrea. Por eso Nausiclides ha dicho: «Ni primavera ni amigos»²²⁰. Pánfilo, en sus *Glosas*, recoge la palabra *hydnoúphyllon* (planta de trufa), la hierba que crece por encima de las trufas, gracias a la cual se detectan éstas.

ORTIGA²²¹. Se llama así entre los áticos tanto a la planta como a lo que produce irritación. Aristófanes, en *Las fenicias* [PCG III 2, fr. 572]:

*Antes que ninguna otra cosa nacieron los espliegos,
luego, a continuación,
las ásperas ortigas.*

ESPÁRRAGOS²²². Éstos se llaman «de pantano» y «de montaña». Los mejores no se siembran, y curan todas las enfermedades [E] internas. Los de siembra llegan a ser realmente enormes. Cuentan que en Libia, en Getulia²²³, alcanzan el grosor de la caña de Chipre²²⁴, y una longitud de doce pies; en la región montañosa y próxima al mar alcanzan

el grosor de las cañahejas²²⁵ grandes, y una longitud de alrededor de los veinte codos. Cratino lo llama *aspháragos*, con *-ph-*²²⁶. También Teopompo [*PCG* VII, fr. 69]:

Y después, al ver un espárrago en un zarzal...

Amipsias [*PCG* II, fr. 25]: [F]

Ni cebolla albarrana, ni espárrago, ni ramas de laurel.

Dífilo, por otra parte, dice que el espárrago de la berza, llamado propiamente *órmenos*²²⁷, es más digestivo y más fácil de evacuar, pero dañino para la vista. Es, por otra parte, acre y diurético, y perjudica a los riñones y a la vejiga. Son los áticos los que llaman *órmenos* al tallo brotado de la berza. Sófocles, en *Los rastreadores* [*TrGF* IV 314, 281 s.]:

*Y se espiga y ya no cesa
el crecimiento*²²⁸.

[63A] Se dice así por lanzarse (*exoroúein*) y crecer. Antífanos, por su parte, lo llama *aspáragos*, con *-p-* [*PCG* II, fr. 294]:

*El espárrago brillaba, y la alverjana*²²⁹ *había florecido.*

Aristofonte [*PCG* IV, fr. 15]²³⁰: «Alcaparra, poleo, ajedrea, espárrago, pez, aladierna, salvia, ruda».

CARACOL. Fililio [*PCG* VII, fr. 20]:

¡No soy cigarra ni caracol, mujer!

Y de nuevo [*PCG* VII, fr. 26]:

*Anchoas ***, caballas, caracoles, corvallos.*

Hesíodo [*Trabajos y días* 571] llama al caracol *pheréoikos* (porta-casa). También Anáxilas [*PCG* II, fr. 33]:

[B] *Eres mucho más receloso que los caracoles,
que llevan su casa auestas por desconfianza.*

Aqueo [*TrGF* I 20, fr. 42]:

*¿Es que el Etna cría tales
caracoles cornudos?*

Se propone también a los invitados una especie de adivinanza sobre los caracoles, que dice así:

Nacido en los bosques, sin espinas, sin sangre, avanza por un camino mojado.

Aristóteles, en el libro V de *Sobre las partes de los animales*²³¹, dice: «Los caracoles aparecen haciendo su puesta en otoño y primavera. Son los únicos de los ostracodermos que han sido vistos apareándose». Teofrasto, en su obra *Sobre [C] los animales que viven en madrigueras* dice [fr. 176 W.]: «Los caracoles viven en madrigueras también en invierno, pero sobre todo en verano. Por eso aparecen en mayor número con las lluvias otoñales. Su cubil en verano se encuentra tanto en el suelo como en los árboles». Cierta tipo de caracoles recibe el nombre de *sésiloi* (limacos). Epicarmo [fr. 225 R-N, 131 Olivieri]:

A—*A cambio de todos éstos, doy los saltamontes,
y a cambio de las conchas, el limaco.* B— *¡Vete a la perdición!*

Apolas [*FGrH* 266, fr. 4] dice que los lacedemonios llaman [D] *sémelos* al caracol. Apolodoro, en el libro II de sus *Etimologías* [*FGrH* 244, fr. 223], dice que algunos caracoles reciben el nombre de *kōlysídeipnoi* (impide-cenas).

NAZARENOS²³². Heracles rehúsa comerlos en la *Amaltea* de Eubulo, diciendo [*PCG* V, fr. 6]:

*Que esté muy caliente, o muy seco, o intermedio,
esto es para cada cual más importante que tomar Troya*²³³.
*Que yo no he venido para hartarme
con tallos ni jugo de silfio,
ni con sacrílegas y amargas golosinas y nazarenos.
De lo que es primordial para la alimentación y la plenitud del vigor*²³⁴,
[E] *y para la salud, de todo eso es de lo que solía alimentarme:
carne de vaca hervida con gran sencillez,
excelentes menudos, tres asados
de lechón aderezados con sal.*

Alexis, poniendo de manifiesto la virtud de los nazarenos para los placeres del amor, dice [*PCG* II, fr. 281]:

Nácares, langosta,

*nazarenos, caracoles, caracolas, huevos, menudos,
ese tipo de cosas. Si algún amante de las prostitutas
[F] encuentra otros remedios más útiles que éstos...*

Jenarco, *(en Butalión)* [*PCG* VII, fr. 1]²³⁵:

*Perece la casa,
falta de amos, por unos hados
flácidos, y ha sobrevenido un vengador de los Pelópidas.
Impotente es la casa, y ni siquiera el compañero de cuello hundido
de la diosa Deo, el nazareno hijo de la tierra, que hervido
socorre a los amigos, es capaz de prestarle ayuda.
En vano nutrido en los torbellinos azules del ponto,
[64A] el pulpo que fortifica el miembro, apresado en las violencias
trenzadas de las redes, llena el cuenco vigoroso
de la doncella modelada en el torno, la escudilla.*

Arquéstrato [*Suppl. Hell.*, fr. 137]:

*¡Digo que a paseo con las salseras de nazarenos y berzas,
y con todos los demás acompañamientos!*

Heraclides de Tarento, en *El banquete* [fr. 241 Deich.]:
«Nazareno, caracol, huevo y los productos similares parece
que son productores de esperma, no porque sean muy
alimenticios, sino debido a que poseen una naturaleza
primordial muy semejante a los propios principios activos del
[B] esperma». Dífilo: «Los nazarenos son indigestos, pero
muy alimenticios y estomacales, además de purgantes,
embotadores de la visión, y afrodisíacos». Pero dice el refrán:

De nada te servirá un nazareno, si no tienes «nervio».

Entre los nazarenos realmente incitan al deseo sexual los
llamados «reales», que además son mejores que los restantes.
Tras ellos vienen los rojos. Los blancos y los libios son
parecidos a la escila; los peores de todos son los egipcios. Las
llamadas sueldacostillas²³⁶, son más succulentas que los
nazarenos, pero no tan digestivas, debido a que poseen un
principio azucarado. Engordan bastante, debido a su gran [C]
densidad, y son fáciles de evacuar. Menciona las
sueldacostillas Matrón en sus *Parodias*²³⁷ [*Suppl. Hell.*, fr.
536]:

*Pero de las cerrajas, brote meolludo con la cabellera
erizada de espinas, no hablaré, ni las nombraré.
Y las sueldacostillas, que son cantoras de Zeus Olímpico,
a las que nutrió en tierra inculta la hija de Zeus, la lluvia inefable,
más blancas que la nieve, semejantes a la vista a los pasteles de flor de harina.*

Al tiempo que ellas crecían, las deseó el soberano estómago.

[D] Nicandro²³⁸ ensalza los nazarenos de Mégara. Teofrasto, en el libro VII [13, 8] de su *Sobre las plantas*, dice: «En algunos lugares los nazarenos son tan dulces que se comen incluso crudos, como en el Quersoneso Táurico». Lo mismo cuenta también Fenias²³⁹. «Hay así mismo —asegura Teofrasto— una especie de nazarenos productora de lana²⁴⁰, que crece en las costas. Tiene la lana bajo las primeras capas, de manera que está entre el interior comestible y el exterior. Se tejen de ella polainas y otras prendas de vestir». [E] Según afirma también Fenias, «El de la India es vellosa». Respecto a las maneras de preparar los nazarenos, dice Filemón [*PCG* VII, fr. 113]:

*En cuanto al nazareno, fíjate, por favor,
en cuánto hay que gastar para que se lo aprecie: queso, miel,
sésamo, aceite, cebollas, vinagre, jugo de silfio.
Pero él de por sí es malo y punzante.*

Heraclides de Tarento [fr. 242 Deich.] dice, eliminando los nazarenos de la cena: «Hay que suprimir la ingestión excesiva de alimento, y especialmente de los que poseen un componente pegajoso y viscoso, como huevos, nazarenos, menudos, [F] caracoles y los de este tipo. Pues permanecen en el intestino demasiado tiempo, y al entremezclarse, retienen los humores».

TORDOS²⁴¹. También había bandadas de éstos y otros pájaros entre los aperitivos. Teleclides [*PCG* VII, fr. 1, 12)²⁴²:

Tordos asados, junto con tortitas de leche, entraban volando en su garganta.

Los siracusanos llaman a los tordos *kíchēlai*. Epicarmo [fr. 226 R-N, *CGF* 157]:

Y los tordos aficionados a alimentarse de olivas.

Los menciona también Aristófanes en las *Nubes*²⁴³. Aristóteles²⁴⁴ indica que hay tres especies de tordos, de las cuales [65A] la primera y más grande es casi igual que un arrendajo; también se la denomina *ixophágos* (come-muérdago)²⁴⁵, porque se alimenta de muérdago. La segunda es semejante al mirlo, y se la denomina *trichás* (cabelludo)²⁴⁶. La

tercera es más pequeña que las anteriores, y se la llama *illás*²⁴⁷; otros sin embargo lo llaman *tylás*, según cuenta Alejandro de Mindo²⁴⁸; también acostumbra a reunirse en bandadas, y construye su nido como las golondrinas.

El epilio atribuido a Homero titulado las *Epicíclides*²⁴⁹ [B] recibió este nombre porque cierta vez que Homero se lo cantó a unos niños obtuvo unos tordos como presente, relata Menecmo en su obra *Sobre los artistas*²⁵⁰.

PAPAFIGOS²⁵¹. Alejandro de Mindo [fr. 5, pág. 548 Well.] dice «La segunda de las dos especies de carboneros²⁵² es llamada por algunos *élaios*²⁵³ y por otros *pyrrías* (rojiza); pero se lo llama papafigo cuando los higos están maduros». Sus especies son dos, el papafigos, y el cabeza negra²⁵⁴. Epicarmo [fr. 71 R-N, CGF 45]:

Hermosos papafigos.

y de nuevo [fr. 72 R-N, CGF 46]:

Había muchas garzas de cuello larguicurvo,

gallinas de guinea y grajos, y hermosos papafigos.

[C] Éstos se encuentran en la época de los higos. Por eso es preferible nombrarlos con una sola lambda. Por motivos métricos, Epicarmo emplea la palabra con dos²⁵⁵.

PINZONES²⁵⁶. Eubulo [PCG V, fr. 148]²⁵⁷:

*Durante la fiesta de las Anfíromias*²⁵⁸, *en las que se acostumbra*

a tostar una loncha de queso del Quersoneso,

a hervir una naba aliñada con aceite,

a cocer en la olla costillas de gruesos corderos,

a desplumar palomas y tordos junto con pinzones,

a devorar sepias junto con chuclas, [D]

a machacar vigorosamente muchos tentáculos de pulpo,

a beber numerosas copas sin diluir.

MIRLOS²⁵⁹. Nicóstrato [*Antilo* PCG VII, fr. 4] o Filetero:

A— *¿Entonces, qué voy a comprar? Dime.*

B— *No con derroche, sino frugalmente. Compra, si la encuentras, una liebre y unos patitos,*

*los que tú quieras; tordos, mirlos,
y gran cantidad de pajaritos de esos silvestres.
Que son sabrosos.*

Antífanos incluye también los ESTORNINOS²⁶⁰ entre las aves [E] comestibles [PCG II, fr. 295]:

*Miel, perdices,
palomas, patos, gansos, estorninos,
un arrendajo, un grajo, un mirlo, una codorniz,
una gallina.*

“Nos pides explicación de todo y no se puede decir nada sin tener que rendir cuentas”²⁶¹.

La palabra «STROUTHÁRIA» (gurriatos)²⁶² se encuentra, entre otros, también en Eubulo [PCG V, fr. 120]:

*Coge
cuatro o cinco perdigones, tres liebres,
gurriatos cuantos se puedan engullir, jilgueros
y loros, pequeños pinzones, cernícalos²⁶³,
y todos los demás productos que encuentres.*

[F] SESOS DE CERDO. Los filósofos no nos permitían comerlos, asegurando respecto a quienes los consumían: «Es lo mismo comer habas que sesos», no sólo «de los padres», sino de otros seres impuros. En todo caso, ninguno de los antiguos los comía, porque en ellos residen casi todos los sentidos. [66A] Apolodoro de Atenas²⁶⁴ afirma que ningún autor antiguo menciona tampoco los sesos. Sófocles, por ejemplo, en *Las traquinias* [781-782], cuando hace que Heracles arroje a Licas al mar, no nombra los sesos, sino la «blanca médula», eludiendo lo que no debe nombrarse:

*De la cabellera blanca médula hace brotar, al esparcirse
la cabeza partida por la mitad, mezclada con sangre.*

En cambio, todo lo demás lo nombra con términos precisos. También Eurípides, cuando pone en escena a Hécuba llorando a Astianacte, despeñado por los helenos, dice [*Troyanas* 1173 ss.]:

*¡Infeliz! La cabeza, qué miserablemente te la raparon
los muros patrios, fortines de Loxias²⁶⁵, [B]*

*cabellera que muchas veces cultivó tu madre
y cubrió con besos. Desde allí, desde los huesos quebrados,
rompe a reír la sangre, para no decir nada vergonzoso.*

Sin embargo, la interpretación de estos versos exige un examen detenido. En efecto, Filocles emplea la palabra «sesos» [TrGF I 24, fr. 5]:

Ni siquiera dejaría de comer sesos.

Y también Aristófanes [Ranas 134]:

Habré perdido dos membranas del cerebro,

y otros. Así pues Sófocles habrá dicho «blanca médula» de [C] un modo poético, mientras que Eurípides, no queriendo mostrar a las claras algo de aspecto feo y vergonzoso, lo expresa como mejor le parece. Que consideraban la cabeza como algo sagrado queda claro por el hecho de que juraban por ella, y porque saludaban a los estornudos que de ella surgían como si de algo divino se tratara²⁶⁶. Aún más, también nosotros confirmamos nuestro asentimiento con una inclinación de la misma, como dice incluso el Zeus homérico [Il. I 524]:

¡Ea pues! Te mostraré mi asentimiento con la cabeza.

Condimentos de los aperitivos

En los aperitivos se pusieron así mismo los siguientes condimentos: pimienta, finas hierbas, mirra, juncia de olor, perfume [D] egipcio. Antífanos [PCG II, fr. 274]:

*En efecto, si uno compra pimienta y la importa,
lo denuncian como espía para que le den tormento.*

Y de nuevo [PCG II, fr. 275]:

*Ahora hay que dar una vuelta para buscar pimienta y
granos de bleo.*

Eubulo [PCG V, fr. 125]:

*Coge, mujer, una semilla de torvisco²⁶⁷, o algo de pimienta,
machácalo junto con mirra, y espolvorea el camino.*

Ofelión [PCG VII, fr. 3]:

Pimienta libia y, a manera de incienso, un estúpido

libro de Platón.

[E] Nicandro, en sus *Teríacas* [875-877]:

*O también velludas hojas de coniza²⁶⁸ de fino follaje;
y machaca continuamente o pimienta fresca, o berro
de tierra de los medos.*

Teofrasto, en su *Historia de las plantas* [IX 20, 1]: «La pimienta es un fruto, y sus especies son dos: una redonda como los yeros²⁶⁹, con una envoltura rojiza, y la otra oblonga, negra, con semillas parecidas a las de la adormidera. Esta última es mucho más fuerte que la otra, pero ambas tienen efecto calorífico; por ese motivo son también efectivas contra la cicuta». Y en su obra *Sobre la sofocación* [fr. 166 W.] [F] escribe: «Su recuperación se logra con una infusión de vinagre, y con semilla de pimienta u ortiga». Esto debe hacernos observar que no hay ninguna palabra neutra en la lengua de los helenos terminada en *-i*, salvo únicamente *méli* (miel); pues *péperi* (pimienta), *kómmi* (goma arábiga) y *koîphi* (cufi)²⁷⁰, son palabras extranjeras²⁷¹.

ACEITE. Menciona el aceite de Samos Antífanos [*PCG* II, fr. 212] o Alexis [ídem, fr. 245]:

Y aquí tienes

*una metreta²⁷² del más blanco de todos,
el aceite de Samos.*

El aceite de Caria, Ofelión [*PCG* VII, fr. 5]: [67A]

Se unge

con aceite de Caria.

Amintas, en sus *Etapas itinerarias de Persia*, dice [*FGrH* 122, fr. 4]: «Los montes producen terebinto, lentisco y las nueces, de las que se elabora abundante aceite para el rey». Ctesias²⁷³ comenta que en Carmania se produce aceite de una planta espinosa, que utiliza el rey. El mismo autor, cuando enumera en ese libro suyo *Sobre los tributos pagados a lo largo de Asia* [*FGrH* 688, fr. 53] todos los productos que se le proporcionan al rey para su cena, no menciona ni pimienta, ni vinagre, «que por sí solo es el mejor de los condimentos»²⁷⁴ [B]. Pero tampoco lo hace Dinón en su *Tratado sobre Persia*²⁷⁵; sin

embargo, este autor dice también que se enviaban al rey sales amoniacaes²⁷⁶ de Egipto y agua del Nilo. Por otra parte, Teofrasto, en *Sobre los olores*²⁷⁷, menciona el aceite que se llama *ōmotriboí* (prensado verde), afirmando que se saca de aceitunas de mala calidad y de almendras. Anfis menciona el aceite que se produce en Turios como excelente [PCG II, fr. 40, 1]²⁷⁸:

En Turios, el aceite; en Gela, lentejas.

GARO²⁷⁹. Cratino [PCF IV, fr. 312]:

[C] *Vuestra cesta estará colmada de garo.*

Ferécrates [PCG VII, fr. 188]:

Con la barba toda manchada de garo.

Sófocles, en *Triptólemo* [TrGF IV 606]:

Del garo en salazón.

Platón [PCG VII, fr. 215]:

*Me asfixiarán sumergiéndome
en garo podrido.*

Que la palabra es masculina²⁸⁰ lo demuestra Esquilo cuando dice²⁸¹:

Y el garo de pescado.

VINAGRE. Éste es el único de los condimentos que los áticos llaman *êdos*²⁸². El filósofo Crisipo asegura que el mejor vinagre es el de Egipto y el de Cnido. Aristófanes, por su parte, dice en *Pluto* [V. 720]:

Disuelto en vinagre de Esfeto. [D]

Dídimo [*Sobre la palabra corrupta*, fr. 43 Sch.] comenta cuando interpreta ese yambo: «Quizás porque los habitantes de Esfeto eran agrios». También menciona (Aristófanes) en alguna parte el vinagre de Cleonas como excelente [PCG III 2, fr. 709]:

Pero en Cleonas hay vinagreras.

Igualmente, Dífilo [PCG V, fr. 96]:

A— *Y está cenando escondido, qué te parece, a la manera laconia,*
una cotila de vinagre. B— *Basta.* A— *¿Cómo que basta?* B— *Ésa es*

la capacidad que tiene una vinagrera entre las gentes de Cleonas²⁸³.

Filónides [*PCG* VII, fr. 9]:

*Sus salsas
no tienen vinagre.*

Heraclides de Tarento dice en su *Banquete* [fr. 243 Deich.]:
[E] «El vinagre hace que se contraigan algunas partes externas, y de modo análogo también el contenido del vientre, pero en cambio disuelve lo que hay en la masa corporal, evidentemente porque en nosotros están mezclados humores diversos».

Era igualmente apreciado el vinagre de Decelia. Alexis [*PCG* II, fr. 286]:

*Después de obligarme a tragar
cuatro cotilas <llenas> de vinagre de Decelia,
me llevas por el medio del mercado.*

Hay que decir *oxýgaron* (garo en vinagre), con -y-, y [F] *oxýbaphon*, el recipiente que lo contiene²⁸⁴. En efecto, también Lisias, en su discurso *Contra Teopompo por malos tratos* [LVII, fr. 42 Th.], afirma: «Yo en cambio bebo ojimiel (*oxýmeli*)». En consecuencia, diremos igualmente *oxyródinon* (aceite de rosas con vinagre).

La palabra *artýmata* (condimentos), se encuentra en Sófocles [*TrGF* IV 675]:

Y los condimentos de la comida.

Y en Esquilo [*TrGF* III 306]:

Estás mojando los condimentos.

También Teopompo [*FGrH* 115, fr. 263b] dice: «Muchos medimnos²⁸⁵ de condimentos, numerosos sacos y bolsas de libros y de todas las demás cosas necesarias para la vida». [68A] El verbo²⁸⁶ se encuentra en Sófocles [*TrGF* IV 1122]:

Yo como cocinero condimentaré sabiamente.

Cratino [*PCG* IV, fr. 336]:

Un glauco²⁸⁷ no está al alcance de cualquiera condimentarlo bien.

Éupolis [*PCG* V, fr. 365]:

Con una mala comida suntuosamente sazonada.

Antífanos enumera en alguna parte los siguientes condimentos [PCG II, fr. 140]:

*Uva pasa, sal, vino cocido, jugo de silfio, queso, ajedrea,
sésamo, natrón, comino, (zumaque, miel), orégano,
finas hierbas, vinagre, aceitunas, verdura para la salsa de hierbas,
alcaparras, huevos, pescado salado, mastuerzos, hojas de higuera rellenas²⁸⁸,
zumo.*

[B] Los antiguos conocían el llamado comino de Etiopía²⁸⁹.

Son masculinos *thýmos* (ajedrea)²⁹⁰ y *oríganos* (orégano).
Anaxándrides [PCG II, fr. 51]:

*Tras picar espárrago, cebolla albarrana y orégano, que, en
ennoblece la salazón mezclado junto con cilantro, efecto,*

Ión [IEG I, fr. 28]:

Pero él prestamente oculta el orégano en la mano.

No obstante, Platón (o Cántaro) emplea la palabra con género femenino [PCG VII, fr. 169]:

O de Arcadia un orégano tan penetrante.

En cambio, la utilizan con género neutro Epicarmo y [C] Amipsias²⁹¹. Por su parte, la palabra *thýmos* (ajedrea) la emplea como masculina Nicandro en *La cría de las abejas*²⁹².

Otros alimentos servidos en los aperitivos

Cratino ha llamado a los MELONES²⁹³ «pepinos de simiente» en *Los compañeros de Odiseo* [PCG II, fr. 147]:

A—Entonces, ¿dónde has visto a mi hombre, el amado hijo de Laertes?

B—En Paros, comprando un enorme pepino de simiente.

Platón, en *Layo* [PCG VII, fr. 65, 1-4]:

¿No ves que

*Leagro, que es del poderoso linaje de Glaucón,
va de acá para allá inútil como un cuco,
con unas piernas como un melón estéril? [D]*

Anáxilas [PCG II, fr. 35]:

Sus tobillos estaban más hinchados que un melón.

Teopompo [PCG VII, fr. 76]:

*Para mí ha sido más tierna
que un melón.*

Fenias [DSA IX, fr. 46]: «Cuando están tiernos son comestibles con la cáscara el pepino y el melón, salvo la simiente, y cuando maduran sólo la parte que rodea la semilla. La calabaza cruda no es comestible, pero hervida y asada sí que lo es». Diocles de Caristo, en el libro I de su *Sobre la salud* [fr. 120 Well.], afirma que verduras silvestres adecuadas para hervir son: lechuga (de ella la mejor es la negra), mastuerzo [E], cilantro, mostaza, cebolla (sus variedades, ajo bravo²⁹⁴ y cebolleta), ajo, cebollino, pepino, melón, adormidera. Y poco después: «El melón es excelente para el corazón y la digestión. Hervido, el pepino tierno es inofensivo y diurético. En cambio, el melón cocido en aguamiel es excelente laxante». Espeusipo, en las *Semejanzas* [fr. 7 Tarán] llama al melón (*pépōn*) *sikýa*²⁹⁵. En cambio Diocles [fr. 120 Well.], que dice *pépōn*, jamás lo llama *sikýa*. A su vez Espeusipo, que [F] dice *sikýa*, no lo llama *pépōn*. Comenta Dífilo: «El melón es más succulento y astringente, *** en cambio es menos jugoso, poco nutritivo, digestivo y fácil de evacuar».

LECHUGA²⁹⁶. LOS áticos la llaman *thridakínē*²⁹⁷. Epicar- mo [fr. 227 R-N, CGF 158]:

De una lechuga con el troncho pelado.

[69A] «Lechuguitas», dice Estratis [PCG VII, fr. 71]²⁹⁸:

*Orugas de puerro²⁹⁹, que por frondosos
jardines marcháis agarradas
por el rastro habitual de cincuenta patas,
haciendo girar vuestros coros
de satirillos de largas colas
a lo largo de las hojas
de las albahacas, de las lechuguitas,
y de los fragantes apios.*

Teofrasto, por su parte, dice [*Hist. de las plantas* VII 4, 5]: «De las lechugas, la blanca es más dulce y más tierna. Sus especies son tres: la de tallo ancho, la de tallo redondeado, y en tercer lugar la de Laconia. Ésta tiene la hoja semejante al cardo, pero recta y bien desarrollada, y no echa tallos secundarios a partir del tronco. Algunas de las planas llegan a tener un tallo tan ancho que hay quien las utiliza como [B] portilla de los huertos». Y afirma que si se cortan los tallos, los que vuelven a brotar son más sabrosos³⁰⁰.

Nicandro de Colofón, en el libro II de las *Glosas*³⁰¹, asegura que entre los chipriotas se llama *brénthis* a una lechuga en la que se refugió Adonis cuando fue muerto por el jabalí. Anfis, en su *Lamentación*, dice [*PCG* II, fr. 20]³⁰²:

En cuanto a las lechugas, que mueran de la peor manera.

Si las come alguien por debajo de los sesenta años,

que cuando obtenga la compañía de una mujer [C]

se retuerza la noche entera, sin consumir nada

de lo que apetece, teniendo, en lugar del «servicio»,

que frotar con la mano su apremiante naturaleza.

Calimaco³⁰³ afirma así mismo que los poetas dicen alegóricamente que Afrodita escondió a Adonis en una lechuga, porque están sin fuerzas para los placeres amorosos quienes toman lechuga con frecuencia. También Eubulo dice en *Los impotentes* [*PCG* V, fr. 13]:

No me pongas lechugas, mujer,

[D] sobre la mesa, o échate a ti misma la culpa.

Que en una verdura de éstas, según la leyenda, en otro tiempo

a Adonis muerto colocó Cipris;

de manera que es comida de cadáveres.

Cratino [*PCG* IV, fr. 370] cuenta que cuando Afrodita se enamoró de Faón lo escondió «entre hermosas lechugas»; en cambio, Marsias el joven [*FGrH* 135-136, fr. 9] dice que lo hizo «entre brotes de cebada»³⁰⁴.

Panfilo, en sus *Glosas*, afirma que Hiponacte [fr. 178 Deg.] llama a la lechuga *tetrakínē*, y Clitarco, por su parte, [E] que son los frigios los que la denominan así. Lico el pitagórico³⁰⁵

afirma que la lechuga cultivada, de hojas anchas, larga y sin tronco, es llamada por los pitagóricos «eunuco», y por las mujeres *astytis*³⁰⁶, pues produce un efecto diurético y hace languidecer el deseo sexual. Pero es la mejor para comer.

Dífilo dice que el troncho de la lechuga es muy nutritivo, y más difícil de evacuar que las hojas; éstas, en cambio, son más flatulentas, nutritivas, y fáciles de evacuar. No obstante [F], la lechuga en general es estomacal, refrescante, digestiva, somnífera, succulenta, y mitiga el deseo sexual. La lechuga más tierna es más estomacal y más somnífera. En cambio, la más tiesa y deleznable es menos digestiva y estomacal, y menos somnífera. A su vez, la lechuga negra refresca más y es digestiva. Además, las estivales son más succulentas y nutritivas, mientras que las otoñales son poco nutritivas y bastante insípidas. Parece que el troncho de la lechuga quita la sed. La lechuga hervida, igual que el espárrago de la col³⁰⁷, en una cazuela, según dice Glaucias³⁰⁸, es [70A] mejor que las otras verduras hervidas. Por otro lado, Teofrasto³⁰⁹ dice que se llaman «de resiembra» la acelga, la lechuga, la oruga, la mostaza, la romaza, el cilantro, el eneldo, el mastuerzo. Dífilo, por su parte, afirma que en general todas las verduras son poco nutritivas, adelgazantes e insípidas, y además se depositan sobre el estómago y son indigestas. Epicarmo³¹⁰ menciona las verduras estivales.

CARDO³¹¹. Sófocles, en *Las colquidenses* [TrGF IV 348], lo llama *kynára*, en cambio en *Fénix*, *kýnaros ákantha*³¹² [TrGF IV 718]:

El «kýnaros ákantha» llena todo el terreno.

[B] Hecateo de Mileto, en su *Descripción de Asia*, si el libro es auténticamente del escritor (pues Calímaco³¹³ lo atribuye a un Hecateo insular), en fin, cualquiera que sea su autor, dice así [FGrH 1, fr. 291]: «En torno al llamado mar de Hircania³¹⁴, montes elevados y frondosos de bosques, y sobre los montes *ákantha kynára*». Y a continuación [FGrH 1, fr. 292a]: «Al este de los partos habitan los corasmios, que poseen llanuras y montañas. En sus montes hay algunos árboles silvestres: *ákantha kynára*³¹⁵, sauce, tamarisco».

También cuenta³¹⁶ que en torno al Indo se produce la *kynára*. Por su parte, Escílax [*FGrH* 709, fr. 3] o Polemón escribe: [C] «La región está regada por manantiales y canales, y en los montes crecen el *kýnaros ákantha* y otras plantas». Y en los párrafos siguientes [*FGrH* 709, fr. 4]: «A partir de ahí una cadena de montañas se extiende al lado del río de una parte y de otra, alta y cubierta de vegetación silvestre y espinosa *kynára*». El gramático Dídimos [*Com. a Sóf.*, fr. 10 Sch.], al explicar la expresión *kýnaros ákantha* en Sófocles, dice: «Quizás se refiere a la rosa mosquera (*kynósbatos*)³¹⁷, pues la planta es espinosa y áspera. En efecto, también la Pitia la llama *xylínē kýōn* (perra de madera)³¹⁸, y el locrio [D] que recibió el oráculo de fundar una ciudad allí donde fuera mordido por una perra de madera, construyó la ciudad cuando se arañó la pierna con una rosa mosquera». Según afirma Teofrasto [*Hist. de las plantas* III 18, 4]: «La rosa mosquera está a medio camino entre un arbusto y un árbol, y tiene el fruto rojo, semejante a la granada. Tiene también la hoja parecida al sauzgatillo».

Fenias, por su parte, en el libro V *Sobre las plantas* [*DSA* IX, fr. 38], llama a una de ellas «KÁKTOS» siciliano, una planta espinosa, lo mismo que Teofrasto en el libro VI [4, 10] de su *Sobre las plantas*: «El llamado *káktos* sólo se produce en Sicilia y, en cambio, no existe en la Hélade. Emite directamente desde la raíz unos tallos que salen de la tierra; tiene la hoja ancha y espinosa, y sus tallos son los [E] llamados *káktoi*. Una vez pelados son comestibles y ligeramente amargos, y se conservan en salmuera. Emite también otro tallo recto, que llaman *ptérnix*, también él comestible. El pericarpio, una vez que ha sido despojado de la pelusa, es semejante al cogollo de la palmera, y también comestible; se lo llama *askálēron*». ¿Quién no quedaría convencido con estas explicaciones, y no diría que el *káktos* es la misma planta que llaman *cardus* los romanos, que habitan cerca de [F] Sicilia, mientras que los griegos la denominan, como es sabido, *kinára* (cardo)? En efecto, *cardus* y *káktos* podrían ser la misma palabra, con cambio de dos letras. Claramente nos lo muestra así mismo Epicarmo, al enumerar

también el cardo entre las verduras comestibles, de este modo [fr. 227 R-N, *CGF* 158]:

*** *Adormidera* ***

*hinojos y espinosos cardos, son sin duda para comer
con otras verduras por la parte gruesa. Si se sirve
tras frotarlo bien, está sabroso; pero él por sí solo, ¡a paseo!*

Y de nuevo [fr. 230 R-N, *CGF* 160]:

[71A] [*Lechugas, palmito*³¹⁹, *cebolla albarrana, rabanitos, cardos*].

Y otra vez [fr. 231 R-N, *CGF* 161]:

*He aquí a uno que parece que trae del campo hinojo y cardos,
espliego, romaza [...] cardo silvestre, endivias, cardo cabrero
helecho macho ***; cardo, parietaria.*

También Filitas de Cos [*Coll. Alex.*, fr. 16]:

*Que deje oír su voz la cierva una vez perdida el alma,
si se ha guardado de la herida del agudo cardo*³²⁰.

De cualquier manera, lo llama también *kinára*, lo mismo que nosotros, Sopatro de Pafos³²¹, que nació en tiempos de Alejandro el hijo de Filipo, y sobrevivió hasta la época del [B] segundo rey de Egipto³²², como él mismo manifiesta en uno de sus escritos. El rey de Egipto Ptolomeo Evergetes³²³, que era uno de los discípulos del gramático Aristarco, en el libro segundo de sus *Memorias* escribe así [*FGrH* 234, fr. 1]: «En los alrededores de Berenice de Libia se encuentra el río Letón, en el que viven peces como la lubina y la dorada, y cantidad de anguilas, entre ellas también las llamadas reales, que son de tamaño una vez y media más grandes que las [C] macedonias y las del lago Copáis, y todo su curso está lleno de peces de todas clases. Puesto que en esos lugares se producen muchos cardos, todos los soldados que nos acompañaban los recogían y aprovechaban, y nos los servían despojándolos de las espinas». Conozco así mismo una isla llamada Cínaros, que es mencionada por Semo³²⁴.

COGOLLO DE PALMERA. Teofrasto [*Hist. de las plantas* II 6, 2] al hablar sobre la planta de la palmera concluye: «Así que una de sus formas de propagación es ésta, a partir de los frutos; la otra es a partir de la propia planta, cuando se le quita

la parte superior, en la que se encuentra precisamente el cogollo». Jenofonte, en el libro II [3, 16] de la [D] *Anabasis*, escribe así mismo lo siguiente: «Entonces comieron también por primera vez el cogollo de palmera los soldados. Y la mayoría se asombraba de su aspecto y de la singularidad de su sabor; pero les producía además mucho dolor de cabeza. En cuanto a la palmera, cuando se le quita el cogollo se seca por completo». Nicandro, en sus *Geórgicas* [fr. 80 G.-Sch.]:

*Y cortando a la vez los renuevos de la palmera
y el cogollo, llevan a los jóvenes una grata comida.*

[E] Dífilo de Sifhos asevera, a su vez: «Los cogollos de palmera sacian y son muy nutritivos, pero también pesados, difíciles de digerir, producen sed y estriñen el vientre».

Despedida de Ateneo y Timócrates

En cuanto a nosotros, amigo Timócrates, dice Ateneo, parecerá que tenemos muchísimo «cogollo»³²⁵ si terminamos aquí también la presente reunión.

* * *

LIBRO II [MSS. C Y E]³²⁶

*Hay que recostarse en el triclinio familiar,
donde, cogiendo la copa, el padre es el primero en iniciar la conversación,
y da consejos como golpes. Luego le sigue la madre.
Después habla a tontas y a locas alguna tía. Más tarde, un viejo con voz de bajo,
padre de la tía. A continuación una vieja que lo llama «queridísimo».
Y él les dice a todos que sí.*

dice Menandro [fr. 209 Sand.]. Y de nuevo [fr. 667 K.-Th]:

Primero teje

*la púrpura de la orla; a continuación, después de la púrpura,
está esto, ni blanco ni púrpura,
sino como un resplandor entremezclado con el tejido.*

Antífanos [PCG II, fr. 242]:

*¿Qué dices? ¿ Vas a traerme algo de comer aquí,
a la puerta? Entonces, como los mendigos, comeré*

*aquí por tierra *** y cualquiera me verá.*

El mismo [*PCG* II, fr. 243]:

Preparad

enfriadera, jofaina, trípode, vaso,

olla, mortero, caldera, cuchara sopera.

¹ Como en el libro anterior, lo que se conserva de éste es sólo un resumen, a menudo consistente en párrafos inconexos, más o menos extensos.

² Fr. 86 GOW-SCHOLFIELD.

³ De esta palabra griega proceden términos cultos castellanos como enólogo o enología.

⁴ PLAT., *Crát.* 406e.

⁵ Gesto típico de personas serias e importantes; el propio Zeus es presentado muchas veces asintiendo «con un guiño de cejas».

⁶ Se trata seguramente del médico Mnesíteo de Atenas. El fragmento pertenece a un cómico anónimo, *PCG* VIII, fr. 101.

⁷ Sacerdotisa de Dioniso en Delfos, a través de la cual comunicaba sus oráculos el dios.

⁸ Esto es, Afrodita.

⁹ El Bóreas es el viento del norte, y el Noto el viento del sur.

¹⁰ TIMEO, *FGrH* 566, fr. 149. Acragante es Agrigento, ciudad de Sicilia.

¹¹ *FGrH* 328, fr. 170.

¹² Como hace la sacerdotisa de Apolo en Delfos cuando pronuncia sus oráculos.

¹³ Especie de caldera provista de tres patas, que permitían colocarla cómodamente sobre el fuego.

¹⁴ *FGrH* 328, fr. 15b.

¹⁵ *Leyes* 674b.

¹⁶ *DSA* VI, fr. 23.

¹⁷ Es decir, junto a Afrodita.

¹⁸ *PMG*, fr. 325.

¹⁹ Según una de las versiones del mito, Sêmele, la madre de Dioniso, murió accidentalmente fulminada por Zeus cuando aún le faltaban unos meses para el término de su embarazo. Zeus, entonces, extrajo al niño de las entrañas de la madre, y se lo cosió a su propio muslo, hasta que llegó la hora del parto, y nació el pequeño Dioniso. De manera que es como si éste hubiera tenido dos madres.

²⁰ Fr. 40 PRELLER.

²¹ En griego *deîpna*.

²² La frase parece proceder de algún cómico indeterminado.

²³ *PMG*, fr. 647.

²⁴ Pág. 51 MÜLLER.

²⁵ Como si la palabra *thoínē* procediera de *theoí*, dioses, y *oînos*, vino, y *thaleía* procediera de *theoí*, dioses, y *halízō*, reunirse.

²⁶ *Olimpica* I 1.

²⁷ Fr. 40 STECKERL.

²⁸ *Il.* VII 86, XVII 432. Ateneo comete aquí un error de interpretación; aunque el adjetivo *platýs* puede significar «salado», su sentido fundamental es el de «ancho y plano», «extenso», que es lo que parece que debe entenderse en la expresión homérica con referencia al Helesponto.

²⁹ *Il.* XI 830.

³⁰ Adjetivo que comúnmente significa «tibio».

³¹ *Sobre la comedia antigua*, pág. 236, fr. LII BERNHARDY.

³² El epitomador se limita aquí a recoger dos palabras que han despertado su interés.

³³ En *Il.* IX 15 y XVI 4.

³⁴ ARISTÓFANES DE BEOCIA, *FGrH* 379, fr. 4.

³⁵ Fr. 159 Wimmer.

³⁶ *Historia de las plantas*, IX 18, 10.

³⁷ En el sistema de pesos ático, una dracma equivale a 4,37 gramos; la cotila es una medida de líquidos equivalente a 0,274 litros.

³⁸ Fr. 159, 20 ss. Wimmer.

³⁹ Según la tradición, la fuente Aretusa, en la que se había metamorfoseado la ninfa del mismo nombre, cruzaba hasta Siracusa sin mezclar sus aguas con las del mar.

⁴⁰ En el verano, según PLINIO, *Historia Natural* XXXI 55.

⁴¹ Río al que los antiguos llamaban Hípanis.

⁴² En la zona oriental de Sicilia.

⁴³ Cf. ATENEO, III 74 D.

⁴⁴ Hay probablemente en el texto un doble sentido obsceno, ya que la palabra «higo» designaba también los genitales femeninos, cf. ARISTÓFANES, *Paz* 1350.

⁴⁵ Cf. *TrGF* I 71, fr. 17.

⁴⁶ Expresión aislada que ha llamado la atención del epitomador.

⁴⁷ *FGrH* 115, fr. 278a.

⁴⁸ *FGrH* 139, fr. 6.

⁴⁹ Cuando lo mató, Aquiles no sabía que Trambelo era en realidad primo suyo, dado que sus respectivos padres, Peleo y Telamón, eran hermanos.

⁵⁰ Se refiere a Ptolomeo VIII.

⁵¹ *FGrH* 81, fr. 63.

⁵² *DSA* III, fr. 96.

⁵³ *PCG* VII, fr. 4.

⁵⁴ Hay aquí un juego de palabras que exige explicación. Los oradores áticos disponían para pronunciar su discurso de un tiempo concreto, marcado por el reloj de agua o clepsidra, de manera que hablaban de «su agua» para referirse a su turno de intervención. Así que los eruditos de Ateneo han hablado sobre el agua y conforme a ella, es decir, por turnos.

⁵⁵ El epitomador resume sumariamente parte de la obra para seguir después reproduciendo un pasaje literal.

⁵⁶ La expresión se refería normalmente al vino.

⁵⁷ *FGrH* 81, fr. 64.

⁵⁸ Se trata de un político tesalio de fines del s. IV a. C.

⁵⁹ FILARCO, *FGrH* 81, fr. 13. La referencia al libro no se halla en Ateneo, pero sí en CONSTANTINO PORFIROGÉNITO, *Sobre la administración del imperio* 23.

⁶⁰ Fr. 633 ROSE.

⁶¹ PITERMO DE ÉFESO, *FGrH* 80, fr. 2.

⁶² *FHG* IV, fr. 24, pág. 418

⁶³ Un orador del s. I a. C.

⁶⁴ Se refiere al que fue maestro de música de Sófocles, cf. I 20 E.

⁶⁵ Fr. 6, 46 GOW.

⁶⁶ Pág. 12, fr. 4 Ross.

⁶⁷ Se ignora a cuál de los varios personajes de este nombre se refiere la anécdota; cf. el artículo «Mago» en A. PAULY, G. WISSOWA, *Realencyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft* XIV, I 1965 (= 1928), cols. 495-507, esp. col. 506.

⁶⁸ Cf. POLEMÓN EL ACADÉMICO, fr. 49 GIGANTE.

⁶⁹ Escultor, biógrafo, paradoxógrafo y gramático del s. III a. C., autor así mismo de algunos tratados sobre escultura y pintura; de su variada obra sólo se conserva una colección de anécdotas.

⁷⁰ Fr. 72 GAEDE.

⁷¹ Un historiador del s. III a. C.

⁷² En su *Segunda Filípica*, 30.

⁷³ *FGrH* 688, fr. 37.

⁷⁴ Fr. 73 BUETTNER-WOBST.

⁷⁵ *FGrH* 373, fr. 8.

⁷⁶ POLIBIO, XXVI 1, 1. Sobre esta noticia, cf. ATENEO, V 193 C.

⁷⁷ *FGrH* 115, fr. 75a.

⁷⁸ *FGrH* 332, fr. 3.

⁷⁹ *FGrH* 269, fr. 7.

⁸⁰ Mítico adivino y curador que sanó de la locura a las hijas del rey Preto de Argos.

⁸¹ Véase HIPÓCRATES, II 328 LITTRÉ.

⁸² Cf. ATENEO, I 30 B.

⁸³ Pos., fr. 283 EDELSTEIN-KIDD. Los carmanios eran un pueblo de Asia que habitaba al este de Persia y sur de Partia.

⁸⁴ VI 118 LITTRÉ.

⁸⁵ Un médico del s. III a. C., originario de Ceos, y de cuya obra sólo se conservan unas pocas citas repartidas en escritos de otros autores, especialmente Galeno.

⁸⁶ II 30 LITTRÉ.

⁸⁷ Fr. 128 WELLMANN.

⁸⁸ Fr. 41 STECKERL.

⁸⁹ Se trata de un médico del que sabemos que recibió la ciudadanía ateniense en el 322/1 a. C.

⁹⁰ DSA II, fr. 27.

⁹¹ Posiblemente se trata de Lico de Regio el historiador, un autor de época helenística, aunque esta cita no se recoge en los *FGrH*. Otra posibilidad es que Ateneo se refiera a Lico el médico, un autor napolitano que vivió entre los siglos II-I a. C.

⁹² Entre los restantes griegos los tesalios tenían fama de glotones y zafios.

⁹³ PLATÓN EL CÓMICO, PCG VII, fr. 296.

⁹⁴ Cf. ATENEO, III 86 D y 105 E.

⁹⁵ Cf. ATENEO, I 28 E.

⁹⁶ Cf. ATENEO, I 29 D.

⁹⁷ PCG VII, fr. 1. Cf. ATENEO, VII 247 E.

⁹⁸ Cf. ATENEO, VI 248 B.

⁹⁹ *Los que se sumergen*, PCG V, fr. 77.

¹⁰⁰ PCG IV, fr. 50.

¹⁰¹ Sobre este tema puede verse el artículo de B. BERGQUIST, «Symptotic Space: A Functional Aspect of Greek Dining-Rooms», en O. MURRAY, *Symptotica. A symposium on the Symposion*, Oxford, Clarendon Press, 1990, págs. 37-65.

¹⁰² Cf. ATENEO, II 49 C.

¹⁰³ El texto pertenece a algún trágico anónimo (*TrGF* II, fr. 90).

¹⁰⁴ La cita de Platón, correspondiente a *Político* 280b, está algo alterada; el filósofo no se refiere en realidad a las ropas de cama, sino al vestido.

¹⁰⁵ JERÓNIMO DE RODAS, DSA X, fr. 48.

¹⁰⁶ Se trata de Salamina de Chipre, una ciudad situada en la costa oriental de la isla.

¹⁰⁷ *Od.* I 130.

¹⁰⁸ *FGrH* 689, fr. 5.

¹⁰⁹ *DSA* IX, fr. 27.

¹¹⁰ Se refiere a Artajerjes II de Persia.

¹¹¹ La palabra griega *trípous*, «trípode, trébede», se emplea a veces en lugar de *trápeza*, «mesa», para referirse a una mesita auxiliar de tres patas, y de ahí la discusión que sigue.

¹¹² La frase parece sacada de algún cómico anónimo, cf. *PCG* VIII, fr. 103.

¹¹³ Fr. 266b MERKELBACH-WEST.

¹¹⁴ Estos versos son situados por los editores de Eubulo a continuación de los citados en ATENEO, II 47 F. Seguimos el reparto del texto entre los personajes de los *PCG*.

¹¹⁵ El «quincuagésimo» (equivalente a un dos por ciento) era el impuesto que se aplicaba en Atenas a las importaciones y exportaciones; el exasperado personaje hace una réplica ingeniosa que le sugiere el número cinco.

¹¹⁶ Epicarmo juega con el nombre de Edipo, que contiene la palabra griega para «pie», y remite al mismo tiempo al famoso enigma de la esfinge, resuelto por el héroe, que en una versión sumaria dice: ¿qué es lo que por la mañana camina a cuatro patas, por la tarde a dos, y por la noche a tres?

¹¹⁷ El nombre de la ciruela en griego es *kokkýmēlon*, literalmente «manzana de cuco», palabra que Nicandro descompone en su verso.

¹¹⁸ *DSA* III, fr. 100.

¹¹⁹ SELEUCO DE ALEJANDRÍA, *Glosas*, pág. 45 MÜLLER.

¹²⁰ Fr. 42, pág. 57 STAESCHE.

¹²¹ Por regla general se llama *kokkýmēlon* (neutro) al fruto, y *kokkymēléa* (femenino) al árbol.

¹²² Médico de comienzos del s. III a. C., autor de un tratado que llevaba por título *Sobre los alimentos servidos a enfermos y sanos*; la obra nos es conocida únicamente gracias a Ateneo, que en cuestiones médicas acude con frecuencia a su testimonio.

¹²³ *Celtis australis* L.

¹²⁴ Se trata de la almendra contenida en el hueso, cf. J. ANDRÉ, «Notes sur une édition récente d'Athénée», *Revue de Philologie* 34 (1960), 52-57, especialmente págs. 52-53.

¹²⁵ Se piensa que lo que los griegos llaman *krátaigos* podría ser concretamente el *Crataegus heldreichii* Boiss., o bien el *C. azarolus* L. (llamado en castellano «acerolo»).

¹²⁶ La obra se atribuye a PITÓN, cf. *TrGF* I 91, fr. 1.

¹²⁷ Se trata del segundo Lucio Licinio Lúculo, cónsul en el año 74 a. C.

¹²⁸ La palabra griega *sykáminon* se refiere, en principio, a la mora de moral (*Morus nigra* L.), no a la de zarza (*Rubus fruticosus* L.), en griego *móron*, pero se da cierta confusión entre ambos términos según los diferentes autores, como se verá. También se confunden a veces, por su semejanza fónica, los dendrónimos *sykáminon*, moral, y *sykómoros*, sicomoro o higuera egipcia (*Ficus sycomorus* L.).

¹²⁹ Este pasaje no aparece recogido en la edición de STAESCHE.

¹³⁰ *FGrH* 80, fr. 3.

¹³¹ *FHG* IV, fr. 41, pág. 421.

¹³² Es decir, para referirse al fruto del *Juglans regia* L.

¹³³ Se trata de un gramático de época de Tiberio que escribió un glosario de términos culinarios.

¹³⁴ La bellota aquí mencionada, *phēgós*, a la que también se alude en 52 E, 54 C y 55 A, es concretamente la procedente del *Quercus Aegilops* L.

¹³⁵ Es decir, «de Mostena», una región de Lidia.

¹³⁶ SELEUCO DE ALEJANDRÍA, *Glosas*, pág. 47 MÜLLER.

¹³⁷ AMERIAS DE MACEDONIA, pág. 7 HOFFMANN.

¹³⁸ I 321, 22 LEHRS.

¹³⁹ Cf. ATENEO, XIV 640 D-C.

¹⁴⁰ Se refiere al gramático y lexicógrafo Pánfilo de Alejandría, que vivió a mediados del s. I a. C.

¹⁴¹ Fr. 437 THEODORIDIS.

¹⁴² Fr. 7 VELSEN.

¹⁴³ Cf. ATENEO, II 54 D.

¹⁴⁴ Se trata, como se dice después, de la avellana, fruto del *Corylus avellana* L.

¹⁴⁵ Fr. 247 DEICHGRÄBER.

¹⁴⁶ DIOCLES DE CARISTO, fr. 126 WELLMANN.

¹⁴⁷ Médico originario de Cos que vivió en el s. III a. C.

¹⁴⁸ La nuez «real» es la nuez común de nogal.

¹⁴⁹ Cf. ATENEO, II 53 A.

¹⁵⁰ Un gramático desconocido.

¹⁵¹ Se parodian varios versos homéricos, en concreto *Od.* VII 154, XXII 196 y I 170.

¹⁵² Se refiere a Hárpagos, general de Ciro, que capitaneó la primera invasión persa en territorio heleno.

¹⁵³ Posiblemente por la semejanza del garbanzo con la cabeza del animal, que en griego se llama *kriós*.

¹⁵⁴ Cf. ATENEO, III 75 B.

¹⁵⁵ La diosa madre es Cibeles.

¹⁵⁶ Cf. ATENEO, IX 366 D.

¹⁵⁷ DIOCLES DE CARISTO, fr. 118 WELLMANN.

¹⁵⁸ El orujo de aceituna se salaba y condimentaba, constituyendo una pasta comestible.

¹⁵⁹ Fr. 91 PRELLER.

¹⁶⁰ Cf. *SVF* I, fr. 285.

¹⁶¹ El griego *phásēlos* es concretamente una variedad de leguminosa de la familia de las papilionáceas, llamada *Vigna sinensis* (L.) Savi.

¹⁶² Las *kopídes* eran un tipo de comida ritual que tenía lugar en Esparta en ocasión de determinadas festividades, y su organización difería de las habituales comidas en común o *phidítia*.

¹⁶³ Fr. 91 PRELLER.

¹⁶⁴ Se trata de las aceitunas conservadas en salmuera.

¹⁶⁵ El hinojo se llama en griego *márathon*, como la llanura que dió nombre a la famosa batalla.

¹⁶⁶ Se trata de Filemón de Atenas, un gramático de fecha incierta.

¹⁶⁷ Este término designa por lo general al higo seco.

¹⁶⁸ El texto de la cita es inseguro. El pasaje parece contener una burla contra Eurípides, aludiendo al humilde oficio de verdulera que se atribuye a su madre (cf. ARISTÓFANES, *Caballeros* 19 y TELECLIDES, *PCG* VII, frs. 41-42).

¹⁶⁹ *Raphanus sativus* L.

¹⁷⁰ En la cita de Cratino la iota es larga (es la larga del segundo dáctilo de un hexámetro), mientras que en la de Éupolis es breve (la tercera breve de un tríbraco que inicia un trímetro yámbico).

¹⁷¹ Parece que eso es lo que significa el término griego *leiothasíos*, de acuerdo con la interpretación de SCHWEIGHÄUSER.

¹⁷² Cf. ATENEO, VII 277 C.

¹⁷³ Les da este nombre por su semejanza con una concha o caparazón, *óstrakon*.

¹⁷⁴ Cf. M. WELLMANN, «Alexander von Myndos», *Hermes* 26 (1891), 481-566, especialmente pág. 555.

¹⁷⁵ Fr. 3 BERTIER.

¹⁷⁶ Fr. 22 DIELS-KRANZ.

¹⁷⁷ Expresión que se aplicaba proverbialmente a cosas raras y exquisitas.

¹⁷⁸ La poetisa escribe *ōion* en vez de *ōión*, disilábico.

¹⁷⁹ En vez de *ōiá*.

¹⁸⁰ En realidad el pasaje se atribuye no a Simónides de Ceos, sino a SEMÓNIDES DE AMORGOS, *IEG* II, fr. 11.

¹⁸¹ Cf. ATENEO, I 29 D.

¹⁸² PCG II, fr. 263. Cf. ATENEO, II 60 A.

¹⁸³ DSA III, fr. 35. Ingenuo intento de dar una explicación racional al mito del nacimiento de Helena a partir de un huevo puesto por su madre, Leda, que había tenido relaciones con Zeus metamorfoseado en cisne. Por otra parte, parece que la parte de la casa en cuestión se llamaba familiarmente en algunas zonas de Grecia *ôion* (y no *ôión*, «huevo», como se pretende aquí), abreviatura de *hyperôion*, donde la terminación *-ôion* es un sufijo que nada tiene que ver con la palabra para «huevo».

¹⁸⁴ No se sabe gran cosa de este mitógrafo, que tal vez pertenece al siglo V a. C.

¹⁸⁵ FGrH 31, fr. 21.

¹⁸⁶ Los Moliónidas eran dos hermanos gemelos, Éurito y Ctéato, nacidos de un huevo de plata a consecuencia de los amores de su madre, Molíone, y Posidón. A veces, como en esta cita, se los consideraba como una especie de siameses monstruosos, con dos cabezas y un solo cuerpo. Fueron muertos por Heracles.

¹⁸⁷ Cf. ATENEO, XIV 642 E.

¹⁸⁸ Se sigue la distribución del texto entre personajes de los PCG.

¹⁸⁹ Dos autores de tratados culinarios de los que apenas se tiene noticia.

¹⁹⁰ También llamadas «gansos de Egipto», *Chenalopex aegyptiaca* L.

¹⁹¹ Que tenía gran capacidad, ya que en ella debían caber los recipientes que contenían la bebida.

¹⁹² *Malva sylvestris* L.

¹⁹³ Es decir, *molóchē*.

¹⁹⁴ HERMIPO DE ESMIRNA, DSA, Suppl. II, fr. 15b.

¹⁹⁵ La identificación de las calabazas mencionadas por los antiguos resulta difícil, y hay que tener en cuenta que muchas de las especies corrientes hoy en día son originarias de América. Parece que la variedad más común, llamada en griego *kolokyntē*, es en concreto la *Lagernaria vulgaris* Ser., la calabaza vinatera, de forma estrangulada por el centro, que solía utilizarse, una vez seca, como recipiente para líquidos. Ateneo distingue otra segunda variedad, la *sikyá*, que podría ser la cogorda o *Cucurbita ovifera* L., de forma piriforme alargada, y que se considera oriunda de Asia.

¹⁹⁶ Médico del s. II a. C.

¹⁹⁷ *Historia de las plantas* VII 4, 6.

¹⁹⁸ Médico cuya vida se encuadra en torno al 100 a. C.

¹⁹⁹ Fr. 125 WELLMANN.

²⁰⁰ Espeusipo sucedió a Platón como cabeza de la Academia en 347/46 a. C. Por su parte Menedemo, también discípulo de Platón, fundó una escuela de filosofía en Eretria.

²⁰¹ Representación de las constelaciones de piscis, capricornio y escorpio.

²⁰² Aunque en los códices de Ateneo se lee *mykaisi*, dativo plural de *mykē*, «seta», parece muy probable que en el original de Aristias se leyera *mykaîsi*, de *mykē*, «gruñido», «mugido», y que por tanto la cita se traiga aquí a colación erróneamente. La traducción del texto correcto sería «*el suelo de piedra retumbó con los gruñidos*».

²⁰³ Los pitagóricos seguían un régimen vegetariano.

²⁰⁴ Nota del epitomador, o más posiblemente de un copista, que no consiguió leer el manuscrito original, deteriorado en este punto.

²⁰⁵ *FGrH* 437, fr. 2.

²⁰⁶ Helios, el sol, era a menudo considerado como el ojo del mundo que todo lo ve.

²⁰⁷ *Sium angustifolium* L.

²⁰⁸ Fr. 6 TARÁN.

²⁰⁹ PTOLOMEO VIII, *FGrH* 234, fr. 11.

²¹⁰ En el texto de Homero se lee *ía*, «violetas», palabra que Ptolomeo propone cambiar por *sía*, «chirivías».

²¹¹ Un hongo basidiomiceto, el *Lycoperdon giganteum* Pers.

²¹² Es decir, el estrecho de Gibraltar. La cita de Ateneo no es exacta, puesto que el texto de Teofrasto en cuestión se refiere al Mar Rojo, no a las columnas de Heracles, que dicho autor menciona en cambio poco antes a propósito de otro tipo de plantas.

²¹³ *Aspidium filix-mas* L.

²¹⁴ *Tuber civarium* L.

²¹⁵ La palabra *geráneion* se da aquí como sinónimo de *hýdnon* (trufa), por lo que optamos por traducirlo como «criadilla de tierra». En cambio, en la cita anterior de ATENEO, II 61 F (correspondiente a TEOFRASTO, *Historia de las plantas* I 6, 5), la misma palabra designa a una variedad distinta de la trufa común, que se identifica con la trufa de verano, *Tuber aestivum* Vitt.

²¹⁶ Quizás se trate de otro nombre para la trufa de verano.

²¹⁷ Nombre de una cadena de colinas.

²¹⁸ *FHG* IV, fr. 35, pág. 420.

²¹⁹ La palabra griega *glaukískos* parece referirse aquí no a un tipo de cazón, como suele ser habitual, sino a una papaverácea, el *Glaucium corniculatum* L.

²²⁰ La frase de Nausiclides (un aforista de en torno al 200 a. C.) parece referirse a que en el Helesponto, al no haber ajedrea, que marca con su floración y su aroma el comienzo de la primavera, es como si dicha estación no existiera; además, faltan en ese territorio exquisiteces gastronómicas con que agasajar a los amigos. Al mismo tiempo, hay una expresión proverbial «compartir la misma ajedrea» (cf. ARISTÓFANES, *Pluto* 253), que significa «ser amigos»; pero en el Helesponto no hay ajedrea que compartir.

²²¹ *Urtica dioica* L.

²²² *Asparagus acutifolius* L.

²²³ Región situada al sur del Marruecos actual.

²²⁴ *Arundo donax* L.

²²⁵ *Ferula communis* L.

²²⁶ En lugar de *aspáragos*, con -p-, que es la forma habitual de la palabra en griego. La cita corresponde a CRATINO, *PCG* IV, fr. 363.

²²⁷ Se trata del brote alargado que producen la berza y otras verduras si no se las corta a tiempo y se espigan.

²²⁸ Gracias a un papiro de Oxirrinco (*Ox. Pap.* 1174), sabemos que estos versos aluden metafóricamente al crecimiento extraordinario de Heracles niño.

²²⁹ *Lathyrus ochrus* (L.) DC.

²³⁰ Cf. ATENEO, IV 170 B.

²³¹ En realidad la cita procede de la *Historia de los Animales*, 544a 23.

²³² El término griego *bolbós* se presta a confusión, pues por un lado alude genéricamente a diversas clases de raíces comestibles del tipo de la cebolla, pero también se refiere específicamente al denominado nazareno o jacinto de penacho (*Muscari comosum* Mill.). A la cebolla en sí dedica Ateneo un epígrafe aparte.

²³³ El verso es una parodia de EURÍPIDES, *Andrómaca*, 368-369.

²³⁴ Hay aquí seguramente un doble sentido obsceno.

²³⁵ El texto parodia el lenguaje trágico.

²³⁶ Planta liliácea también conocida como «leche de gallina», «leche de pájaro» y «vicario», *Ornithogalum umbellatum* L., en griego *bolbínē*; la identificación, con todo, no es segura.

²³⁷ Los versos de Matrón contienen parodias de diversos pasajes homéricos, en concreto *Il.* II 488 y 323; *Himnos Homéricos* XVI 2; *Il.* X 437; *Il.* XX 223.

²³⁸ Fr. 88 SCHNEIDER.

²³⁹ *DSA* IX, fr. 45.

²⁴⁰ Identificada con poca seguridad con el *Pancratium maritimum* L., planta que en castellano recibe diversos nombres, tales como pancrancio, amormío, azucena de mar o nardo marino.

²⁴¹ El término griego *kíchlē* se emplea para referirse genéricamente al tordo o zorzal, *Turdus sp.*

²⁴² Cf. ATENEO, VI 268 C.

²⁴³ ARISTÓF., *Nubes* 339.

²⁴⁴ *Historia de los Animales* 617a 18.

²⁴⁵ Se trata del zorzal charlo, *Turdus viscivorus* L. El muérdago que come esta ave no es el *Viscum album* L. o muérdago blanco, sino el *Loranthus Europaeus* L., de bayas amarillas, que es también el muérdago de los druidas y el que se empleaba en la antigua farmacopea.

²⁴⁶ Se trata posiblemente del zorzal común, *Turdus philomelos* (antes *T. ericetorum*) L., aunque su identificación no es segura.

²⁴⁷ Se trata del *Turdus iliacus* (antes *T. musicus*) L., conocido en castellano como malvís o zorzal alirrojo, que es el zorzal de menor tamaño.

²⁴⁸ Fr. 4, pág. 548 WELLMANN.

²⁴⁹ Nombre que parece derivado de *kíchlē*, «tordo».

²⁵⁰ *FGrH* 131, fr. 3.

²⁵¹ Hay bastante confusión en torno a la identidad del pájaro conocido en griego como *sykalís*, nombre que deriva del de la higuera, por la costumbre del ave de comer higos. También en castellano son varias las especies a las que se alude con el nombre de «papafigo» o «becafigo», como la oropéndola (*Oriolus oriolus* L.), y, sobre todo, el *Pionias accipitrinus* L. Sin embargo, lo más probable es que el *sykalís* griego sea la *Sylvia atricapilla* L., la curruca capirota, si bien Alejandro de Míndo parece que lo relaciona con la familia de los *paridae* o carboneros.

²⁵² *Parus* sp.

²⁵³ Término que coincide con el nombre griego del acebuche.

²⁵⁴ En realidad se trata del macho y la hembra de la *Sylvia atricapilla*: mientras que el macho tiene la cabeza negra, la de la hembra es rojiza.

²⁵⁵ O sea, Epicarmo dice *sykallís* y no *sykalís*, que es la forma correcta de acuerdo con la etimología aducida por Ateneo, según la cual el término procede de *sýka*, «higos» y *halískomai* «encontrarse».

²⁵⁶ *Fringilla coelebs* L.

²⁵⁷ Estos versos vuelven a ser citados por ATENEO en IX 370 D, con algunas variantes, y se atribuyen allí a Efipo.

²⁵⁸ Las Anfíromías eran el festejo con el que se aceptaba formalmente en el seno de la familia a los hijos recién nacidos, al quinto o séptimo día de su nacimiento. La fiesta recibe su nombre (significa literalmente «carrera alrededor»), de la costumbre de llevar al recién nacido corriendo por toda la casa.

²⁵⁹ *Turdus merula* L.

²⁶⁰ *Sturnus vulgaris* L.

²⁶¹ El autor del resumen recoge una frase aislada que ha llamado su atención. Sin duda, palabras de algún comensal, tal vez Perrero, dirigidas a Ulpiano.

²⁶² O crías del gorrión, *Passer domesticus* L.

²⁶³ El término griego *kerchnēís* alude posiblemente al cernícalo primilla (*Falco naumanni* L.), o tal vez al cernícalo común (*Falco tinnunculus* L.).

²⁶⁴ *FGrH* 244, fr. 246.

²⁶⁵ Loxias es un epíteto de Apolo.

²⁶⁶ A la manera de nuestro «¡Salud!» o del inglés «Bless you!», etc.

²⁶⁷ Una planta timeleácea, *Daphne gnidium* L.

²⁶⁸ *Inula conyza* DC.

²⁶⁹ Semilla de la *Vicia ervilia* L.

²⁷⁰ Se trata de una especie de droga egipcia, cf. PLUTARCO, *Isis y Osiris*, 80 (*Mor.* 383e, ss.).

²⁷¹ En la lista de Ateneo falta *sinapi* (mostaza), término que el autor utiliza bajo la forma *sinapy* (cf. ATENEO, II 68 E). EUSTACIO, que cita este pasaje en su *Comentario a la Iliada* III 205, 3 ss., le añade el pronombre neutro *tí*.

²⁷² Medida de capacidad equivalente a algo más de treinta y nueve litros.

²⁷³ *FGrH* 688, fr. 38.

²⁷⁴ El verso es un trímetro yámbico, y seguramente procede de alguna comedia, véase *PCG* VIII, fr. 104.

²⁷⁵ *FGrH* 690, fr. 23.

²⁷⁶ Se trata de un tipo de sal gema que se obtenía en el oasis de Libia, donde estaba situado un santuario de Amón; el amoniaco recibió su nombre de este dios egipcio.

²⁷⁷ TEOFRASTO DE ÉRESO, *Sobre los olores*, fr. 15 WIMMER.

²⁷⁸ Cf. ATENEO, I 30 B.

²⁷⁹ Se trata del famoso condimento hecho a base de pescado prensado mezclado con diversos ingredientes, cuya receta exacta se desconoce, y que fue muy apreciado por los antiguos.

²⁸⁰ Algunos autores griegos emplean la forma neutra *gáron*, de donde el latín *garum*, en lugar de la forma masculina *gáros*.

²⁸¹ ESQUILO, *Prometeo*, *TrGF* III 211.

²⁸² Literalmente «delicia». En otros dialectos el término se emplea con el significado de «condimento» en general.

²⁸³ La palabra griega *oxís* (vinagrera) designa también una medida de capacidad equivalente a algo menos de 7 centilitros, que es de suponer que era la capacidad de las vinagreras normales. Por tanto, la que se atribuye aquí a las gentes de Cleonas, de unos veintisiete centilitros, era de un tamaño mucho mayor de lo normal.

²⁸⁴ Está testimoniada una grafía vulgar con -o- de las dos palabras en cuestión: *oxógaron* y *oxóbaphon*.

²⁸⁵ El medimno era una medida de capacidad, equivalente a unos cincuenta y dos litros y medio.

²⁸⁶ Se trata del verbo *artýein* (condimentar).

²⁸⁷ El término griego *glaûkos* parece aludir al menos a dos peces distintos, quizás la tintorera (*Prionace glauca* L.) y un pez no selácico que se quiere identificar con la palometa blanca (*Lichia glauca* Risso), o bien con la corvina (*Sciaena aquila* C).

²⁸⁸ El plato al que los griegos denominaban *thríon* consistía en una mezcla de huevos, leche, manteca, harina, queso y miel, envuelta en hojas de higuera, de las que precisamente tomaba su nombre.

²⁸⁹ Posiblemente el *Carum copticum* B & H, «ami egipcio».

²⁹⁰ El término se refiere en concreto a una variedad de ajedrea, la *Satureia thymbra* L.

²⁹¹ EPICARMO, fr. 15 R-N (CGF 17). AMIPSIAS, PCG II, fr. 36.

²⁹² NICANDRO DE COLOFÓN, fr. 92 SCHNEIDER.

²⁹³ *Cucumis melo* L.

²⁹⁴ El griego *askalōnion* no se corresponde con la escalonia (*Allium ascalonicum* L.), sino con el *Allium ampeloprasum* L., ajo bravo o puerro silvestre, o tal vez con una variedad del ajo o *Allium sativum* L.

²⁹⁵ Nombre que habitualmente alude a una variedad de calabaza, cf. ATENEO, III 58 F.

²⁹⁶ *Lactuca sativa* L.

²⁹⁷ En lugar de la forma más habitual, *thrídash*.

²⁹⁸ De acuerdo con Wilamowitz, los editores atribuyen este fragmento a la obra titulada *Pausanias*; sin embargo, esta propuesta no es aceptada en los PCG. Se sigue la puntuación propuesta para el texto por J. ANDRÉ, «Notes...», pág. 56.

²⁹⁹ J. ANDRÉ, «Notes...», pág. 55 identifica la oruga aquí mencionada con la de la *Acrolepia assectella* Zell, que posee tres pares de patas torácicas y cinco pares de falsas patas; además, estos animalillos se mueven curvando su cuerpo y estirándolo sucesivamente, en ondulaciones que hacen pensar en colas de sátiros. Esta interpretación resulta más satisfactoria que la de L. GIL FERNÁNDEZ, *Nombres de insectos en griego antiguo*, Madrid, 1959, págs. 218-220, que identifica el insecto aquí mencionado con algún bichillo de cola larga, quizás el cortón o grillo cebollero.

³⁰⁰ Cf. TEOFRASTO, *Historia de las Plantas* VII 2, 4. Éste es el proceso por el que se obtiene la endivia, que es el segundo brote del tallo cortado de una variedad de achicoria.

³⁰¹ Fr. 120 SCHNEIDER.

³⁰² El pasaje recoge una maldición lanzada por Afrodita contra la lechuga, que no ha sido capaz de esconder a su amado Adonis del jabalí asesino.

³⁰³ Fr. 478 PFEIFFER.

³⁰⁴ La frase tiene un doble sentido obsceno, ya que *krithḗ*, «cebada», también se usaba por «pene» o «prepucio».

³⁰⁵ El nombre del filósofo está corrupto en los manuscritos; es posible que se trate del pitagórico Licón, citado por ATENEO en X 418 E (cf. LICÓN, fr. 2 DIELS-KRANZ). El pasaje, no obstante, también es recogido por Wehrli como de LICO EL PERIPATÉTICO, DSA VI, fr. 2.

³⁰⁶ Término relacionado con *ástytos*, «impotente».

³⁰⁷ Cf. ATENEO, II 62 F.

³⁰⁸ GLAUCIAS (O GLÁUCIDES) DE TARENTO, fr. 162 DEICHGRÄBER.

³⁰⁹ *Historia de las Plantas* VII 1, 2.

³¹⁰ Fr. 228 R-N (CGF 156).

³¹¹ *Cynara cardunculus* L. Parece que a partir de este cardo comestible desarrollaron posteriormente los horticultores italianos la alcachofa, mencionada en los textos por primera vez en 1466, según J. ANDRÉ, «Notes...», pág. 56.

³¹² En todo este pasaje se observa cierta confusión entre las palabras *kinára* («cardo comestible»), *kynára* («cardo» pero posiblemente también «rosa mosquera»), y *kýnaros ákantha* («rosa mosquera», *Rosa sempervirens* L.). Dado el problema de identificación que se plantea, optamos por dar en transliteración los términos empleados por los diversos autores, indicando en nota la correspondencia más probable si procede.

³¹³ Fr. 437 PFEIFFER.

³¹⁴ Se trata del mar Caspio.

³¹⁵ Aunque el contexto se presta a ambigüedades en la primera de las citas de Hecateo, es evidente por la segunda que lo que este autor entiende por *ákantha* *kynára* es la rosa mosquera, que es un arbusto, puesto que de ningún modo se podría calificar al cardo de «árbol».

³¹⁶ *Descripción de Asia*, FGrH 1, fr. 296.

³¹⁷ El nombre griego de esta planta significa literalmente «zarza de perro», cf. el castellano «zarzaperruna», uno de los nombres del rosal silvestre o escaramujo (*Rosa canina* L.), que pertenece a la misma familia que la rosa mosquera.

³¹⁸ El oráculo juega con la semejanza entre la parte inicial del nombre griego de la planta, *kynára* o *kynósbatos*, y *kýōn* (genitivo *kynós*), «perro, perra».

³¹⁹ Se sigue la interpretación de J. ANDRÉ, «Notes...», pág. 57, que entiende el término griego *elátan* no como la espata de la palmera, sino el brote tierno del palmito (*Chamaerops humilis* L.)

³²⁰ Los huesos del ciervo y otros animales se utilizaban para fabricar flautas, pero existía la creencia de que si el animal se había pinchado con un cardo ya no servía para este fin.

³²¹ Cf. CGF 22.

³²² Se trata de Ptolomeo II Filadelfo, rey entre 283-246 a. C.

³²³ PTOLOMEO VIII.

³²⁴ FGrH 396, fr. 17.

³²⁵ Ateneo juega aquí con el doble sentido de la palabra griega *enképhalos*, que además de «cogollo» significa «cerebro».

³²⁶ El texto que viene a continuación aparece en el código C después del libro XIII (fol. 183), precedido por el rótulo «del libro II»; en el código E se encuentra después del libro XV (fol. 399').

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

1. Datos biográficos
2. La obra de Ateneo en el contexto de la literatura griega de los siglos II-III d. C
3. El *Banquete de los eruditos* en el marco de la literatura simposíaca
4. Estructura de la obra
5. Los personajes
6. La transmisión del texto
7. Principales ediciones y traducciones
8. Nuestra traducción

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

LIBRO I (EPÍTOME)

LIBRO II (EPÍTOME)